El último Touchdown



Andrea López

El último Touchdown

Andrea López

Título: el último *touchdown*
© 2025, Andrea López

De la maquetación: 2025, Editorial Choco
De la corrección: Rosario Naranjo (Calista Sweet)

Primera edición: mayo de 2025

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso

Índice

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
Tu valoración me importa
Biografía
Otros libros de la autora

Prólogo

Mi nombre es Madyson Ward y soy una chica difícil de impresionar. Es lo que tiene ser hija y hermana de dos figuras del fútbol americano reconocidas a nivel mundial.

Supongo que cuando tu padre es el gran Dylan Ward, entrenador jefe de los Blue Boys de Washington y uno de los más importantes de la NFL, y tu hermano mayor, Kevin, juega como *quarterback* titular del mismo equipo y es un portento que, gracias a su talento natural, esfuerzo y dedicación ha ganado durante los dos últimos años el MVP (trofeo al jugador más valioso de la temporada) es lo que hay.

Por ello, a mis veintisiete recién cumplidos, pocas cosas consiguen impactarme de verdad; no obstante, en cuanto pongo un pie fuera del taxi y alzo la vista, de forma inconsciente contengo la respiración, deslumbrada, mientras contemplo la apabullante estructura del estadio de plata, hogar de Los Lobos de Nueva York.

La sensación no me coge por sorpresa. Es la misma que experimento cada vez que piso un estadio por primera vez desde que tengo uso de razón.

Observo con atención el gigante que se alza majestuoso ante mí y dejo salir el aire poco a poco.

Es impresionante, sobre todo ahora que la luz del sol incide sobre él, arrancándole destellos plateados (de ahí su nombre) y provocando que tanto las letras azules como el escudo del equipo refuljan brillantes y orgullosos ante mí.

Un cosquilleo familiar me recorre por dentro en cuanto mi mente vuela imaginando los increíbles momentos de tensión, la adrenalina,

las emociones y los sueños que se habrán materializado o desvanecido ahí dentro a lo largo de los años.

Son tantas emociones y tan intensas…

El sonido del coche arrancando para alejarse me devuelve a la realidad y parpadeo un par de veces antes de echar un vistazo a la hora en mi reloj de pulsera.

He llegado con tiempo más que suficiente, de hecho, me he adelantado demasiado y, durante unos segundos, me planteo la posibilidad de dar una vuelta por la zona, idea que enseguida descarto porque me puede la curiosidad.

Si recibir la llamada de Logan Henderson, el vecino de mi adolescencia y mi archienemigo tanto en el instituto como en la universidad, tras más de cuatro años sin vernos, fue una sorpresa, que me citase en las oficinas del equipo de fútbol americano que acaba de comprar con parte de la fortuna que heredó de su padre me descolocó todavía más.

Reconozco que, al principio, convencida de que su objetivo no sería otro más que el de restregarme por la cara su éxito laboral, pensé en ignorarlo; sin embargo, se mostró tan enigmático durante la corta conversación que mantuvimos por teléfono que consiguió intrigarme lo suficiente como para que accediese a coger un avión, venir a Nueva York y reunirme con él… Y todo para saciar mi curiosidad.

Dicen que la curiosidad mató al gato… Espero no acabar convirtiéndome en él.

Sin pensarlo más, camino, decidida y con paso rápido, hasta el lateral derecho del estadio y me introduzco en una enorme puerta giratoria de cristal que da acceso a la zona de oficinas y despachos.

El recibidor es bonito y elegante. El suelo es de un azul intenso y las paredes, blancas (los colores del equipo). Las ventanas son numerosas y aportan una gran luminosidad.

El mostrador central, desde el que una chica me sonríe de forma afable, debe de medir al menos dos metros de largo, y la pared posterior la ocupa casi por completo el imponente escudo de Los Lobos.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla? —me saluda la recepcionista, que rondará mi edad.

—Hola —le devuelvo el saludo, aproximándome—. Me llamo Madyson Ward, tengo una cita con Logan Henderson.

La mujer asiente y baja la mirada hasta la pantalla de su ordenador mientras teclea con presteza.

—Aquí está. —Su entrecejo se contrae de forma casi imperceptible antes de que sus ojos vuelvan a posarse sobre mí y la sonrisa asome de nuevo a su rostro—. La cita es dentro de media hora —anuncia.

—Lo sé, lo siento, me he adelantado un poco —me disculpo algo incómoda, dándome una colleja mental por no haberme ido a dar una vuelta para hacer tiempo en vez de plantarme aquí tan pronto.

—No se preocupe, déjeme comprobar si el señor Henderson está libre.

Dicho esto, marca la extensión en el teléfono que descansa al lado del ordenador y se coloca el pinganillo.

Tras anunciar mi presencia y esperar durante unos segundos, deja el aparatito sobre la mesa y su sonrisa se amplía al indicarme:

—El señor Henderson la recibirá ahora. Suba hasta la tercera planta y allí la conducirán a su despacho. Encontrará el ascensor girando a la derecha y, por si prefiriese usarlas, las escaleras están justo al lado.

—Muchas gracias —me despido para dirigirme hacia allí.

El cubículo acristalado me traslada con rapidez a la tercera planta y, en cuanto salgo, me encuentro con un mostrador de información de dimensiones similares al anterior.

Un chico de cabello castaño y ojos color avellana me recibe llamándome por mi nombre.

—Buenos días, señorita Ward. El señor Henderson la está esperando, si es tan amable de seguirme.

—Gracias —murmuro observando con atención todo lo que me rodea mientras avanzo tras él por un pasillo de tarima antes de girar a la izquierda dejando atrás diversas puertas hasta que llegamos a una un poco más grande y alejada.

El chico golpea con los nudillos y la voz de Logan nos indica que podemos pasar.

—Adelante.

Mi acompañante abre la puerta y se echa a un lado para cederme el paso.

—Madyson Ward —me recibe mi archienemigo pronunciando mi nombre con regocijo a la vez que se pone en pie para dirigirse hacia mí.

—Logan Henderson —respondo en el mismo tono, pero sin mostrar ni un atisbo de la emoción que brilla en sus ojos.

Paseo la mirada por el despacho. Mi admiración debe de ser más que evidente a juzgar por el «no está mal, ¿eh?» que sale de sus labios y me doy una colleja mental por resultar tan transparente.

—Es bonito —reconozco con voz áspera—. ¿Para eso me has hecho venir desde Washington? ¿Para que te diga lo estupendo que es tu despacho? —añado de mala gana.

Logan parece relajado y accesible, sin embargo, no me olvido de que es el mismo individuo que durante años disfrutó haciéndome la vida imposible, así que no pienso bajar la guardia.

Una carcajada emana de su pecho regalando a su rostro una expresión risueña y despreocupada.

—Veo que sigues teniendo el mismo humor ácido de siempre, hay cosas que no cambian —comenta cruzando los brazos sobre su pecho.

—Cuando estoy contigo me sale de forma natural —rebato.

—¿Quieres un café? —me ofrece dirigiéndose hacia la máquina que reposa encima de una mesita de cristal.

—¿Por qué? ¿Es que planeas envenenarme? —replico airada.

—Naaa, demasiados testigos, acabas de cruzarte con dos de mis empleados antes de entrar en mi despacho.

—Conociéndote, acabarías convirtiéndolos en cómplices —murmuro con desdén.

Sus ojos, iluminados por un brillo de diversión y curiosidad, buscan establecer contacto con los míos.

—Menuda opinión tan positiva tienes sobre mí —suelta, frotándose el mentón con una mano.

—La que tú solito te has labrado a lo largo de muchos largos años —respondo soltando un bufido.

—No sé por qué dices eso —comenta con aire inocente.

«¡Qué bien se le da eso de fingir al condenado! Porque tiene que estar fingiendo, no puede estar hablando en serio… ¿O sí?», pienso al ver que parece sincero de verdad.

—¡Venga ya! ¡Tienes que estar de broma!

—Te garantizo que hablo muy en serio. Nunca he comprendido por qué me tenías tanta manía.

—¡Te tiraste los seis años de instituto amargándome la existencia! ¡Y por si eso fuese poco, después continuaste haciéndolo en la universidad!

—Y ¿cómo se supone que lo hice? —cuestiona sin esconder la gracia que le hace esta situación.

—¡Me odiabas! ¡Fastidiarme era tu pasatiempo favorito! Si yo me presentaba a capitana del equipo de debate, tú hacías lo mismo; si tocaba el teclado en el concurso de talentos, tú salías al escenario haciendo un solo de piano —lo acuso—; si hacía el trabajo de literatura sobre un escritor, elegías el mismo solo para demostrar que podías hacerlo mejor que yo, ¡y así con todo!… —exclamo alzando ambas manos—. Los concursos de cálculo mental, los proyectos para recaudar fondos... —sigo enumerando—. ¡Te tiraste todos los años de carrera intentando quedar por encima de mí!

—Y pocas veces lo conseguí —me recuerda.

—Eso es lo de menos, lo importante es que cada vez que yo trataba de destacar en algo tú estabas ahí, tocando las narices, como un molesto grano de pus en el culo de esos que no consigues explotar por mucho que aprietas.

—Qué comparación tan gráfica y cariñosa… —murmura poniendo una mueca de asco.

—La que te mereces —le espeto.

—Por partes… —declara—. Lo de elegir la misma carrera y universidad fue casualidad. Resulta, Madyson, que los dos tenemos los mismos intereses y el programa de la Universidad de Michigan es espectacular.

Me callo porque es cierto… Teniendo en cuenta que acaba de comprar un equipo de fútbol es evidente que el tema le interesa, y el programa de nuestra facultad es uno de los mejores del país, además, en mi caso, mi padre estuvo entrenando allí…

Al ver que no rebato su afirmación, esboza una sonrisa confiada y continúa hablando.

—En cuanto a esa acusación tan fea de querer superarte en todo y amargarte la vida… No lo hacía por molestarte, ni mucho menos porque te odiase como tú piensas.

—Ah, ¿no? —cuestiono cruzando los brazos sobre mi pecho sin esconder mi incredulidad.

—No, lo que ocurre es que siempre he sido un tipo muy competitivo, todavía lo soy, y batirme contigo me divertía, competir contra ti me motivaba a dar siempre lo mejor de mí.

—¿Qué dices? —susurro abriendo los ojos de par en par.

—Eras brillante, Madyson, medirme contigo era estimulante y exigente. Eras la única que conseguía sacarme siempre de mi zona de confort, sabía que para ganarte tenía que buscar la excelencia, la perfección… Yo no te odiaba, te admiraba. Todavía lo hago y ese es el motivo de que estés aquí.

—¿Qué dices? —repito en voz igual de baja, como si de repente esas dos palabras fuesen lo único con un mínimo de coherencia que mi cerebro consigue hilar.

—Que te admiro; creo que eres una piedra preciosa por tallar y que tienes un enorme potencial por explotar, por eso quiero que trabajes conmigo.

—¿Que trabaje contigo? —balbuceo tratando de ubicarme dentro de toda la confusión.

¡No entiendo nada! ¡Estoy completamente desubicada! Él, sin embargo, se ve de lo más relajado y convencido.

—Sí, quiero que seas la entrenadora jefa de Los Lobos de Nueva York. —Lo suelta como si nada, pero yo me siento como si acabase de explotarme una bomba en toda la cara.

—Necesito… Yo necesito… —Señalo una de las sillas mientras avanzo hacia ella.

—Claro —acepta, y regresa desde la cafetera hasta el sitio que ocupaba al otro lado de la elegante mesa antes de mi llegada para esperar pacientemente, otorgándome unos instantes para que intente procesar la información que acabo de recibir.

¡Entrenadora principal! ¡Entrenadora jefa! ¿¡Yo!? Pero ¿este tarado sabe lo que dice?

—¿Es una broma? Porque si es así, déjame decirte que no tiene ni puñetera gracia… —comienzo a afirmar con voz algo temblorosa.

—No es ninguna broma. Jamás he hablado tan en serio como ahora —me interrumpe—. Te estoy ofreciendo un puesto de trabajo en mi equipo, el puesto que creo que te mereces. —Parece hablar en serio y, aun así, no consigo creérmelo.

—No puede ser, no tiene sentido —musito para mí, negando con la cabeza.

—Tiene todo el sentido del mundo —rebate él con calma.

Las neuronas y el resto de los ocupantes de mi cerebro se han convertido en un batiburrillo que da vueltas y más vueltas sin parar… ¿Entrenadora? ¿De verdad?

—No quiero forzarte a nada, Madyson —asegura con gesto serio —, pero necesito una respuesta lo antes posi…

—¡Sí! —grito interrumpiéndolo.

La sonrisa que asoma a su rostro pone de manifiesto que mi reacción era justo la que esperaba.

—¿Crees que ahora te vendría bien ese café? —ofrece levantándose de nuevo.

—Con leche y dos azucarillos —le indico, asintiendo con la cabeza mientras me pellizco con disimulo el brazo solo para comprobar que lo que estoy viviendo no es un sueño.

¡No puedo creerlo! Desde que tengo uso de razón mis días han transcurrido rodeada de fútbol, creo que pisé mi primer estadio cuando todavía iba en pañales, es lo que tiene que tu hermano sea jugador y tu padre lleve toda su vida ejerciendo de entrenador; primero, en el instituto, después, en la universidad y ahora, en los Blue Boys de Washington.

Este deporte me apasiona, es mi vida, y por ello, de una forma u otra, siempre he sabido que mi trabajo estaría vinculado a él.

Estudié Ciencias de la Salud y el Deporte. He trabajado, me he dejado la piel para conseguir un puesto de auxiliar dentro del equipo de mi padre… Pero entrenadora principal, eso es algo que ni en mis sueños más locos me habría atrevido a imaginar.

—No ha sido una decisión tomada a la ligera… —anuncia Logan interrumpiendo mis desordenados pensamientos y colocando delante de mí una taza de humeante café.

—Es que no lo entiendo… —admito, y aspiro el reconfortante aroma de la bebida.

—Los dos sabemos que Los Lobos nunca han conseguido despuntar y que los resultados de los últimos años, en lugar de mejorar, han empeorado —comenta como si tal cosa a la vez que toma asiento de nuevo—. Por ello, desde el momento en que me planteé comprar el equipo tuve claro que, para cambiar las cosas, para conseguir la gloria, necesitaba dar un golpe de efecto, aplicar un revulsivo, apostarlo todo a una carta.

—Una carta —repito como si fuese tonta mientras empiezo a pensar que mi materia gris se ha fundido de verdad.

—Sí —afirma—. Una carta ganadora, capaz de exprimir todo el potencial del equipo y aprovechar al máximo cada oportunidad para darle la vuelta a la situación.

—¿Y se supone que esa carta soy yo? —cuestiono, señalándome el pecho con el pulgar.

—¡Exacto! —exclama, dando un golpe sobre la mesa—. ¡Eres justo lo que necesitamos! Lo tuve claro desde el primer día que puse un pie en este despacho.

Mi cara de circunstancias debe de ser digna de enmarcar.

—¿Por qué? —pregunto, todavía desconcertada.

Sus ojos chispeantes e inteligentes se enfocan en los míos.

—Te lo dije antes y te lo repito, Madyson: te admiro, siempre lo he hecho y soy plenamente consciente de todo tu potencial.

—Pero… —intento intervenir, pero él alza un dedo para hacerme callar.

—Tu padre es un gran entrenador, pero sé que ya en el instituto el cerebro de muchas de sus mejores jugadas eras tú.

Eso es cierto; en el instituto empecé a pasarme horas y más horas estudiando con mi padre los vídeos de los equipos a los que nos íbamos a enfrentar y después organizaba jugadas aprovechando los puntos fuertes y las flaquezas de cada uno. Para mí era solo un juego, una diversión… Pero no olvidaré la mirada de orgullo y sorpresa de mi padre la primera vez que le propuse un esquema de juego y, al llevarlo a cabo, la jugada se convirtió en un *touchdown*.

Desde ese momento, más de la mitad de las jugadas que se llevaban a cabo en cada partido eran ideadas por mí. Yo las preparaba, se las pasaba y él las entrenaba con los chicos.

—En la universidad seguiste haciendo lo mismo, tú eras la mente del equipo en cada partido y gracias a eso el equipo de nuestra universidad consiguió disputar cuatro finales y alzarse con dos títulos del Campeonato de la División I de Fútbol Americano de la NCAA (la liga universitaria de fútbol americano) —afirma.

Achico los ojos y lo estudio con atención al comprobar que sabe bien de lo que habla.

—Después, cuando tu padre se fue a la NFL, te integró en su equipo como auxiliar del entrenador de ataque… Pero los tres, él, tú y yo sabemos que lo que haces es mucho, muchísimo más. Tienes un talento innato y la experiencia necesaria, estoy convencido de que es el momento. Y los momentos no se pueden desaprovechar.

La oportunidad es única. Pero algo me frena, una sensación amarga que asciende por mi garganta y me hace dudar; aceptar significaría…

—Con tantos datos podrías escribir mi biografía —comento—. Pero tal y como acabas de decir, soy parte del equipo técnico de mi padre y, por si lo has olvidado, el *quarterback* de los Blue Boys resulta ser Kevin, que es mi hermano.

Él sonríe, pero su expresión se vuelve grave al afirmar:

—Lo sé, pero con ellos nunca vas a tener la opción de avanzar, sabes tan bien como yo que, a pesar de tu talento, siempre estarás frenada por un techo de cristal. —Hace una pausa y se inclina hacia delante sin dejar de mirarme—. Yo te estoy dando la oportunidad de romper ese cristal, tienes la opción de ser la primera mujer que

ocupe el puesto de entrenadora jefa en un equipo de la NFL, sabes que no tendrás otra oportunidad así.

Es cierto: no volveré a tener una oportunidad como esta… De hecho, estoy bastante convencida de que Logan está como una cabra por proponérmelo.

—Estoy poniendo el equipo en tus manos —añade—. Quiero que brilles y nos hagas brillar.

—¿Estás seguro de esto? ¿Tienes la menor idea de dónde te estás metiendo? —murmuro.

—Como sabes, me gustan los retos —replica guiñándome un ojo —. Y también salirme un poco de la pauta… A veces, para prender una buena hoguera hay que jugar con fuego.

—Tú no estás encendiendo la hoguera, estás saltando directamente dentro de ella —rebato.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo porque sé que merecerá la pena —afirma con una confianza que me abruma.

Lo contemplo con los ojos abiertos de par en par. Dirigir mi propio equipo es mi deseo más profundo e inconfesable. Un sueño tan inalcanzable como irreal… Al menos hasta hoy.

—¿Y tú? ¿Qué me dices? —pregunta con ilusión—. ¿Estás preparada para escribir tu propia historia o prefieres seguir siendo un personaje secundario en las de los demás?

Capítulo 1

Un, dos, tres… Ahí va

Madyson

—Madyson, cariño, ¿te encuentras bien? —pregunta mi madre, que me estudia con detenimiento.

—¿Por qué no iba a estarlo? —murmuro, concentrada en cambiar de un lado al otro del plato los guisantes que llevo media hora mareando.

Ella estrecha la mirada sin apartarla de mí, mientras que mi padre y mi hermano detienen la animada conversación que mantienen sobre los resultados de algunos equipos durante la pretemporada para fijar su atención en mí.

Es viernes por la noche y, como cada semana, toca cena familiar… Aunque mucho me temo que esta va a ser muy distinta a las demás…

—No has probado bocado, a pesar de ser uno de tus platos favoritos —declara mi madre echándole un vistazo a mi comida.

—No tengo hambre, tomé algo a media tarde y se me ha cerrado el apetito —me justifico, quitándole importancia.

—¡Eso sí que es grave! ¡Llamad a una ambulancia! —bromea mi hermano alzando las cejas.

—Ja, ja, ja. Tienes la gracia en el culo —replico poniendo una mueca.

—Que mi culo sea perfecto y resultón no significa que tenga gracia —continúa, burlándose él.

—¿Perfecto y resultón? —finjo atragantarme—. Si eso es lo que te dice Brianna, deberías regalarle unas gafas.

—Kevin, no seas capullo —lo amonesta mi padre—. Y haced el favor de dejar de decir guarradas, estamos en la mesa.

—No lo soy, solo digo la verdad —replica él—. No recuerdo un solo día en el que Maddy no haya tenido hambre… No comprendo que consiga mantenerse tan delgada comiendo como un luchador de sumo profesional.

—La explicación es sencilla —afirmo cruzando los brazos sobre mi pecho—. En el reparto me tocaron todos los genes buenos de la familia… Y, a juzgar por las chorradas que dices, la inteligencia también, aunque eso nunca lo dudé.

—Te recuerdo que mis notas eran tan buenas como las tuyas, o en algunos casos, incluso mejores —me pica.

—¡Porque siempre te las ingeniabas para que las chicas más listas de tu clase te hiciesen los apuntes! —protesto.

—Y ¿cómo llamas a conseguir los mejores apuntes de clase sin hacer nada? Yo te lo digo —añade respondiéndose a sí mismo—: Ge-nia-li-dad.

Suelto un bufido…

—Pues yo lo llamo tener tanto morro que, como te descuides, te lo vas a pisar —lo ataco.

—No empecéis a discutir como siempre —nos advierte mi padre.

—Nosotros no discutimos —lo corrige Kevin—, solo intercambiamos diferentes visiones de la realidad.

—Vete al oculista… Si esa es tu visión, necesitas unas gafas ya —siseo.

Kevin y yo compartimos una sonrisa cómplice y él suelta una carcajada.

Aunque pueda parecer lo contrario porque somos como el día y la noche y nos encanta picarnos, Kev y yo nos llevamos fenomenal. Por mucho que presuma de ser el mayor de los dos, solo me lleva un año y eso nos ha unido mucho haciendo que siempre hayamos estado ahí el uno para el otro.

—Igual es tu memoria lo que empieza a fallar —contrataca.

Lo fulmino con la mirada, dispuesta a lanzarle algo a la cara si no cierra el pico. Otro día me resultaría fácil seguir la discusión…, sin embargo, hoy estoy tan nerviosa que hasta las respuestas sarcásticas se me resisten.

—¿Necesitas gafas, papi? —interviene Molly, mi sobrina de cinco años, mirando con curiosidad a su padre.

—Claro que no, tesoro, la tía Maddy estaba bromeando —le responde él.

—Es que la tía Maddy es muy divertida —asegura la niña, que se convirtió en la mayor de mis debilidades desde antes incluso de poner un pie en este mundo.

—Tú también lo eres, cielo —susurro guiñándole un ojo, y observo con cariño infinito a la pizpireta y alegre pequeña quien, con su cabello rubio y sus expresivos y grandes ojos castaños, es igualita a mi hermano.

Estoy convencida de que muchos dirán que Molly fue un desafortunado descuido, un bache en su prometedor camino, pues su nacimiento fue el resultado de una noche loca con una animadora aspirante a modelo a los veintidós años… Pero yo creo que es el mejor regalo que podría tenernos reservado el destino, y en casa todos la queremos muchísimo.

Además, a favor de Kevin tengo que decir que, a pesar de que él y Sheila (la madre de la niña) nunca llegaron a mantener una relación y ni siquiera viven en la misma ciudad (nosotros vivimos en Washington y ella, en Nueva York), ambos se han esforzado desde el primer momento por mantener una comunicación estable y un ambiente cordial alrededor de Molly, compartiendo, al menos de momento, una custodia quincenal, pues para ambos la niña es lo más importante.

Es cierto que, cuando el año que viene, a los seis años, tenga que empezar el colegio, ese acuerdo tendrá que modificarse… Pero por el momento, así les va genial.

—Tampoco has dicho ni una sola palabra —vuelve a la carga mi madre, quien no ha parado de rumiar con lo mismo.

Alzo la vista hasta su rostro y la contemplo con resignación.

Hace unos años que ha pasado los cincuenta, pero conserva todo el atractivo y la chispa de una juventud no muy lejana. Tiene los labios finos, de un rosa bonito y natural, y sus ojos verdosos brillan enmarcados por unas largas pestañas del mismo tono que su melena castaña.

No es corpulenta, todo lo contrario; su complexión menuda y delgada la hace parecer frágil y delicada… Lo cual demuestra lo erróneas que pueden llegar a ser las apariencias, pues, a pesar de ser cariñosa, atenta y una madre a veces demasiado entregada, también es obstinada y tiene un carácter con el que podría poner firme a un pelotón entero de la armada.

—Tienes ojeras. —El comentario de Brianna, la novia de Kevin, me toma por sorpresa por lo poco afortunado que resulta ser. «Tienes ojeras», me dice…

¡Claro que tengo ojeras! Llevo dos noches sin pegar ojo, desde que volví de mi visita relámpago a Nueva York no he sido capaz de dormir más de dos horas seguidas sin despertarme desvelada y sudorosa pensando en este momento…

Le dedico un amago de sonrisa y me guardo para mí la irónica respuesta que no corresponde soltar.

Brianna me cae bien, lleva saliendo poco menos de un año con mi hermano y se ve que es buena chica, algo seria de más, pero buena chica; además, mira a Kevin con adoración, el problema es que se nota que se esfuerza tanto por encajar que algunas veces su actitud chirría y queda demasiado forzada y poco natural.

Yo creo que de alguna forma siempre ha sentido celos de la relación que la familia tenía con Emily, la ex de mi hermano.

Emily y Kevin estuvieron juntos algo más de tres años. En ese momento, la popularidad de mi hermano ya era enorme y Emily quería ser algo más que la novia del *quarterback*, ella necesitaba trazar su propia hoja de ruta y mi hermano no podía formar parte de ese viaje… Así que lo suyo se acabó.

Fue un palo, él se quedó destrozado y a nosotros también nos afectó, sin embargo, todavía le guardamos un gran afecto y todos hablamos de ella con cariño cuando su nombre sale a colación.

Yo creo que parte del problema es que Brianna está tan centrada en llenar el hueco que Emily dejó que se ha olvidado de buscar su propio lugar entre nosotros.

—¿Estás enferma? ¿Te encuentras bien? —se apresura a preguntar mi madre mientras su bonito rostro deja entrever una mueca de preocupación.

—Estoy bien —le aseguro tratando de sonar convincente.

—¿Seguro? —insiste.

—Ya la has oído, Darla, se encuentra perfectamente —interviene mi padre, que acaricia con ternura su mano.

Ella no parece convencida y dudo que vaya a dejarlo estar… Sin embargo, la vocecita cantarina de mi sobrina interviene justo a tiempo.

—¿Quieres que te acompañe al médico, tía Maddy? —se ofrece—. Mi doctor te da una piruleta y pegatinas si no lloras cuando vas a visitarlo.

Esto último lo dice en voz más baja, como si fuese un secreto y solo yo pudiese recibir tan valiosa información.

Mi sonrisa se vuelve genuina al dirigirme a la niña.

—Gracias, peque, pero no es necesario.

Ella se encoge de hombros y sigue comiendo los guisantes que tiene en el plato.

—Tienes que comer un poco más, estás demasiado delgada —me regaña mi madre.

—Mamá, las dos sabemos que como de sobra. Kevin lo dijo hace un rato, ¿recuerdas?

—Seguro que son los nervios del comienzo de temporada —dice mi padre con una sonrisa dibujada en su rostro—. Maddy sabe que este es un año importante para el equipo… Tenemos que revalidar el título y eso es mucha presión.

Tiene razón, es un año crucial para el equipo. Después de ganar el Vince Lombardi en el Super Bowl la temporada pasada y arrastrando lesiones de varios jugadores clave, el mundo observa, pendiente de si este año los Blue Boys conseguirán revalidar el título, y tanto la presión como las expectativas son tan evidentes como altas.

Lo contemplo con detenimiento y, de forma inconsciente, ruego para que él sea mi paracaídas cuando la granada de mano que estoy a punto de soltar nos haga saltar por los aires.

Mi padre, el gran Dylan Ward, es alto y bastante corpulento; su cabello, antes castaño como el mío, se ha vuelto de un gris claro al estar salpicado por las canas. Tiene una sonrisa franca que, aunque no suele lucir demasiado, consigue iluminar su rostro cada vez que asoma entre sus labios y, a pesar de que el paso de los años, la tensión y las preocupaciones han hecho mella en su piel decorándola con alguna que otra arruga, eso no le ha hecho perder ni una pizca de su encanto.

Es un hombre bueno, trabajador y responsable que siempre se ha mostrado cariñoso y cercano y que, a pesar de adorar su trabajo y vivir por y para el fútbol, cuando éramos pequeños siempre conseguía sacar tiempo para llevarnos al parque o compartir una tarde de peli y palomitas conmigo y con mi hermano.

Fue el primero en darse cuenta de mi talento, de mi valía; me incluyó en su equipo sin dudarlo y quizás por eso me duele tanto pensar en dejarlo o decepcionarlo… Pero por mucho que me duela, sé que Logan tiene razón: en los Blue Boys solo puedo aspirar a ser una sombra y yo quiero ser todo lo contrario…

—Tengo que pasarte unos vídeos de los Philadelphia Eagles, es el primer equipo con el que tendremos que enfrentarnos la semana que viene y han hecho unas cuantas buenas incorporaciones durante el último Draft. Estúdialos bien el fin de semana para ver el tipo de jugadas que podemos plantear y… —comienza a decir.

—No creo que pueda —lo interrumpo con voz algo temblorosa, apretando la servilleta con fuerza entre los dedos de la mano.

Cuatro pares de ojos se vuelcan sobre mí. No me extraña, desde que tengo uso de razón creo que es la primera vez que me niego a preparar partidos durante el fin de semana…

—Pues al final sí que va a estar enferma —susurra Kevin asombrado.

—Di que sí, hija, tienes que vivir un poco, te pasas los días que no trabajas revisando una y otra vez todos esos vídeos sin tener tiempo para disfrutar de las cosas que te gustan —afirma mi madre.

Me contengo para no decirle que eso es precisamente lo que me gusta, porque siempre me ha apoyado, es solo que le gustaría que mi vida social fuese un poco más allá del campo.

No puedo culparla, no es que me sobren amigos, a decir verdad. Tengo un muy buen amigo, Scott, que resulta ser también el mejor amigo de mi hermano; por suerte, a Kev nunca le importó compartir sus amistades conmigo… Tampoco es que haya tenido una infancia o una adolescencia marginal ni nada por el estilo, es solo que mis intereses no eran los mismos que los de la mayoría de las chicas de mi edad y, mientras ellas iban a fiestas o al centro comercial, yo prefería quedarme en casa repasando partidos y jugadas y planificando estrategias que más tarde comentaba con Kevin y con papá. Así que, aunque me llevaba bien con varias chicas, no tenía con ellas lo que se dice una verdadera amistad, más bien eran conocidas con las que pasaba el rato en el instituto y ya está.

—Bueno, no pasa nada, si estás ocupada, podemos verlo juntos el lunes —ofrece mi padre, extrañado, pasándose una mano por el pelo.

—Tampoco voy a poder —respondo en voz un poco más baja.

—Cariño, ¿seguro que no estás enferma? Si tienes algún problema de salud… —El tono de angustia de mi madre es tan apremiante que decido terminar con esto de una vez por todas.

Un, dos, tres… ¡Ahí va!

—No se trata de eso. Lo que ocurre es que no voy a poder seguir trabajando contigo, papá —confieso.

—¿Qué ocurre, Maddy? —Ahora es mi hermano quien destila preocupación por cada uno de los poros de su piel—. Si has tenido algún problema con alguien…

Lo interrumpo de inmediato.

—No he tenido ningún problema, y en caso de que hubiese sido así, no necesitaría que mi hermano intercediese —afirmo con contundencia—. Soy una profesional.

Todos aguardan, extrañados, esperando una explicación, por lo que aspiro con fuerza y lo suelto del tirón.

—Lo que pasa es que he recibido una oferta de trabajo en Nueva York.

—Te encanta tu trabajo, Maddy —afirma mi padre—. Si es por sueldo, puedo intentar…

—No es un tema de dinero —lo interrumpo—. Lo que ocurre es que me han ofrecido la oportunidad de ser la entrenadora de mi propio equipo. —Sueno dubitativa, como si ni yo misma terminase de creerlo—. Y he aceptado. Voy a ser la entrenadora de Los Lobos de Nueva York.

Lo confieso mirando a mi padre a los ojos con la esperanza de encontrar en ellos, tal vez, un poco de orgullo e ilusión; sin embargo, en cuanto las palabras salen de mis labios, lo único que hallo en su mirada es tal cantidad de incredulidad, dolor y decepción que se me corta la respiración.

—Es imposible —murmura mi hermano.

—Te aseguro que no lo es —rebato.

—¡Es una estupidez! —exclama mi padre con cierto desprecio, comenzando a ponerse colorado.

El miedo a decepcionarlo que sentía hasta hace tan solo unos segundos se transforma con rapidez en enfado.

—¿Te parece una estupidez que tu hija tenga una oportunidad como esta? —lo increpo.

—¡Me parece una estupidez que mi hija se plantee ser la entrenadora jefa de un equipo de fútbol americano! —replica alzando la voz.

—¿Por qué? —cuestiono a la defensiva.

—Eso, ¿por qué? —repite mi madre, cruzando los brazos sobre su pecho.

Él nos mira a ambas como si de repente las dos nos hubiésemos vuelto locas.

—¡Ninguna mujer ha ostentado nunca ese cargo! —Lo dice como si fuese un principio fundamental o la mismísima ley de la gravedad.

—¡Pues ya era hora de que una lo hiciese, deberías estar orgulloso de que la primera vaya a ser tu hija! —lo regaña su mujer.

—¡Si nunca ha ocurrido antes será por algo! —lo apoya mi hermano, quien parece desconcertado.

—Igual es porque ninguna ha tenido esa posibilidad —recalco alzando la barbilla.

—Una mujer no puede ser entrenadora jefa —afirma mi padre con voz solemne.

—¿Por qué no? —pregunta mi sobrina con voz cándida.

—Porque… Porque… ¡Porque no! —le responde mi padre alterado.

—Pues en el anuncio de Barbie dicen que una chica puede ser lo que quiera. Y a mí me encantan las Barbies —afirma Molly.

—A mí también —le aseguro a la pequeña—. Y por supuesto que una chica puede ser lo que quiera —añado ante la expresión de estupefacción de los hombres de la mesa.

—¡Esto es la vida real, no una película de dibujos animados! —exclama mi hermano, ofuscado, mientras su novia lo contempla como si estuviese decidiendo si es mejor intervenir o quedarse al margen de la conversación.

—Exacto, es *mi* vida, y no pienso desperdiciar esta oportunidad —les recuerdo a todos, poniendo especial énfasis en el posesivo.

—¿Cómo va una mujer a dirigir un cuerpo técnico de doce entrenadores auxiliares y ayudantes y cincuenta y tres jugadores? —cuestiona mi padre cada vez más enfadado.

—Por si no lo sabes, hay mujeres practicando operaciones a vida o muerte, senadoras, congresistas, incluso dirigiendo misiones de la NASA.

—Ninguna de esas cosas es fútbol americano —objeta él.

—Puedo hacerlo. Sé que puedo —afirmo, tratando de lograr algo de empatía.

—Por supuesto que puedes —asegura mi madre lanzando a su marido una mirada de advertencia que él se esfuerza por ignorar.

—No tienes la suficiente experiencia —argumenta mi padre en un intento de cambiar a un argumento menos sexista y más neutral.

—Llevo mamando fútbol desde que empecé a caminar, preparo muchas de tus jugadas desde el instituto y formo parte de tu plantilla desde la universidad. Estoy preparada y soy muy buena en lo que hago —asevero con voz firme.

—Claro que eres buena, por eso trabajas conmigo, pero como auxiliar, no al frente de tu propio equipo —matiza—. No es ni parecido. No conseguirás que te respeten.

Me duelen su actitud y su falta de confianza, suponía que mi marcha no iba a hacerle gracia… Pero es mi padre y esperaba un poco más de apoyo por su parte.

—Tendrán que hacerlo —anuncio—. Tengo talento, soy buena, buenísima en realidad, y me han dado una oportunidad que ni siquiera me hubiera atrevido a soñar, así que os aseguro que la voy a aprovechar.

—Te estás equivocando —me advierte señalándome con el dedo —. Si te vas ahora, si nos dejas, cuando todo sea un desastre y te echen, no pienses que volveré a admitirte.

—Lo siento, papá, pero la decisión está tomada. Me siento orgullosa y agradecida de haber trabajado todos estos años contigo, he aprendido muchísimo y siempre te estaré agradecida por ello, sin embargo, también estoy feliz de haber aceptado el cargo y no pienso echarme para atrás.

—Vas a hacer el ridículo y nos vas a poner en evidencia a mí y a tu hermano. —Sus palabras retumban en mi cabeza como un martillazo.

—Dylan, ¡ni se te ocurra volver a decir algo así! —lo regaña mi madre, alterada, llevándose una mano a los labios.

Entonces lo entiendo todo y una enorme y punzante decepción se abre paso en mi pecho atravesándome el corazón.

—Eso es lo que te preocupa, ¿no? No es mi fracaso, o lo que me ocurra a mí, sino cómo pueda afectarle eso a tu reputación de entrenador honorable y respetado. —Mi voz destila dolor.

Al menos tiene la decencia de no negarlo.

—Me ha costado muchos años de carrera labrarme esa reputación de la que hablas, no es justo que, por un capricho tuyo, mi nombre quede manchado.

Sus palabras me retuercen las entrañas y siento que me arden los ojos, pero no me permito soltar ni una lágrima.

—Yo también tengo el derecho y el deber de labrarme mi propia carrera, mi propio futuro —asevero.

—¿Carrera? Lo único que vas a conseguir con esa carrera es estrellarte —augura entre dientes.

—Creo que ya está todo dicho —anuncio levantándome de golpe —. Nos vemos en el Super Bowl.

No espero a que me responda, me doy la vuelta y me alejo a toda velocidad porque no soy capaz de aguantar las lágrimas ni un segundo más. Estoy llegando a la escalera cuando unos bracitos se agarran a mi pantalón.

—¿Te vas, tía? —La voz triste y apagada de mi sobrina acaba de romperme del todo el corazón.

—Tengo que hacerlo, peque —respondo, agachándome para quedar a su altura mientras dejo que la primera de muchas lágrimas descienda por mi mejilla—. Pero te prometo que haré que valga la pena.

La abrazo con fuerza, me aferro a ella y pienso en lo mucho que la voy a echar de menos y en que si quiero conseguir mi sueño, este es solo uno de los muchos sacrificios que me quedan por hacer, pero, tal y como acabo de prometerle a Molly… Haré que merezca la pena.

Capítulo 2

Tan agradable como un dolor de pelotas

Ryan

Con muy mala leche, tiro sobre el banco de madera la toalla que llevo enrollada a la cintura y me apresuro a vestirme antes de sentarme apoyando la espalda contra mi taquilla, a la vez que me masajeo con fuerza la sien.

Cabreado, agotado y fracasado, así es como me siento, y escuchar las voces alegres y las risas de mis compañeros a mi alrededor no hace más que empeorar mi estado de ánimo.

¿Qué les pasa? ¿De verdad no ven que el entrenamiento ha sido un desastre? ¡Somos jugadores profesionales de la NFL y cualquier equipo decente de instituto nos habría puesto las cosas complicadas hoy en el campo! ¡Es una vergüenza, no puede ser!

Lo más frustrante de todo es que a nivel individual no somos malos, pero en conjunto… Somos un fiasco, y eso que la mayoría de los chicos llevan varios años jugando juntos, deberían estar mucho más compenetrados.

Precisamente yo soy una de las últimas incorporaciones, llegué como agente libre justo después del Draft.

El contrato con mi anterior equipo terminó y, aunque me ofrecieron renovar, lo rechacé porque me di cuenta de que me estaba acomodando a la seguridad de la mitad de la tabla, sin grandes logros ni fracasos, con resultados estables, sin desastres, pero también sin opciones de mucho más. Me sentía como si el

fútbol y yo fuésemos un matrimonio monótono que continúa junto solo por estabilidad, sin amor ni pasión ni nada que merezca la pena de verdad.

Yo no quería seguir así, no después de pasar los últimos tres meses recuperándome de una dolorosa y aparatosa lesión de rodilla por la que la mayoría, incluida mi novia, la cual me abandonó en cuanto se dio cuenta de que mi vida podría cambiar, pensaron que tendría que dejar el fútbol profesional. Es evidente que ni ella ni los que opinaban que no volvería a competir a nivel profesional tenían la más remota idea de lo cabezota y obstinado que puedo llegar a ser cuando algo me importa de verdad, y nada me importaba más que estar al cien por cien y volver a jugar.

Lo conseguí, con esfuerzo, dolor y una dosis altísima de sacrificio lo conseguí, y decidí romper con todo, empezar de cero, ilusionarme de nuevo… Estaba convencido de que salir de mi zona de confort me ayudaría a volver a sentir la adrenalina, esa sensación de hambre por la victoria que no te deja pensar en nada más. Y justo entonces llegó la oferta de Los Lobos.

Un equipo que, pese a no haber ganado el Super Bowl en toda su historia y más allá de los pésimos resultados obtenidos durante las dos últimas temporadas, disfruta de un gran estadio, un cuerpo técnico decente y un banquillo con jugadores de mucho potencial, incluido mi mejor amigo de la infancia, Liam Jones, uno de los mejores receptores que he visto nunca y con el que formo un tándem sensacional. Ese fue sin duda uno de los puntos fuertes para acceder a convertirme en el *quarterback* de Los Lobos e intentar hacerlos aullar.

Aunque, visto lo visto, durante la pretemporada y el entrenamiento de esta tarde más que aullar lo único que vamos a hacer es gimotear.

Paseo la mirada por el vestuario buscando al entrenador Brown; quiero comentar con él algunas de las jugadas que hemos estado ensayando, porque me parece que su planteamiento es erróneo, pero no lo veo por ningún lado.

Me pongo de pie y cojo la bolsa para irme justo cuando Liam se me acerca por la espalda y me da un suave golpe en el hombro.

—Los chicos están pensando en ir a tomar algo. ¿Te apuntas? —propone con una sonrisa afable.

—Paso —murmuro.

—Eres tan coñazo como un dolor de pelotas —me acusa.

—Después de la mierda que hemos hecho hoy no estoy de humor.

—Ya mejoraremos —dice encogiéndose de hombros—. Solo necesitamos tiempo.

Lo observo con el ceño fruncido; no sé a quién pretende engañar, lo conozco de toda la vida, su casa estaba tan solo a un par de calles de la mía, por lo que casi podría decirse que éramos vecinos y, cuando empezamos a jugar juntos en el equipo del instituto, enseguida nos volvimos inseparables, así que por mucho que intente tomárselo con humor, sé que la basura de entrenamiento que acabamos de hacer le jode tanto como a mí.

—A este paso, cuando empecemos a jugar decentemente, seremos abuelos —resoplo.

—Tú, uno bastante cascarrabias por lo que veo —replica chasqueando la lengua.

Alzo las cejas y cruzo los brazos sobre mi pecho.

—Vale… Igual necesitamos algo más que tiempo —concede—. Pero ahora mismo no podemos arreglar nada, lo que sí podemos hacer es tomarnos esa cerveza. ¿Qué me dices?

Su actitud positiva y risueña es contagiosa y no puedo evitar sonreír mientras niego con la cabeza.

—Eres único —lo acuso.

—Lo soy, y tu vida era mucho más aburrida sin mí, admítelo —afirma señalándome con el dedo.

Es cierto, aunque compartimos equipo en la universidad, nos tocó separarnos al empezar a jugar en la liga profesional y, a pesar de que nunca perdimos el contacto y siempre hemos estado ahí el uno para el otro, alegrándonos de los triunfos y consolándonos en los momentos delicados, durante los años que nos ha tocado jugar en equipos contrarios lo he echado mucho de menos. Liam es un amigo de verdad, un tío con el que sé que puedo contar, y la vida se ha

encargado de enseñarme que ese tipo de personas no suelen abundar.

Estoy a punto de aceptar cuando la puerta se abre y los tres coordinadores (defensa, ataque y equipos especiales) entran en el vestuario con cara de pocos amigos y precedidos de Logan Henderson, el nuevo propietario del equipo.

Las voces de mis compañeros se van mitigando al verlo porque, a pesar de que no es la primera vez que Henderson baja al vestuario, tampoco es algo que haga con asiduidad.

El hombre camina con paso decidido y echa un vistazo a su alrededor esperando a que todos tomemos asiento.

Es un tipo joven, debe de tener más o menos mi edad, me reuní con él antes de firmar mi fichaje y enseguida noté que tiene ganas y que parece dispuesto a escuchar… No obstante, no puedo evitar preguntarme si tendrá lo que hay que tener para sacar un equipo como este adelante.

Hoy viste un traje gris oscuro, camisa blanca y, aunque no lleva corbata, su aspecto formal y elegante choca y marca distancia con las prendas deportivas o los vaqueros informales que llevamos los demás.

Lo estudio con atención, creo que nunca lo había visto tan serio y el brillo de desafío que distingo en su mirada cuando sus ojos nos recorren de uno en uno enseguida me hace ponerme alerta.

—Buenas tardes a todos —comienza a decir—. Sé que todos estáis cansados, por lo que voy a intentar ser lo más breve posible y no irme por las ramas. —Hace una pausa para asegurarse de que tiene toda nuestra atención—. Como os dije cuando tomé posesión de mi cargo, pienso entregarme en cuerpo y alma a este equipo. Estoy dispuesto a conseguir grandes cosas y lograrlo implica hacer algunos cambios importantes. —Su voz suena serena, sin embargo, a juzgar por la tensión que percibo en su cuerpo estoy convencido de que sabe que lo que va a decirnos no nos va a gustar.

Todos permanecemos en silencio y con nuestra atención fija en él.

—El primero de esos cambios es que Thomas Brown ha sido destituido de su puesto de entrenador jefe.

Entre mis compañeros se alza un murmullo generalizado; algunos de ellos llevaban varios años con Brown y no parecen demasiado satisfechos con las noticias.

En cambio, yo sí lo estoy; Brown era demasiado laxo, sus entrenamientos eran flojos y su visión de juego, bastante cortita para mi gusto. Sea quien sea su sustituto dudo que pueda hacerlo peor. Tampoco es que me declare fan de los coordinadores, sobre todo, del de ataque… Pero sin ninguna duda, cambiar a Brown era una necesidad imperante.

Enseguida comienzo a hacer cábalas imaginando por quién será sustituido, repaso los entrenadores libres que hay: Mark Turner sería una opción acertada. Teddy Berry tampoco estaría mal… La voz de Henderson, alta y clara, me saca de mis pensamientos.

—Me siento muy afortunado de presentaros a Madyson Ward quien será vuestra entrenadora jefa a partir de mañana.

—¿Qué demonios…? —murmuro justo cuando una chica joven, de larga melena castaña y mirada de color miel se abre paso entre los tres coordinadores para situarse a su lado.

Lleva vaqueros, camisa blanca y americana azul, un atuendo sencillo pero formal y, al contemplarnos a todos, su rostro refleja confianza y seguridad.

En el momento exacto en que sus ojos impactan en los míos siento un fogonazo, una llama que prende en la boca de mi estómago y me hace removerme incómodo; sin embargo, la sensación dura poco, el fuego se apaga con la misma rapidez con la que apareció en cuanto me doy cuenta de que lleva escrita la palabra «problemas» en la frente, con letras mayúsculas y luces de neón…

—Tiene que ser una broma —susurra Liam a mi lado, devolviéndome al mundo real.

—Una muy pesada —le aseguro en el mismo tono.

Les echo un vistazo a mis compañeros estudiando sus reacciones y, como era de esperar, el que no tiene la mandíbula descolgada, tiene los ojos abiertos de par en par.

—Es una mujer —titubea Travis Walker, nuestro jugador más joven, que ostenta la posición de *tackle* defensivo.

—Muy agudo —le responde Henderson.

—Madyson Ward es la hija del entrenador Dylan Ward, tiene muchísima experiencia y, además de formar parte del cuerpo técnico de su padre desde hace años, es la creadora de algunas de las mejores jugadas que habéis visto ejecutar al equipo de la Universidad de Michigan y a los Blue Boys de Washington.

¡Es la hija de Dylan Ward! Mi cerebro comienza a funcionar a toda velocidad. Vale, es cierto que su padre es un referente, eso no se puede negar. Comenzó entrenando equipos de instituto, después, pasó a los universitarios y, hoy en día, se considera uno de los mejores de la NFL. El entrenador Ward consigue hacer brillar a cada uno de los equipos que entrena; con alguien así al frente del equipo podríamos conseguir muchas cosas, es una lástima que no sea él quien esté aquí.

Centro de nuevo mi atención en Madyson.

La chica trata de aparentar calma, pero la forma en que sus dedos se mueven con disimulo uno contra el otro delata su nerviosismo; aun así, su voz es limpia y firme cuando avanza un paso para dirigirse a todos nosotros.

—Tengo grandes planes para este equipo —comienza a decir—. Sé que probablemente no soy el entrenador que esperabais, pero os aseguro que pienso dejarme la piel para conseguir la mejor versión de Los Lobos que cada uno de vosotros podáis dar.

—Pero es una mujer —dice de nuevo otro de mis compañeros, dirigiéndose a Henderson.

—Una mujer no puede ser entrenadora jefa —se escucha a Noah Johnson, uno de los veteranos de la defensa, que juega como ala defensiva.

—Ah, ¿no? —le replica ella, plantándole cara—. ¿Por qué?

—Nunca ha pasado —afirma Noah encogiéndose de hombros.

—Que algo no haya ocurrido antes no significa que no pueda suceder —declara ella.

—Es de sentido común —insiste él torciendo el gesto.

La mayoría de mis compañeros comienzan a apoyar a Noah expresando en voz alta su indignación y descontento.

—De sentido común sería que tú estuvieses centrándote en trabajar la fuerza y resistencia de tu izquierda —replica la chica, alzando la voz para hacerse escuchar por encima del murmullo colectivo, sin dejarse intimidar.

Alzo las cejas, sorprendido de que se haya dado cuenta de ese detalle. Noah se lesionó la espalda a finales de la pasada temporada y, aunque ya está recuperado, aún no ha vuelto a ser el que era.

Mis compañeros siguen protestando, en voz cada vez más alta, mientras ella aguanta la desagradable situación, erguida y sin inmutarse.

—Ryan, eres el *quarterback* y nuestro capitán, di algo —solicita Bradley Wood.

Lo observo sin saber qué decir.

Brad, como lo llamamos en confianza, fichó por Los Lobos hace dos temporadas y, contra todo pronóstico, porque no puede haber dos seres más distintos, tanto físicamente como en carácter, en cuanto Liam y él coincidieron, enseguida se hicieron amigos. Liam es rubio, de piel clara e impactantes ojos verdes. Tiene un carácter extrovertido, impulsivo y, a veces, hasta insolente. Bradley, en cambio, es de piel canela, pelo oscuro, ojos negros y, aunque es un tío divertido, también es reservado, algo tímido, formal, sensato y detesta las discusiones. Lo cierto es que conectar con él me resultó sencillo y natural cuando llegué al equipo.

En definitiva, Bradley Wood es de esas personas que, cuando entran en tu vida, lo hacen para siempre y ya no salen de ella.

Al escucharlo, el resto de nuestros compañeros, Henderson y Madyson, fijan su atención en mí esperando mi reacción.

La mirada de advertencia del dueño de Los Lobos es muy directa y no deja lugar a dudas… Quiere que lo apoye, que me ponga de su lado para calmar a mis compañeros. Pero no puedo, ¡nadie en su sano juicio podría! Lo que propone, lo que pretende hacer es una aberración que no puedo ni pienso defender.

—Creo que Madyson Ward no es una buena elección para el puesto —afirmo con voz seca.

—¿Puedes darme un motivo coherente? —me invita él.

—Ningún otro equipo tiene a una mujer como entrenadora jefa; como ha dicho Noah, jamás, en la historia de la NFL, una mujer ha ocupado ese puesto. No es normal —anuncio con rotundidad.

—Tampoco lo es quedar entre los últimos cinco puestos durante cuatro temporadas seguidas y vosotros solitos os las habéis ingeniado para ostentar ese cuestionable honor. —La voz de la chica suena dura y fría como el hielo.

—Somos los más interesados en salir de ahí, y ese es otro de los innumerables motivos por los que no puedes entrenarnos —rebato con convicción.

Ella aprieta los labios y está a punto de responder cuando todos mis compañeros comienzan a hablar de nuevo a la vez.

—No pienso entrenar bajo las órdenes de una mujer —afirma Noah, elevando la voz para hacerse escuchar sobre los demás.

—Yo tampoco —lo apoya Bradley, cruzando los brazos sobre su pecho.

—El banquillo es grande, hay mucho sitio para todos lo que prefiráis estar ahí —los amenaza ella.

—¡No me digas que vas a ponerte un casco y tú misma saldrás a jugar! —se cachondea otro de mis compañeros.

—Mi trabajo es entrenar —replica Madyson con seguridad—. Pero estoy convencida de que lo haría mucho mejor que vosotros… Aunque eso no es demasiado complicado, la verdad.

El revuelo entre mis compañeros aumenta en decibelios y Henderson grita para hacerse escuchar.

—Me parece que ha habido una pequeña confusión. —Su voz es áspera—. Esto no era una consulta ni una votación. Yo soy el dueño del equipo y he decidido contratar a Madyson Ward. —Hace una pausa, contemplándonos a todos—. Sois jugadores profesionales, vuestro trabajo es jugar, el suyo es entrenar. No hay nada más que comentar.

Los chicos no se molestan en disimular su enfado. Yo tampoco, la situación me parece hilarante.

—Me encantaría que os mostraseis a favor de mi decisión —añade—. Pero, en caso de no ser así, peor para vosotros, el tiempo

pondrá a cada uno en su lugar. Ahora, Madyson y yo tenemos que irnos a la rueda de prensa para su presentación oficial.

Capítulo 3

Un refugio en medio del chaparrón

Madyson

En cuanto el último periodista sale de la sala, aprovecho que Logan está saludando a uno de los técnicos de sonido para escaparme por una de las puertas laterales.

No tengo ni idea de hacia dónde conduce el estrecho pasillo por el que comienzo a caminar, pero necesito salir de aquí; necesito aire, necesito estar sola.

Si la presentación en el vestuario con los jugadores fue de todo menos agradable, la rueda de prensa no ha podido ser peor.

En la sala se habían congregado periodistas de todas las televisiones, radios y periódicos deportivos del país y, al enterarse de que Brown estaba fuera del equipo y la nueva entrenadora era yo… Niego con la cabeza al recordar ese momento.

La mayoría se reían y me observaban con sarcasmo; otros empezaron a hablar de mí como si yo no estuviese a unos pocos metros, y los más educados, a pesar de su expresión de escepticismo, trataron de fingir que mantenían su atención.

Me tiemblan las manos y siento las piernas tan pesadas que me cuesta caminar, un calor asfixiante me asciende por la garganta y el pecho me arde de tal forma que soy incapaz de respirar. La violencia de la primera arcada que asciende por mi esófago me hace contraerme, no obstante, no me detengo, no puedo pararme, no

aquí, nadie puede verme así, por lo que continúo caminando doblada sobre mi estómago lo que me parece una eternidad.

Al fin veo una puerta y, desesperada, buscando una salida o un lugar donde esconderme hasta ser capaz de recuperar la compostura, la abro y, sin pensarlo, me cuelo dentro, cierro, apoyo la espalda contra ella y me deslizo hasta el suelo para sujetarme las rodillas con ambas manos y esconder la cabeza entre ellas.

¿Y si he metido la pata? ¿Y si es una estupidez que esté aquí? Mi padre no se equivocaba al predecir que los jugadores no iban a respetarme.

No soy tonta, tampoco es que esperase un recibimiento con globos y pancartas. Sabía que la idea no iba a entusiasmarles, pero de ahí a negarse a trabajar conmigo, a la mofa de la prensa… Por suerte, conseguí aguantar sin venirme abajo delante de ninguno de ellos.

—¿Estás bien? —pregunta una suave voz.

Mis ojos se elevan y me encuentro de frente con una chica que rondará mi edad. La observo con atención. Tiene el pelo muy rubio y corto por encima del hombro, con flequillo lateral, abundantes pecas en la nariz y las mejillas y una imponente mirada azulada en la que no encuentro ni burla ni desdén ni suspicacia, solo sincera preocupación.

Mis ojos se pasean por la habitación y descubro varias camillas, una mesa con sillas, armarios y un montón de cremas y potingues. Estoy en una sala de masajes.

—¿Te encuentras bien? —insiste ella, dando un paso hacia mí.

—No estoy en mi mejor momento —reconozco sorbiendo por la nariz.

—Eso espero; si este fuese uno de tus mejores momentos, me daría miedo preguntarte por los malos —responde esbozando una tímida sonrisa.

—¿Por qué no te tumbas y me dejas ayudarte? —ofrece a continuación, señalando una de las camillas—. Estás tan pálida que pareces a punto de desmayarte.

Observo dubitativa la puerta que hay detrás de mí.

—Tranquila, todos se han ido, no va a entrar nadie —me asegura, adivinando el curso de mis pensamientos—. Yo estaba haciendo inventario para reponer algunas cosas que se nos están acabando —me explica mientras señala de nuevo la camilla.

Todavía no estoy demasiado convencida, sin embargo, tampoco es que esté consiguiendo grandes avances por mí misma, mi corazón sigue desbocado y respiro tan rápido que casi estoy hiperventilando, así que asiento, me levanto y me acerco para tumbarme en una de las camillas bocarriba.

Tengo la sensación de que en esta posición me encuentro incluso peor, al menos hasta que la chica se coloca detrás de mi cabeza y comienza a trazar círculos en mi frente y alrededor de mis ojos.

—Respira de forma lenta. Uno, dos, tres, cuatro, cinco —me indica—. Mantén el aire dentro de tus pulmones y espira con tranquilidad en uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Su voz, dulce y relajada, me repite el proceso una y otra vez y, después de varios ciclos desarrollando el mismo ejercicio mientras ella continúa trazando los círculos, empiezo a sentirme mejor.

La presión baja, la angustia cede y poco a poco el aire vuelve a entrar en mis pulmones con normalidad.

—Gracias —musito al cabo de unos minutos, incorporándome para quedar sentada en uno de los lados de la camilla.

—De nada. —Su sonrisa es franca y natural—. Eres Madyson, ¿verdad? La nueva entrenadora.

Lo dice sin reírse, sin acritud, incluso sin sorpresa. Como si en lugar de ser algo absurdo y descabellado fuese… normal y, aunque pueda parecer poca cosa, es suficiente para que la confianza vuelva y mi autoestima deje de sangrar.

—¿Cómo lo sabes? —inquiero con curiosidad.

—No hay demasiadas mujeres por aquí. Así que al verte entrar en modo pánico después de que algunos de los chicos se pasasen por la sala hablando de ti… Fue fácil atar cabos —me explica.

Un gemido escapa de mi garganta.

—No sé si quiero saber lo que decían —murmuro.

—No quieres y nada bueno —admite negando con la cabeza—. Pero no les hagas caso, se les pasará.

La contemplo con incredulidad. A pesar de que me encantaría creerlo, dudo que esté en lo cierto.

—¿Y tú? ¿Eres la fisioterapeuta del equipo? —me intereso, tratando de alejar esos pensamientos.

—Una de ellos —afirma señalando su ropa de trabajo—. Me llamo Savannah, Savannah Moore.

—Pues gracias otra vez, Savannah. De no ser por ti, creo que me habría caído redonda —confieso.

—Somos pocas chicas en este mundillo, tenemos que apoyarnos entre nosotras —dice encogiéndose de hombros—. ¿Me permites un consejo? —añade dubitativa.

—Claro, teniendo en cuenta cómo ha ido el día te lo agradecería —respondo de inmediato.

—No pueden verte flaquear —lo dice con rotundidad—. Son como hienas, si creen que eres una presa fácil, te destrozarán.

—Visto así, me dan aún más ganas de quedarme… —comento con ironía.

—Estoy segura de que sabías que no iba a ser fácil —afirma ella.

—Mi padre y mi hermano son Dylan y Kevin Ward, y los dos me advirtieron que esto era un disparate.

—Y, aun así, aceptaste —señala.

Ni siquiera lo pienso.

—¡Claro que acepté! ¡Dirigir mi propio equipo siempre me pareció un sueño inalcanzable! —confieso.

—¿Sabes qué es lo mejor de los sueños? —pregunta desplegando una sonrisa ilusionada.

—¿Qué?

—Que son tuyos, y mientras tú decidas seguir soñando, nadie puede arrebatártelos.

—Sabía que iba a ser complicado, pero creo que mi imaginación se quedaba muy corta —admito, sorprendida por lo fácil que me resulta hablar con Savannah para lo poco que la conozco.

—Estoy segura —asiente—. No obstante, creo que si de verdad es esto lo que quieres, no deberías rendirte.

—No pensaba hacerlo —confieso más animada—. Solo he tenido un momento de bajón, nada más. No soy de las que cuando las

cosas se complican tiran la toalla.

—Me alegra escucharlo. —Mi nueva aliada sonríe complacida—. Conozco a Henderson, es un tío inteligente, si él lo ha apostado todo por ti poniéndose en contra del cuerpo técnico, los jugadores y la mayor parte de la prensa del país, tiene que ser por algo. —Hace una pausa y añade—. La oportunidad que te ha dado siembra un precedente, abre una puerta, no solo para ti, sino para todas las mujeres que se mueven en sectores mayoritariamente masculinos. Este es un hecho único, histórico, estás poniendo en jaque al patriarcado —declara emocionada.

—¡A la mierda el patriarcado! —exclamo, espoleada por sus palabras, alzando el puño en alto.

—¡A la mierda el patriarcado! —me imita ruborizándose.

El día empezó mal y siguió peor… Pero he tenido la suerte de conocer a Savannah y eso acaba de mejorarlo.



—¿Solo has traído estas cajas? —me pregunta la fisioterapeuta caminando por la cocina del que será mi hogar durante los próximos meses.

—Fue todo tan rápido que solo me dio tiempo a coger lo más imprescindible y necesario, el resto de las cosas de mi apartamento las dejará una empresa de mudanzas en la casa de mis padres.

—La casa es muy bonita —afirma ella.

—Ni siquiera la elegí yo, Logan me la consiguió —digo encogiéndome de hombros.

—La zona es estupenda, te va a encantar, es una urbanización muy tranquila pero viva a la vez. Tiene mucho verde, sitios para tomar algo… Me encanta. —Suspira, dando una vuelta sobre sí misma.

Echo un vistazo a mi alrededor y sonrío, segura de que tiene razón.

La casa está situada en Malba, un barrio de Whitestone, una de las zonas más exclusivas y tranquilas de Queens y, por lo que tengo

entendido, soy afortunada, ya que para poder mudarte aquí tienes que obtener el beneplácito de la asociación de vecinos, trámite que por suerte Logan gestionó por mí.

Mi vivienda es de tamaño medio; fachada de piedra, pequeña parcela de césped delantero y mi parte preferida: un porche de buen tamaño en la parte posterior que da al jardín trasero.

La planta inferior de la casa alberga un aseo, una cocina americana con despensa y un enorme salón comedor con tarima de madera, chimenea, televisor de setenta pulgadas y grandes ventanales. La superior la ocupan el cuarto de la colada y tres habitaciones, cada una de ellas con baño privado y balcón.

Sí, la verdad es que creo que voy a sentirme muy cómoda aquí.

—Te ofrecería algo de beber, pero mucho me temo que tengo la nevera vacía. Llegué ayer por la noche y todavía no he salido a comprar nada.

Es cierto, no contaba con tener invitados y mucho menos tan pronto. Sin embargo, después de estar hablando un rato más con Savannah tras mi ataque de pánico, me sentía tan a gusto en su compañía que cuando se ofreció a ayudarme a deshacer las cajas ni se me pasó por la cabeza decirle que no.

—No te preocupes, hay varios supermercados cerca, también hacen un mercado ecológico cada lunes y, por si no te apetece cocinar, tienes varias cafeterías y restaurantes a los que solo se tarda en llegar unos minutos caminando —me informa.

—Conoces bien la zona —afirmo.

—Tengo una amiga que vive en esta misma calle —explica—, por lo que paso bastante tiempo por aquí.

El sonido del timbre desvía nuestra atención.

—¿Esperas a alguien? —pregunta.

—No que yo sepa —respondo caminando hacia la entrada.

Dos enormes ojos verdes me observan con curiosidad desde el otro lado en cuanto abro la puerta.

La chica que me saluda con un movimiento de mano y una enorme sonrisa es un poco más alta que yo, tiene el pelo castaño oscuro, largo y rizado y una mirada que recuerda a una pradera en

plena primavera. ¡Es impactante! Creo que nunca antes había visto esa mezcla de tonos verdes compartiendo pupilas.

—Siento molestar y no pretendo autoinvitarme, pero Logan me contó lo ocurrido esta tarde en el vestuario y decidí pasar con unas provisiones para presentarme. —Hace una pausa, señalando con un movimiento de cabeza las cajas de *pizza* que sostiene con ambas manos, y continúa hablando—. Me llamo Aria Henderson, soy la prima de Logan, también la directora de Relaciones Públicas y Prensa de Los Lobos y, por si eso fuese poco, tu vecina —añade guiñándome un ojo—. Vivo siete casas más allá, a la derecha.

—¿Aria? —pregunta Savannah acercándose.

—¡Savannah! ¡No sabía que ya os conocíais! —exclama la recién llegada, quien parece encantada.

—Lo hicimos esta tarde por casualidad, cuando Madyson se escondió en una de las salas de masajes —le explica la rubia, que se acerca para coger una de las cajas de *pizza*.

—No me estaba escondiendo —protesto.

—Sí que lo hacías —dice ella sonrojándose de nuevo.

—Solo necesitaba un par de minutos de tranquilidad.

—Huías como si fueses una liebre perseguida por una manada de perros de caza —indica, arrugando la nariz con gracia.

La conozco desde hace tan solo unas horas, no obstante, ya he podido observar que bajo esa capa de timidez que la recubre se esconde una chica bastante simpática.

—Imagino que habrán sido horas duras —interviene Aria, adentrándose en la casa sin esperar a que la invite a pasar—. Los jugadores son todos unos capullos. Se piensan que todavía vivimos en la época de las cavernas y no se dan cuenta de que el mundo tiene que evolucionar —añade dedicándome una mirada empática y una sonrisa de complicidad.

Savannah asiente y Aria se sigue viniendo arriba.

—¡Se creen por encima del bien y del mal, piensan que solo por el hecho de saber jugar al fútbol hay que rendirles pleitesía y babear al verlos pasar! —exclama frustrada.

—Entiendo que fuese un *shock* para ellos… —comienzo a decir.

—¡Pues yo no! —me interrumpe, echando chispas por sus ojos verdes—. ¿Me vas a decir que las mujeres estamos capacitadas para pilotar naves espaciales, pero que no lo estamos para entrenar en fútbol americano?

—Eso mismo fue lo que le dije a mi padre —confieso, y sonrío de oreja a oreja.

—Y muy bien dicho, sí, señora —asiente ella.

Desde que empecé con todo esto es la primera vez que siento algo de apoyo (omitiendo a Logan y a mi madre, claro) y eso hace que me sienta un poco más ligera, como si parte de la presión de mi pecho se esfumase. Así que, llegados a este punto, me trae sin cuidado si ese apoyo viene del presidente del gobierno, de la Asociación Salvemos a las Ballenas o de las dos chicas que están de pie en medio del recibidor.

Además, el *feeling* que he sentido con ellas ha sido inmediato, desprenden buen rollo y me siento cómoda a su lado.

—¿Y resultó ser un argumento convincente? —se interesa Savannah—. Lo que le dijiste a tu padre —especifica por si no me ha quedado claro.

—Por desgracia, no demasiado —reconozco, suspirando resignada.

—Lo siento —murmura con semblante comprensivo.

—Lo imaginaba, no me sorprende nada —admite Aria.

—Pues a mí sí me sorprendió —confieso—. Es mi padre, esperaba un poco más de apoyo por su parte.

—Cierto —admite, colocando un mechón de rizos detrás de su oreja—. Pero también es un hombre y, para más inri, entrenador.

—Y no cualquier entrenador… —la apoya Savannah.

Mi gesto se contrae; a pesar de intentarlo, no puedo evitar que me afecte y me duela la reacción de mi padre.

Savannah enseguida se da cuenta y coloca su mano en mi hombro.

—Tranquila, seguro que al final lo aceptará —trata de animarme.

—Si tú lo dices… —comento sin demasiada convicción.

—Es cierto —la apoya su amiga—. Además, no debes preocuparte porque no estás en esto sola, al menos ya no. Puedes

contar con nosotras, ¿verdad, Savannah?

—¡Por supuesto!

—No os hacéis una idea de cuánto os lo agradezco —admito.

—¡No digas tonterías, no hay nada que agradecer! Va a ser divertido tenerte por aquí, al equipo le hacía falta un cambio —dice Aria caminando hacia la cocina para apoyar la *pizza* que aún lleva en sus manos sobre la isla.

—Después de lo ocurrido en la rueda de prensa y el vestuario no sé si «divertido» es el adjetivo más apropiado —rezongo, estremeciéndome al recordar los dos momentos.

—Haremos que lo sea —afirma Savannah.

—Oh, sí, puedes creer que sí —sentencia la morena mientras abre una de las cajas y aspira el inconfundible aroma de la *pizza*—. Ahora vamos a comer y después te ayudaremos a deshacer todo eso para que empieces a sentirte en casa.

Mi mirada sigue la dirección de su dedo, que señala las cajas y maletas esparcidas por el suelo del salón; no tenía hambre, ni mucho menos ganas de deshacer el equipaje, sin embargo, ahora todo ha cambiado.

Aria hace un comentario y sonrío.

Apenas las conozco y, aun así, estoy convencida de que ellas van a ser mi paraguas, mi refugio en medio de este chaparrón.

Capítulo 4

Las Juanas

Ryan

Como una exhalación y dejando a su pobre secretaria, la cual ni siquiera tiene tiempo de levantarse de su escritorio para intentar interponerse en mi camino, con expresión desencajada.

Así es como irrumpo en el despacho de Logan Henderson quien, en el momento de mi gloriosa aparición, desvía su atención de los dos hombres con los que está reunido y me observa cruzando los brazos sobre su pecho.

—Id echándole un vistazo a lo que hemos hablado y seguiremos comentándolo más tarde —les indica a sus interlocutores sin perderme de vista.

Los hombres, que no parecen demasiado entusiasmados con la interrupción, tuercen el gesto y se limitan a recoger los papeles, que permanecen esparcidos sobre la mesa, sin añadir nada.

Me contengo mientras meten las hojas en una carpeta, y también lo hago cuando pasan por mi lado, observándome con cierto aire condescendiente, pero, en cuanto la puerta se cierra, exploto sin pizca de control.

—¡Tiene que ser una puta broma pesada! —exclamo.

No necesita preguntarme de qué hablo, lo sabe tan bien como yo.

Su mirada se endurece al contestar.

—Una broma pesada son los resultados de la última temporada.

—¡Acepté venir a jugar a Los Lobos porque me aseguraste que ibas a ponerlo todo de tu parte para llevar al equipo a lo más alto!

—Y eso es justo lo que hago.

—¡De eso nada! ¡Lo que estás haciendo es convertirnos en el hazmerreír de toda la liga profesional! ¡Somos un puto chiste nacional! —bramo enfurecido.

Henderson se levanta de la silla para acercarse y, como nuestra estatura es similar, quedamos enfrentados cara a cara.

—Me importan una mierda los dimes y diretes, los memes, los chistes o ser la comidilla de todo el puñetero país —sisea—. ¿Sabes qué es lo único que tiene importancia para mí?

—Sorpréndeme —exijo con desdén.

—Los resultados, me importan las victorias y los puntos y estoy convencido de que con Madyson Ward vamos a lograrlos.

—¡No me toques los cojones! —grito llevándome las manos al pelo y comenzando a pasearme como un poseso por la sala.

Sé que no son formas de hablarle a nadie, y mucho menos al dueño del equipo, pero es que estoy cabreado, los chicos están muy enfadados, incluso el cuerpo técnico está que echa humo… Desde que ayer por la tarde se hizo la presentación oficial ninguno de ellos ha dejado de protestar y de romperme la cabeza, y no me extraña, los entiendo y no puedo estar más de acuerdo con ellos porque lo que pretende este tipo es una barbaridad.

Anoche, pusieses el canal deportivo que pusieses, no se hablaba de otra cosa, la cara de Ward estaba en todos lados y el cachondeo era monumental.

—Te digo que es buena, Ryan, muy buena —insiste—. Muchas de las mejores jugadas de los Blue Boys a lo largo de estos años son suyas.

—Venga ya —bufo.

—Y no solo de los Blue Boys, la conozco de toda la vida, desde el instituto, y sé que tiene algo especial —añade tratando de convencerme.

—¿Algo especial? —repito girándome de golpe para mirarlo de nuevo a la cara—. ¿Es que acaso te la quieres tirar y como no te

hace caso has montado todo este circo para ganar puntos con ella? —lo acuso, furioso e incrédulo.

Su semblante cambia, ahora sí que parece disgustado de verdad.

—A diferencia de muchos de vosotros, suelo utilizar el cerebro y no lo que tengo en los pantalones para tomar mis decisiones —replica molesto.

—No la queremos como entrenadora —afirmo con rotundidad.

—¿En algún momento me has escuchado preguntar? —cuestiona con voz gélida—. Centraos en lo que tenéis que hacer, que, por si lo has olvidado, es jugar.

—Si te empeñas en ponerla como entrenadora no puedo responder por los chicos —lo suelto en tono tranquilo, pero su rostro se enciende por la amenaza velada escondida en mis palabras.

—No me jodas, Hart, te recuerdo que eres el *quarterback* titular. Si quieres seguir siéndolo, te aconsejo que empieces a comportarte como tal. —Ahora es él quien me amenaza y mi crispación se vuelve incontenible.

—¡Eso hago! —bramo—. ¡Estoy defendiendo los intereses del equipo! ¡De mis compañeros!

—Tu trabajo es defender esos intereses de los que tanto hablas en el campo, no en los despachos —me recuerda.

—La decisión que estás tomando es un error que vamos a pagar muy caro —auguro entre dientes.

—Buena o mala, la decisión está tomada y ninguno de vosotros está en posición de cuestionarla —me recuerda, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo, a la vez que achica la mirada mientras, con un movimiento de cabeza, señala la puerta—. Ahora, si de verdad el equipo te preocupa tanto como dices, lárgate de mi despacho y haz lo que tienes que hacer, eso para lo que te hemos fichado: ganar.

Aprieto la mandíbula con fuerza, consciente de que la conversación se ha terminado y, rechinando los dientes, me alejo a grandes zancadas tras cerrar de un sonoro portazo.



Madyson

Soy la primera en llegar al entrenamiento y, para intentar calmar los nervios que me están carcomiendo por dentro, comienzo a revisar mis notas.

Pocos minutos después, los coordinadores de ataque y defensa hacen su aparición, charlando de forma animada, y me saludan desde la distancia con un movimiento de cabeza.

Estoy atacada, desquiciada. Por suerte, desde pequeña aprendí que para que en esta profesión te tomen en serio, debes dejar todo atisbo de flaqueza escondido en las capas más profundas de tu alma y derrochar seguridad. Por eso soy una experta camuflando mis emociones y, gracias a ello, desde fuera puedo parecer la serenidad personificada, aunque en realidad me suden las manos y sienta ganas de vomitar.

Hoy es un día importante, mi primer entrenamiento al mando, y quiero demostrar profesionalidad, necesito que vean que sé de lo que hablo, que tengo las cosas claras, y que confíen en mí, porque esa es la única forma de que pueda hacerlos mejorar.

Reviso una vez más los esquemas y la información que he ido recopilando de forma meticulosa sobre cada uno de los jugadores, a pesar de que a estas alturas me la sé de memoria.

El coordinador de jugadas especiales, Ross Cork, irrumpe acompañado de alguno de los chicos, y siento un puñetazo en el estómago cuando ninguno de ellos se molesta en saludarme o mirar en mi dirección. Es evidente que no me lo van a poner fácil, pero tampoco me sorprende, así que, manteniendo mi expresión imperturbable, aguardo unos minutos para que salgan los que todavía permanecen en el vestuario y camino después hasta el centro del campo.

—Buenos días a todos —digo en voz alta y clara—. Hoy es mi primer día con vosotros, por lo que he decidido modificar un poco el entrenamiento.

Ninguno dice nada, pero sus caras son el vivo retrato del rechazo que sienten hacia mí.

—El equipo de ataque va a trabajar la velocidad, voy a dar a vuestro coordinador un par de jugadas nuevas que quiero que probéis —comento, acercándole al hombre del bigote que ha sido la mano derecha del antiguo entrenador una carpeta azul. Él la coge de mala gana, fulminándome con la mirada.

—La defensa practicará resistencia y fuerza por medio de estos esquemas de trabajo —añado, tendiéndole una carpeta similar al coordinador correspondiente.

—Y, por último, vosotros —digo, señalando a los de jugadas especiales— necesitáis trabajar la precisión —explico, acercándole la última carpeta a Cork quien me observa con incredulidad y algo de escepticismo.

Le mantengo la mirada sin achicarme. He estudiado el trabajo de los tres coordinadores y el de Ross Cork no me disgusta.

—Eso no es lo que teníamos previsto para hoy —anuncia Ryan, el *quarterback*, alzando la voz mientras se quita el casco y cruza los brazos sobre su pecho.

Lo contemplo con detenimiento… Tiene el pelo negro despeinado y revuelto, sus ojos, de un color azul tan intenso como el océano, se vuelven inquietantes al convertirse en dos gélidos bloques de hielo, y su porte, alto y atlético, resulta intimidante, casi amenazante… Pero no me dejo impresionar ni me amedrento.

—Lo sé, por eso he dicho que el entrenamiento iba a ser un poco diferente —respondo en un tono que no da lugar a discusión—. Si no hay ningún otro comentario, podéis empezar.

Los jugadores se reparten en varios grupos con sus respectivos coordinadores y auxiliares y, mientras toman posición, camino hacia el banquillo, donde he dejado apoyada mi botella de agua.

Simulo que estoy bebiendo, pero en realidad solo necesito hacer unas cuantas respiraciones profundas e infundirme los ánimos suficientes para volver ahí y comenzar a analizar qué es lo que no está funcionando y hay que cambiar.

La primera sorpresa desagradable me la llevo cuando, al darme la vuelta y echar un vistazo a la sección de ataque, descubro que ninguno de los jugadores está ensayando nada ni remotamente parecido a las jugadas que les acabo de entregar.

—Maldita sea… —murmuro en un tono casi imperceptible mientras me aproximo al coordinador, quien ni se ha molestado en abrir la carpeta.

—¿Qué hacéis? —pregunto con voz seca.

—Entrenar —responde de forma escueta.

—Eso no es lo que te he pedido que hagan —indico, señalando con una mano al ala cerrada Bradley Wood.

—Lo sé, me pareció más oportuno practicar lo que ya estaba acordado —replica el hombre sin dignarse a mirarme.

—Quiero que practiquen las jugadas que te acabo de entregar —insisto, poniendo los brazos en jarras.

El muy déspota me está echando un pulso y está muy equivocado si piensa que lo va a ganar.

El tipo, que me saca unos cuantos centímetros y bastantes años, me observa por encima del hombro y niega con la cabeza.

—No lo veo necesario —me contradice.

—Entonces es porque estás mal de la vista —rebato—. Los lanzamientos de Ryan se desvían unos centímetros cuando tira con la izquierda y Liam pierde el contacto con la pelota un treinta por ciento de las veces cuando la recepción es en salto; en cuanto a Bradley, en los últimos partidos de la temporada pasada perdió velocidad. Por lo que, te parezca necesario o no, haz el favor de abrir la carpeta para empezar a practicar lo que he preparado para hoy.

Sus ojos disparan balas a la vez que sus mejillas se colorean de rabia. Me da igual, es un soberbio y me importa un comino si lo que digo le parece bien o mal.

Al final, viendo que no voy a dar mi brazo a torcer, abre la carpeta y, de mala gana, explica los nuevos ejercicios a los jugadores quienes no parecen más satisfechos que él.

Camino en la dirección de la defensa y «ohhh, sorpresa…». Otros que se pasan por las pelotas mis indicaciones.

—¿Se puede saber qué leches hacen? —cuestiono, cabreada, al acercarme a ellos.

—Están practicando las jugadas que fallaron en el último partido de pretemporada —me explica su coordinador.

—Eso no es lo que aparece ahí dentro —afirmo, señalando la carpeta mientras me siento como un loro de repetición.

—Lo que propones no tiene sentido. Me parece una estupidez y una pérdida total de tiempo —asegura el hombre blandiendo la carpeta con violencia, como si estuviese conteniéndose para no estampármela en la cabeza.

—La primera línea de defensa pierde el equilibrio con facilidad cuando los golpean por la izquierda —siseo entre dientes—. Eso es lo que pretenden trabajar esas jugadas.

—Estás equivocada —casi escupe las palabras.

—Equivocada o no, soy la entrenadora jefa y estoy dando unas pautas sencillas y claras —comunico en tono de advertencia.

Sus ojos se convierten en rendijas y su boca en una línea tan fina que casi desaparece de su cara.

—Chicos, dos series de flexiones y tres de abdominales —les ordena, ignorando todo lo que le acabo de decir.

Ellos ni lo piensan y obedecen a su coordinador, desautorizándome y dejándome con un palmo de narices.

La rabia se arremolina dentro de mi cuerpo. ¡No puedo permitir que me pasen por encima! Pero montar una pataleta el primer día tampoco es lo más recomendable si quiero que me tomen en serio, así que por esta vez decido dejarlo estar.

Suspiro, malhumorada, cuando, al mirar a mi derecha, compruebo que Ross Cork también ha decidido pasarse mis indicaciones por cierta parte de su anatomía.

—¡Cork! —grito su apellido caminando hacia él, que se vuelve hacia mí con gesto de fastidio—. ¿Por qué Tom Risk está corriendo por la banda? Estoy casi segura de que sabes leer; por lo que sé, hablamos el mismo idioma y las órdenes que aparecen dentro de esa carpeta son claras. —Mi voz, seca y dura, suena más alto de lo que esperaba.

—Está practicando velocidad porque es lo que teníamos preparado para hoy —responde molesto.

—Ya he explicado que quiero que trabaje la precisión —le recuerdo.

Charly se acerca a donde nos encontramos y, todavía recuperando el aliento, pone los brazos en jarras y me encara con actitud desafiante.

—Estoy siguiendo el *planning* que trazó el entrenador… —interviene con tono insolente.

—La entrenadora soy yo —lo interrumpo mientras le quito al coordinador la carpeta de las manos, la abro, saco el papel en el que vienen especificados los ejercicios que quiero que trabaje con todo lujo de detalles y lo planto delante de las caras de los dos—. Y cuando propongo un ejercicio siempre es por una razón. Tu velocidad es buena, pero necesitas mejorar la precisión porque tus pases se desvían varios centímetros a la derecha desde que te lesionaste el codo la temporada pasada.

Él frunce el ceño y cruza los brazos sobre su pecho.

—Pero… —comienza a rebatirme; sin embargo, Ross Cork interviene sin dejarlo terminar.

—Haz lo que dice la entrenadora —le ordena con seriedad.

La orden nos coge por sorpresa tanto a mí como al propio jugador quien se aleja un par de pasos a regañadientes para empezar a desarrollar los ejercicios pautados.

—Gracias —murmuro volviéndome hacia Cork sin esconder mi sorpresa.

—No me las des, tu razonamiento era sólido y estaba bien argumentado —reconoce, alejándose sin más para centrarse en otro jugador.

Inspiro con fuerza y una pequeña sonrisa se desliza por mis labios mientras saboreo el dulce néctar de mi pequeña victoria.

Pequeña y breve, porque la sensación desaparece en cuanto descubro a Ryan Hart despellejándome con los ojos desde el otro lado del campo.

Su expresión me produce escalofríos, pero me obligo a alzar la barbilla y mantenerle la mirada; al final, Liam pone una mano sobre su hombro y él la desvía hacia su compañero.

Exhalo despacio, aliviada, y echo la mano al bolsillo de mi pantalón al sentir que el móvil comienza a vibrar.

Una sonrisa se abre paso entre mis labios cuando, al desbloquearlo, descubro los mensajes de un grupo de Telegram llamado las Juanas del que, por lo visto, formo parte.

Las otras integrantes, como no podía ser de otra manera, son Aria y Savannah.

YO: ¿Las Juanas? ??

ARIA: Es por Juana de Arco; al igual que nosotras, ella se movía en un mundo de hombres, comandó a los ejércitos franceses, los llevó a la batalla y venció, a pesar de que me atrevería a apostar que lo hizo en contra de la opinión y el deseo de muchos de los hombres que combatían a su lado. Tú lideras a una pandilla de cincuenta y tres jugadores egocéntricos y descerebrados. Somos su versión dos punto cero. No podríamos tener un mejor nombre.

La explicación me hace gracia y sonrío de nuevo.

YO: Espero no acabar como ella. Sabes que la pobre Juana terminó quemada en la hoguera, ¿verdad?

ARIA: Por suerte, ya no está permitido ir por ahí chamuscando gente.

SAVANNAH: Nos faltan el arco y las flechas, y un caballo, Juana tenía caballo.

YO: Del caballo voy a pasar, pero un arco y unas cuantas flechas hoy me habrían venido bien…

ARIA: ¿Tan mal ha ido?

YO: Mal no, peor.

ARIA: Me reitero en lo dicho: una panda de cincuenta y tres descerebrados.

SAVANNAH: Cuando terminemos, podríamos ir a tomar algo y nos pones al día.

ARIA: Yo me apunto. ¿Madyson?

YO: Tengo que revisar unos vídeos al llegar a casa… Pero supongo que puedo entretenerme un rato.

ARIA: ¡Así me gusta! ¡Las Juanas tenemos que apoyarnos!

SAVANNAH: Nos vemos en tres horas en la puerta principal.

De mejor humor, me despido de las chicas, dispuesta a enfocarme de nuevo en los diferentes ejercicios que se desarrollan en el campo.

—Mierda —siseo a la vez que el corazón me da un vuelco al comprobar que, a excepción de Charly West, que continúa ejercitando sus pases, ninguno es parte del programa que les he pautado.

Resoplo y me aprieto el puente de la nariz con los dedos; todavía queda más de una hora de entrenamiento… Y visto lo visto, creo que ese tiempo se me va a hacer muuuyyy largo.

Capítulo 5

Veinte memes y una llamada

Ryan

—¿Me pones cuatro jarras de cerveza, Paty? —Lo pido desplegando una gran sonrisa y la mujer enseguida asiente en mi dirección mientras se limpia las manos con un trozo de papel.

Cuando el entrenamiento terminó estaba de un humor terrible, necesitaba despejarme y no me apetecía nada meterme en casa, por eso, en cuanto Liam nos propuso venir a tomar algo al agujero, me apunté sin pensarlo.

El local es pequeño, para acceder desde la calle hay que bajar unas escaleras. Por dentro tanto el suelo como las paredes y la barra están recubiertos de madera y se ve algo anticuado, sin embargo, a mí me encanta porque además de que se encuentra a escasos dos minutos caminando desde el estadio, suele tener poca clientela entre semana, a estas horas está casi vacío y eso nos da bastante privacidad cuando nos apetece tomar algo.

—Aquí tienes, Ryan —anuncia Paty, la dueña del local. Una mujer de casi sesenta años forofa del equipo y que siempre nos trata fenomenal.

Agarro como puedo dos jarras con cada mano, tratando de no derramar su contenido, y me voy la vuelta para dirigirme de nuevo a la mesa en la que los chicos siguen inmersos en la misma estúpida discusión. Y en ese momento, una risa que proviene de una de las mesas más apartadas del fondo del local atrae mi atención.

—No puede ser —murmuro entre dientes mientras deposito con un golpe seco las bebidas delante de Liam, Bradley y Charly, que hoy ha decidido unirse a nosotros.

Mis compañeros alzan curiosos la vista hacia mí.

—¿Qué no puede ser? —pregunta Liam—. ¿Estás bien, tío? Ni que hubieses visto un fantasma.

—Casi —respondo molesto—. Acabo de ver a *la entrenadora* —confieso, usando para el sustantivo un nivel estratosférico de ironía y desdén.

—¿A la entrenadora? —repite Bradley alzando las cejas sorprendido.

Asiento, apretando la mandíbula, y tomo asiento en la silla que dejé vacía al acercarme a la barra.

—¿Dónde? —insiste mi amigo.

—Allí mismo —informo señalándola—. Está con una de las fisios del equipo y con la directora de prensa.

Los tres la buscan y, al igual que me ha ocurrido a mí, sus semblantes se nublan en cuanto la encuentran ahí sentada.

—Parece que empieza a hacer amigas… —comenta Liam.

—Lo que nos faltaba, que se junte con otras dos locas que le den alas —protesta Charly frunciendo el ceño.

—Opino lo mismo —afirmo, de acuerdo con él—. Alguien debería dejarle claro que no estamos de acuerdo con su presencia ni en el equipo ni aquí.

Hago el amago de levantarme y Brad me echa una mano al brazo para detenerme.

—Espera. ¿Qué vas a hacer?

—Lo que te acabo de decir: aclararle un par de puntos —respondo, deshaciéndome de su mano con un movimiento brusco—. ¿O es que acaso quieres soportarla toda la temporada?

—Por supuesto que no —contesta Brad—. Pero creo que todos dejamos muy clara nuestra postura tanto ayer, cuando Henderson nos la presentó, como en el entrenamiento de hoy. Abordarla en su tiempo libre no me parece la mejor opción.

—Bradley tiene razón; es mejor pasar de ella, ignorarla. Con un poco de suerte, acabará cansándose de que nadie le haga caso y se

irá antes de hacernos quedar demasiado mal —declara Liam poniéndose de su parte.

—Pues yo creo que alguien debería ponerla en su sitio —rebate Charly—. Hoy le ha dado por cambiar el plan de entrenamiento. ¿Qué será lo siguiente?

El chaval tiene razón… Esto es serio e importante. Estaba convencido de que este sería mi año, y de repente, para cargárselo todo, llega Madyson Ward jugando a ser entrenadora, ridiculizándonos y mandando a la mierda cualquier posibilidad de victoria.

—Estoy de acuerdo con él —anuncio—. Si todavía no tiene claro que no la queremos aquí, habrá que decírselo otra vez.

Liam intenta detenerme, pero antes de que pueda hacerlo ya estoy dando zancadas en su dirección.

—Ryan —me llama mi amigo siguiendo mis pasos.

—Ryan, espera —me pide justo antes de llegar a donde están ellas.

Me hago el sordo…

—Pues nada, aquí estamos —sisea mi amigo, situándose a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —suelto, en tono áspero, sin molestarme en saludarlas antes de asaltarlas.

Las miradas de las tres se alzan sorprendidas para observarnos de manera alternativa a ambos.

Han debido de llegar antes que nosotros y, por lo visto, estaban tan enfrascadas en su conversación que no han reparado en nuestra presencia.

—Supongo que lo mismo que tú… —responde Madyson, señalando el vaso del chupito que tiene delante—. Aunque no deberías, ya que estás en plena temporada.

¿Está teniendo las santas narices de echármelo en cara? ¿Me está llamando irresponsable? ¡O peor! ¿Insinúa que soy poco profesional? ¡No será capaz!

—Tomar una cerveza ni está prohibido ni es un delito —le aclaro con sequedad.

—Por supuesto que no, y tampoco lo es tomarse un chupito —me recuerda.

—Cierto, pero te agradecería que los próximos tengas el detalle de tomarlos en cualquier otro lugar —la invito a irse de la forma más educada que encuentro.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo este? —me suelta la directora de Relaciones Públicas, fulminándome con la mirada—. Aparte de vuestra presencia, claro está.

—No te equivoques, bonita… —le responde Liam entrando en la conversación.

—Me llamo Aria —corrige ella entre dientes.

Él se encoge de hombros, dando a entender que su nombre le trae sin cuidado, y añade:

—Nuestra presencia es lo que le da ese toque especial.

—Demasiados toques son los que has recibido tú en la cabeza, por eso has quedado mononeuronal —replica ella.

—¿Me estás llamando tonto? —cuestiona él achicando los ojos.

—Me sorprende que lo hayas pillado, la verdad —se carcajea ella, apoyando la espalda en el respaldo de la silla y cruzando los brazos sobre su pecho.

—Venga, no discutáis —intercede Savannah, que se remueve incómoda en su silla.

—Para evitar discusiones lo mejor es que os vayáis —insisto.

—No pienso moverme de aquí —afirma ella, enfadada, sosteniéndome la mirada.

Sus furiosos y expresivos ojos me atraviesan la piel y, durante unos segundos, me distraigo preguntándome qué nombre exacto recibirá ese tono de la parte externa de su pupila que parece una mezcla de canela y avellana.

—Pues deberías —respondo carraspeando para volver a centrarme en lo importante—. Ya es lo suficientemente molesto y desagradable que hayas invadido nuestro vestuario. Sería un detalle que no hagas lo mismo con nuestro bar —suelto enfadado.

—¡No me digas que es tuyo! —exclama con ironía.

Aria se carcajea.

—Por supuesto que no, sin embargo, es el lugar al que venimos para relajarnos después de entrenar, dudo que a los chicos les apetezca encontrarte aquí cuando lo único que deseamos en este momento es deshacernos de ti. —Sueno cruel, pero es la realidad.

—Todo el mundo tiene deseos inalcanzables, ese es uno —sentencia, encogiéndose de hombros.

—¿Es que no lo entiendes? Nadie te quiere en el equipo, na-di-e, y eso no va a cambiar. Llegar a entrenar y encontrarte allí con tus puñeteras carpetas es un suplicio —afirmo.

—Tampoco es que a mí me apetezca demasiado ver tu cara todas las mañanas, y ya ves, es lo que hay —comenta ella sin mostrarse nada afectada por lo que acaba de escuchar.

—Eso tiene fácil solución: lárgate y no tendrás que verme más —sugiero en un tono esperanzado.

—Deberías mentalizarte de que eso no va a pasar —responde con seguridad—. No voy a irme.

—Así se habla —la apoya Aria, asintiendo con la cabeza—. Si alguno de los dos quiere abandonar, avisadme y me encargaré encantada de convocar la rueda de prensa.

Ella sonríe ante el comentario de su nueva amiga y, más enfadado de lo que estaba, la recorro de arriba abajo con rabia.

—Esto no es un juego —murmuro con voz peligrosa.

—En realidad, sí lo es —me corrige en un tono impertinente.

—Hablo en serio; es importante para nosotros, nos jugamos mucho esta temporada.

—Ah, ¿sí? ¡No me digas! ¿Solo vosotros? —Finge hacerse la sorprendida y me entran unas ganas irrefrenables de zarandearla hasta hacerla entrar en razón… Siempre he sido un tío sensato y pacífico, pero esta situación me lleva al límite de mi control.

—Solo eres una niña mimada a la que nunca han puesto en su sitio —escupo, apretando los puños a ambos lados del cuerpo.

—¿Y se supone que vas a ponerme tú? —me increpa.

Permanezco en silencio, apretando los dientes.

—Mira, Hart —añade al ver que no digo nada—, estoy en mi tiempo libre, un tiempo que no pienso seguir perdiendo hablando

contigo. Así que, si no te importa, vete por donde has venido y deja de molestar.

Me lo suelta tan tranquila y yo, que estoy que echo fuego por las orejas, no mido mis palabras antes de hablar.

—Si te quedas, te arrepentirás.

Su mirada se congela, me contempla ladeando la cabeza y sus labios se convierten en una fina línea antes de hablar.

—Deberías recordar que estás hablando con tu entrenadora —sisea.

—Solo en el campo y, como tú misma acabas de afirmar, estás en tu tiempo libre.

—Aun así, vuelve a amenazarme y te juro que serás tú el que te arrepentirás.

—¿Quién amenaza ahora? —la increpo, y le dedico una sonrisa fanfarrona.

—No te amenazo, te advierto, y ahora, si has terminado de decir tonterías, te agradecería que te largaras y nos dejases en paz —dice con una voz tan calmada como peligrosa.

Abro la boca para responder, pero Liam se me adelanta.

—Déjalo, tío, no merece la pena —murmura.

Tiene razón y, como mis únicas opciones son retirarme o saltar encima de la mesa y montar un espectáculo que prefiero evitar, me doy la vuelta y me largo sin mirar atrás.

—¿Qué te ha dicho? —se interesa Brad cuando nos acercamos de nuevo a nuestra mesa.

—Gilipolleces —murmuro agarrando la chaqueta que tengo colgada en el respaldo de la silla—. Me voy.

—¿Cómo que te vas? ¡Pero si ni has empezado la cerveza! —exclama él.

—Paso, con el cabreo que tengo seguro que me sienta mal. —Y sin dar más explicaciones, los dejo allí y me largo del local.



Madyson

Solo cuando un rato después me he despedido de las chicas y estoy sola dentro de mi coche dejo salir la frustración y la rabia que he estado reteniendo, golpeando el volante con mi mano mientras lanzo un grito exasperado.

¿¡Quién cojones se cree que es el imbécil para decirme a donde puedo o no puedo ir!? ¡De hecho! ¡¿Quién se cree el muy idiota para amenazarme?!

Me ha costado horrores mantener el tipo y simular que no me afectaba cuando en realidad lo que me pedía el cuerpo era echarme a llorar o gritarle a la cara cuatro o cinco burradas.

—¡Que quieren deshacerme de mí dice el muy imbécil! ¡Ja! ¡Menuda novedad, ni que no lo supiese ya!

Inspiro con fuerza, intentando calmarme, y en ese momento mi móvil empieza a sonar.

—¡Mierda! —exclamo al ver el nombre de mi hermano en la pantalla.

Rechazo la llamada porque no me siento ni con el humor ni con las ganas para contestar, pero él, que es casi tan cabezota como yo, insiste una vez más.

Resoplando, porque sé que mientras no le conteste no va a parar, descuelgo y le suelto un «hola» sin una pizca de emoción.

Él me devuelve el saludo con mucha más efusividad y se aventura a preguntar.

—¿Qué tal te va?

—¿Te importa? —respondo de mala gana, porque todavía no me he olvidado de la escenita que tanto él como mi padre montaron cuando les conté lo de mi puesto en Los Lobos.

—Por la forma en que me hablas deduzco que no muy allá, pero por supuesto que me importa, eres mi hermana. ¿¡Cómo no me va a importar!? —Parece ofendido y por eso intento no sonar tan borde cuando vuelvo a preguntar.

—¿Para qué me llamas, Kev?

—Estoy preocupado y mamá también lo está. He contado al menos veinte memes diferentes tuyos circulando por las redes y eres noticia en todos los espacios de deportes de la televisión nacional.

—No tenía ni idea, no he encendido la tele ni he entrado en las redes —confieso, soltando un suspiro de resignación.

Después de la discusión que acabo de tener con el imbécil de Ryan, saber que me he convertido en el hazmerreír del mundo del fútbol, y probablemente de buena parte del país, me oprime el pecho y me hace sentir todavía peor.

—Estás de coña, ¿no? —cuestiona asombrado—. ¡Pero si eres *trending topic*! ¿Es que vives en una cueva?

—Después de cómo fue la rueda de prensa de ayer no soy ni tan estúpida ni tan kamikaze como para andar buscando mi nombre en internet —confieso, hundiéndome un poco en el asiento.

Sé que, aunque Kevin no esté de acuerdo con mi decisión, me quiere y se preocupa por mí. Con él siempre he podido ser yo misma, sin secretos ni corazas, y por ello me permito dejar entrar mi lado vulnerable en la ecuación.

—Chica lista. Sigue así—me recomienda—. Scott me dijo que te iba a escribir. ¿Has hablado con él?

—Sí, ayer por la noche —admito—. Tuvo el detalle de omitir lo de los memes cuando habló conmigo.

Scott, receptor de los Blue Boys, es el mejor amigo que comparto con mi hermano. Me encantaría tenerlo aquí… Con él cerca, todo sería más fácil.

—Nunca me van a aceptar —admito, entre susurros, masajeándome el entrecejo—. No me soportan.

—Escúchame bien, Maddy, no necesitas que te quieran, ni siquiera tienes que caerles bien, solo debes conseguir que te respeten y para eso has de mantenerte firme y segura de ti misma en todo momento.

—Lo sé, lo sé. Pero es más fácil decirlo que hacerlo.

—Cierto, pero ahora que te has metido de cabeza en toda esta locura tienes que conseguirlo, no puedes permitirte flaquear ni dar un paso en falso porque no hay vuelta atrás. —Hace una pausa y añade—: ¿Me escuchas, hermanita? Tienes que mirar hacia delante y avanzar.

—¿Y papá? ¿Sigue muy enfadado? —pregunto, a pesar de imaginar la respuesta.

El silencio al otro lado de la línea no hace más que confirmar mis sospechas.

—Terminará superándolo —trata de animarme.

—Ya… —susurro sin convicción—. Kev, voy a colgar —anuncio al sentir una dolorosa sensación de vacío oprimiéndome el estómago y las lágrimas anegando mis ojos—. Estoy agotada y quiero llegar a casa, necesito descansar, pero gracias por llamar.

—Estoy aquí, Maddy, eso no va a cambiar —me dice a modo de despedida, y entonces sí, cuando la llamada termina, las lágrimas desbordan mis ojos.

Capítulo 6

Por lo menos el estadio no se derrumbó

Madyson

¡Un desastre! ¡Así es como está siendo mi primer partido como entrenadora! ¡Un auténtico desastre, un mal sueño y una broma de mal gusto todo a la vez!

Estamos jugando desorganizados, lentos, y lo peor, a los jugadores les faltan comunicación y toneladas de trabajo en equipo. Debería estar siendo un encuentro fácil y, sin embargo, a duras penas hemos conseguido empatar gracias a un gol de campo que todavía no me explico cómo hemos logrado anotar.

Me siento frustrada y cabreada, muy cabreada, llevan todo el partido ninguneándome, ignorando mis comentarios o las jugadas que propongo. ¡Es absurdo! Sobre todo, porque ya falta poco tiempo para el final y, como sigamos así, nos van a adelantar.

Tampoco es que la actitud del equipo me coja por sorpresa, imposible, lo de hoy no es más que el colofón a lo ocurrido el resto de la semana. Creía que después de mi presentación en el vestuario las cosas no podían ir a peor. ¡Qué equivocada estaba! Tras el primer entrenamiento con los chicos y la discusión con Ryan Hart en el bar, los males se precipitaron todavía más.

Tanto el cuerpo técnico como los jugadores siguieron ignorando todas y cada una de mis indicaciones sin molestarse en disimular, casi parecía que se divirtiesen dejándome en evidencia, me sentía como si cada vez que decía algo se aplicaran al máximo en hacer

justo lo contrario. Tenía la sensación de que, en lugar de tratar con jugadores profesionales, lo estaba haciendo con niñatos carentes de cualquier atisbo de profesionalidad.

Por si eso fuese poco, las presiones no solo me llegan desde dentro del vestuario; también los aficionados más extremos y apasionados parecen haberse tomado muy en serio eso de hacerme entender que mi presencia los está incomodando.

A su favor tengo que decir que son bastante imaginativos, la verdad… El miércoles lanzaron varias docenas de huevos crudos contra mi coche mientras estaba entrenando; el jueves decidieron pasarse a la espuma de afeitar y el viernes, viendo que ninguna de las dos acciones anteriores parecía suficiente para que dejase de acudir a mi puesto de trabajo, decidieron volverse todavía más creativos y lo tunearon con espray.

Al final, alertado por Aria, Logan se empeñó en que aparcase el coche en el garaje subterráneo del estadio y, como tiene vigilante, no les quedó más remedio que parar. Por desgracia para mí, lo del coche no fue más que un juego de niños, una gamberrada que anticipaba la monumental y ensordecedora pitada con la que los cerca de ochenta y dos mil aficionados que llenan las gradas del estadio me han recibido en el partido de hoy.

Intento que no me afecte; no obstante, reconozco que tanta inquina hacia mi persona es algo que me cuesta asimilar y gestionar. Aun así, he hecho oídos sordos, he tratado de ignorar las pancartas con textos tan desagradables e instructivos como «Ward, deja de fastidiar y ponte a limpiar» y he fingido no leer muchos otros bastante más groseros, explícitos e insultantes que no quiero ni recordar.

Estoy procurando mantenerme fuerte, segura y paciente; me esfuerzo por echar mano de toda mi fuerza de voluntad, porque no quiero perder las formas.

Hoy no puedo permitirme quedar mal, soy consciente de que el mundo del fútbol me observa esperando cualquier oportunidad para echárseme encima, atacar y demostrar que no valgo para esto y que contratarme ha sido una cagada monumental.

Pues ya pueden esperar sentados porque no pienso darles ese gusto, debo mostrarme profesional, lo cual me resulta casi imposible al percatarme de que, incluso a pesar del terrorífico juego que estamos mostrando y de que en los próximos minutos nos jugamos el resultado final, todas y cada una de mis instrucciones siguen siendo ignoradas provocando que mi paciencia, esa a la que llevo días tratando de aferrarme de forma desesperada, esté más que agotada.

¡No quiero perder el partido y vamos a hacerlo porque esta panda de soberbios e idiotas son incapaces de recibir una orden de una mujer!

Tenemos la posesión del balón, estamos atacando y con suerte, si conseguimos conservarlo y me hacen caso, podremos hacer un par de buenas jugadas que nos adelanten en el marcador.

—Vamos a hacer la tres, cinco, dos —le indico a Ryan y al resto del equipo técnico a través del pinganillo.

—Jugada dos, dos, tres —rebate el coordinador de ataque pasándome por encima.

—¡Ni se te ocurra, Hart! Con la dos, dos, tres tenemos muchas más posibilidades de perder la posesión. Hay que intentar la tres, cinco, dos —repito enfadada, porque su actitud ya raya en lo ridículo y me resulta de lo más insultante—. ¡Es una orden! —exclamo con énfasis para disipar cualquier duda que le pudiese quedar a cualquiera de los dos.

—Ryan: dos, dos, tres —grita el coordinador.

—¡No te atrevas, Hart! —le advierto—. Jugada tres, cinco, dos. Es nuestra única posibilidad de ganar.

Con los ojos abiertos de par en par, observo como Ryan se coloca en la posición adecuada para dar comienzo a la jugada que acabo de decirle que *no* puede efectuar.

Tal y como predije que pasaría, nos bloquean impidiéndonos avanzar o efectuar un pase largo, derriban a nuestro corredor y, después de hacerse con el balón, corren por el lateral izquierdo hasta la línea de *touchdown*, consiguiendo después dos puntos extra con una jugada en la que superan de nuevo la línea de anotación desde la yarda dos.

«¡Mierda, lo sabía!». La ira me consume de tal forma que puedo sentir como me arden las mejillas. ¡Nunca en mi vida me habían humillado tanto! «Pero ¿de qué va ese par de gilipollas? Les guste o no soy la entrenadora, la que está al mando, ¡y no me pueden vapulear de esta forma!».

De repente las palabras de mi hermano se abren paso en mi mente: «deben respetarte, no puedes permitirte flaquear…». Y, sin meditarlo mucho, decido actuar.

Con decisión, solicito un cambio al árbitro. Los tres coordinadores de mi equipo me observan expectantes, preguntándome qué pretendo hacer, pero me niego a responder.

Los trato igual que ellos me han tratado a mí desde que llegué… O sea, como si no existiesen.

Él árbitro detiene el juego y, por medio del pinganillo, hablo alto y claro.

—Ryan, al banquillo —anuncio con firmeza—. Louis, sales al campo —añado a continuación, refiriéndome al *quarterback* suplente, quien me observa dubitativo.

Ryan Hart se vuelve hacia mí con expresión descompuesta y juro que, basándome en su semblante, parece más que dispuesto a arrancarme la cabeza.

—¿¡Qué!? —grita—. ¿¡Estás loca!? ¡No puedes sacarme del partido! ¡No puedes mandarme al banquillo!

—Puedo y acabo de hacerlo. Si crees que puedes pasarme por encima y que no haya consecuencias, estás muy equivocado —le aclaro con fingida tranquilidad.

—Estás desquiciada —me acusa el coordinador de ataque, que se acerca a grandes zancadas para juntar su cabeza con la mía de forma amenazadora mientras hace aspavientos y me señala con gesto acusador.

El público, al comprender lo que está pasando, comienza a pitar de nuevo con tanta fuerza que estoy convencida de que esta vez va a derrumbarse el estadio.

—¡No estás bien de la cabeza! —escupe Ryan lanzando con fuerza el casco contra el banquillo cuando pasa por mi lado.

No le contesto, tengo las palabras atragantadas en la garganta y sería incapaz de pronunciarme sin que me temblara la voz; no obstante, me mantengo erguida, con la cabeza alta y, cuando el *quarterback* suplente entra corriendo al campo, me las apaño para anunciar con voz clara:

—Louis, jugada tres, cinco, dos.

Ahora sí, aunque sin disimular su desacuerdo y su enfado por lo que acaba de ocurrir, los jugadores se colocan en la posición correcta, la jugada comienza y, con más precisión de la que habría imaginado, conseguimos recorrer treinta yardas. Después, el pase largo, que por un momento temo perder pero que al final Liam consigue alcanzar en la zona de puntos, nos vale el ansiado *touchdown*.

El tiempo está a punto de agotarse y vamos perdiendo, necesitamos dos puntos más, e intentamos conseguirlos con una última jugada, pero la defensa derriba a nuestro corredor y el árbitro pita el final de partido quitándonos la oportunidad de darle la vuelta al marcador. El tiempo se ha terminado y hemos perdido de dos.

Me encamino hacia el túnel de vestuarios acompañada de otra atronadora oleada de gritos e insultos y me pregunto si alguno de esos que silban con tanta convicción se habrá dado cuenta de que podríamos haber ganado y de que este partido lo han perdido ellos solitos por su estupidez, no yo.



He pasado una noche de mierda, estaba tan agotada a causa de los nervios que pasé en el partido que pensé que me quedaría frita en cuanto mi cabeza acariciase la almohada, pero nada más lejos de la realidad. Nada más cerraba los ojos, lo ocurrido en el partido se reproducía una y otra vez en mi cabeza; la última vez que miré el reloj eran las cuatro de la mañana… Para rematarlo, cuando al final conseguí dormirme tuve unas pesadillas de lo más raras. Y es por todo esto que, a pesar de ser casi las once de la mañana, no estoy ni de buen humor ni descansada.

Aun así, sonrío al entrar en el edificio principal en el que se encuentran la sala de visionado, en la que he citado al equipo para repasar los vídeos del partido de ayer, el gimnasio y el *spa*, y saludo a todo el que me encuentro por el pasillo hasta que llego a la puerta, la abro, enciendo la luz y me siento a esperar a que los demás comiencen a llegar.

Al principio no me preocupo porque todavía es temprano, no obstante, cuando los minutos empiezan a pasar y ninguno de ellos aparece, empiezo a sospechar.

Ofuscada, pues estoy segura de que esto es algún tipo de venganza por lo ocurrido ayer en el partido, cojo el móvil del bolsillo de mi cazadora y me pongo a escribir en el grupo de las Juanas.

YO: Llevo más de media hora esperando en la sala de visionado y aquí no ha aparecido nadie. 😡

La respuesta de Savannah no se hace esperar.

SAVANNAH: Están en el gimnasio y el spa.

Mis ojos se abren como platos y releo el mensaje para asegurarme de que lo he *entendido bien.*

YO: ¿Estás segura?

SAVANNAH: Como que tengo a algunos delante… Estoy preparando unas bandas para West y mi compañero tiene a otros dos esperando, el resto están repartidos por el gimnasio.

YO: No me puedo creer que me hayan dado plantón.

No sé por qué digo eso porque en realidad, dada la dinámica de nuestra relación, sí que me lo creo.

SAVANNAH: Lo siento, Madyson, te habría avisado antes, pero anoche cuando hablamos no comentaste nada de que hubieses quedado con ellos y no lo sabía.

YO: No te preocupes, gracias por avisar, esa panda de desgraciados se va a enterar.

Me levanto de golpe y salgo hecha una furia en dirección al gimnasio donde, tal y como ha dicho Savannah, me los encuentro a casi todos, incluidos los coordinadores de ataque y equipos especiales.

—¿Se puede saber que hacéis aquí? —pregunto alzando la voz.

—Es lunes, tocan gimnasio y recuperación —afirma Cork como si tal cosa.

—Primero hay que ver los vídeos del partido y habíamos quedado a las once para hacerlo —le recuerdo.

—Adelantamos la hora a las nueve y ya los hemos visto todos —interviene el coordinador de ataque dedicándome una mirada acerada que no me gusta nada.

—¿Qué habéis qué? —cuestiono sin dar crédito.

—Adelantado la hora —repite como si tal cosa.

Paseo la vista entre él y Cork quien parece bastante incómodo con la situación.

—¿A nadie se le ocurrió avisarme? —los increpo cada vez más enfadada.

—Yo creía que estabas al tanto del cambio —se justifica él molesto.

—No pensamos que te interesase —añade el coordinador de ataque encogiéndose de hombros, como si la cosa no fuese con él.

—¡¿Cómo no iba a interesarme?! ¡Soy la entrenadora! —exclamo más cabreada de lo que recuerdo haberlo estado jamás.

—Sigue repitiéndotelo e igual acabas creyéndotelo —murmura Harry Jones pasando por mi lado en ese momento.

—¡Se acabó! ¡Esto se termina aquí! —les advierto.

—¿Te ayudamos a hacer la maleta? —pregunta Charly West, que les arranca una carcajada a todos sus compañeros.

No respondo, me limito a largarme enfurecida dando un portazo que resuena en todo el edificio.

A toda velocidad, recorro la distancia que me separa del ascensor y arremeto con saña contra el botón de la tercera planta. Empiezo a ascender mientras golpeo el suelo con el pie en un movimiento rítmico y ansioso en tanto se detiene de nuevo.

En cuanto las puertas se abren, salgo disparada y sin apenas mirar al chico que me observa desde detrás del mostrador.

—Ni te molestes en avisarle —murmuro sin detenerme, haciéndole un gesto con la mano.

Él me contempla confundido, sin saber si dejarme continuar o intentar detenerme.

La situación se repite con la secretaria de Logan, cuya mesa está a unos pocos metros de su despacho, solo que, en este caso, la chica sí parece dispuesta a pararme.

—¡No puede entrar sin que la anuncie! —exclama tratando de interponerse entre mi objetivo y yo… Mala idea; con la mala leche que tengo ahora mismo, soy capaz hasta de placarla.

—Tranquila, ya me anuncio yo solita —digo entre dientes esquivándola. Y abro de golpe la puerta para adentrarme como una trastornada en el despacho del pobre Logan, quien, desde su escritorio, contempla la escena casi sin inmutarse.

—Lo siento, yo… —se disculpa la chica, que me dedica una mirada nada amistosa.

—Tranquila, Megan, no te preocupes. Puedes seguir con lo que estabas haciendo —la interrumpe él con amabilidad.

Ella asiente y sale cerrando tras de sí, y yo permanezco allí en medio de la habitación, resoplando como un toro cabreado que acaba de salir a la plaza dispuesto a cargarse a cualquier inconsciente que tenga la osadía de ponérsele delante.

—Estaba convencido de que antes o después terminarías pasándote por aquí.

—¡Si lo que pretendías ofreciéndome este puesto era putearme, felicidades, te está saliendo de lujo! —exclamo dejando salir todo mi

enfado y frustración contra, con toda probabilidad, una de las personas que menos lo merece.

—Sabes que esa no era mi intención —responde con voz calmada —. Te ofrecí el puesto porque confiaba y creía en ti, y sigo haciéndolo.

—¡Pues yo creo que crees en la persona equivocada! —digo sin poder evitar un ligero temblor en la voz.

Trato de mantenerme fuerte, pero es difícil cuando siento como me voy resquebrajando por dentro.

—¡Venga ya! ¿Estás dudando de tus capacidades y aptitudes? Porque la Madyson Ward que yo conozco nunca lo haría —me provoca sin alterarse.

—¡Claro que no! ¡Sé que soy buena para este trabajo! De hecho, ¡soy buenísima! ¡Pero es imposible mejorar con todo el equipo en contra!¡Me ignoran! ¡Pasan de mí! ¡Decirles algo, darles cualquier mínima indicación es como darme cabezazos contra una pared de cemento! ¡Y lo peor es que no solo son los jugadores, también los coordinadores! ¡Me ningunean y me humillan de manera constante!

—Tienes que hacerte respetar —opina.

—Hacerme respetar, hacerme respetar… —repito con retintín, paseándome de un lado para otro. ¡Todos decís lo mismo! ¡Ni que fuera tan fácil!

—Debes mostrarte firme.

—¿¡Más!? ¡Hasta dejé al puñetero Ryan Hart en el banquillo por incumplir una orden directa y cargarse el resultado del partido!

—Es cierto que ahí le echaste un par de narices —reconoce.

Cierro los ojos e inspiro con fuerza antes de dirigirme de nuevo a él.

—Lo estoy intentando, te juro que lo estoy poniendo todo de mi parte, Logan, pero me siento como un pececito nadando a contracorriente y rodeado de pirañas —admito suspirando mientras avanzo hasta una silla y me dejo caer en ella—. Todo el mundo me odia: los periodistas, los aficionados, los jugadores… Si al menos el resto del cuerpo técnico estuviese de mi parte, tendría una opción, pero así… Con todos ellos en contra es imposible.

—Los periodistas no te odian, solo están explotando la carnaza; a los aficionados te los irás ganando con los resultados que estoy seguro vas a conseguir; los jugadores necesitan tiempo para asimilarlo y, en cuanto al cuerpo técnico… Creo que es el momento de que empieces a buscar tus propios apoyos —afirma.

—¿Qué quieres decir? —cuestiono.

—Igual trabajar con el equipo técnico actual no es lo ideal para ti… Está claro que mantenerlo sería lo más cómodo, pero si no te respetan, si la cooperación no es posible, tendrás que prescindir de ellos y formar tu propio equipo.

Me envaro en la silla con un montón de dudas rebotando en mi cabeza.

—¿Puedo hacer eso? —pregunto en voz baja.

—Eres la entrenadora jefa y reitero que cuentas con todo mi apoyo; puedes hacer lo que consideres necesario si el fin es mejorar los resultados —responde—. Si necesitas dar un golpe sobre la mesa, debes darlo.

—Eso cambia las cosas —replico levantándome de nuevo… No es fácil a estas alturas, pero en esas circunstancias, las posibilidades son otras.

Mi cabeza comienza a dar vueltas…

—Piénsalo y, si crees que es lo más conveniente, yo apoyaré tu decisión. Eso sí, hazlo cuanto antes. Si esperas mucho será peor —me recomienda.



Ryan

Estoy a punto de entrar en mi coche cuando el sonido de mi apellido rebotando en las paredes del *parking* subterráneo del estadio me hace detenerme en seco.

—¡Hart! —Es la voz de Logan Henderson y por el tono que emplea no parece contento.

Me doy la vuelta para encontrarme con el hombre que se dirige hacia mí a toda velocidad y con expresión enfadada.

—Logan. —Lo saludo con un movimiento de cabeza que, a pesar del mal humor que arrastro desde el partido de ayer, pretende ser cordial.

—¡Es la última vez que te lo aviso, no te pago para que le hagas la vida imposible a la entrenadora, sino para que ganes partidos! ¡Y ayer hiciste justo lo contrario!

—¿Perdona? —siseo entre dientes—. ¡Tienes los santos cojones de decirme eso después de que esa especie de animadora con silbato que has contratado me dejase en el banquillo!

—¡Y tendrás suerte si no te pasas ahí los próximos meses! —exclama señalándome con el dedo.

Logan suele ser un tío tranquilo, pero en este momento está enfurecido. Debería callarme, pero mi cabreo no se queda atrás y soy incapaz de cerrar la boca.

—¡Y una mierda! —grito lanzando la bolsa que llevo en la mano contra el suelo.

—Tu entrenadora te pidió que llevases a cabo una jugada y tú la ignoraste, gracias a eso nos ganaron la posesión y marcaron los puntos que nos llevaron a perder el partido, un partido, por cierto, que casi conseguimos remontar cuando tu suplente obedeció la orden de la entrenadora y puso en práctica la jugada que tú te negaste a realizar —me espeta.

Mi malestar aumenta porque en una pequeña, casi ínfima parte de mi conciencia sé que tiene razón. La jugada era buena, y la habría realizado sin dudarlo si la hubiese propuesto cualquier otro entrenador. Así que no respondo y me limito a apretar los dientes y guardar silencio.

—Ten cuidado, Hart, estás en la cuerda floja, un paso en falso más y saldrás mal parado —me avisa—. Madyson Ward tiene mi apoyo para hacer todos los cambios que considere necesarios.

La afirmación me coge por sorpresa y alzo las cejas, tratando de adivinar qué quiere decir…

—Espero que tú no tengas que ser uno de ellos. Sería una pena con todo lo que luchaste para salir adelante después de tu lesión —añade.

Lo escucho y me estremezco. Recordar la lesión que casi me aparta para siempre del mundo del fútbol siempre me resulta desagradable… Y más si el recuerdo viene del dueño del equipo y en forma de amenaza velada.

Capítulo 7

El aviso

Madyson

Conduzco tan concentrada en la conversación que acabo de mantener con Logan que no me doy cuenta de que, en cuanto salgo del aparcamiento subterráneo, un coche blanco se coloca detrás del mío y me sigue a pocos metros de distancia durante todo el trayecto que recorro hasta la zona en la que se encuentra el café donde he quedado con Aria y Savannah.

Hemos evitado volver a vernos en el agujero porque la probabilidad de encontrarme allí con alguno de los jugadores es grande y lo que menos me apetece en este momento es verle la cara fuera del trabajo a ninguno de ellos. Sigo muy cabreada y no estoy para chorradas.

La zona es bastante transitada, pero el sitio de estacionamiento escasea, por lo que, tras dar un par de vueltas, decido probar suerte en un callejón colindante donde sí que consigo aparcar.

Es un sitio bastante desangelado y sin movimiento, con enormes cubos de basura colocados en los laterales de lo que intuyo serán salidas traseras de algunos locales. En cuanto me alejo unos metros del coche, un repugnante olor a fritura rancia invade mis fosas nasales al mismo tiempo que una ráfaga de viento me hace estremecer y, de forma inconsciente, me ajusto el cuello del abrigo para protegerme del aire mientras echo un rápido vistazo a mi alrededor.

Es entonces cuando descubro a los tres hombres que caminan detrás de mí sin quitarme la vista de encima; llevan pasamontañas que solo les dejan al descubierto la boca y los ojos y, al darse cuenta de que estoy mirándolos, el que va en el medio esboza una sádica sonrisa que me hace estremecer por segunda vez.

Me obligo a mantener la calma a la vez que acelero el paso, y mi corazón comienza a latir con fuerza al comprobar que ellos lo hacen también.

Los observo por el rabillo del ojo; los tres son altos, pero el que va en el medio es el más corpulento de todos. El de la izquierda lleva gorra (lo que resulta bastante ridículo al llevar la cara y la cabeza cubiertas), el de la derecha, un par de enormes cadenas doradas, y todos visten la camiseta de Los Lobos. No puedo evitar pensar que darían el perfil de malos en una película de miedo.

El de la gorra me guiña un ojo mientras me lanza un beso y, entrando en pánico, echó a correr. Lo malo es que ellos lo hacen también.

El callejón es largo y estrecho, pero si consigo atravesarlo sin que me alcancen, llegaré a una avenida principal donde hay gente y estaré a salvo.

El oxígeno empieza a resultar escaso, mis pulmones protestan y mis pulsaciones se desbocan sin control cuando compruebo que me están dando alcance y que se están organizando para cerrarme el paso.

De repente, sin ser demasiado consciente de cómo ha ocurrido, estoy acorralada entre ellos y una pared de hormigón que siento fría y dura contra mi espalda.

—¿A quién tenemos aquí? —murmura el de las cadenas repasándome de arriba abajo—. ¡Pero si es la entrenadora! —añade con desprecio y sarcasmo.

—Ese nombre le queda grande —replica el más fuerte de los tres, acercándose tanto que su desagradable aliento impacta contra mi cara—. A mí solo me parece una fulana con aires de grandeza que quiere dejarnos en ridículo y jodernos la temporada.

Le falta un diente y huele como si la pasta de dientes fuese su enemiga mortal.

—¿Es eso lo que quieres, bonita? ¿Jodernos? —repite el de la gorra.

Yo trago saliva, incapaz de contestar. Intento ocultar el temblor de mis manos, pero estoy aterrada y eso es algo complicado de disimular.

—Este es nuestro equipo y no te queremos en él —sisea el de las cadenas.

Intento huir buscando un hueco por el que escabullirme, pero el de la gorra me lo impide cuando me agarra el cuello y lo aprieta con saña, dejándome paralizada tanto por la falta de aire como por el miedo; aun así, reacciono rápido y me aferro a su brazo tratando sin éxito de librarme del garrote que me impide respirar.

Me arde el pecho, me duele la garganta y siento las lágrimas abarrotando mis ojos. Como siga apretando así me va a asfixiar.

—Como se te ocurra volver a hacernos perder un partido te arrepentirás —me advierte el más fuerte al tiempo que el de la gorra me suelta después de escupirme en la cara.

—¡Pírate! ¡O cómprate unos pompones y dedícate a animar! —grita el de las cadenas justo antes de que los tres se alejen un par de pasos y se den la vuelta para irse.

De forma automática, me masajeo la dolorida garganta e inhalo aire con fuerza, insuflando oxígeno a mis pulmones, a la vez que tiemblo por la combinación del miedo y la rabia.

El instinto de supervivencia me advierte que debo callarme y esperar a que se vayan, pero la rabia, la impotencia y la frustración me consumen y las palabras salen solas antes de que pueda tragármelas.

—Solo hago mi trabajo —me justifico en voz baja.

En cuanto las palabras salen de mis labios rezo para que no me hayan escuchado, sin embargo, los tres se detienen de golpe, veo como sus espaldas se envaran y comienzan a girarse de nuevo hacia mí y comprendo que sí me han escuchado y que al no quedarme callada la he cagado.

Trato de huir, maldiciéndome por ser tan bocazas, pero no se habían alejado lo suficiente como para darme ventaja y, antes de que consiga dar más de unos cuantos pasos, me rodean de nuevo y,

sin darme tiempo a reaccionar, siento como el puño del de la gorra se estrella contra mi mandíbula con brutalidad.

El impacto me hace tambalearme hasta caer al suelo y el dolor me nubla la vista durante los eternos segundos que ellos utilizan para reírse de mí y hablar entre ellos.

—Creo que no nos hemos explicado con suficiente claridad, tendremos que esforzarnos más —le escucho decir al de las cadenas.

Me acaricio el rostro y parpadeo repetidas veces para alejar la niebla en la que se cuelan pequeños destellos de luz.

—Cogedla —ordena el de la gorra.

—No, no, no —murmuro, tratando de levantarme, a pesar del temblor de mis piernas.

Mi visión se aclara del todo y el mundo deja de dar vueltas justo en el momento en el que el de las cadenas me agarra con fuerza del brazo y me levanta de un tirón para cogerme como un saco de patatas.

Por supuesto, trato de resistirme, pero cuanto más me esfuerzo, más parecen divertirse. Grito con fuerza pidiendo ayuda, pero no hay nadie que pueda escucharme, una mano impacta con fuerza un par de veces sobre mi nalga derecha y me retuerzo del dolor.

—Apuraos un poco que al final nos van a pillar —murmura el de la gorra dirigiéndose con paso rápido a uno de los grandes contenedores de basura que permanecen apoyados al lado de la puerta trasera de uno de los locales.

No sé cuál de los otros dos es el que levanta la tapa, pero un olor nauseabundo se cuela por mi nariz justo cuando mi captor me lanza dentro sin miramientos.

—Eres una mierda, por lo tanto, este es el sitio donde debes estar —dice el más fuerte en tono de advertencia antes de cerrar de golpe la tapa y dejarme allí.

Ahora sí que me quedo callada, paralizada, con el corazón retumbando con fuerza contra mi pecho, respirando de forma acelerada, temblando con violencia y con un torrente de lágrimas descendiendo por mi magullada mandíbula mientras escucho como se van.

La impresión y el *shock* son tan grandes que no soy consciente de cómo consigo sacar el móvil del bolsillo del pantalón y marcar el número de Aria; tampoco sé con exactitud el tiempo que pasa desde que escucho su voz hasta que llegan y abren la tapa con expresión horrorizada para ayudarme a salir del contenedor.

Estoy sucia y huelo mal, pero ambas se funden conmigo en un abrazo tratando de calmarme antes de subirme al coche y acompañarme a casa.



Hace rato que ha anochecido cuando, envuelta en mi suave albornoz de ducha tras un relajante baño de espuma y con una humeante taza de chocolate caliente en las manos, me siento mucho mejor.

Me costó horrores convencer a las chicas de que estaría bien sola y podían irse a descansar, no parecían dispuestas a marcharse y creo que, si al final lo hicieron, fue solo porque Aria vive a cinco casas de distancia, si no, hubiesen sido muy capaces de quedarse acampando en el jardín.

Se lo agradezco, pero lo de hoy me ha sobrepasado, necesito tranquilizarme y pensar y siempre se me ha dado mejor analizar las cosas sola que en compañía.

Los energúmenos de esta tarde me han dado un susto de muerte, pero si piensan que con eso van a conseguir echarme, no tienen ni idea de lo equivocados que están.

Me siento en la cama y cierro los ojos, disfrutando del dulce aroma del cacao.

A mí nadie me intimida y menos unos tipos que al ir en grupo se creen muy fuertes, pero que en el fondo no son más que unos cobardes con ínfulas de macarras.

El sonido del timbre me sobresalta y, dando un respingo, abro los ojos y, sin soltar la taza, salgo de la habitación y bajo las escaleras hasta el piso inferior.

Mentiría si dijese que no estoy algo asustada. Aún no se me ha pasado del todo la impresión por lo ocurrido y no espero a nadie, así

que es lógico que, al acercarme a abrir la puerta, mis palpitaciones estén un poco aceleradas.

Igual debería haber cogido algo en la cocina para defenderme… «Solo por si acaso», pienso mientras giro el picaporte de la puerta.

«Como sea alguien que quiere molestarme se va a llevar un baño de chocolate caliente en plena cara…».

Levanto la taza cual arma arrojadiza, dispuesta a usarla en caso de ser necesario. Sin embargo, en cuanto abro la puerta…

—¿Kevin? —pregunto con una mezcla de alivio y sorpresa al encontrarme cara a cara con mi hermano.

—¿Hola? —me saluda, clavando la vista en la taza, que bajo y apoyo en el mueblecito de la entrada.

En cuanto lo hago, él esboza una radiante sonrisa y se adelanta para envolverme en un cálido abrazo.

Apoyo la mejilla en su pecho y lo rodeo con ambos brazos, inhalando su olor y disfrutando de esa sensación de seguridad y confianza que tanto me reconforta y me hace sentir en casa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto unos segundos después, aún pegada a él.

—Te echaba de menos, quería conocer tu nueva casa y, como mañana es nuestro día libre y solo estamos a tres horas de distancia, decidí acercarme y darte una sorpresa. Espero que no te importe.

—Claro que no me importa —respondo sorbiendo ligeramente por la nariz y conteniendo a duras penas las lágrimas.

Él, que es una de las personas que mejor me conoce en el mundo, me sostiene por los hombros para apartarme un poco y mirarme a la cara.

Su sonrisa se borra en cuanto sus ojos descubren el enorme moratón que empieza a formarse en mi pómulo.

—¿Qué narices ha pasado? —Su voz es dura, su mirada lo es todavía más.

Confieso que se me pasa por la cabeza la posibilidad de inventarme alguna excusa, pero es Kev, así que le digo la verdad.

—Digamos que en este momento no soy muy popular entre la afición. —Acompaño mi confesión de un suspiro de resignación y él

aprieta tanto los labios que estos se vuelven casi blancos.

Sin añadir nada, coge la bolsa de deporte que ha dejado en el suelo y me guía al interior de la casa.

—Cuéntamelo todo —exige una vez los dos hemos tomado asiento en el sillón.

Lo hago, lo suelto todo con pelos y señales. Desde mis desastrosos entrenamientos, pasando por lo ocurrido en el partido, hasta mi conversación con Logan y el desagradable encuentro con esos miserables… Y cuando termino, me siento mucho mejor, porque, aunque agradezco de veras el apoyo y el cariño que me están demostrando Aria y Savannah, poder desahogarme con Kev no tiene comparación.

Capítulo 8

Un poquito cabrón

Ryan

Si ya estaba enfadado por lo ocurrido durante el partido, mi charla con Logan no hizo más que aumentar mi mal humor a niveles estratosféricos.

¡Me amenazó! ¡El muy desgraciado no tuvo ni el más mínimo reparo en amenazarme! Pero ¿de qué cojones va? Lo que tendría que estar haciendo es buscar un nuevo entrenador competente y, en vez de eso, ¡se dedica a perseguirme por el aparcamiento haciéndose el ofendido y echándome la charla! ¡Vamos, no me jodas, lo que me faltaba por escuchar!

Me sentía mal, me hervía la sangre y, aunque confieso que el desplante a la «entrenadora», dejándola sola en la sala de reuniones, me produjo cierta satisfacción, esta fue solo momentánea.

Por si eso fuese poco, hoy me tocaba videollamada con mi hermano. Desde que él y su novia, Katy, decidieron mudarse a Australia la diferencia horaria de dieciséis horas nos complica la comunicación y solemos planificar cada videollamada de antemano para tratar de cuadrar de la mejor manera posible nuestros calendarios.

No es que no me guste hablar con él… Todo lo contrario, pero los dos siguen mis partidos, así que lo ocurrido ayer saldrá a colación en algún momento de la conversación, y no tengo ganas.

En cuanto llego a casa, lo primero que hago es descalzarme; después, lanzo de mala gana las llaves sobre la encimera de la cocina y, como todavía tengo unos minutos, me sirvo un vaso de agua y unas galletitas saladas para picar algo.

Enciendo el portátil y sonrío al comprobar que Ian ya está conectado.

—Tan puntual como siempre —lo saludo al ver su cara al otro lado.

—Los buenos hábitos hay que conservarlos —responde desplegando una sonrisa divertida.

Ian es mi hermano pequeño, pero solo nos llevamos un año. Es un enamorado del mar, por eso estudió Biología Marina y trabaja en uno de los centros más prestigiosos de Australia dirigiendo una investigación sobre la socialización del delfín de pico corto en el país.

Físicamente no puede ser más diferente a mí: pelo largo y rubio, ojos azul hielo y piel más bronceada; no obstante, nuestro sentido del humor es similar y a los dos nos encanta navegar.

—Tienes mala cara —añade sin irse por las ramas.

—Yo también me alegro de verte —ironizo.

—No he dicho que yo no lo haga, solo hago una apreciación evidente —responde.

—Están siendo unos días un poco complicados —confieso masajeándome la frente.

—¿Porque te mandaron a chupar banquillo? ¿O por lo de la nueva entrenadora? —cuestiona poniéndose serio.

—Por ambos motivos —admito—. Todo está siendo un sinsentido.

—¿Qué pasó ayer?

—Tú mismo acabas de decirlo: me mandó al banquillo —declaro encogiéndome de hombros.

—Lo que quiero saber es qué fue lo que hiciste para que te mandase al banquillo —insiste.

—¿Por qué das por hecho que fue culpa mía? —pregunto, cruzando los brazos sobre mi pecho en actitud defensiva.

—Acaba de llegar y, con la que le está cayendo por todos lados, dudo que Madyson Ward tomase esa decisión a la ligera. Me apuesto

un brazo a que, si se arriesgó de esa manera, fue por algo —razona usando el sentido común.

Pongo los ojos en blanco y me meto una galletita salada en la boca.

—Ryan… —Mi hermano pronuncia mi nombre en tono acusador y suelto un resoplido.

—Pasé por alto sus indicaciones para la última jugada del partido.

—Cuando dices que pasaste por alto te refieres a que…

—Me mandó efectuar una jugada y yo decidí ejecutar otra —termino la frase por él.

Su gesto se endurece y me preparo para escuchar algo que no me va a gustar ni un poquito…

—Y ¿qué tal te fue? —se interesa con retintín.

—Estoy seguro de que has visto el partido, así que ya sabes que perdimos la posesión —respondo cabreado.

—¿Y crees que si hubieses reproducido la jugada que ella quería el resultado hubiese sido distinto? —cuestiona.

—Puede… —concedo de mala gana.

El arquea las cejas con escepticismo.

—Vale, ¡casi seguro que sí! ¡Hubiese sido distinto! —admito enfadado.

—Y, aun así, ¿te sorprende que te mandase a calentar banquillo?

—Pero ¿tú de qué lado estás? —lo increpo.

—¿Te das cuenta de en qué situación la pusiste? —me reprende.

—¡No tiene ni idea! ¡No puede estar al mando! ¿¡Es que no comprendes la putada que supone para nosotros tenerla como entrenadora!? —exclamo ofuscado.

—¿Y tú te has parado a pensar en lo jodido que tiene que ser para ella entrenaros? —exclama Ian frunciendo el ceño—. Lo tiene todo en contra: jugadores, prensa, afición… Y, con todo, ahí sigue dando la cara y aguantando, en lugar de salir corriendo. —Hace una pausa antes de añadir—: Esa tía los tiene bien puestos y desde luego se merece todo mi respeto.

—Lo dices porque no eres tú quien tiene que sufrirla —siseo.

—Lo digo porque es la verdad —afirma.

—Desde tu posición es muy fácil hablar —lo acuso.

—Puede… —acepta—. O tal vez es que no ser tan cerrado de mente como tú me permite ver las cosas con mayor objetividad.

—¡No soy cerrado de mente! —protesto, alucinando con lo que estoy escuchando.

—La verdad es que nunca has sido un machista ni un retrógrado, pero en lo que concierne a este tema, te estás comportando como un neandertal.

—¡Si no hay ninguna otra mujer como entrenadora jefa, será por algo! —me defiendo, recurriendo a la misma cantinela de siempre.

—Eso mismo decían cuando no las dejaban votar. —Mi hermano niega con la cabeza—. Siempre tiene que haber una primera vez.

—¡Menuda comparación! Y ¿¡por qué esa primera vez nos ha tenido que tocar precisamente a nosotros? —Suelto un bufido y me paso una mano por el pelo.

—Os guste o no a Los Lobos de Nueva York, el mundo debe seguir evolucionando y eso incluye el deporte y el fútbol americano —dice, seguro de tener toda la razón.

La charla no está yendo como imaginaba y no me apetece demasiado seguir hablando de lo mismo, así que intento cambiar de tema interesándome por su trabajo.

Un rato más tarde, cuando terminamos, lejos de estar relajado, me noto más irascible, alterado y no me apetece nada de nada quedarme en casa encerrado, así que decido salir a dar una vuelta para despejarme y de paso cenar algo.

Por un momento, me planteo llamar a los chicos, pero enseguida lo descarto; prefiero estar solo, no me apetece hablar, para conversación ya me basta la que acabo de tener con mi hermano.



El aire fresco cumple su función y, después de varias horas dando vueltas, estoy bastante más tranquilo, pero también más hambriento, por lo que decido detenerme en una cafetería en la que suelo pararme para tomar algo o para encargar comida cuando no me apetece cocinar.

Está a unas pocas calles de mi casa y tanto los bocadillos como las ensaladas variadas que preparan son espectaculares, por lo que siempre es una buena opción.

Es un sitio alegre, de paredes blancas, mesitas redondas del mismo tono y sillas acolchadas tapizadas en colores vivos y diferentes. Los grandes ventanales que ocupan la pared izquierda dejan entrar la luz anaranjada del atardecer.

No me sorprende que las personas que ocupan las mesas casi ni se inmuten al verme entrar.

En esta zona de la ciudad la gente acostumbra a ver personajes conocidos tanto del panorama deportivo como del social, por lo que, aparte de unas cuantas miradas curiosas y algún cuchicheo, mi presencia pasa casi inadvertida para los demás.

Me aproximo a la barra para hacer mi pedido a una de las camareras con las que suelo tratar de forma habitual con la intención de coger la comida y llevármela a casa, pero mientras espero, al mirar hacia la izquierda, descubro a Madyson sentada en una de las mesas del fondo del local.

No está sola, la acompañan Aria y Savannah, además de un hombre al que enseguida reconozco como su hermano, el *quarterback* de los Blue Boys, Kevin Ward.

Sin pensarlo, cambio de planes, aviso a la camarera de que en lugar de llevarme la comida a casa prefiero tomarla en el local y, en cuanto me sirve la bandeja, camino con la cabeza gacha hasta una mesa cercana a la suya cuya posición estratégica detrás de una columna me permite ver y escuchar, a pesar de quedar semioculto.

Mi conciencia me exige que me vaya, recordándome que espiar es de mala educación… Pero yo no estoy espiando, la escena ha despertado mi curiosidad, una curiosidad sana y normal, eso es todo.

Observo a la entrenadora con detenimiento mientras bebo un sorbo de agua y descubro algo en lo que no había reparado desde la barra.

Su pómulo luce un buen moratón y su cuello también aparece marcado en uno de sus lados.

Ni siquiera sé por qué, pero todo mi cuerpo se tensa de forma instintiva mientras me pregunto qué le habrá pasado.

Durante unos segundos, me planteo que Kevin sea el causante de su estado, porque se le ve molesto y enfadado… Pero al ver el cariño con el que se dirige a ella, lo descarto de inmediato.

En realidad, ninguno de los que acompaña a Madyson parece estar de buen humor; las chicas también permanecen serias y con la cabeza gacha, sin tocar la comida, que se enfría en sus platos.

—Lo mejor es que te vengas conmigo a casa —le escucho decir al *quarterback*.

Madyson lo mira con decisión y niega con la cabeza.

—Sabes que eso no va a suceder.

—Maddy, nadie te culpará si decides volver. Lo has intentado, pero no ha salido bien —trata de convencerla él.

—Kev, me conoces y sabes que no voy a rendirme.

Él suspira con pesadez.

—Por desgracia, sí lo sé —reconoce, haciendo una bola con la servilleta de papel.

La entrenadora le dedica una sonrisa cargada de tristeza y se acerca un poco a él para depositar un beso en su mejilla.

—Voy al baño —anuncia levantándose.

—Te acompaño —ofrece Aria poniéndose en pie.

En cuanto las dos se alejan lo suficiente, la mirada fría y dura de Kevin se centra en Savannah, que permanece sentada frente a él.

—No entiendo cómo ha podido ocurrir esto —murmura con pesar —. Decidí venir porque imaginé que después de lo del partido de ayer lo estaría pasando mal, pero ni en mis peores pesadillas me habría imaginado algo así.

—Lo sé, nosotras tampoco podíamos creerlo —murmura ella afectada.

—¿Puedes contármelo todo de nuevo? —le pide él.

Ella asiente y tuerce el gesto.

—Habíamos quedado para tomar algo porque Maddy estaba enfadada por el plantón que le dio el equipo y queríamos animarla —comienza a decir—. Quedamos en un bar al que vamos de vez en cuando, estuvimos esperándola, pero no llegaba… —Su voz tiembla

al seguir hablando—. Cuando nos llamó, corrimos a su lado y nos contó lo mismo que a ti, que tres energúmenos la amenazaron para que dejase el equipo y, cuando les plantó cara, le pegaron y la metieron en el contenedor de la basura, que fue donde nosotras la encontramos. —Coge aire y se frota una mano contra la otra—. La ayudamos a salir y la acompañamos a casa; cuando llegaste tú, nos acabábamos de ir.

Siento que se me retuerce el estómago y se me encoge un poquito el corazón. ¿Que le pegaron? ¿Que la metieron dónde?

—¡Malditos hijos de puta! —exclama Kevin, cegado por la ira, dando un fuerte golpe en la mesa—. ¡Si los cojo, me los cargo!

No lo culpo, incluso yo tengo unas ganas tremendas de poner en su sitio a esos tres mamarrachos y Madyson ni siquiera me cae bien. No puedo imaginarme lo que sentirá su hermano…

—Ella no tendría que estar aquí, si dependiese de mí, me la llevaría ahora mismo —afirma, frotándose la cara con las manos.

—No puedes tomártelo así, energúmenos hay en todos lados —susurra Savannah tratando de calmarlo.

Kevin parece a punto de contestar, pero al ver que Aria y Madyson se acercan, se queda callado.

No obstante, en cuanto las dos toman asiento, fija la vista en su hermana y vuelve a la carga.

—Maddy, hoy por la noche tengo que irme y no me hace ni pizca de gracia dejarte aquí. Deberías volver a los Blue Boys, todos te echamos de menos, no es lo mismo sin ti.

—Yo también os extraño, Kev, pero necesito quedarme. Necesito intentarlo, los dos sabemos que me arrepentiré si no lo hago.

—No puedes hacerlo sola —insiste él.

—No está sola, nosotras estamos con ella —interviene Aria.

—Estoy bien —murmura Madyson, entrelazando su mano con la del *quarterback* y apretándosela con cariño.

—Uy, sí, estás fenomenal —ironiza él.

—Ahora que ha ocurrido esto, tendremos más cuidado, quizás deberíamos hablar con mi primo… —sugiere Aria.

—No, de eso nada —la interrumpe la entrenadora—. Deja a Logan fuera de este asunto.

—Si mamá se entera de lo que ha pasado, te sacará a rastras de esta ciudad —escucho que le dice Kevin—. Que es lo mismo que debería hacer yo.

—Mamá no se va a enterar —le advierte ella—. Y tú me vas a respetar.

—Ya… —responde sin demasiado convencimiento él, a la vez que se recuesta en la silla.

—Kev, hablo en serio, mamá no puede saber nada porque no voy a cambiar de idea, no pienso abandonar y si se entera, se pasará el día preocupada. ¿De veras quieres hacerla pasar por eso?

Las palabras de Ian durante nuestra videollamada resuenan de nuevo en mi cabeza… La verdad es que la chica los tiene bien puestos… Solo por eso, se merece todo mi respeto».

Me remuevo en la silla sintiendo una leve punzada de culpabilidad atizándome el pecho. Nadie merece pasar por eso. La violencia nunca está justificada y, a pesar de que lo que ha ocurrido no es mi responsabilidad, soy consciente de que mi postura en el partido y su posterior decisión mandándome al banquillo no debió de ayudar a mejorar su popularidad entre la afición.

—En cuanto al equipo… Voy a tomar medidas —la escucho decir.

La afirmación capta toda mi atención.

—¿Qué tipo de medidas? —cuestiona Savannah mostrando interés.

—Voy a renovar el cuerpo técnico —anuncia.

—¿Ahora? ¿Con la temporada empezada? —le pregunta Kevin.

Yo observo la escena anonadado y pensando exactamente lo mismo que su hermano.

¿Cómo va a cambiar de cuerpo técnico? ¿Se ha vuelto loca?

—Sé que no es el momento más oportuno, pero tú mismo dijiste que tengo que buscar apoyos. No puedo seguir nadando yo sola contra la corriente mientras todo el mundo intenta hundirme —responde—. Si quiero intentar sacar el equipo adelante, no me queda otra, ellos me han obligado.

Sus tres acompañantes la observan tan estupefactos como yo.

—¿Ya has pensado en alguien? —quiere saber Aria.

—Por supuesto que sí, mi hermana siempre está rumiando —se adelanta Kevin, contestando por ella.

—Quiero traer a Klaus Morrigan para el ataque y a Steve Anderson para la defensa.

Una sonrisa genuina se extiende por la cara de su hermano.

—¿Es que te has propuesto matar a papá? —pregunta con guasa.

—No, lo que pretendo es ganar —le responde ella con firmeza.

—Chica lista —la alaba Kevin, guiñándole un ojo.

—¿Klaus Morrigan? —titubea Savannah—. ¿El mismo Klaus Morrigan que lleva más de tres años retirado?

—El mismo —corrobora Kevin con un brillo genuino brillando en su mirada.

Yo los escucho boqueando como un pez recién salido del agua. ¿Qué les pasa en esa familia? ¿Es que están todos mal de la cabeza?

Klaus Morrigan es una leyenda, uno de los entrenadores que más Super Bowls consiguió a lo largo de su carrera, la cual decidió aparcar hace tres años. En el momento de su retirada recibió muchas ofertas para continuar en activo, cada una más suculenta que la anterior, y no tuvo reparos en rechazarlas todas. ¡Es imposible que consiga a Klaus y su hermano como profesional que es debería saberlo!

De repente, un niño de unos cinco años que va de la mano de su madre grita mi nombre y, sobresaltado, pego un respingo en mi asiento.

—Mamá, ¡es Ryan Hart! ¡Es Ryan Hart! —exclama a pleno pulmón el pequeño, logrando que las miradas de medio local se vuelvan en mi dirección.

Me sonrojo, algo avergonzado, cuando las cuatro personas a las que estaba escuchando me buscan y dan conmigo, escondido detrás de la columna como si fuese un vulgar espía o un ladrón.

—Mierda —murmuro sin bajar la mirada cuando Madyson frunce el ceño, tan sorprendida como molesta.

La expresión de su hermano se vuelve hosca, gélida, casi agresiva… Me observa como si su mayor deseo en este momento fuese romperme las piernas.

Aria y Savannah me contemplan con aire acusador. Es una situación incómoda y bastante desagradable y lo peor es que la he provocado yo. No tenía que haberme quedado a escucharlos agazapado, pero el pasado no se puede cambiar, por lo que ahora solo me queda mantener el tipo y aguantar.

—Estoy cansada, me apetece volver a casa —anuncia la entrenadora desviando la mirada a la vez que se levanta para ponerse el plumífero.

Se nota que está enfadada y, a juzgar por cómo intenta cubrirse el cuello con la prenda, creo que algo avergonzada.

—Sí, lo mejor es que nos marchemos ya —acepta Kevin, imitándola.

Sus reacciones al pasar por mi lado son muy diferentes.

Kevin le propina a mi silla un leve empujón, Savannah me dedica un leve movimiento de cabeza a modo despedida, Aria frunce el ceño, enfadada, y Madyson ni me mira.

Los cuatro salen del local y yo me quedo aquí sentado, sintiéndome muy idiota y bastante desubicado.

No puedo creer todo lo que acabo de escuchar: que le hayan pegado es una locura, una situación intolerable que va mucho más allá del fútbol, de cualquier profesión o deporte y que no debería haber ocurrido y que, por supuesto, no puede repetirse.

Es cierto que no la quiero en el equipo, pero nunca justificaría una agresión, no estoy a favor de la violencia y mucho menos de recurrir a ella en grupo para abusar de una persona en inferioridad de condiciones, que es justo lo que ha ocurrido en esta ocasión.

Capítulo 9

Cambios y novedades

Madyson

Estoy feliz por la visita de Kevin, pasar ese tiempo con él me ha sentado bien. Estuvo a mi lado cuando llamé a Logan para informarle de mi decisión y, antes de eso, hicimos turismo, visitamos algunas zonas céntricas de Nueva York, pudo conocer a las chicas cuando quedamos con ellas y se dedicó en cuerpo y alma a hacer el payaso para arrancarme una sonrisa y hacerme sentir mejor.

Lo malo vino cuando se despidió. Sé que le costó dejarme; cuanto más se acercaba el momento, más preocupación veía en su mirada, por eso intenté fingir que todo iba genial, poner mi mejor sonrisa y hacer de tripas corazón.

Lo conseguí hasta que perdí de vista su coche… En ese momento, sentí vértigo y un enorme vacío en mi interior.

Apenas son las seis de la mañana y, como estoy harta de dar vueltas, decido levantarme de la cama. ¡No aguanto ni un minuto más acostada, sin pegar ojo y recordando una y otra vez el angustioso momento en el que me vi rodeada! Porque para mí lo peor no fue el golpe, ni terminar dentro del contenedor de basura, sino la vulnerabilidad y la impotencia que sentí al verme atrapada.

Como me sobra el tiempo, decido darme una larga y reconfortante ducha caliente, me preparo un desayuno completo y lo disfruto sentada delante del televisor, viendo un capítulo de la última serie que me tiene enganchada de Netflix.

Sé que, si la noche no ha sido fácil, el día tampoco lo será, por lo que necesito encararlo con energía y positividad. Hoy no pienso pasarles ni una, lo que ocurrió ayer fue un punto de inflexión y como me busquen me van a encontrar.

La maravillosa voz de Chris Martin cantando *Yellow* me acompaña mientras me pongo unos vaqueros sueltos, un jersey de lana tan cómodo como calentito y me recojo el pelo en una coleta alta para ir a trabajar.

Me da rabia, pero no puedo evitar mirar a ambos lados del jardín delantero desde la puerta para comprobar que no hay nadie… Me revienta sentir tanta inseguridad.

Conduzco tranquila mientras la lista de Spotify reproduce algunas de mis canciones favoritas y al llegar saludo al guardia de seguridad y paso el lector de la tarjeta que me da acceso al *parking* subterráneo.

Sé que soy la primera en llegar, pero hoy voy a ser la última en salir al campo, así que me siento en mi escritorio y empiezo a revisar mis notas durante más de media hora, hasta que empiezo a sentir el jaleo proveniente del vestuario.

Por lo visto, los chicos han comenzado a llegar, espero que no se les ocurra hacerme ninguna jugarreta porque no se lo voy a tolerar.

Solo cuando estoy convencida de que ya han salido todos, cojo mi carpeta y me dispongo a hacer lo propio.

Camino con paso firme y decidido, estoy nerviosa, pero la rabia por todo lo que llevo aguantado desde que puse un pie en este lugar es más fuerte que los nervios y me impulsa a caminar.

Los veo dispersos por diferentes puntos, algunos hablan entre ellos y otros se dedican a estirar.

Me dirijo al lugar en el que los auxiliares y Ross Cork, el único de los coordinadores que permanece en el campo, esperan a que me acerque para recibir indicaciones.

Sus caras no tienen desperdicio cuando los pongo al día de la situación, pero no comentan nada, cosa que agradezco, y me tomo unos minutos para exponer cómo vamos a proceder a continuación.

Una vez termino de dar las explicaciones pertinentes a lo que queda del cuerpo técnico, nos dirigimos juntos al centro del campo y

toco el silbato con fuerza para reclamar la atención de los jugadores, quienes se acercan sin demasiada prisa ni entusiasmo.

—Ni tengo tiempo ni ganas de perderlo, por lo que voy a ser muy clara y concisa con el siguiente anuncio —comienzo a decir en tono seco mientras paseo la mirada por todos ellos. Se acabaron las contemplaciones—. He solicitado el despido con carácter inmediato de los coordinadores de ataque y defensa.

El murmullo generalizado no se hace esperar, los chicos se miran entre ellos sin dar crédito a lo que acaban de escuchar.

—¿Con qué derecho? —pregunta Tom Risk.

—Con el que me da ser la entrenadora de este equipo —respondo con firmeza—. Debéis tener claro que a partir de este momento no pienso dejarme avasallar —declaro con convicción—. Los nuevos coordinadores se incorporarán a su puesto a la mayor brevedad posible, pero mientras tanto, tendremos que organizarnos con lo que hay.

Las voces de protesta y las miradas desafiantes aumentan en tono e intensidad, pero me importa una mierda, no me pienso ni inmutar y, desde luego, si lo hago ellos no lo van a notar. Así que prosigo, elevando la voz lo suficiente para hacerme escuchar por encima de sus quejas.

—Tenéis dos opciones: o estáis conmigo o contra mí —añado fijando los ojos en el *quarterback*, quien me observa con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud defensiva y chulesca. No dice nada, es de los pocos que permanece callado, estático, estudiándome como si tuviese toda la intención de hacerme una lobotomía mientras sus facciones se crispan y sus ojos escupen un fuego que abrasaría el mismísimo infierno—. Si depende de mí, prefiero la primera, pero por supuesto sois libres de elegir —añado ignorándolo y centrándome en el resto de sus compañeros—. Los que estés conmigo os dejareis la piel trabajando para dar todo lo que podáis al equipo.

—¿Y los que estén contra ti? —pregunta Noah Johnson.

—Los que estéis contra mí pegareis el culo al banquillo y os aseguro que le sacareis tanto brillo que podré usarlo como espejo para ver mi reflejo —afirmo sin achicarme.

—Quiero que vuelva el entrenador —murmura Charly West frunciendo el ceño.

—Quiero que vuelva el entrenador —repito en tono de burla—. ¿Qué eres, West? —lo increpo sin miramientos—. ¿Un jugador de la NFL o un niño de jardín de infancia que lloriquea porque quiere irse con su mamá?

Las risas ahogadas de algunos de sus compañeros lo hacen enrojecer.

—Un jugador de la NFL —se apresura a contestar, fulminándome con la mirada.

—Pues empieza a demostrarlo centrándote en entrenar —replico con seriedad.

Paseo de nuevo la mirada por el equipo.

—Defensa y ataque iréis con los auxiliares designados, ellos tienen las indicaciones necesarias para el desarrollo del entrenamiento de hoy y yo supervisaré las dos secciones. En cuanto a jugadas especiales, vosotros practicareis como es habitual con Cork.

Los jugadores van dividiéndose de mala gana y sin dejar de hacer comentarios entre ellos; los observo mientras reciben las instrucciones de cada uno de los ejercicios que tienen que realizar y respiro, aliviada, al ver que empiezan a practicarlos sin intentar sabotearlos.

Aunque he intentado disimular los nervios y sonar decidida al hablar, en el fondo estaba convencida de que iban a amotinarse o a saberse qué más.

Al ver que todo transcurre con normalidad, me dirijo al banquillo donde, al entrar en el campo, dejé apoyada mi botella de agua, y doy un largo trago tratando de calmarme del todo. Justo cuando la coloco de nuevo en su sitio, veo a Savannah y a Aria, que se acercan sonrientes por el lateral.

—Has estado increíble —me felicita la primera con los ojos brillantes de la emoción.

—Desde luego los has puesto en su sitio, así se hace —corrobora Aria.

—¿Lo habéis visto? —cuestiono alzando las cejas.

—Pues claro, estábamos en la salida del túnel de vestuarios, de incógnito, porque no queríamos molestar —afirma la fisio con cierta timidez, encogiéndose de hombros.

—Solo queríamos apoyarte; cuando le dijimos a Kevin que no estás sola, lo decíamos de verdad —afirma Aria.

—Lo sé —asiento.

Es cierto, sé que puedo contar con ellas y estoy superagradecida por ello. Por eso sonrío antes de confesar:

—La verdad es que estaba tan nerviosa que me temblaban las piernas y creo que en algún punto de la conversación se me olvidó respirar.

—Pues no se te notó nada. Parecías segurísima de cada palabra que salía de tu boca —replica Savannah.

—Lo estoy. Lo que les dije iba completamente en serio: no pienso pasarles ni una tontería más.

—Creo que les ha quedado claro —murmura Savannah.

—Yo también lo creo, sobre todo, porque alguno parecía dispuesto a matarme con sus propias manos —concedo—. ¿Os fijasteis en cómo me miraba Hart? Creí que iba a saltarme encima de un momento a otro.

—Los cambios son difíciles, y tú eres un gran cambio —afirma Aria—. Poco a poco se acostumbrarán, lo importante es que hoy les has dejado claro que por muchas pataletas que cojan no hay marcha atrás.

—Eso espero. —Suspiro, pasándome una mano por la cabeza mientras echo un vistazo rápido a varios jugadores de ataque que, tal y como les he pedido en el planteamiento de hoy, están trabajando el pase largo—. Ahora creo que debería ir con ellos, Liam está cargando mal el peso con la rodilla derecha —añado frunciendo el ceño.

—¿Os apetece venir a cenar a casa después? —ofrezco antes de alejarme.

—Lo siento, tengo una reunión con un par de patrocinadores que se va a alargar, dudo que me dé tiempo —se disculpa la publicista, poniendo cara de fastidio.

—Yo estoy agotada, creo que me iré a casa a descansar —dice Savannah.

—Mañana entonces —contesto antes de despedirme de ellas.

—Escribe en el grupo cuando llegues a casa, así nos cuentas qué tal el resto del entrenamiento —me pide Aria.

Ella tiene el tacto de no decirlo, pero soy consciente de que, más que saber cómo va el resto del entrenamiento, lo que quieren es cerciorarse de que llego bien a casa y no acabo dentro de otro cubo de basura.

Aun así, me limito a sonreír y a asentir antes de darles la espalda y alejarme en dirección a los chicos.

Los minutos pasan rápido, me concentro en revisar cada uno de los ejercicios haciendo las correcciones oportunas; los auxiliares, poco acostumbrados al lugar que ocupan hoy, se muestran colaborativos y entusiasmados con su papel. Cork dirige su sección sin demasiadas complicaciones y, aunque los jugadores, empeñados en dejar claro lo poco que les gusta mi presencia, me reciben con muecas y resoplidos cuando me acerco a ellos, parecen concentrados en desarrollar los movimientos, algunos bastante técnicos, con precisión y esmero.

En resumen, cuando algo más de tres horas después cierro la puerta de mi despacho y me encamino hacia el aparcamiento, lo hago por primera vez desde que llegué contenta con el trabajo que he hecho, con las pilas cargadas y convencida de que, aunque ellos sean Los Lobos de Nueva York, yo voy a convertirme quieran o no en la puñetera loba alfa de esta manada.

Capítulo 10

Entre las sombras

Ryan

—¿Tú qué piensas, capi? —pregunta Bradley llamando mi atención.

Dejo la toalla con la que me estoy secando el pelo en el suelo y elevo la mirada para encontrarme con la de mi amigo, que me observa con atención.

Ya quedamos pocos en el vestuario, pero, aun así, el ambiente se nota denso y alterado. Los chicos no han dejado de comentar ni un segundo lo ocurrido durante el entrenamiento, y no me extraña. ¿Echar a dos coordinadores con la temporada empezada? Es una locura, y, sin embargo, yo no he dicho ni una palabra.

No puedo hacerlo, no porque esté de acuerdo con la decisión, sino porque desde que los escuché hablando soy incapaz de sacarme de la cabeza esa conversación.

—Creo que lo que yo piense no nos va a ayudar en esta situación —afirmo cuando Liam y Travis Walker se unen a Bradley esperando mi contestación.

—¿Entonces qué propones, que la dejemos hacer y deshacer lo que le dé la gana? —pregunta Travis indignado—. ¡Ella está fingiendo ser la Nancy deportista y mientras nosotros nos estamos jugando la temporada!

—Pues precisamente porque nos jugamos la temporada tenemos que actuar con inteligencia —replico en tono firme.

—Lo que deberíamos hacer es plantarnos todos y darle una lección —lo apoya Harry Jones.

La conversación en la que Savannah le explica a su hermano lo ocurrido se cuela de nuevo en mi mente y me callo el comentario de que ni se imagina la cantidad de gente que ha debido de llegar a esa conclusión… Es evidente que la prensa no la quiere, la afición tampoco, nosotros, menos que nadie y, aun así, ahí estaba, en medio del campo, lanzándonos un órdago con esa mirada firme y orgullosa y esos moratones en la mandíbula y el cuello de los que yo era incapaz de desviar la mirada.

Una cosa tengo que concederle: es cabezota y obstinada, pero no le falta valor.

—¿Y arriesgarnos a qué? ¿Una sanción millonaria? O peor, ¿una suspensión? ¿De verdad quieres esa mancha en tu carrera, Harry? Porque desde luego yo no —aseguro al ver que un par de jugadores más comienzan a secundar su idea.

Mi comentario los silencia a todos durante unos segundos, pero enseguida comienzan de nuevo a protestar.

Los ignoro y comienzo a vestirme con sus voces crispadas de fondo.

—¿Estás bien, Ryan? —cuestiona Bradley estudiándome con el ceño fruncido.

La pregunta me toma por sorpresa.

—Todo lo bien que puedo estar, igual que todos. ¿Por?

—Llevas toda la tarde ensimismado.

—Estoy perfectamente —respondo escueto.

—¿Vamos a tomar algo? —propone sin terminar de creerme.

—Hoy no, tengo algo que hacer —respondo poniéndome la chaqueta. Meto un par de cosas en la bolsa de deporte antes de cogerla y le doy una palmada en la espalda a mi amigo a modo de despedida.



Algo menos de cinco minutos llevo agazapado tras un saliente de la pared, justo al lado del maletero de su coche, cuando escucho unos pasos.

Me deslizo lo menos posible para poder ver algo, nervioso y rezando para que sea ella y no uno de mis compañeros que se ha quedado rezagado… Solo me faltaba eso, que alguno de los chicos me pillase aquí escondido. Empezarían con las bromas y las burlas, me tocaría aguantarlos, dar explicaciones, y no tengo ninguna intención de verme en esa situación.

Me asomo un poco más mientras mi voz interior me advierte de que esta tendencia insana a ocultarme para acechar a la gente que estoy desarrollando últimamente va a terminar mal, pero hago oídos sordos e intento forzar la vista para distinguir algo a lo lejos.

Aliviado, dejo salir el aire que estaba reteniendo al comprobar que, en efecto, la que se acerca concentrada en los papeles que contiene la carpeta que lleva entre las manos es Madyson y no uno de los chicos.

Vuelvo a pegar mi espalda a la pared, buscando la seguridad de las sombras mientras espero el momento perfecto para salir de mi escondite, que resulta ser cuando ella se para delante de la puerta y mete la mano en el bolsillo de su cazadora para sacar la llave.

—¿Es cierto lo que Savannah le contó a tu hermano? —pregunto a su espalda.

Ella grita, sobresaltada, y se vuelve de golpe hacia mí a la vez que tanto las llaves como los papeles y la carpeta terminan desparramados por el suelo.

El alivio que se dibuja en su rostro al verme es instantáneo y tan evidente que me siento mal por haberla asustado. Si lo que escuché en la cafetería es cierto, asaltarla de esta forma no ha sido lo más apropiado, aunque no pretendiese asustarla.

—¡Por Dios! ¿Siempre tienes que hacer eso? —murmura, respirando con fuerza mientras se agacha para quedar en cuclillas.

—¿El qué? —pregunto imitándola para ayudarla a recoger.

Mi mirada se desliza de forma involuntaria hacia las hojas y descubro en ellas unos garabatos que captan toda mi atención.

—Estar acechando —me acusa enfadada.

Mis ojos vuelven a enfocarse en su cara… No parece contenta y no puedo culparla, sin embargo, tampoco es que a mí su acusación me haga especial ilusión.

—Yo no acecho —me defiendo, molesto, tendiéndole los papeles, que ella coge con un rápido movimiento sin apartar su mirada de la mía.

—¡Por supuesto que acechas! ¡Lo hiciste en la cafetería y, no contento con ello, lo estás repitiendo ahora! —exclama levantando un poco el tono.

Ambos seguimos en cuclillas, resguardados tras el coche y, a pesar de eso y de que estamos solos y nadie la ha escuchado, siento como la vergüenza me recorre por dentro.

—Lo de la cafetería fue una simple casualidad y, en cuanto a lo de esperarte al lado de tu coche…

—Al lado no, detrás, escondido detrás de mi coche —me corrige sin dejarme terminar.

—Lo de esperarte al lado de tu coche —repito, encogiéndome de hombros e ignorando ese ridículo e insignificante matiz—, solo quería hablar contigo.

—Me he tirado más de tres horas en el estadio, has tenido tiempo de sobra para comentarme lo que creyeras necesario —me suelta con seguridad.

—Quería hablar contigo en privado —especifico.

—Si no tiene que ver con el equipo, no tengo nada que hablar contigo —dice con cierta brusquedad.

—Solo quiero saber si lo que escuché es cierto —asevero, colocando una mano sobre su brazo cuando hace el ademán de levantarse.

—El problema es que no tendrías que haber estado escuchando —refuta molesta.

—Dímelo —exijo en un tono suave—. ¿Es cierto que te pegaron y te metieron en un contenedor de basura?

Mis ojos buscan respuestas en los suyos que, sin apartarse, brillan y me atraviesan con determinación y fiereza.

—Sí, es cierto. Un trío de imbéciles me asaltó en un callejón, querían demostrarme lo poco que les gusta mi presencia y

asustarme para que me fuese, pero, como ves, no les sirvió de nada, porque aquí sigo. —Su voz suena firme, pero, por mucha seguridad que quiera demostrar, el leve temblor de sus manos es imposible de disimular—. A mí no es fácil asustarme y mucho menos si los que lo intentan son una panda de cobardes cubiertos con pasamontañas que no se atreven ni a dar la cara.

Me quedo callado asimilando la información. Una pequeña parte de mí se pregunta de nuevo si mi comportamiento durante el partido, desobedeciendo de forma deliberada y obligándola a dejarme en el banquillo no habrá contribuido de alguna forma a calentar más los ánimos de esos tres descerebrados que la atacaron.

Un nudo de culpa me oprime el esternón y, durante unos extraños segundos, siento la imperiosa necesidad de abrazarla y pedirle perdón.

—¿Decepcionado? —pregunta interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Por qué iba a estarlo? —cuestiono.

—¡Vamos, Hart! ¡Los dos sabemos que si esos energúmenos hubiesen conseguido su propósito, tanto tú como los demás estaríais celebrándolo tanto como si acabaseis de ganar el Vince Lombardi en el Super Bowl!

El comentario me resulta tan hiriente como un puñetazo en la boca del estómago. ¿Por quién me toma? ¿Qué tipo de persona se cree que soy?

—No estoy a favor de la violencia —respondo de forma arisca—. Que no me guste tenerte como entrenadora no implica que esté a favor de recurrir a ella como método de disuasión. ¿En serio piensas que cualquiera de los chicos, o yo mismo, se alegraría de semejante atrocidad?

Sueno ofendido porque lo estoy.

—¿De verdad necesitas que conteste a esa pregunta? —cuestiona ella alzando las cejas.

—Pues estás muy equivocada, no soy de la clase de personas que piensa que el fin justifica los medios y quiero pensar que el resto de mis compañeros tampoco lo son.

—¿Te das cuenta lo hipócrita que suena lo que acabas de decir? —me increpa.

—¿Perdona? —replico sin comprender nada.

—Dices que no estás a favor de la violencia, que nunca recurrirías a ella, no obstante, ningunearme y amargarme cada día sí te parece bien.

—No es lo mismo, de hecho, no tiene nada que ver —contesto a la defensiva, y aprieto con fuerza la mandíbula.

¿Se está atreviendo a compararnos con esos delincuentes que le han dejado la cara amoratada y marcas en el cuello? ¡No me lo puedo creer!

—Lo que tú digas —murmura a la vez que da un tirón para zafarse de mi mano y se levanta, dándome la espalda, dispuesta a entrar en el coche.

—¿Vas a denunciarlo? —pregunto incorporándome también.

—Lo haría si sirviese de algo, pero sé que, aunque lo hiciese, no conseguiría nada —responde ladeando la cara para mirarme mientras abre la puerta del coche—. Iban con pasamontañas, lo que hace que sea imposible identificarlos, y paso de darle más munición a los medios de comunicación… Así que no, no voy a denunciar nada.

Puede tratar de mostrarse tan imperturbable y fría como quiera, pero su rostro, y sobre todo sus ojos, esconden un halo de sufrimiento, miedo y dolor que, de nuevo, a pesar de saber que no es culpa mía, me hace sentir bastante impotente y un poquito cabrón, despertando en mí un incómodo instinto de protección.

Es cierto que quería que se fuese, pero no a cualquier precio, y desde luego *no* a este precio.

—Lo que te hicieron fue muy rastrero y lo siento —afirmo con sinceridad.

Durante unas décimas de segundo su expresión se ablanda, dejando entrever cierta vulnerabilidad, pero sus facciones enseguida recuperan su estado de alerta y enfado original.

—No sufras, Ryan —dice con ironía—. No pienso dejarme amedrentar, así que tranquilo, capitán, por mucho que lo intenten no me van a echar.

El tono casi diría que de desprecio con el que pronuncia mi nombre me deja sin palabras y me limito a dar un paso atrás,

mientras ella, sin añadir nada, se sube al coche y me deja ahí plantado. Después arranca y se va sin despedirse.



Durante el trayecto a casa soy incapaz de dejar de darle vueltas a todo lo que acaba de pasar. Tengo tal cantidad de emociones y sensaciones contradictorias bullendo en mi interior que casi puedo ver los engranajes de mi cabeza funcionando a toda velocidad.

Estoy enfadado con ella, por estar aquí, porque creo que puede jodernos la temporada, por lo que insinuó sobre mí y por cómo me ha tratado, pero también me siento furioso por lo que le ha pasado. ¿Quién en su sano juicio puede agredir así a una mujer? Eso por no hablar de la culpa y esa necesidad de protegerla que sentí en el aparcamiento, que no me dejan pensar con claridad.

Cuando enfilo mi calle me llevo una alegría al ver aparcado delante de mi casa el Mercedes plateado de Bradley. Un vistazo al asiento del copiloto me basta para comprobar que no viene solo, Liam está con él.

No es que me sorprenda que este par se pase por mi casa, porque es algo bastante habitual, lo raro es que lo hagan después de decirle a Bradley en el vestuario que no podía quedar con ellos porque tenía planes.

Mi amigo enciende el motor en cuanto acciono el mando que abre el portalón del garaje, y ambos entramos.

Nada más ponemos un pie fuera, Liam no tarda ni tres segundos en lanzarme la primera pregunta, directa a la yugular.

—¿Qué narices te pasa, colega? —Lo suelta sin más.

—Si el motivo de la visita es hacerme un tercer grado, ya os podéis marchar —comento mientras abro la puerta que da acceso a la escalera que conduce al pasillo de mi casa.

Vamos directos a la cocina y Liam saca tres cervezas de la nevera mientras se encoge de hombros.

—Estás raro de cojones; te has tirado todo el entrenamiento con la cabeza en otro lado, después, no has dicho ni una palabra en el

vestuario y Bradley me ha dicho que saliste corriendo de allí como si te estuviese persiguiendo el mismísimo diablo.

—Tenía algo que hacer, ya se lo dije —replico, lanzando una mirada acusadora al aludido.

—Estabas como ensimismado. Te faltaba concentración y eso en ti es raro —lo apoya Brad, cogiendo la cerveza que le tiende Liam.

Tomo asiento en uno de los taburetes, haciendo lo propio con la botella que me ofrece mi amigo, mientras ellos se apoyan en la encimera de mi amplia cocina americana.

Sin duda, esta es una de las estancias que más me gustan de la casa y probablemente la que me hizo enamorarme de ella.

El resto de las habitaciones son cómodas, el jardín con barbacoa y la piscina, espectaculares… Pero es la cocina es lo que le da ese toque de hogar.

Es de estilo nórdico y combina muebles de un tono blanco mate con superficies construidas en madera de haya como, por ejemplo, la gran isla que hace la función de mesa y de frontera con el salón. La sensación de calidez y luminosidad la otorga la gran cantidad de luz que penetra por el enorme ventanal que ocupa toda la pared lateral y permite cerrar o abrir del todo la habitación, uniéndola con el porche trasero.

—¿Os fijasteis en Madyson hoy?

—¿En la entrenadora? —pregunta Liam frunciendo el ceño.

—¿Conoces alguna otra?

—Por suerte, no, con una tengo más que suficiente —murmura él, resoplando con fastidio.

—¿No hubo nada que os llamase la atención? —insisto, pasando mis ojos de uno al otro.

Es imposible que no se hayan dado cuenta. Las contusiones, sobre todo el tono morado de la mandíbula, eran evidentes. Es absurdo que el detalle les haya pasado desapercibido.

Los dos comparten una mirada sorprendida, está claro que no esperaban que les saliese por ahí.

—Pues no sabría decirte, tío, pero lo que está claro es que a ti sí —responde Brad.

—Tenía moratones —anuncio asintiendo.

—Es cierto, me fijé en el de la mejilla —concede Bradley—. Debió de darse un buen golpe.

—Ojalá —siseo, apretando con fuerza la botella y centrando la vista en ella.

Los dos se miran de nuevo, desconcertados, antes de enfocar toda su atención en mí.

—¿Qué pasa, Ryan? —pregunta Liam posando su cerveza sobre la mesa—. Dinos lo que está ocurriendo.

Durante unos segundos dudo, al fin y al cabo, no es mi historia, por lo que no tengo claro que sea algo que me corresponda a mí contar, pero si hay alguien con quien puedo hablar sin andarme con rodeos es con este par; confío en ellos, por lo que, sin darle más vueltas, comienzo a soltárselo todo.

Les cuento la coincidencia en el café y cómo me enteré de lo ocurrido en ese maldito callejón al escuchar la conversación entre Savannah y su hermano antes de que me descubriesen, y también la forma en la que la asalté hoy, escondido en el *parking*, para preguntarle directamente si era cierta toda esa información.

—Menos mal que se te da bien el fútbol, como espía serías un fracasado —comenta Liam dejando su botellín sobre la isla para cruzar los brazos sobre su pecho.

—No tiene gracia, esto es serio —afirmo negando con la cabeza.

Mi amigo se pasa ambas manos por el pelo.

—Es cierto, lo siento, lo que le ha pasado es una putada —concede.

—No entiendo cómo puede haber tanto tarado suelto por el mundo —añade Brad.

—Lo que más me jode es que seguro que esos desalmados piensan que agrediéndola nos hacen un favor —siseo.

—Cada uno puede pensar lo que le dé la gana, pero ninguno de nosotros tiene nada que ver con eso. Nosotros no le hemos tocado ni un pelo, y nunca lo haríamos, así que no tenemos por qué sentirnos culpables —asegura Brad con convicción.

—Es cierto —lo apoya Liam.

Sé que tiene razón, pero…

—Todos queremos que se vaya desde el primer momento en que llegó —les recuerdo—. Y no es que nos hayamos molestado en disimularlo ni ante ella ni ante la prensa o la afición. —Me mantengo en silencio durante unos segundos y luego continúo hablando—. Y me parecía bien cuando el descontento de la gente se traducía en gritos, abucheos o incluso insultos en el peor de los casos. Pero ¿¡pegarle!? ¡Esas son palabras mayores, joder! —exclamo poniéndome en pie para comenzar a pasearme por la habitación.

—Estoy de acuerdo, pero te repito que nosotros no tenemos nada que ver —replica Liam.

—Ella no opina igual, me llamó hipócrita. Dice la hemos ninguneado y machacado desde que llegó —declaro frotándome la frente—, que eso es un tipo de violencia pasiva.

Los dos se quedan callados durante unos segundos.

—Eso no podemos negarlo —admite Brad—. Pero es que todos estamos de acuerdo en que no la queremos como entrenadora y ella debería respetarlo.

Estoy de acuerdo, o al menos lo estaba, porque cuando los garabatos que descubrí en las hojas regresan a mi mente las dudas comienzan a corroerme por dentro una vez más.

Los chicos deben de notar mi debate interno, porque Liam se apresura a preguntar.

—¿Es qué tú ya no piensas lo mismo?

Me mantengo en silencio intentando poner en orden mis ideas.

—¿Ryan? —insiste Brad.

—Tenía anotadas un par de jugadas interesantes; eran diferentes, inteligentes y originales. Estaban pensadas para sacar el máximo rendimiento a cada miembro del equipo de ataque. Las vi cuando la ayudé a recoger los papeles que se le cayeron al suelo al asustarse.

—¿En serio? —se interesa Liam con curiosidad.

Asiento frunciendo el ceño.

—La propuesta de ataque que planteó en el último partido, la que tú te negaste a ejecutar… —comienza a decir Brad—. Si lo pensáis, también tenía sentido. Era arriesgada, pero me gustaba.

—Lo sé, estuve dándole vueltas después y, por mucho que me joda, tengo que admitir que si yo la hubiese llevado a cabo, no

habríamos perdido la posesión y habríamos ganado —admito molesto—. También me he fijado en las pautas de los entrenamientos; no son órdenes al azar, están estudiadas y cada una obedece a un fin particular.

—¿Estáis diciendo que os parece bien tenerla como entrenadora? —cuestiona Liam estudiándonos con asombro.

—No —me apresuro a responder—. Por supuesto que no. Sin embargo, está claro que Henderson está convencido de su decisión y nosotros poco más podemos hacer…

—Es cierto. Vamos a tener que pasar el mal trago queramos o no, así que igual no estaría mal ver qué nos puede aportar —concluye Brad pensativo.

Los tres nos miramos.

—Hay que reconocer que la tía le echa huevos —comenta Liam.

—Mi hermano dijo lo mismo —reconozco.

—Ya, el problema es que no creo que el resto del equipo sea tan fácil de convencer, no todos son tan abiertos y modernos como nosotros —bromea él.

—Lo que está claro es que machacándola solo conseguiremos machacarnos a nosotros mismos —afirmo con aire resignado—. Y esta temporada es demasiado importante como para echarlo todo a perder antes de empezar. Tendremos que resignarnos y adaptarnos, aunque sé que nos va a costar.



Hablar con Brad y Liam me ayudó a sentirme mejor. Estaba convencido de que si el resto de los chicos veían que dejábamos a un lado nuestra actitud beligerante, ellos harían lo mismo; quería pensar que poco a poco las cosas irían poniéndose en su sitio, que el ambiente dentro del vestuario mejoraría y que eso se traduciría en victorias y, con un poco de suerte, los medios de comunicación comenzarían a hablar de nosotros por nuestros resultados y no por ser el único equipo de la NFL con una chica en el cargo de entrenadora jefa.

En mi cabeza el planteamiento no tenía fisuras, o eso pensaba hasta que, a la mañana siguiente, al llegar al entrenamiento nos encontramos una de las paredes del estadio empapelada con un mural gigante en el que aparecía la cara de Madyson al lado de una solicitud de firmas para que la echaran.

Las rúbricas estampadas sobre el papel eran tantas que no se podrían contar, pero cabría afirmar que había muchos cientos, sin exagerar.

En el vestuario los chicos se mofaban y lo comentaban a pleno pulmón, sin importarles si la entrenadora los escuchaba o no y, al salir al campo, la cosa no fue a mejor.

Madyson aguantó el tipo y actuó con profesionalidad, dirigiendo cada una de las jugadas que nos mandó practicar, a pesar de que muchos, por no decir casi todos mis compañeros, tosían con burla o se reían de ella al escucharla hablar.

Solo Bradley y Liam permanecían serios y sin saber cómo reaccionar, era una situación difícil de sobrellevar y, para cuando terminamos y el agua de la ducha comenzó a caer por mi espalda, de verdad que pensaba que la cabeza me iba a estallar.

Mi plan sin fisuras se había ido al traste antes de empezar y lo peor es que, de seguir así, todo se iría a la mierda porque en nuestro afán de perjudicarla a ella, nosotros solitos íbamos a cargarnos nuestra propia temporada.

Capítulo 11

Ver para creer

Madyson

Agotada, así es como me siento desde que llegué a Nueva York. Intento mantenerme firme y positiva, sin embargo, es complicado cuando no consigo dormir bien por las noches y me paso las horas en tensión porque todos los días ocurre algo.

Mi encontronazo en el *parking* con Ryan no hizo más que aumentar mi malestar. ¡Además de darme un susto de narices al salir de la nada, el muy cretino tuvo la desfachatez de hacerse el ofendido cuando lo acusé de alegrarse de todo lo que me está pasando! ¡Venga, hombre! Manda huevos cuando él mismo ha sido el primero en hacerme la vida imposible menospreciándome desde el primer día que puse un pie en el vestuario.

Por si eso fuese poco, llegar al estadio esta mañana y encontrarme a modo de recibimiento ese tremendo mural con mi cara tachada y repleto de firmas exigiendo mi despido no me resultó precisamente alentador; después me tocó aguantar durante todo el entrenamiento las risitas y comentarios maliciosos de esa panda de imbéciles, fingiendo que no los escuchaba cuando de lo que en realidad tenía ganas era de pegarles cuatro gritos y partirles la cara.

¡Estoy harta! ¡Tanto que por momentos me dan ganas de mandarlo todo a la mierda y volverme a donde estaba! Pero luego lo pienso y decido quedarme porque, les guste o no, soy buena en lo que hago. ¡Soy muy buena, qué cojones! Por eso me merezco esta

oportunidad y no pienso renunciar a ella porque una panda de machitos desfasados opine lo contrario.

Con este panorama, es normal que lo único que me apetezca ahora que al fin estoy en casa sea ponerme un pijama calentito, cenarme una taza de leche con galletas y meterme en la cama. Pues me voy a quedar con las ganas porque fui incapaz de rechazar la propuesta de las chicas de cenar juntas en mi casa.

¡Y aquí estoy! Recién llegada del supermercado, con un par de *pizzas* y las bebidas necesarias para preparar ese cóctel que llevo días viendo en TikTok (porque sí, debo de tener una vena masoca escondida por algún lado y, aunque cada vez que abro la puñetera aplicación mi cara termina inundando la pantalla en forma de meme, sigo entrando en ella).

Con la voz de Bruno Mars sonando de fondo, enciendo el horno para que coja calor y me pongo el vídeo del barman para seguir los pasos de la mezcla, y tengo que decir que, aunque al terminar el color no queda tan intenso como debería, el sabor es increíble.

Apenas acabo de llenar una jarra cuando suena el timbre.

—¡Voy! —grito, y me seco las manos con un trapo antes de dirigirme a la entrada.

Las chicas me saludan animadas antes de entrar. Las tres sabemos que han tenido que ver ese odioso cartel, pero como quieren que me distraiga, no van a comentarlo a no ser que yo lo haga, y es un tema que por lo menos de momento no pienso tocar.

O eso es lo que pensaba, porque tres porciones de *pizza* y cuatros cócteles después todo me da igual.

—¡Venga, va, soltadlo ya! Visteis el cartel, ¿verdad? —les pregunto, llevándome la copa a los labios.

—Como para no verlo —bufa Savannah.

—Hasta un ciego habría recuperado la vista con él —corrobora Aria—. ¿Quién puede tener tanto tiempo libre como para dedicarse a hacer algo así? —resopla.

—Algún inútil sin vida que disfruta jodiendo la de los demás —afirma Savannah, levantando su bebida al aire.

Aria y yo la miramos conteniendo la risa.

—¿Quéééé? —pregunta ella arrastrando la última letra y poniendo los ojos en blanco.

—Es la primera vez que te escucho decir una palabrota —declaro alzando las cejas.

Es cierto, Savannah es algo tímida, prudente, comedida en sus comentarios, y su voz es tan suave y dulce que no le pega nada hablar mal.

—Esto es un momento histórico —anuncia Aria con solemnidad—. Yo la conozco desde mucho antes que tú y nunca le he visto decir nada más allá que un «joba».

—Que viva el alcohol —murmura la aludida alzando de nuevo su copa—. Y las amigas que te llevan al lado oscuro —añade sonriéndonos a ambas.

—Que vivan —respondemos las dos al unísono.

—Siempre he pensado que el lado oscuro es el que mola, la luz está sobrevalorada —argumenta Aria antes de darle un nuevo trago a su bebida.

Después del día de mierda, por fin me encuentro a gusto, y es gracias a ellas. Y eso me hace pensar en cuánta verdad hay en esa frase que dice que los amigos no pueden juzgarse por la cantidad, sino por la calidad del tiempo.

A veces hay personas que entran en tu vida derrapando, cuando menos te lo esperas, pero que enseguida consiguen hacerse importantes e indispensables para ti. Personas con las que sientes que puedes ser tú misma, con las que es tan fácil llorar como reír; amigos que se convierten en alas invisibles que te ayudan a elevarte del suelo cuando el mundo entero quiere estamparte contra él, y eso es lo que son en este momento Aria y Savannah para mí.

Seguimos hablando en la cocina durante un buen rato y, cuando la bebida se termina y el último trozo de *pizza* ha sido devorado, nos trasladamos al salón, nos acurrucamos en el sillón tapadas con una manta y nos disponemos a ver un par de capítulos de *Los originales*, serie a la que las tres estamos enganchadas.

Los dos capítulos terminan convirtiéndose en un maratón; nos tragamos los seis capítulos que faltan para terminar la primera temporada y, por lo visto, el sueño nos vence en algún momento del

primero de la segunda, porque, cuando me despierto, ya es por la mañana, no siento el brazo derecho sobre el que estoy acostada, me duele horrores el cuello y tengo uno de los pies de Savannah, quien duerme en una posición casi imposible, pegado a la cara.

Parpadeo varias veces y me froto los ojos antes de hacer un barrido buscando a Aria. La encuentro profundamente dormida sobre la alfombra del suelo, por lo que deduzco que en algún momento ha tenido que caerse del sofá.

Trato de levantarme y enseguida me llevo la mano al cuello. ¡Cómo duele!

—Mierda —murmuro, todavía medio adormilada, moviendo con fuerza el brazo que apenas siento para intentar librarme del desagradable hormigueo que lo recorre mientras busco el mando a distancia para apagar la televisión—. Maldita sea, me duele todo —digo en voz baja.

Un sonido proveniente del exterior atrae toda mi atención. Son voces, muchas voces.

—¿Qué narices…? —pregunto dirigiéndome al ventanal para descorrer un poco la cortina.

Al ver la multitud de cámaras y periodistas apostados delante del muro y la entrada de mi casa frunzo el ceño sin comprender qué pasa. De repente, me siento como si acabasen de tirarme un jarro de agua fría por encima de la cabeza.

—¿Cómo han averiguado mi dirección y qué leches hacen aquí? —pregunto, en voz baja, más y más enfadada y preocupada a cada momento que pasa. ¿Es que ni siquiera van a dejarme en paz en mi casa?

—¡Chicas! —exclamo.

Las dos continúan dormitando, así que grito un poco más.

—¡Chicas!

—¿Quéééé? —protesta Aria soltando un bostezo.

—¡Ahí fuera hay un montón de periodistas! —declaro nerviosa.

—¿Cómo? —le escucho decir a Savannah mientras trata de incorporarse.

—¡Estás de coña! —exclama Aria acercándose acelerada.

—¡Ojalá! —aseguro frotándome la cara.

Las dos se aproximan y se hacen un hueco a mi lado.

—¡Están grabando! —grita Aria enfadada.

—No pueden hacer eso, es peligroso que todo el mundo sepa dónde vives —razona Savannah, preocupada.

—A esa panda de buitres les importa una mierda lo que me pueda pasar —afirmo apretando la mandíbula.

—Pero ¿qué hacen aquí? —se pregunta Savannah en voz alta.

—No tengo ni idea, pero lo voy a averiguar —aseguro dirigiéndome a la puerta.

Voy vestida con unos *leggins* y una camiseta vieja, estoy despeinada y con la cara sin lavar, pero me importa una mierda; lo único que quiero es saber por qué tengo delante de mi puerta a toda la prensa nacional.

Salgo decidida a decirles cuatro cosas, pero, en cuanto pongo un pie fuera, las voces enmudecen y se forma un silencio tan denso y desagradable que me hace vacilar.

Los ojos de todos los presentes se centran en mí; algunos me miran con lástima, otros, con malicia y los demás, con una burla que no se molestan en disimular.

Cada vez más confusa, trago saliva con fuerza y atravieso el pequeño jardín delantero caminando hacia ellos, dispuesta a exigirles que se marchen, pero cuando abro la puerta y salgo, siento que me quedo sin palabras, paralizada como si de repente acabase de caerme una losa sobre la espalda y con los ojos fijos en el mensaje que brilla en color rojo reluciente, escrito en una letra enorme, clara y redonda en la piedra del muro exterior.

PUTA, VETE YA O LO LAMENTARÁS

De repente, como si el paréntesis de mi aparición hubiese terminado, las cámaras me enfocan y los periodistas comienzan a hablar todos a la vez en busca de mis comentarios.

—En directo para ESP News. ¿Vas a respetar los deseos de la afición?

—¿Hasta cuándo piensas permanecer aquí?

—Para la ESPN. ¿Cuál es la posición de la directiva?

—¿Alguna declaración?

—¿No te parece una falta de respeto quedarte en un puesto cuando el equipo ha dejado claro su deseo de que te vayas?

—¿Estás dispuesta a desafiarlos a todos para llegar hasta el final?

Mis piernas tiemblan, mis brazos tiemblan y, poco a poco, el resto de mi cuerpo también comienza a temblar… ¡Hasta el pelo me tiembla!

Pienso en mi madre, en lo que dirá mi padre… cuando vean estas imágenes que saldrán a nivel nacional, y me siento pequeña, minúscula, como si la losa que cargo sobre mi espalda aumentase de tamaño hundiéndome más y más.

Incapaz de responder, me doy la vuelta, vuelvo a entrar en el jardín a toda velocidad, mientras las preguntas siguen resonando a mi espalda, y me apresuro hacia la entrada principal sintiendo como me escuecen los ojos por las incontenibles ganas que tengo de llorar.

En cuanto cierro la puerta, apoyo la espalda contra ella y cierro los ojos con fuerza las chicas ya están a mi lado.

—¿Qué pasa? —pregunta Savannah—. Estás pálida como si acabases de ver un fantasma.

—Pon ESP News —balbuceo, respirando con fuerza para tratar de mantener el control.

Ella corre a hacer lo que le pido y suelta un grito horrorizado.

—¡No puede ser! —exclama Aria acercándose a ella al ver el muro de mi casa en televisión—. ¡Me cago en la madre que los parió! —brama enfadada.

Mientras, yo camino como un autómata hasta el sofá y me derrumbo en él.

—Quitadle el volumen, por favor, me enferma escuchar tanta estupidez —pide Aria, dejándose caer junto a mí.

Savannah asiente, deja la tele en silencio, se acomoda a nuestro lado y las tres nos quedamos así, quietas y sin decir o hacer nada, limitándonos a mantener la vista clavada en la pantalla.

Las lágrimas se deslizan por mi rostro y las seco con rabia; me siento incómoda, avergonzada y ultrajada. Me preocupa que las cámaras estén grabando mi casa y que gracias a eso cualquier

tarado me pueda localizar. Ya no es solo una cuestión de respeto o intimidad, es que se trata de mi seguridad.

—¿Cuánto tiempo hace que están ahí delante? —murmura Savannah un rato después.

—Desde que nos despertamos, algo más de veinte minutos, pero no tengo ni idea del tiempo que llevaban antes —respondo mirando el reloj de mi muñeca.

—No entiendo a qué esperan —dice Aria—. Ya han grabado la pintada, ¿no tienen nada mejor que hacer? ¿Qué quieren? ¿Que los invitemos a tomar café? —suelta con ironía.

Mi teléfono comienza a sonar y, al ver el nombre que aparece en la pantalla, siento un nudo en la garganta y unas terribles ganas de vomitar. Las chicas deben de darse cuenta, porque las dos me observan con cara de circunstancias mientras yo inspiro con fuerza para armarme de valor y contestar.

—Hola, mamá —la saludo con voz trémula.

—Hola, tesoro, ¿cómo estás?

—Lo siento —es lo único que consigo contestar.

La voz de mi madre suena firme y severa al preguntar.

—¿Por qué? ¿Acaso has hecho tú esa horrible pintada?

—No, pero…

—Pues entonces no digas tonterías, no tienes que sentir nada.

—Lamento que tengáis que pasar por todo esto —me disculpo.

—Estoy orgullosa de ti, hija, siempre te hemos inculcado la importancia de marcarte un objetivo y trabajar duro por ello, y eso es justo lo que estás haciendo —declara en un tono un poco más suave.

—¿Y papá? —pregunto.

El silencio al otro lado de la línea se extiende durante unos segundos.

—Ya se le pasará —me asegura—. Ahora sal ahí fuera y déjale claro a quienquiera que haya hecho eso que la tinta puede borrarse con facilidad, pero que tu fuerza de voluntad no la van a doblegar.

Sus palabras son como un bálsamo, un chute de energía que me devuelve la confianza y las ganas de luchar.

—Te quiero, mamá —digo con sinceridad.

—No tanto como yo a ti —responde antes de añadir—: Eres inteligente, buena y más fuerte de lo que puedes llegar a imaginar. Recuérdalo y no permitas que nadie te haga dudar jamás.

En cuanto finalizo la llamada, me pongo en pie y me seco las lágrimas.

—Mi madre tiene razón —digo con convicción—. Un poco de pintura es fácil de borrar; si piensan que por una estúpida pintada voy a quedarme aquí encerrada, escondida o avergonzada, no tienen ni idea de lo equivocados que están.

Salgo disparada a la cocina con Aria pegada a mis talones, cojo un cubo y se lo tiendo.

—Llénalo de agua —le pido mientras yo me dispongo a coger varios cepillos con los que limpiar la pared.

—Ehhh, chicas… —escuchamos decir a Savannah desde el salón.

—Un momento —le pido mientras busco también un par de trapos.

—¡Tenéis que venir a ver esto! ¡Si os lo cuento, no os lo vais a creer! —exclama con sorpresa.

Aria y yo nos miramos y prácticamente echamos a correr hacia el salón.

—¿Qué quieren estos ahora…? —siseo con la boca abierta de par en par y los ojos como platos, fijos en la imagen de la televisión.

—No sé qué le echaste al cóctel ese que preparaste anoche, pero o soy de efectos retardados y se me está subiendo a la cabeza ahora o estoy empezando a tener alucinaciones —musita Aria.

—Os dije que ibais a flipar —nos recuerda Savannah, tan asombrada como las demás.

No es para menos; durante unos segundos, las tres permanecemos en silencio viendo en la pantalla como del autobús del equipo, que está parado justo al lado de mi casa, van descendiendo uno a uno todos los jugadores, cargados con cubos y cepillos, y se van alineando en filas entre la prensa y la pintada. El último en salir, por supuesto, es el capitán, Ryan, quien se coloca en el medio mirando a los periodistas y parece dispuesto a decir algo.

—¡El volumen, rápido! —exclama Savannah lanzándose a por el mando—. ¡Ya está! —suelta aliviada, dándole al botón justo cuando

Ryan empieza a hablar.

—Buenos días a todos —saluda a la cámara dirigiéndose a la prensa y al público en general—. Como capitán y *quarterback* de Los Lobos de Nueva York, hablo en mi nombre y en el de todos mis compañeros aquí presentes al condenar de forma enérgica y categórica este acto vandálico y repugnante o cualquier otro que atente de cualquier forma directa o indirecta contra nuestra entrenadora. —Su voz es firme y su mirada desprende una mezcla de fuego y hielo tan indescriptible como capaz de helarte la sangre y hacer arder tu alma—. Madyson Ward forma parte de nuestro equipo y, por lo tanto, que nadie olvide que quien la ataca a ella, nos está atacando a nosotros.

El mensaje es breve, pero tan claro y conciso que ninguno de los periodistas presentes dice una sola palabra. Parecen haberse quedado tan mudos como yo, que soy incapaz de reaccionar, sobre todo, al ver como ante una señal de Ryan, todos los jugadores se dan la vuelta y empiezan a limpiar.

—Si no lo veo no lo creo —murmura Savannah.

—Yo no lo creo ni viéndolo —replica Aria.

El móvil vibra en mi mano y dirijo la vista a la pantalla para descubrir un mensaje de mi hermano.

Kev: Bien hecho, peque.

Tres palabras que igual no dicen mucho, pero para mí significan el mundo entero.

Parpadeo con fuerza para contener la emoción y Savannah, que se da cuenta, me pregunta preocupada:

—¿Qué ocurre?

Niego con la cabeza.

—Mi hermano ha debido de escuchar la declaración de Ryan.

—La verdad es que el capi se ha marcado un tanto —reconoce Aria.

—Ha sido un detalle por parte de todos —añade Savannah—. Seguro que después de esto, la cosa se calma.

—Ojalá —suspiro.

—Dalo por hecho; los idiotas que te han estado molestando deben de ser unos auténticos fanáticos, para ellos el fútbol es una religión y tienen a los futbolistas endiosados. Dudo que se atrevan a atacarte, al menos de forma directa, después de la declaración de Ryan —razona Aria.

—Me conformaría con eso, puedo lidiar con los gritos y los abucheos, pero lo de tener que ir mirándome las espaldas constantemente, es más complejo —admito.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Savannah.

—Salir, dar la cara y ayudarlos a limpiar ese desastre —respondo aferrándome al cepillo que tengo en la mano.

Todavía no me creo que hayan venido, estoy alucinada. No soy imbécil, soy muy consciente de que muchos de ellos, por no decir todos, preferirían estar en cualquier otro lugar, y después de cómo me asaltó en el *parking* del estadio, sospecho que Ryan ha tenido algo que ver en todo esto, pero, sinceramente, me da igual qué o quién los haya impulsado a estar aquí, lo único importante es que me han apoyado delante de los medios de comunicación y sé que, tal y como dice Aria, eso puede ser un gran punto a mi favor en cuanto a la afición.

Con las palabras de mi madre resonando en mi cabeza y el mensaje de mi hermano muy presente, me armo de valor y, flanqueada por mis amigas, me dirijo a la puerta, dispuesta a salir para unirme al batallón de limpieza. Como era de prever, en cuanto las tres ponemos un pie fuera las cámaras y los *flashes* se vuelven en mi dirección mientras los periodistas comienzan a lanzar preguntas, todos a la vez y de forma indiscriminada; sin embargo, a diferencia de hace un rato, esta vez no me cogen desprevenida, por lo que inspiro con fuerza y me limito a afirmar con voz alta y tranquila que no voy a hacer ningún comentario. Después, voy hacia la fila que han formado los chicos y me coloco al lado de Liam, que resulta ser el último.

El chico sonríe y me guiña un ojo mientras bromea.

—Bienvenida, jefa, espero que la limpieza sirva para convalidar alguna horita de entrenamiento.

Yo me limito a sonreír de forma leve y continúo frotando a la vez que murmuro un «ni lo sueñes» mientras pienso que poco podía imaginarse el infeliz que hizo la pintada que, gracias a su obra de arte, en lugar de hundirme, iba a salir reforzada.

Capítulo 12

Motas doradas

Ryan

Cuando recibí la llamada de Liam diciéndome que pusiese el canal de deportes lo último que esperaba era encontrarme en directo con la imagen de Madyson Ward recién levantada y siendo abordada por una multitud de periodistas delante de su casa.

Ver esa pintada y su cara desencajada fue una efectiva señal de alarma. La presencia de la entrenadora sigue sin hacerme ilusión, pero la situación se está volviendo demasiado complicada e incluso diría que peligrosa y no me gustaría vivir el resto de mis días con el cargo de conciencia de no haber intervenido para evitar una desgracia cuando tuve la ocasión, así que, antes de que todo este caos se vuelva inmanejable creo que es el momento de posicionarnos y entrar en acción.

Lo primero que hice fue convocar a mis compañeros en el vestuario con carácter urgente y llamar a Henderson por teléfono para explicarle cuál iba a ser nuestra posición ante esta situación. El dueño de Los Lobos pareció aliviado y gratamente sorprendido de que, según él, y cito palabras textuales, «por fin estemos usando el sentido común y hayamos entrado en razón».

Lo más difícil fue persuadir a los chicos; desvelar lo ocurrido en el callejón con los golpes y el contenedor de basura no entraba dentro de mis planes, por lo que, sin mencionar ese suceso, me costó horrores convencerlos de que solo formando un bloque unido

conseguiremos algo esta temporada y de que tener a la entrenadora puteada todos los días será más un hándicap que una ventaja.

Mi plan para terminar con el acoso externo a la entrenadora exigía unión y, como no todos estábamos de acuerdo, decidimos someterlo a votación. El apoyo de Liam y Bradley fue fundamental para hacer que gran parte de ellos se pusiesen de nuestro lado y nos ayudasen a ganar la votación con cuarenta votos a favor frente a los trece en contra que, al estar en minoría, tuvieron que ceder y unirse al pelotón.

Sin perder ni un segundo, nos subimos al autobús del equipo que Henderson tenía preparado en la puerta del estadio y, vestidos con el uniforme reglamentario, nos dirigimos a la dirección donde se ubica su casa.

¿Lo mejor de todo? La cara de los periodistas al vernos bajar del bus… Es que era pura estupefacción, a alguno parecía que se le iban a salir los ojos de la impresión.

Después de eso me tocó dar el discurso previamente ensayado y memorizado mientras los chicos guardaban silencio a mi alrededor y, a pesar de estar más que acostumbrado a lidiar con la prensa, esta vez me sentí incómodo.

Fue un auténtico alivio poder darles la espalda para ponerme a limpiar, y aquí estoy, cepillo en mano y fregando la pared que un idiota decidió pintar, dando ejemplo y poniendo buena cara, porque estoy seguro de que en estos momentos más de un compañero me querría matar.

Los periodistas, que permanecían en silencio grabando, comienzan a alborotarse y, al girar la cabeza hacia la entrada, descubro a Madyson, que ha salido de la casa cargada con cubos y cepillos y camina hacia nosotros acompañada de Savannah y Aria.

Escucho a los reporteros lanzar una pregunta tras otra sin parar, alguna de lo más ridícula, a decir verdad, pero la entrenadora mantiene la calma, se sitúa delante de ellos y, manteniendo la cabeza alta, les deja claro con voz firme y pausada que no va a hacer ningún comentario. Después, camina hasta la fila que nosotros hemos formado, colocándose entre Liam, que es el último de los jugadores, y sus amigas, quienes se sitúan a su lado.

De reojo veo a mi amigo comentarle algo, a lo que ella responde con una leve sonrisa y un asentimiento de cabeza, y vuelvo a concentrarme en la pared que tengo delante porque cuanto antes terminemos, antes podré marcharme.

Poco después, las cámaras, los micrófonos y los periodistas, convencidos de que ya tienen la imagen que necesitan y de que no van a conseguir más titulares de ninguno de nosotros, comienzan a dispersarse hasta que el último se marcha y nos quedamos solos.

—¿Podemos parar ya con esta pantomima? —pregunta West—. Hace un buen rato que tendríamos que estar entrenando.

Estoy a punto de responder cuando Liam se me adelanta.

—¿Todavía queda pintura? —le pregunta arqueando las cejas.

—¿Es que no la ves? —le responde él.

—Pues entonces sigue fregando —ordena mi amigo.

—No hace falta —interviene Madyson, que se aleja un par de pasos del muro para colocarse frente a nosotros—. Os agradezco la ayuda, pero ya falta poco, podéis ir yendo al campo, yo llegaré en un rato.

—Podemos quedarnos —ofrece Bradley.

—No es necesario —insiste ella.

Los chicos cogen los cubos y demás utensilios y, sin hacerse de rogar, echan a andar en dirección al autobús, que continúa aparcado, esperándonos.

Si por mí fuese, me quedaría hasta borrar del todo esta espantosa pintura, pero la mayoría de mis compañeros ya se están largando, además, el mensaje de apoyo y unidad hacia la entrenadora que queríamos transmitir a la prensa, y por ende a todos los seguidores del equipo, está dado.

Sin prisa, me dispongo a recoger los trastos que faltan para dirigirme al autobús, donde ya casi todos me están esperando, cuando la voz de Madyson me hace detenerme.

—Ryan, espera —me pide.

Me giro, y ella camina hasta donde estoy.

—No les habrás contado nada de lo que escuchaste en el café el otro día, ¿verdad? —pregunta entre susurros, y se muerde el labio

inferior al tiempo que mira con cierto nerviosismo a su alrededor para asegurarse de que nadie más escucha nuestra conversación.

La contemplo con curiosidad, pues, por primera vez desde que la conozco, tengo la sensación de tener ante mí a la Madyson real, la que se esconde tras esa fachada de hermetismo y profesionalidad. Un recuerdo de la primera vez que entró en el vestuario regresa a mi mente y no me queda otra que admitir que tal vez hemos sido nosotros los que la hemos obligado a levantar esa pared.

—No hizo falta —respondo refiriéndome al resto del equipo y omitiendo que tanto Liam como Bradley sí están al corriente.

—Gracias por esto —murmura, dejando entrever una leve sonrisa que hace que su expresión se vuelva más cercana y ligera.

—No hay de qué, ha sido un trabajo en equipo —respondo quitándole importancia.

—Ya… —susurra, ladeando un poco la cabeza mientras sus enormes ojos me estudian intentando adivinar cuánto hay de verdad en mi respuesta.

Mantengo su mirada y, al poner atención, descubro que la mezcla de canela y avellana de sus iris esconde una pequeña lluvia de motitas doradas.

—Aun así, gracias —añade en un tono suave.

—De nada —respondo, incapaz de romper el contacto visual, como hipnotizado, hasta que Aria se acerca y se engancha a su brazo.

Parpadeo un par de veces y me alejo un paso mientras escucho como le dice a Madyson que debería entrar a cambiarse, coger el coche e irse también al estadio para el entrenamiento, asegurándole que ellas se encargarán de terminar de borrar la pintada.

Madyson no parece demasiado convencida, pero cuando Savannah insiste diciendo que todavía le quedan un par de horas libres accede y, después de mirarme una última vez, se despide de las chicas y la veo alejarse hacia el interior de su casa.

—Bien hecho, Ryan —me alaba Aria, dándome un suave golpe en el hombro—. Al final no vas a ser tan insoportable como pensaba.

Uno de mis compañeros toca la bocina del autobús para reclamar mi atención.

—No sé si tomarme eso como un cumplido o un insulto —replico, ignorando a quienquiera que esté haciendo de nuevo el molesto ruido.

Ella se encoge de hombros, dándome a entender que lo deja a mi elección, y me despido de ambas con un movimiento de cabeza antes de que mis compañeros sigan tocando la bocinita y llamando la atención.



Jadeando y algo dolorido, me acerco al banquillo con Bradley pisándome los talones.

Nos inclinamos para coger una botella y bebemos un buen trago cada uno.

—La entrenadora nos está haciendo sudar la gota gorda, pero hay que reconocer que algunas de las jugadas que estamos ensayando son muy buenas —comenta mi amigo, que se limpia la comisura de los labios con el antebrazo antes de echarse un poco de agua por la cabeza.

Es cierto; han pasado tres días desde que nos pusimos en modo batallón limpieza y, desde entonces, las cosas parecen haberse calmado un poco en el vestuario y los entrenamientos son bastante mejores.

Alzo la mirada, dispuesto a responder, pero la imagen de dos hombres caminando hacia Madyson, que está a unos metros de donde nosotros nos encontramos, explicándole algo a Noah, provoca que la respuesta muera en mis labios.

—No me creo que lo haya conseguido —murmuro sin apartar la vista de las dos figuras masculinas que avanzan con decisión.

—¿No te crees que quién haya conseguido el qué? —pregunta Liam con curiosidad al acercarse trotando.

Señalo con un movimiento de cabeza en dirección a los recién llegados y ambos dirigen la mirada hacia donde les indico.

—¿Ese es…? —murmura Bradley asombrado.

—Klaus Morrigan —respondo alucinado sin dejarlo acabar—. Y viene con Steve Anderson.

—¿Qué harán aquí? —se pregunta Liam.

—Cuando coincidí con Madyson en el café…

—Quieres decir cuando la estabas espiando —me corrige Liam con guasa.

—Cuando coincidí de causalidad con ellos —repito, dedicándole a mi amigo una mirada de advertencia—. Escuché que le decía a su hermano que tenía la intención de fichar a Klaus Morrigan como nuevo coordinador de ataque, pero estaba convencido de que se le estaba yendo la cabeza.

—No me extraña —asiente Bradley—. Sé que varios equipos lo han intentado y ninguno de ellos logró siquiera que escuchase ofertas o se lo planteara.

—Joder con la entrenadora —sisea Liam a la vez que los tres la observamos con atención.

—Madyson Ward —anuncia Klaus a modo de saludo, pronunciando su nombre con admiración.

Ella se da la vuelta a escucharlo y les dedica una amplia y sincera sonrisa a la vez que echa a andar para acercarse a ellos.

—Muchas gracias por venir —los recibe, ofreciéndoles un apretón de manos a ambos—. Sé que no soy la primera en contactaros.

—Eres la primera que merece la pena —asegura Steve.

—Nunca he tenido ninguna duda de que llegarías lejos, lo supe desde que eras pequeña, tienes un talento especial con el que vas a conseguir todo lo que te propongas —añade Klaus.

Los tres nos miramos, alucinados por sus palabras.

—Eres un adulador —comenta ella dándole un golpecito en el hombro—. Pero gracias, significa mucho viniendo de vosotros, y gracias también por estar aquí.

—No tienes que darlas —responde Steve—, estás escribiendo parte de la historia y queremos formar parte de ella.

—Eso por no hablar de que tu padre siempre me ha tenido manía y fastidiarlo es un aliciente que no puedo rechazar —comenta Klaus con diversión.

—Los dos sois hipercompetitivos y os teníais manía mutuamente —matiza ella.

—Cierto… Había que darle al juego algo de emoción —concede él guiñándole un ojo.

Ella deja escapar una carcajada que resuena en el aire y, cuando el sonido retumba en mi pecho, entrecierro los ojos contemplándola con intensidad; es la primera vez que la veo reír así, de verdad.

—Venid conmigo, vamos a mi despacho y después os presentaré al equipo —la escucho sugerir antes de girarse hacia Cork.

—Ross, acompáñanos —le indica, elevando el tono para que la escuche desde su posición—. No tenemos demasiado tiempo y hay mucho que hacer.

El entrenador de jugadores especiales, que contemplaba la escena como si estuviese viendo una película de ciencia ficción, parpadea varias veces y, al darse cuenta de que los tres están esperándolo, asiente y se apresura a ir en su dirección.

La charla entre Madyson y los recién llegados continúa mientras se alejan camino del túnel que conduce a los vestuarios.

—No me puedo creer que ese fuese Klaus Morrigan —comenta West al pasar por nuestro lado.

Ninguno de los tres dice nada, permanecemos quietos, mirándonos como idiotas, porque sí, ese de ahí sí era Klaus Morrigan, leyenda de este deporte y uno de los mejores entrenadores de todos los tiempos y, aunque todavía no comprendo por qué, parece emocionado por unirse al equipo de Madyson. ¡Desde luego, ver para creer!

Capítulo 13

Punto para mí

Madyson

Los gritos que resuenan en el reservado del restaurante del hotel donde estamos cenando tras el partido reflejan el estado de excitación de los jugadores.

Yo trato de mantenerme al margen, seria y profesional, pero en realidad estoy tan emocionada que siento como la adrenalina se mezcla con mi sangre recorriendo cada rincón de mi cuerpo y provocándome unas inmensas ganas de ponerme a saltar y a gritar con ellos.

¡Hemos ganado! He ganado mi primer partido como entrenadora por una diferencia de dos puntos, ¡y estoy tan contenta que creo que voy a explotar de felicidad!

No me libré de los abucheos, los insultos o los gritos del público del estadio ni al principio ni durante el descanso ni casi cada vez que les daba alguna indicación, porque, al parecer, no solo me odia la afición de mi equipo, también la de los contrarios, pero ¿qué importancia puede tener eso cuando hemos conseguido ganar el partido?

—Voy a ir retirándome, el avión sale pronto y quiero dormir algo, pero déjame decirte que esa última jugada de pases cortos por el lateral derecho que te sacaste de la manga… —comenta Klaus, que permanece sentado a mi lado— ha sido fabulosa.

—El mérito está en la precisión de los pases entre Ryan y Liam y la carrera de Harry, que fue épica, parecía tener alas —respondo sonriente.

—Cierto, pero la defensa estaba preparada y esperando un pase largo, conseguiste desconcertarlos dándole la vuelta al juego y fue una maravillosa locura. Tienes un don, Madyson, en todos mis años de carrera he conocido pocos entrenadores con tanto potencial como tú, y ese es justo el motivo por el que acepté trabajar contigo —afirma mientras corta un trozo de hojaldre y se lo lleva a los labios —. Tu padre debería sentirse orgulloso.

La alusión a mi padre me provoca un regusto amargo en la boca del estómago y él debe de darse cuenta, porque no duda en añadir:

—Y si no lo está todavía, lo estará, confía en mí, puedes hacer grandes cosas.

—Es cierto, Maddy, estuviste increíble —concede Savannah desde mi derecha.

Le dedico una sonrisa a mi amiga y agradezco mentalmente que como fisioterapeuta del equipo siempre viaje con nosotros, porque lo cierto es que los gritos, las malas caras y los insultos resultan más llevaderos al saber que la tengo conmigo.

Los chicos captan mi atención al comenzar a golpear con los puños en la mesa mientras aclaman a su capitán quien, en broma, hace con el brazo un gesto de reverencia provocando que aplaudan con entusiasmo antes de comenzar a berrear otra vez.

—¿¡Quiénes somos!? —vocifera Tom Risk.

—¡Los Lobos! —responden todos.

—¿Quiénes somos? —insiste Risk.

—¡Los Lobos! —responden a una.

—¿¡Y qué vamos a hacer con el resto de los equipos!? —se le une Harry Jones, exultante de felicidad.

—¡Machacarlos! —braman sus compañeros eufóricos.

—¡Somos los putos amos! —grita West.

—¡Somos los putos amos! —repiten los demás.

Klaus y Steve se levantan y hago un gesto con la mano para despedirme de ellos.

—No recuerdo haberlos visto así de contentos —comenta mi amiga, inclinándose un poco sobre mí para hacerse escuchar por encima de los gritos.

—No tenían demasiados motivos para estarlo, la temporada pasada fue un desastre y los augurios para esta no eran como para saltar de felicidad —expongo.

—Viéndolos así hasta parecen agradables —añade ella en voz baja.

—Permíteme decirte que tu concepto de agradable deja bastante que desear —murmuro, intercambiando una mirada cómplice con ella.

Savannah suelta una risita y las dos volvemos la vista hacia ellos cuando los escuchamos gritar.

—¡Que hable el capitán! ¡Que hable el capitán!

Ryan accede al clamor popular y se pone en pie, alzando las manos para solicitar unos segundos de silencio.

Se le ve relajado; al igual que el resto de los jugadores, viste el chándal de la equipación oficial de Los Lobos, y todavía tiene el pelo algo húmedo.

En cuanto los demás se callan y es consciente de tener toda la atención sobre él, exclama:

—¡Este año ya podemos ponernos las pilas porque quiero sostener el Vince Lombardi entre las manos! —Su voz suena algo rasgada y cuando sus ojos, brillantes por la emoción, chocan con los míos, sus labios se curvan en una genuina y cautivadora sonrisa que eclipsa el resto de la sala.

Los demás comienzan a gritar de nuevo y me obligo a apartar la mirada, al percatarme de que me he quedado ensimismada.

—Yo también me voy, tengo una llamada perdida de mi hermano y quiero aprovechar para hablar con él antes de meterme en la cama —le explico a Savannah poniéndome en pie.

Ella asiente comprensiva.

—Descansa, con tantas emociones tienes que estar reventada —me aconseja.

—Lo intentaré —respondo cogiendo el abrigo.

No me despido de los chicos, ¿para qué? Están tan metidos en lo suyo que dudo de que alguno se dé cuenta de que me he ido…



El aire frío de la noche me acaricia las mejillas al salir al porche que da al jardín delantero del hotel y me apoyo en la barandilla, deslizando la vista por el cielo.

No hay ni una sola nube y miles de pinceladas de luz salpican el lienzo de un cielo oscuro, infinito y estrellado.

—Hey —saludo cuando mi hermano responde al otro lado de la línea.

—Hola, peque. —Su voz suena algo pastosa y me pregunto si lo habré despertado.

—¿Estabas durmiendo?

—No, Brianna estaba leyendo un poco y yo acabo de tumbarme a su lado; a Molly le costó dormirse esta noche —explica—. Extraña los cuentos de su tía.

—Yo también la echo muchísimo de menos —confieso sin esconder la pena que me produce la distancia.

—Al menos estás haciendo que merezca la pena; contra todo pronóstico, lo estás consiguiendo. Felicidades por lo de hoy.

—Es solo un primer paso —le recuerdo.

—Un primer paso muy importante —matiza.

—Cierto, punto para mí —afirmo esbozando una sonrisa.

—¿Es que estamos en una competición y no me había enterado? —cuestiona en tono de broma.

—Claro que sí, yo contra el mundo —suspiro.

Los dos guardamos un silencio cómodo.

—En serio, ha sido increíble —murmura Kevin después de unos segundos.

—¿Lo viste?

—El resumen, y tengo que admitir que los últimos minutos fueron de lo más emocionantes.

—¿Y papá? ¿Sabes si lo vio? ¿Dijo algo? —inquiero esperanzada.

El silencio sí es incómodo esta vez, y eso me resulta una respuesta contundente y clara.

—Dale tiempo, Maddy —sugiere mi hermano con voz calmada.

Intento que no me afecte, de verdad que trato por todos los medios de impedir que el dolor de su rechazo me resulte hiriente. Pero es que es mi padre y hasta hace nada éramos uña y carne… O eso pensaba yo, por ello soy incapaz de evitar que me tiemble la voz.

—Ya —digo sin demasiada convicción.

—La que estaba entusiasmada es mamá, está deseando verte, te añora y cada mañana nos amenaza con que cualquier día de estos se planta en Nueva York —anuncia mi hermano, cambiando de tema al notar que lo de mi padre me ha dejado tocada.

—Ojalá lo haga, y que se traiga a Molly con ella, me encantaría tenerlas por aquí —sugiero enseguida.

La perspectiva de poder disfrutar unos días de la compañía de mi madre y de la de mi sobrina me hace recuperar enseguida el buen humor.

Mi hermano carraspea y, cuando vuelve a hablar, se le nota preocupado e incómodo.

—Maddy, sabes que si vuelven a meterse contigo o te hacen algo puedes contármelo, ¿verdad?

—Lo sé —le aseguro—. Puedes estar tranquilo, Kev, desde que el equipo dio la cara por mí no he vuelto a tener que lidiar con amenazas, aunque es evidente que todos siguen sin estar a gusto con mi presencia, en general parece que las cosas se van calmando.

—Ellos también necesitan tiempo, debes comprender que para ellos aceptarte como entrenadora es un gran salto de fe —afirma—. Tu llegada ha revolucionado y levantado los cimientos del equipo y ahora debes volver a fijarlos. —Hace una pausa y continúa—. Pero eso no es algo que vayas a conseguir en dos días; necesitas calma, perseverancia y trabajo.

—Lo sé —reconozco—. Es solo que me gustaría que fuese más rápido.

—Tendrás que armarte de paciencia, hermanita.

Suelto un bufido y, a pesar de que no me ve, pongo los ojos en blanco.

«Paciencia», qué fácil es de pronunciar y qué difícil de lograr.

Capítulo 14

De lobos a gigantes

Ryan

—¡Entrenadora! —exclamo al verla avanzar de espaldas unos pasos por delante de mí por el pasillo de las habitaciones.

Al escucharme, da un respingo, se para en seco y se gira para observarme fijamente mientras yo acelero el paso para alcanzarla.

—Espero no haberte asustado, no era mi intención —me disculpo.

—No me has asustado, es solo que escucharte llamarme entrenadora sin sarcasmo o ironía me resulta raro.

—Ya, bueno, a mí también se me hace extraño, no te creas —reconozco, pasándome la mano por el pelo—. Pero hoy te lo has ganado.

Una chispa de emoción ilumina sus ojos a la vez que una tenue sonrisa se dibuja en sus labios.

—Ha sido trabajo en equipo —concede con generosidad—. ¿Cómo es que no sigues en la cena? ¿Ya se han ido todos los demás?

—Todavía quedan algunos, pero yo no soy muy de trasnochar.

—Eso está bien. —Asiente con la cabeza, muy en su papel de entrenadora—. Después del partido, y con lo que hay que madrugar mañana, necesitáis descansar.

—¿Y tú? ¿Qué haces todavía dando vueltas por aquí? Hace rato que saliste del reservado —me intereso con curiosidad, porque sí, fui consciente del momento exacto en que abandonó la mesa.

—Estaba fuera, en el porche, hablando con mi hermano —explica, levantando el móvil que lleva en la mano.

—¿El mismo que quería arrastrarte de vuelta a casa cuando vino a visitarte? —pregunto, divertido, recordando mi tenso encuentro con Kevin Ward en el café.

—Es el único que tengo —afirma encogiéndose de hombros.

—Imagino que después del partido de hoy estará contento de que decidieses quedarte —supongo.

Ella parece dudar, se muerde el labio mientras ladea la cabeza, contemplándome y, aunque no sé por qué, tengo la sensación de que está pensándose qué contestar, si mentir o decir la verdad.

—No te creas, estoy bastante segura de que todos en mi familia preferirían tenerme de vuelta, tienen tantas ganas de que esté allí como vosotros de que me largue de aquí —responde con voz calmada y sincera.

Las palabras de mi hermano intentando hacerme ver que la situación no debía de ser fácil para ella resuenan una vez más con fuerza en mi cabeza cuando deduzco, por el halo de tristeza que surca su mirada, que no solo se ha encontrado con nuestra oposición o la de la prensa y la afición, sino también con la de su propia familia.

—Pues yo me alegro de que te hayas quedado —admito, un poco más por lástima y remordimiento que porque lo piense de verdad.

Una sonrisa burlona se extiende por su rostro y alza una ceja con incredulidad.

—Gracias, es un detalle que lo digas, pero mientes fatal. —En lugar de ofendida, parece divertida.

—Como te dije, aún nos resulta un poco raro tenerte como entrenadora porque eres… ya sabes —comento, sintiéndome estúpido y bastante torpe de repente.

—¿Soy qué? —replica, negando con la cabeza a la vez que trata de contener una sonrisa que disimula bastante mal.

Me quedo callado mientras intento averiguar si en verdad no sabe a qué me refiero o solo pretende hacérmelo pasar mal.

—Eres diferente…

—¿Diferente en qué sentido? —insiste, y ahora sí estoy convencido de que está cachondeándose de mí.

—Es evidente —respondo.

—Si lo fuese, no te lo estaría preguntando.

—Eres una chica —suelto al final.

—Esa es la conclusión a la que llego cada mañana cuando me miro en el espejo, sin embargo, vosotros no deberíais preocuparos por eso, solo tenéis que pensar que soy uno más.

La observo con escepticismo, ella puede decir lo que quiera, pero su apariencia no es la de «uno más». Decir que ella es uno más sería algo así como comparar un delfín con un tiburón; por mucho que te empeñes en buscar similitudes, las diferencias siempre estarán ahí haciéndose notar.

Aun así, decido no incidir más en el asunto y lo dejo estar.

—Supongo que podríamos acostumbrarnos a unos cuantos partidos más como el de hoy… —concedo.

Ella deja escapar una carcajada cargada de autenticidad y el sonido impregna el ambiente, llenando mi cuerpo de una extraña electricidad.

—Lo de hoy solo ha sido una toma de contacto, un juego de niños comparado con lo que espero de vosotros a partir de ahora —anuncia con total seriedad.

—Si pretendes asustarme, deberías saber que no soy de los que se achica ante los retos, todo lo contrario, me crezco —le informo con orgullo, pensando en todo lo que pasé durante el último año para poder volver a jugar.

—Es bueno saberlo, porque pienso convertiros a todos en auténticos gigantes —declara con firmeza, dejándome claro que no soy el único al que los desafíos le van bastante.

—No puedo esperar para verlo —murmuro, incapaz de apartar la mirada de esos ojos que me resultan tan expresivos como intrigantes.

Ella sonríe de nuevo y se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Descansa, Ryan, mañana madrugamos y, dado que los partidos no se ganan solos, hay que volver a trabajar —me recomienda a

modo despedida.

Me quedo quieto, viendo como se aleja hacia la puerta de su habitación.

—Buenas noches, Madyson —grito a su espalda.

—Buenas noches, Hart —responde sin volverse para mirar atrás.



Cuando entro en la habitación, Bradley y Liam ya están tumbados cada uno en su cama.

—¿Dónde narices estabas? —me aborda el segundo—. Te fuiste el primero y ya llevamos un rato aquí.

—Me encontré con la entrenadora en el pasillo y estuve hablando con ella —explico desde el baño.

—¿Y por qué nosotros no la vimos? —cuestiona mi amigo, al que al parecer el alcohol le nubla el cerebro.

—Pues deduzco que porque subisteis a esta zona directos en el ascensor —respondo.

—¿Y tú no lo hiciste? —insiste Liam.

—No, usé las escaleras.

Él asiente y bosteza.

—¿Qué te dijo? —se interesa Brad.

—Nada —contesto.

—No entiendo cómo en una conversación puede no decirse nada. ¿Es que solo hablabas tú y ella callaba? —suelta Liam.

Entro al baño para lavarme las manos y, al salir, me apresuro a ponerme el pijama.

—Me refiero a que no hablamos de nada interesante —matizo—. Me dijo que estuvo en una llamada con su hermano y la felicité por lo del partido de hoy.

—Fue una gran jugada —suspira Liam, afectado por el alcohol, pues es un tío que no suele pasar de las dos cervezas y hoy se ha permitido un pequeño exceso.

—¿Y qué te respondió cuando la felicitaste? —se interesa Brad, que por lo visto hoy está en modo cotilla.

—Me dijo que había sido trabajo en equipo —reconozco.

—Muy generoso de su parte —afirma mi amigo.

—Pues si es parte del equipo, debería estar en el grupo de WhatsApp de los chicos —salta Liam, cogiendo su teléfono de la mesilla de noche.

—¡Ni se te ocurra! —le advierto.

—¿Pooor? —pregunta haciendo un puchero.

—Primero, porque no creo que les hiciese gracia ni a ella ni al resto, y segundo, porque para eso tendrías que tener su número de teléfono.

Mi amigo alza las cejas con una sonrisa bobalicona.

—¿Quién dice que no lo tengo? —pregunta.

—¿Tienes su número? —interviene Bradley, tan sorprendido como yo.

—Por supuesto, siempre tengo el número de mis entrenadores, el contacto directo con ellos es importante, deberíais saberlo —nos sermonea señalándonos a ambos con el dedo.

Es verdad. Siempre he considerado que tener línea directa con el entrenador es importante, por no decir imprescindible…, pero, tal y como le dije antes a Madyson, este es un caso diferente y sin precedentes.

—Esto es distinto —afirmo metiéndome en la cama.

—¿Por qué iba a serlo? —porfía él—. Va a ser nuestra entrenadora, ¿no?

—Eso parece —concede Brad.

—Pues por eso después del último entrenamiento en casa le pedí su teléfono.

—¿Y te lo dio? —cuestiono.

—¡Por supuesto que me lo dio! —se carcajea—. ¿Por qué no iba a dármelo? ¡De hecho, hablamos muchas noches por WhatsApp para comentar ese docu-reality de Max al que estamos tan enganchados! ¿Sabes cuál te digo, Brad?

—¡Por supuesto que sé a cuál te refieres, lo que no sabía es que te dedicabas a comentarlo con Madyson! —se carcajea él.

—Tiene algunas teorías sorprendentes… —deja caer Liam.

—¿En serio? —se interesa Brad.

—Te lo juro, tío… ¿Quieres que te lo pase para comentarlas con ella? —se ofrece.

—¡Ni se te ocurra! No puedes ir dando su número por ahí sin saber si le parece bien o no —lo freno.

—Tranquilo, Ryan, que soy yo, no un asesino en serie o un acosador —me calma Brad levantando ambas manos.

—Aun así, no me parece bien —murmuro.

—Tranquilo, eso tiene fácil solución —anuncia Liam, poniéndose a teclear concentrado en la pantalla para comenzar a sonreír a continuación.

—¡Listo! ¡Ningún problema! —exclama, tan entusiasmado como si él solito acabase de resolver un problema de carácter nacional.

—¿Se puede saber qué has hecho? —murmuro con desconfianza.

—Preguntarle si le parece bien que os pase su número —responde.

—No veo la necesidad —comento tapándome con la manta.

—¿De preguntarle? —cuestiona mi amigo.

—No, de tener su número —bufo, negando con la cabeza.

—Tarde, ha dicho que sin problema y os lo acabo de pasar —rebate él.

—¿Seguro que le parece bien? —insisto.

Él le da la vuelta al móvil para que veamos su contestación y mis ojos vuelan por la pantalla.

—¿Por qué hablas con ella sobre asesinatos? —planteo sin dar crédito.

—Juro que no estamos planeando matar a nadie, al menos de momento. —Suelta una carcajada—. Es que el docu-reality que comentábamos antes va de eso.

—Eres de lo que no hay —afirma Brad poniendo los ojos en blanco.

—¿Te refieres a que soy único y maravilloso?

—Se refiere a que eres raro de cojones —matizo—. Solo a ti se te ocurriría ponerte a escribirle a Madyson para comentar una chorrada como esa.

—¿Por qué? —nos increpa.

—Porque es nuestra entrenadora —respondo como si fuese obvio.

—Sigo sin ver dónde está el problema. ¿Es que los entrenadores no pueden comentar series de televisión? —pregunta encogiéndose de hombros.

—Lo que no suelen es comentarla con los jugadores de su equipo —replico.

—Dudo que le hayas preguntado eso a todos los jugadores y a todos los entrenadores del país, así que no tienes suficientes datos para hacer esa afirmación —objeta con una risa maliciosa—. Además, me flipa lo observadora que es, se dio cuenta de detalles en los que yo ni había reparado, y tal y como dije antes —añade dirigiéndose a Brad—, tiene algunas teorías asombrosas. Además, es maja, me cae bien —afirma—. No como la repelente esa que tiene como amiga.

—¿Savannah? —cuestiono sorprendido.

—No, la otra, la de rizos que cada vez que nos ve parece que nos quiere matar.

—Hace apenas dos semanas bramabas en arameo por tenerla en el equipo y ahora resulta que hasta te cae bien —bufo.

—Fuiste tú el que nos hizo ver que la cosa se estaba yendo de madre —me recuerda Liam—. Además, es de sabios rectificar y, después de hablar con ella, me parece una tía legal.

—Brad, dile algo —insto a mi amigo, que permanece callado, con la vista fija en la pantalla de su móvil.

—¿Algo de qué? —pregunta, dejándome claro que no nos estaba prestando atención.

Su móvil suena y él devuelve la vista a la pantalla…

—Hooola, te estoy hablando… —murmuro, moviendo el brazo a un lado y al otro.

—Lo siento, estaba hablando con Madyson, yo también quería saber cuál era esa teoría tan sorprendente.

—¿Y…? —le pregunta Liam, impaciente, haciendo un gesto con la mano para animarlo a hablar.

—Es una puta pasada —reconoce Brad.

—¿¡Lo ves!? —exclama el primero, palmeando la cama, emocionado—. Cuando me la dijo me quedé flipado, pero después, pensándolo fríamente, me di cuenta de que los indicios estaban ahí desde el principio y de que tenía todo el sentido.

Los observo estupefacto de forma alternativa mientras ellos se enfrascan de lleno en un debate sobre la teoría de Madyson olvidándose de que sigo en la habitación.

—Sois tremendos —los acuso—. Los dos.

Y, dado que parecen demasiado concentrados como para hacerme caso, apago la luz y cierro los ojos con la intención de dormirme, aunque con sus voces de fondo, me resulte complicado.

Capítulo 15

Azúcar y picante

Madyson

—Vale, estaba intentando contenerme, pero no aguanto más. ¿Qué pasa con Harry? —abordo a Savannah, volviéndome hacia ella.

—¿Cómo? ¿Por qué dices eso? No pasa nada —se apresura a contestar, sonrojándose.

—Igual porque hace poco más de una hora que despegamos y es la tercera vez que os pillo intercambiando miradas como si fueseis dos estudiantes hormonados en celo.

—¡No digas tonterías! ¡No intercambiamos miradas! —niega de inmediato, removiéndose incómoda en su asiento.

—Ajá —asiento con ironía, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Que no intercambiamos miradas —insiste.

—Lo que tú digas —murmuro.

—En serio, no estábamos intercambiando nada.

—Sí que lo hacíais, y tenían tanto azúcar que solo con veros a puntito he estado de tener una hiperglucemia de ingreso hospitalario.

—Eres una exagerada —me acusa.

—Seguro que sí. —Dejo escapar una risita desdeñosa.

—No sabía que eras tan chismosa —me regaña.

—No son chismes cuando la información proviene de la persona implicada, y menos cuando la susodicha resulta ser tu amiga —contradigo, y chasqueo la lengua.

Ella suspira, resignada, y yo sonrío, consciente de que acabo de salirme con la mía.

—Anoche, cuando tú y algunos de los chicos os fuisteis, Harry y yo nos quedamos un rato hablando —confiesa entre susurros.

—Define «rato» —digo, haciendo el gesto de las comillas.

—Un par de horas, tres como mucho.

—Eso es un rato bastante largo.

—Pues se me pasaron volando —admite entre susurros, sonrojándose todavía más.

—¿Y…? —la apremio a seguir.

—Y nada —afirma—. Solo estuvimos hablando, lo que ocurre es que fue encantador y me di cuenta de que tenemos más cosas en común de las que pensaba.

—Estoy bastante segura de que el sentimiento es mutuo… —dejo caer.

—¿Por qué lo dices? —pregunta interesada.

—Básicamente, porque hace unos segundos estaba devorándote con la mirada.

—No me devorada con la mirada —niega en un tono casi imperceptible.

Como si pudiese escucharnos, cosa imposible dados el tono de la conversación y la distancia que nos separa, el aludido se levanta, recorre el pasillo con lentitud y, al pasar por nuestro lado, fija sus ojos en Savannah sin disimulo.

—Si eso no es devorarte… —murmuro.

—Cállate —me ordena ella, dándome un suave manotazo en el brazo a la vez que el tono hasta ahora rosa intenso de sus mejillas deriva a un color rojo pimiento morrón.

—¿Te encuentras bien? Parece que te estuvieses comiendo una guindilla —musito conteniendo la risa.

—No tiene gracia.

—Dicen que el picante es bueno, reactiva la sangre —continúo con la broma.

Justo entonces nuestros móviles vibran a la vez y mi sonrisa se ensancha maliciosamente al dar por hecho que tiene que ser Aria.

Me encanta la complicidad que hemos generado las chicas y yo en tan poco tiempo, puede ser porque las tres nos movemos en un mundo de hombres en el que resulta complicado destacar, o quizás solo es porque, a pesar de ser tan diferentes, estábamos destinadas a encajar.

La cuestión es que el lazo que nos une se hace más fuerte cada día que pasa, y para qué negarlo, eso me encanta.

—Aria: ¿Qué hacéis?

—Yo: Hablar de picante.

—Aria: ¿De picante?

—Yo: Y de azúcar.

—Savannah: Deja de decir chorradas.

—Aria: No entiendo nada.

Con una velocidad pasmosa, saco una foto de la cara de Savannah y la envío al grupo antes de que esta sea capaz de quitarme el teléfono de la mano.

—Aria: ¡Savannah! ¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras bien? ¡Pareces a punto de explotar! ??

—Yo: La cuestión no es qué le pasa, sino quién le pasa —respondo, poniendo la palabra en negrita.

—Savannah: Te repito que solo estuvimos hablando, ¡¡NO PASÓ NADA!!

—Aria: ¿Con quién no pasó nada? 😳

—Yo: Con Harry Jones.

—Aria: iii Nooooooo!!!!!! 🤯

—Yo: Ya te digo yo que sí.

—Aria: ¿Harry Jones, el buenorro? ¿El corredor?

—Yo: ¿Conoces algún otro Harry Jones?

—Aria: Por desgracia, no, y me parece superinjusto, porque los tíos como ese tendrían que existir a pares. Quiero todos los detalles, cuéntanoslo todo.

—Savannah: Sois un par de pesadas, os repito a las dos que NO PASÓ NADA, absolutamente nada.

—Yo: Que no haya ocurrido todavía no implica que no vaya a pasar —le recuerdo.

Savannah me mira de reojo con el ceño fruncido antes de volver a teclear.

—Savannah: Me estáis poniendo nerviosa

—Yo: ¿Por qué? ¿Es que no te parece atractivo? ¿No te gusta?

—Aria: Imposible. ¿Cómo no le va a gustar?

—Savannah: Por supuesto que me parece atractivo, no estoy ciega, tengo ojos en la cara.

—Yo: ¿Entonces dónde está el problema? Es una operación matemática sencilla. Él te gusta + tú le gustas = diversión garantizada.

—Savannah: No es tan sencillo.

Harry pasa de nuevo a nuestro lado y, aunque de refilón, me fijo en que sus ojos vuelven a posarse sobre mi amiga una vez más.

—Yo: ¿Por qué no?

Ella titubea durante unos segundos y Aria comienza a impacientarse.

—Aria: No me dejéis así… ¡Contesta, Savannah! ¿Por qué no? Otra cosa sería que fuese como el imbécil ese de Liam… Pero Harry parece un tío legal.

—Yo: Liam también lo es.

—Aria: Estás de coña, ¿no? El día que coincidimos en el agujero demostró ser un zoquete chulo y aneuronal.

—Yo: Ese día estábamos todos un poco nerviosos, pero es un chico agradable.

—Aria: Mira, mejor lo vamos a dejar… Savannaaaah, haz el favor de contestar.

—Yo: Espera un segundo, impaciente, está pensándolo.

—Savannah: Dudo que alguien como yo sea su tipo.

—Aria: ¡Menuda gilipollez acaba de decir! Madyson, dale un pescozón de mi parte que no la tengo a mano.

Me giro hacia ella entre decidida y enfadada. No comprendo que pueda pensar así.

Es cierto que Harry es guapo y popular. Tiene el pelo castaño claro, ojos de color chocolate, una sonrisa de anuncio publicitario y el cuerpo atlético y trabajado, y todo eso sin contar con la fama y el reconocimiento que comparte con la mayoría de los jugadores profesionales de fútbol americano.

El tío es una estrella, no lo vamos a negar. ¡Pero Savannah es preciosa, inteligente, dulce y, aunque le falta confianza en sí misma y es un poco tímida, cuando la conoces descubres que es divertida y una tía sensacional! Por eso cualquiera, futbolista o no, sería afortunado de tenerla a su lado.

—Yo: No te subestimes, Savannah, eres la leche y deberías saberlo.

—Aria: No puedo estar más de acuerdo.

—Savannah: Pues yo creo que a los hombres como Harry Jones les van más las modelos, actrices o animadoras —refuta.

—Aria: Amiga… Donde esté un buen masaje que se quiten unos pompones.

El comentario nos arranca una risa a las dos.

—Savannah: Sé que tenéis buena intención, sin embargo, las tres sabemos que no me parezco ni en el blanco de los ojos a las chicas con las que suelen salir los jugadores.

—Aria: Eso no tiene por qué ser malo. Eres una entre un millón.

—Yo: Cierto, además, no puedes generalizar, mi hermano es futbolista, uno incluso más popular que Harry, y su novia es dependienta en una boutique de ropa.

—Aria: ¡Ahí lo tienes!

—Yo: Además, no creo que nadie elija a su pareja por la profesión que desempeña; en el caso de los futbolistas, simplemente es que esas chicas que dices, las modelos, las animadoras, son las que más se mueven en su entorno y, por lo tanto, con las que más tienden a relacionarse y coincidir.

—Savannah: Si tú lo dices…

No parece nada convencida, no obstante, yo sí lo estoy.

—Yo: Claro que lo digo.

—Aria: Exijo reunión de emergencia de las Juanas esta noche para tratar el tema con la importancia que merece.

—Yo: A mí me parece bien.

—Savannah: A mí no tanto, no me convence ser el tema de conversación.

—Aria: Uno de los temas de conversación, venga, no seas mala, vosotras os habéis ido juntas, pero yo me he quedado aquí tirada, necesito resarcirme.

—Savannah: Está bien, pesadas.

—Yo: Perfecto, pues a las cinco y media en mi casa, ahora os voy a dejar porque necesito ir al baño y lo acaban de liberar —informo, con la vista clavada en la lucecita que acaba de pasar del rojo al verde.

Las tres nos despedimos y yo me apresuro a levantarme para encaminarme al servicio antes de que alguien lo vuelva a ocupar, ¡es increíble lo solicitado que está!

Cuando termino, me tomo mi tiempo lavándome las manos mientras sonrío pensando en la conversación que acabo de tener con las chicas.

Estoy tan distraída que salgo sin mirar y, al hacerlo, me doy de bruces contra un cuerpo duro y fuerte y salgo rebotada hacia atrás.

Por suerte, la mano firme de Ryan me sujeta del codo justo a tiempo de impedir que me caiga de culo encima del inodoro.

—¿Qué haces ahí parado como un poste de tráfico? ¡Deberías tener más cuidado! —lo amonesto, elevando la vista hacia él.

—¿Cuidado yo? Eres tú la que vas empotrándote con los demás por no mirar. ¿Y si me hubieses lesionado? —rebate, divertido, alzando las cejas.

Lo miro de arriba abajo con aire escéptico.

—Lo veo improbable, dada la diferencia de fuerza y tamaño —contesto.

No soy baja, pero Ryan me saca una cabeza, por no hablar de que su espalda hace por dos de las mías, su pecho es duro como el acero y sus brazos… ¡Mierda! ¡No debería estar mirando sus brazos ni pensando en lo duro que es su pecho ni en ninguna chorrada parecida!

Él deja escapar una carcajada cálida, envolvente y ¿perturbadora?

—Voy a volver a mi sitio —anuncio señalando las filas delanteras del avión.

Él se limita a asentir y se hace a un lado para dejarme pasar, pero continúa mirándome… Siento su mirada clavada en la espalda.

—No sabía que te gustasen las series sobre asesinatos —lo escucho decir con voz suave cuando no he avanzado más de tres pasos.

—Normal, porque nunca me lo habías preguntado —respondo—. A juzgar por tu tono, deduzco que a ti no te emocionan demasiado.

—El suspense y la ficción sí, pero ¿esas docuseries tétricas y violentas basadas en crímenes reales? ¡Ni de coña!

—¿Has visto alguna?

—No, ni pienso —niega con rotundidad.

—Yo tampoco lo había hecho hasta ahora.

—Ah, ¿no? —cuestiona fijando su impenetrable mirada en mis ojos como si tratase de ver más allá.

Niego con la cabeza.

—No, es la primera que las veo, me enganché cuando llegué aquí.

—¿Insinúas que es mérito nuestro? —bromea—. ¿Buscabas formas de deshacerte de nosotros entre terribles sufrimientos?

—Desde luego erais una fuente de inspiración difícil de ignorar —contesto siguiéndole el juego.

—*Erais* es pasado —observa.

—Gracias por la información, pero ya lo sé, soy buena con los tiempos verbales.

—¿Y ahora? —pregunta alzando ambas cejas y observándome con una inocencia que no me creo nada.

—Digamos que ahora no tengo tanta necesidad de que saquen la segunda temporada —concedo.

Él se echa a reír de nuevo y, sin añadir nada más, sigo caminando y vuelvo a mi asiento a la vez que pienso que, en un concurso de conversaciones raras, la que acabamos de tener tendría todas las papeletas para resultar premiada.

Capítulo 16

Una victoria importante

Ryan

De los siguientes siete partidos ganamos seis y perdimos uno. Lo que para la entrenadora supuso un giro ciento ochenta grados dentro y fuera del vestuario.

Cuando los chicos empezaron a darse cuenta de que sus jugadas y planteamientos estaban colocándonos en lo alto de la tabla, a pesar de que la situación continuaba resultando extraña, comenzaron a respetarla; la afición, contenta por los resultados, cambió los insultos por vítores o alabanzas, y los medios de comunicación dejaron de cebarse con ella.

El cambio es apreciable en Madyson, a la que se la ve mucho más relajada. Su actitud es cercana pero exigente, rara vez se enfada o alza la voz, pero se nota que sabe de lo que habla y lo hace con firmeza. Su mayor virtud es su capacidad de encontrar enseguida el punto más fuerte y el más débil de cada uno de los jugadores que está en el campo.

La entrenadora analiza a los rivales con minuciosidad para preparar cada partido con una estrategia diferente según el rival. Ella conoce lo mejor y lo peor de cada uno de nuestros adversarios y, lo más importante, es capaz de volverlo a nuestro favor.

Klaus, Steve, Ross y ella forman una sólida base sobre la que apoyar y elevar al equipo, un equipo que empieza a superar individualidades convirtiéndose en una pieza de engranajes perfectos

que, al menos hasta ahora, muy pocos adversarios han conseguido desmontar.

Y digo hasta ahora porque el partido de hoy está resultándonos un poco frustrante y muy complicado. Nos batimos en casa contra los Tiburones de Miami, un equipo fuerte, con una defensa bien formada y un tándem de jugadores ofensivos que resulta rápido y contundente, por lo que, en cuanto conseguimos sacarles un par de puntos, ellos logran darle la vuelta al marcador adelantándonos de nuevo.

Es un día especial, Acción de Gracias, y nos jugamos mucho, consolidar posiciones, por no hablar de que, como los jugadores profesionales no disponemos de vacaciones en estas fechas y jugamos en nuestro campo, las familias de muchos de los chicos se han desplazado para pasar la cena con ellos y están viendo el partido desde las gradas.

No es el caso de la mía, difícil cuando mi hermano y mi cuñada están en Australia.

Comienza a llover y cierro los ojos, disfrutando de las frías gotas que me acarician la piel y contrastan con el aire que arde en mi pecho.

Estoy reventado, los golpes del encuentro están siendo especialmente dolorosos y nos sacan dos puntos, sin embargo, tenemos la posesión del balón y todavía faltan tres minutos para finalizar el partido… cuando la entrenadora solicita tiempo muerto.

Y, en cuanto el árbitro se lo concede, todos corremos hacia el banquillo.

—Está bien, chicos, se nos acaban las opciones, vamos a hacer la jugada tres ocho dos —nos informa con rapidez—. Es un poco arriesgado, pero estoy segura de que esperan un pase largo de inicio y necesitamos despistarlos. Es nuestra única opción.

Hace una pausa de un par de segundos para asegurarse de que todos la hemos entendido antes de centrar toda su atención en mí y en Bradley.

—Chicos, necesito que seáis rápidos y precisos, es Acción de Gracias y esta noche quiero agradecer una victoria, así que no

pienso perder este partido —grita, golpeando con la mano el portafolios en el que guarda algunas de las tácticas.

Volvemos al campo y cada uno se coloca en su posición.

Siento la sangre bombeando frenéticamente en mi corazón, el suelo se tambalea bajo la suela de mis botas y tengo cada uno de los músculos de mi cuerpo en tensión.

El árbitro da comienzo a la jugada, Bradley echa a correr por la banda izquierda, varios jugadores de la línea defensiva tratan de derribarlo, pero él consigue esquivarlos y seguir avanzando.

Sostengo el balón amagando un pase largo, pero, en lugar de lanzarlo, salgo disparado por la banda derecha; Harry Jones lo hace por el medio del campo.

Los defensas intentan atraparme y siento que los pulmones están a punto de salírseme por la garganta cuando trato por todos los medios de aumentar la velocidad.

Cincuenta yardas, cuarenta yardas; el pecho me arde de tal forma que me pregunto si será posible que lo tenga en llamas; treinta yardas, veo por el rabillo del ojo que un par de defensas están a punto de lanzarse sobre mí, aprieto los dientes y hago un último esfuerzo, necesito un poco de espacio para hacer el lanzamiento…

Estoy llegando a las veinte yardas, pero los tengo casi encima, siento su aliento acariciándome la nuca, no puedo esperar más, me dispongo a hacer el pase y lo lanzo un par de segundos antes de que una marea humana me derribe, sepultándome contra el suelo. Por suerte, el balón está en el aire y lo que no espera nadie es que el pase no sea para Harry, sino para Bradley, que está colocado en el extremo izquierdo de las diez yardas y salta para recibirlo justo antes de salir disparado a la línea de *touchdown*.

El aire abandona de golpe mi cuerpo al sentir el impacto del suelo contra el pecho y el peso de mis oponentes en la espalda. Un dolor agudo me recorre la parte superior de la ceja y el líquido caliente que desciende por mi mejilla me alerta de que el corte debe de ser profundo y como mínimo habrá que poner grapas, sin embargo, al escuchar al público gritando extasiado en las gradas una sonrisa

asoma a la comisura de mis labios: lo hemos conseguido, hemos anotado.

En cuanto los defensas se apartan, intento ponerme en pie. Me duelen las costillas, por lo que respiro poco a poco y aprieto con fuerza los labios.

El árbitro indica que nos coloquemos, el *holder* agarra el balón e, ignorando el dolor, me dispongo a golpearlo; fijo la vista en el cuero e inspiro con fuerza antes de darle una patada que lo eleva por el cielo, directo al punto de la victoria.

El árbitro pita y mis compañeros me rodean, abrazándome.

—Buen trabajo, Hart —escucho a Madyson a través del pinganillo. Su voz es suave, cálida y llena de orgullo, un orgullo que me llena de satisfacción.

Es un mensaje escueto, sencillo y sé que es una tontería, porque el resto de los coordinadores están en la misma línea, pero cuando vuelvo la cabeza hacia el banquillo y la veo sonriendo en mi dirección, la adrenalina se dispara por mi torrente sanguíneo y la sensación de triunfo se vuelve todavía más indescriptible y mejor.

—Lo mismo digo, Ward —respondo por el mismo medio antes de volverme de nuevo para palmear las espaldas de mis compañeros.



—Nos ha costado, lo hemos sufrido, sin embargo, lo hemos conseguido —anuncia Madyson al entrar en el vestuario un par de minutos después que nosotros.

Es una rutina que hemos adquirido; sabemos que antes de darnos espacio y tiempo para relajarnos y ducharnos la entrenadora siempre pasa a hablar con nosotros, así después podemos tomarlo con calma y ella se asegura de que, entrando de improviso más tarde, no se llevará ninguna sorpresa desagradable e indeseada.

—Eran como hienas los muy jodidos —dice Tom Risk.

—Eso da todavía más valor al resultado, ahora podéis ir a disfrutar de la cena de Acción de Gracias, os la habéis ganado —comenta ella—. Ryan, cuando dejes de marear ese zanco de pavo

por todo el vestuario pásate a que te curen bien esa ceja, que todavía sigue sangrando —añade, dirigiéndose en mi dirección.

Mis compañeros me ovacionan y Liam me quita el zanco de pavo (premio simbólico que entregan al terminar el partido del día de Acción de Gracias al mejor jugador del encuentro) y se pone de pie en el banco de madera, elevándolo al cielo con las dos manos como si fuese un trofeo.

Todos comienzan a gritar y a patalear contra el suelo hasta que Henderson hace acto de presencia en el vestuario.

—Un poco de silencio —pide Klaus, señalándolo con una mano.

En lugar de tranquilizarse, los chicos comienzan a aclamarlo.

—Logan, Logan, Logan —gritan fuera de sí a la vez que Liam mueve el zanco de pavo como si este fuese su batuta, nosotros, los músicos y él, un director de orquesta.

El aludido sonríe levantando ambas manos para pedir un poco de calma y, cuando al fin consigue hacerse escuchar, comienza a decir:

—Tanto la junta directiva como yo estamos muy contentos con los resultados de los últimos partidos. —Los chicos comienzan a aplaudir de nuevo y él aguarda con paciencia hasta que puede continuar—. Por eso, teniendo en cuenta que hoy es Acción de Gracias y que muchos de vosotros tenéis a vuestras familias lejos, si la entrenadora accede a concederos el día de mañana libre, os hemos preparado una fiesta especial en una discoteca del centro; todo el personal del club está invitado y, por supuesto, los que tengáis aquí familia o amigos podéis traerlos.

Los vítores comienzan de nuevo; West me agarra por el hombro cuando comienza a saltar y me veo obligado a unirme a él, pero, aun así, en medio de toda esta jauría, me doy cuenta de que Henderson se gira hacia Madyson con una leve sonrisa en los labios para preguntarle si puede salir un momento con él.

Capítulo 17

Mucho por lo que agradecer

Madyson

Abandonamos el vestuario y pasamos por delante de mi despacho, de la sala de fisioterapia y del gimnasio hasta llegar al ascensor que conduce a la planta de los despachos.

—Sabía que contratarte era un acierto —comenta Logan con una sonrisa de oreja a oreja—. Los de arriba —señala hacia el techo con un movimiento de cabeza y soy consciente de que se refiere al resto de los altos cargos del club— no estaban de acuerdo conmigo cuando llegaste, sin embargo, ahora están encantados con los resultados que estás consiguiendo.

—El mérito no es solo mío; Ross, Klaus y Steve también están haciendo un gran trabajo, somos un equipo —aseguro entrando en el ascensor que sube hacia la planta de los despachos—. Y, por supuesto, no podemos olvidarnos de los chicos, que se lo están currando.

—Conmigo puedes ahorrarte tanta modestia, los dos sabemos que la magia que vemos en el campo sale de tu cabeza —comenta.

No estoy de acuerdo, de verdad creo que tanto el éxito como el fracaso son fruto del trabajo en equipo.

Él me mira sonriente mientras salimos y yo estoy a punto de responderle, no obstante, una voz alegre y cantarina me detiene.

—¡Tía Maddy! —escucho gritar a mi emocionada sobrina.

—¿Molly? —pregunto incrédula a la vez que la veo correr hasta mí desde la puerta del despacho de Logan, donde mi madre, acompañada de Aria, nos observa a ambas encantada.

Me agacho para recibirla cuando la pequeña se lanza a mis brazos, la aprieto contra mi pecho y cubro su cara de besos hasta que se echa a reír.

—¿Qué haces aquí, tortuguita? —murmuro al besar su pelo una vez más.

—Me ha traído la abuela. Te echábamos de menos, tía Maddy.

—Yo también a vosotras —reconozco, haciendo verdaderos esfuerzos para que no se me humedezcan los ojos.

Mi madre se acerca sonriente, seguida de mi amiga, y suelto a Molly para fundirme en un abrazo con ella, que me acaricia el pelo con ternura.

Cierro los ojos e inspiro con fuerza, impregnándome de ese perfume que me lleva de vuelta a mi niñez, haciendo que me dé cuenta de que la añoraba incluso más de lo que pensaba.

—¿Cómo es que no me dijisteis que veníais? ¿Y papá y Kevin? ¿Cuándo llegasteis? —Las preguntas salen de mis labios todas a la vez.

—Sorpresaaa —anuncia Aria.

—¡Y tanto! —respondo.

—Tu padre y Kevin tuvieron que quedarse en casa porque tenían partido, pero yo quería venir a verte por Acción de Gracias y, como a Molly le tocaba pasar la fiesta con su padre y te echa tanto de menos, tu hermano me dejó traerla conmigo. Él fue quien llamó a Logan para pedirle las entradas y decirle que veníamos.

—¿Cuándo llegasteis?

—A media mañana —confiesa mi madre.

—¿Lleváis aquí desde esta mañana? ¡Teníais que haberme avisado! —protesto.

—No queríamos distraerte antes del partido, estabas concentrada —se justifica la mujer que me trajo al mundo acariciándome la mejilla.

—Es que me da rabia que hayáis estado solas. Si hubiera sabido que veníais…

—Y dale… —bufa mi amiga, interrumpiéndome—. ¿Qué parte de «sorpresa» no te ha quedado clara? Además, de solas nada. Te prometo que no las he dejado ni un solo momento desde que llegaron y Savannah consiguió escaparse un rato para venir a comer con nosotras.

—Es cierto, estuvimos en ese parque grande al que voy con mami los fines de semana y me comí un helado de chocolate —me explica Molly con ojitos brillantes por la emoción—. De dos bolas —añade con satisfacción—. Después, comimos una *pizza* que tenía la forma de la cara de Mickey Mouse. ¡De Mickey Mouse! —repite con incredulidad—. Y al venir al partido, me regalaron una camiseta con mi nombre —termina la explicación encantada.

—Veo que lo habéis pasado bien —comento risueña.

—¿Estás de broma? ¡Mi *pizza* tenía la cara de Mickey y el helado era de dos bolas! Ha sido el mejor día de mi vida —suspira la niña con gracia.

Todos nos echamos a reír.

—Deduzco que no te veremos en la fiesta —comenta Aria.

—Por supuesto que no, esta noche me quedo en casa —respondo, acariciando con la mano la cabecita de mi sobrina.

—¿Qué fiesta? —se interesa mi madre.

—Una que el club organiza para el equipo por Acción de Gracias después de la cena —explica mi amiga.

—Por supuesto que tienes que ir a esa fiesta —ordena mi madre con firmeza.

—Ni de broma, es solo una fiesta, prefiero aprovechar el tiempo con vosotras.

—Es una fiesta para el equipo, ¿verdad? —pregunta mi madre mirando a Aria.

—Eh, sí —responde esta un tanto insegura.

—Pues tú eres parte del equipo, cenaremos juntas y después de acostar a Molly yo me quedaré con ella y tú te irás con el resto.

—Pero… —protesto.

—Madyson Ward —me corta mi madre—. No es una sugerencia, mañana pasaremos todo el día juntas y te aseguro que lo vamos a disfrutar, pero después de la cena debes ir a esa fiesta, si te la

pierdes porque nosotras estamos aquí, no vendremos más —me amenaza.

Protestaría de nuevo si supiese que va a servir de algo, pero conozco a mi madre y cuando incluye mi apellido en la frase, sé que no voy a hacerla cambiar de parecer, así que asiento.

—Está bien —accedo refunfuñando.

—Perfecto, ¿te recojo a eso de las diez? —se ofrece Aria.

—Qué remedio —suspiro resignada.

No es que no me gusten las fiestas, pero sin duda esta noche preferiría mil veces quedarme en casa.



El local alquilado para la fiesta es un club de Manhattan que al parecer está muy de moda esta temporada. El exterior del edificio es bonito, de piedra blanca e iluminado por pequeños focos colocados de forma estratégica en la fachada.

Nos dirigimos al *parking* privado y enseñamos al guardia las invitaciones para que nos deje aparcar.

—Estás muy callada —comenta Savannah, que me observa por el espejo retrovisor.

Le devuelvo la mirada través del cristal. Las tres hemos venido en el mismo coche porque, aunque ella no suele hablar demasiado de su familia porque salta a la vista que es un tema con el que no se siente cómoda, sí sabemos que no tiene a nadie en Nueva York, por eso, Aria la invitó a su cena familiar y después vinieron a recogerme las dos.

—Es que debería estar en casa —murmuro.

—No seas aguafiestas —protesta Aria.

—No lo soy, es solo que no me hace gracia haber dejado solas a Molly y a mi madre. Tendría que haberme quedado con ellas.

—Tu sobrina está durmiendo y te recuerdo que fue tu madre la que prácticamente te obligó a venir —me rebate ella.

—Es cierto —la apoya Savannah—, y estoy convencida de que después del viaje estará cansada y se irá pronto a dormir.

—Puede ser —admito de mala gana.

Con el madrugón que se han pegado para venir a Nueva York las dos estaban tan cansadas que dudo que mi madre aguante demasiado tiempo sin irse a la cama.

—Entonces, ¿se puede saber qué te pasa? —cuestiona Aria una vez apaga el motor—. Llevas con cara de uva pasa desde que te subiste al coche.

—No tengo cara de uva pasa —rezongo.

—Eres un híbrido entre uva pasa y acelga —insiste—. Y eso es aún peor.

—Que asco —protesta Savannah poniendo una mueca—, se me está revolviendo el estómago.

—Esas son las mariposas por la emoción de pasar tiempo con Harry —la vacila Aria.

—No te desvíes que estábamos hablando de Maddy —le recuerda ella.

—Cierto, perdón —asiente Aria, fingiendo ponerse seria.

—Por mí no hay problema, podemos seguir con las mariposas —les digo a las dos.

—Ni de broma, no te vas a librar de contarnos qué te pasa —me advierte Savannah elevando ambas cejas.

—No me pasa nada. Demasiadas emociones para un mismo día, eso es todo —digo.

—Mientes fatal —me acusa la rubia mientras analiza con detenimiento mi expresión.

—No estoy mintiendo —me defiendo, tratando de sonar creíble.

—¡Claro que lo estás haciendo! Estás mintiendo tanto que, si esto fuese una película, ni juntándose el hada madrina, Geppetto y Pepito Grillo habrían podido salvarte —afirma Aria enroscando el dedo índice en un mechón de sus preciosos rizos castaños.

—No nos vamos a mover de aquí mientras no nos digas qué te pasa, así que tú misma… —me amenaza Savannah.

Suspiro, resignada por la tozudez de ambas.

—Os prometo que no es nada, solo que creo que no debería haber venido. No pinto nada aquí. Esto es una fiesta, se supone que los jugadores quieren celebrar y divertirse y yo soy su entrenadora,

me siento como los profesores coñazo que colocan en los bailes del instituto para vigilar y estropear la diversión.

—Créeme, no te pareces en nada a los profesores de mi instituto —apunta la rubia resoplando.

—Dudo que les apetezca tenerme por aquí —me reafirmo.

—No comprendo por qué dices eso —replica ella negando con la cabeza.

—Porque, como acabo de decir hace un momento, soy su entrenadora.

—¿Estás en el campo? —inquiere Aria.

—No.

—¿Y en horario laboral? —añade Savannah.

—Claro que no —respondo achicando los ojos.

—Tampoco estás en un desplazamiento oficial del equipo, ¿verdad? —insiste Aria.

—No sé por qué me preguntas eso, si sabes de sobra que no.

—Perfecto, pues, dado que no estás ni entrenando ni dirigiendo un partido ni viajando con el club ni en ningún acto oficial en representación del mismo, hoy no eres la entrenadora, esta noche solo eres Madyson —afirma ella convencida.

—Dudo que se pueda ser entrenadora y dejar de serlo cuando me venga en gana, las cosas no funcionan así —refuto resoplando.

¡Ni que fuese tan fácil!

—¡Estás en tu tiempo libre, y en tu tiempo libre solo eres Madyson! ¡Solo Madyson! Ni Madyson Ward, ni la entrenadora, ¡so-lo Madyson! —Aria lo dice con tanto énfasis que no puedo evitar sonreír, aun así, sigo pensando que sería mejor que los dejase tranquilos y me fuese de aquí.

—De verdad, creo que lo mejor es que me vaya a casa —anuncio sin dar mi brazo a torcer.

—¡Ni en sueños! ¡Estamos impresionantes y tenemos derecho a divertirnos! —protesta ella negando con la cabeza.

Las contemplo. Lo de que están impresionantes es una realidad como un templo.

Aria lleva el pelo suelto, una cazadora de piel blanca y un vestido corto y ceñido del mismo color. Savannah se ha decantado por el

negro, con un top anudado al cuello, una falda midi y botines. Las dos están tremendas esta noche.

Yo he optado por algo cómodo a la par que casual. Pantalones ajustados efecto piel en tono negro y un jersey verde, entallado y con un escote barco que me deja los hombros al descubierto.

—Estáis muy guapas, entrad y pasadlo bien —digo porque, a pesar de que yo no quiero estar aquí, tampoco pretendo chafarles el plan.

—Ni de coña, si te empeñas en irte me voy contigo, podemos hacer una fiesta alternativa y después te acerco a casa —se ofrece Aria negando con la cabeza.

—¡Ja! ¡Ni se os ocurra dejarme sola! —nos advierte Savannah muy seria, señalándonos de forma amenazadora a ambas.

—Sola, lo que se dice sola, no vas a estar —le recuerda la morena.

—Pues precisamente por eso, vosotras dos, pedazo de liantas, fuisteis las que estuvisteis rompiéndome la cabeza hasta que accedí a quedar con Harry, así que ahora ni de broma voy a permitir que me dejéis tirada.

Aria y yo intercambiamos una mirada, es cierto que igual hemos estado un poquito insistentes con el tema… Pero solo porque es evidente que Savannah se siente atraída por él y, aunque después del momento avión el chico hizo varios intentos de acercamiento, no hubo forma de que ella aceptase ninguna de las citas que le propuso por timidez. Así que, cuando después del partido Harry le escribió para tomar algo juntos en la fiesta le dijimos que o le decía que sí o le íbamos a robar el móvil para aceptar por ella.

—Estoy bastante segura de que ni notarás nuestra ausencia, tengo la sensación de que vas a estar bastante entretenida —comento guiñándole un ojo.

Ella niega con la cabeza.

—No me vais a convencer, os necesito en la retaguardia —afirma —. Me lo debéis —añade al ver que nos quedamos calladas.

Estudio su expresión y comprendo que no bromea; parece agobiada de verdad, así que tiene razón, por poco que me apetezca estar aquí, no podemos dejarla tirada.

—No te preocupes, estaremos contigo —acepto.

—Seremos tus guardaespaldas —bromea Aria.

—Estaremos atentas y vigilando —afirmo tratando de sonar seria.

—Nos camuflaremos entre las sombras —añade Aria—. ¿Sincronizamos los relojes?

—O buscamos una palabra clave —ofrezco de cachondeo.

—Ja, ja, ja, muy graciosas —protesta abrochándose la cazadora y bajándose después del coche. Conteniendo la risa, me ajusto el abrigo y me apresuro para alcanzarla.

—Hablamos en serio: si hay que librarse del tipo, tú solo avisa y allí estaremos —replica la morena haciendo un intento de llave de taekwondo antes de correr para colocarse a nuestro lado.

El aire frío de la noche se cuela por el cuello de mi ropa y me estremezco.

—No tenéis que estar en plan cero cero siete. Solo quiero tener una alternativa por si la situación se vuelve incómoda y necesito una excusa para marcharme —matiza ella, observándonos a ambas.

—Puedes estar tranquila, seremos la mejor excusa del universo —la vacila Aria.

—Me conformo con que resultéis creíbles —dice negando con la cabeza.

Las dos nos echamos a reír y en cuanto llegamos a la puerta sacamos los móviles para que el portero pueda escanear los códigos de barras de la invitación. Tras comprobarlos, el hombre, un armario de dos por dos, sonríe y se hace a un lado cediéndonos el paso.

—La leche —murmura Savannah nada más ponemos un pie dentro.

—Pues sí, no me extraña que este sitio esté tan de moda —admito echando un vistazo a mi alrededor.

Decir que resulta impresionante es quedarse muuuy corto.

El club resulta ser un derroche de lujo y ostentación y, a pesar de ello, han conseguido que resulte cálido y acogedor.

Tanto el suelo como las paredes son de un mármol negro con vetas trasparentes, tan pulido que parece un espejo preparado para devolverte tu reflejo. La barra, inmensa y de un material similar al cuarzo rosa, recorre el fondo de extremo a extremo. A la derecha,

una zona amplia y despejada te invita a dejarte llevar por la música mientras a la izquierda los numerosos sillones que rodean las mesitas bajas te incitan a hundirte en ellos para disfrutar de una bebida o una buena charla.

La iluminación es tenue e íntima, la temperatura, agradable y el sonido, el preciso para disfrutar de la melodía sin resultar ensordecedor o agobiante.

—La gente ha venido pronto, creo que somos de las últimas en llegar —comenta Aria mientras le entregamos los abrigos a la chica que los recoge en la zona habilitada como guardarropa.

—Bienvenidas, chicas —las recibe Harry, que se acerca a nosotras con una gran sonrisa—. Entrenadora —añade a modo de saludo al dirigirse a mí, marcando una clara diferencia.

—Pues sí que es rápido tu Romeo —susurra Aria, ganándose que la rubia le dé un ligero codazo en el costado antes de devolverle el saludo a Harry con un «hola» de forma escueta y con cierto nerviosismo.

—¿Te apetece tomar algo? —le ofrece él sin apartar los ojos de su rostro.

—Claro —acepta Savannah, que se adelanta un par de pasos para irse con él, no sin antes dirigirnos una mirada de reojo para advertirnos que ni se nos ocurra largarnos.

—Dudo que haga falta, pero estemos atentas por si necesita algo —sugiero.

—Claro, pero mientras lo hacemos, vamos a tomar algo —responde Aria, enganchándose de mi brazo y echando a continuación a andar en dirección a la barra, a la vez que tararea la letra de la canción de Bad Bunny que está sonando en este momento.

Un chico guapísimo, con unos ojos tan negros que parecen irreales, se acerca a nosotras en cuanto apoyamos un codo en la barra; incluso en esto se nota lo lujoso que es este lugar, el personal es tan numeroso que no tienes que esperar.

—¿Puedo ofreceros algo? —sugiere con una gran sonrisa.

—Podrías, pero dudo que lo que me apetece en este momento esté incluido en la carta —responde mi amiga, coqueteando con

descaro a la vez que sus ojos lo recorren de arriba abajo—. ¿Qué nos recomiendas?

El chico, lejos de parecer molesto, ensancha su sonrisa.

—Dos Welcome To Paradise —afirma sin dudar.

—Si el paraíso me lo sirves tú, me parece un buen sitio para empezar —contesta ella, juguetona, guiñándole un ojo.

El chico suelta una carcajada, encantado, y se aleja a preparar el pedido.

—Eres tremenda —la acuso negando con la cabeza.

—Si un tío como ese me ofrece el paraíso, no seré yo quien oponga resistencia.

—Deduzco que, aunque en lugar del paraíso te propusiese el infierno, te serviría igual.

—Más calor, menos ropa —replica ella encogiéndose de hombros.

Suelto una carcajada.

—Buenas noches, entrenadora —me saluda Ryan, interrumpiendo el momento al colocarse a mi derecha.

Me vuelvo en su dirección, dispuesta a devolverle el saludo, pero de repente me quedo sin palabras.

Está guapo, y eso está mal, quiero decir que no está mal que él esté guapo, lo que está fatal es que yo me haya fijado en que lo está.

Lleva el pelo ligeramente despeinado y, bajo esta luz, sus ojos parecen más azules, más brillantes y más impenetrables de lo normal. Viste un vaquero negro que, a juzgar por cómo le queda, podría estar hecho a medida, y una camisa del mismo color remangada por los codos que le da un aspecto brutal.

—Maddy —lo corrige Aria, echándose un poco sobre la barra para llamar su atención mientras me da pequeño y disimulado empujón para sacarme de mi estado de ensoñación.

—¿Cómo? —pregunta él sin entender qué quiere decir.

—Esta noche no es vuestra entrenadora, es solo Maddy.

Él comprende a qué se refiere asiente y esboza una sonrisa que debería estar prohibida, penada con cárcel y aislamiento de por vida.

—Entonces, buenas noches, solo Maddy —rectifica, guiñándole a mi amiga un ojo con complicidad—. ¿Hace mucho que estáis aquí?

—Qué va, acabamos de llegar —respondo recobrando la compostura tras un nuevo empujoncito de mi amiga—. ¿Y vosotros?

—¡Capiiiiii! ¿Dónde te habías metido? —grita Liam llegando a su lado. Sus ojos se posan sobre ambas—. ¡Entrenadora, qué bien que estés aquí! —me saluda con júbilo—. A continuación, sus ojos recorren a Aria de arriba abajo y su expresión se transforma en una mueca de desdén.

—Rizos —la saluda a ella con voz monótona.

Siento como de forma casi imperceptible el cuerpo de Aria se tensa a mi lado.

—No me llames «rizos», tengo nombre, por si no lo sabes —le espeta.

—Lo sé, pero también tienes rizos —afirma Liam encogiéndose de hombros.

Aria está a punto de decir algo, pero él desvía la mirada hacia mí, dejando de prestarle atención.

—¿Bailamos, entrenadora? —me pregunta estirando su mano hacia mí.

—Esta noche no es la entrenadora, es solo Maddy —le informa Ryan.

—De puta madre. Vamos a bailar —ordena, agarrándome y tirando de mí hasta la pista de baile sin molestarse en darme la opción de contestar.

Su energía es contagiosa, a nuestro alrededor todo el mundo parece animado y contento; en una de las mesas, Savannah habla con Harry y parece relajada; en la barra, Aria ha vuelto a la carga con el camarero. El ambiente es distendido y Liam no deja de poner muecas que me hacen reír. Empieza a cantar el estribillo, me coge la mano haciéndome dar una vuelta sobre mí misma y decido dejarme llevar y empezar a bailar, total, por permitirme ser solo Maddy durante un rato… ¿qué podría pasar?

Capítulo 18

Hormigas en los pies

Ryan

Estoy sentado en una de las mesas con Liam, Bradley, Charly y un par de chicos más y, a pesar de ello, percibo su presencia en cuanto pone un pie dentro del local.

Me giro y ahí está, de pie, sonriéndole al imbécil de Harry, vestida con un pantalón negro y un jersey verde que se adapta a su cuerpo de una forma que debería ser ilegal.

Se me seca la garganta y, de forma instintiva, me llevo el vaso de tónica a los labios para intentar refrescarme.

La veo dirigirse hacia la barra y, a pesar de que soy consciente de que debería desviar la mirada, me descubro al acecho, como un depredador hambriento que busca el momento apropiado para saltar sobre su presa y, aunque no comprendo por qué, soy jodidamente consciente de cada uno de sus gestos. La forma en que se mueve su pelo suelto, su manera de sonreír, su expresión tranquila y relajada… Y lo peor de todo es que comprendo que soy un puto kamikaze cuando, a pesar de que cada célula de mi cuerpo me grita que me detenga, que me quede quieto, antes de darme cuenta estoy caminando directo hacia la barra.

El sonido de su risa fresca y natural ensombrece la música y de nuevo me obligo a llevarme el vaso a los labios antes de saludar.

—Buenas noches, entrenadora —digo, tratando de imprimir a mi voz un tono neutro.

Se vuelve hacia mí y, en el momento en que sus ojos impactan en los míos, empiezo a sentir cientos, miles, millones de hormigas en los pies, hormigas que ascienden por mis piernas y recorren todo mi cuerpo, sumiéndome en una sensación tan extraña como indescriptible y agradable.

—Solo Maddy —dice Aria, inclinándose un poco sobre la barra.

—¿Cómo? —murmuro sin comprender.

—Esta noche no es vuestra entrenadora, es solo Maddy —responde ella.

Sonrío al comprender a qué se refiere y repito el saludo.

—Entonces, buenas noches, solo Maddy. ¿Hace mucho que estáis aquí? —pregunto, a pesar de saber el momento exacto en que llegaron, porque no pienso moverme de su lado y no sé cómo narices seguir la conversación.

Aunque las luces no me permiten asegurarlo, juraría que se sonroja antes de contestar.

—No, qué va, acabamos de llegar.

—¡Capiii! —grita Liam llegando a mi lado en ese momento—. ¿Dónde te habías metido? Entrenadora, qué bien que estés aquí —la saluda con alegría antes de dirigirse a su amiga en un tono mucho menos entusiasta.

—Rizos —dice a modo de saludo.

—No me llames «rizos», tengo nombre, por si no lo sabes.

—Lo sé, pero también tienes rizos —afirma él encogiéndose de hombros.

De reojo, veo como Madyson hace verdaderos esfuerzos para no echarse a reír, al contrario que su amiga, que parece a punto de escupir fuego por los ojos.

—¿Bailamos, entrenadora? —pregunta Liam ignorando la expresión asesina de la otra y extendiendo la mano en su dirección.

—Esta noche no es la entrenadora, es solo Maddy —aclaro, poniéndolo en situación.

—¡De puta madre, vamos a bailar! —ordena el loco de mi amigo y, sin más preámbulos, la agarra de la mano y la arrastra a la pista de baile.

Contemplo extasiado el cambio que se va produciendo en ella.

Al principio parece algo cortada y apenas se mueve, pero, según la canción avanza y el payaso de Liam consigue hacerla reír, comienza a soltarse, a moverse al ritmo de la música y a dejarse llevar.

La expresión relajada de su rostro, la forma en la que contonea sus caderas, la luz reflejándose sobre la pálida piel de sus hombros, el movimiento de su pelo despiertan en mí un instinto primitivo que no había sentido jamás.

—Deberías cerrar la boca —susurra Aria en mi oído.

—¿Perdona? —carraspeo, sobresaltado, sintiéndome pillado.

—Por mí todo bien —asegura ella, encogiéndose de hombros y levantando ambas manos—. Solo lo digo porque estamos en una pista de baile y con el charco babas que estás formando en el suelo alguien podría resbalar y lesionarse.

Boqueo un par de veces, dispuesto a contestarle, pero, sin darme tiempo a hacerlo, ella se gira, me da la espalda y se va al otro extremo de la barra a hablar con el camarero.

Haber sido tan obvio hace que me sienta mal… Madyson es guapa, inteligente… ¿Tan malo sería que me resultara atractiva? ¡Por supuesto que sí! ¡Sería malísimo! ¡Estaría fatal!

Malhumorado, me acerco a una de las mesas y me dejo caer en el sillón al lado de Bradley, quien tampoco parece andar sobrado de buen humor, e intento desviar mi atención, pero mis ojos vuelven una y otra vez al lugar exacto en que mi mejor amigo sigue bailando con ella. La veo girar, reír, disfrutar… Y algo se remueve en mi interior.

Observo desde la distancia como hacen una parada para tomar algo con Charly antes de volver a la carga.

Mas de hora y media después, la veo acercarse a Aria; se inclina sobre ella para decirle algo al oído y su amiga asiente.

No sé dónde se ha metido Liam, pero Maddy se dirige al guardarropa de la entrada.

¿Se va? ¿Sola? ¿De noche y por esta zona? ¿Es que acaso esta mujer se ha vuelto completamente loca?, me pregunto levantándome de golpe, empujado por una necesidad imperiosa de

protegerla de cualquier cosa que le pueda pasar. ¿Y si algún desgraciado la ataca de nuevo y esta vez la cosa acaba peor?

Una sensación angustiosa trepa por mi pecho y, sin pensarlo, me dirijo a toda prisa a coger mi chaqueta y salgo tras ella.

El aire húmedo y frío me golpea la cara y me abrocho la cazadora mientras miro a ambos lados, buscándola.

La veo girando la esquina y echo a correr para alcanzarla.

—¡Maddy! —grito su nombre, y veo que se detiene sobresaltada.

—¿Ryan? —parece dudar al decir mi nombre.

—¡No deberías ir sola! —la acuso en tono duro al llegar a su lado.

Percibo como su cuerpo se envara.

—¿Qué haces aquí? —cuestiona, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Acabo de decírtelo, después de todo lo que ha pasado… No deberías ir por ahí sola de noche —repito, suavizando el tono de mi voz.

Sus ojos se reflejan en los míos durante unos segundos, pero enseguida aparta la mirada.

—Vine con Aria y no quería que tuviese que irse de la fiesta, así que voy a coger un taxi. Hay una parada un poco más adelante.

—No hace falta, yo puedo llevarte. —El ofrecimiento sale de mi boca antes de que mi cerebro pueda procesar las palabras.

Sus ojos vuelven a entrelazarse con los míos y veo la duda reflejada en su interior.

—No hace falta que te molestes —trata de disuadirme.

—No es molestia, yo también pensaba marcharme a casa —miento, pues sé que no iba a moverme del puñetero local mientras ella estuviese dentro. ¿Qué coño me está pasando? Si no fuese porque he cenado con Liam y Bradley y los veo en perfectas condiciones, juraría que alguien le ha echado algo al pavo.

Ella tuerce el gesto, no sabe qué contestar, así que insisto.

—Venga, no me cuesta nada y hace demasiado frío como para tener que esperar un taxi.

Se muerde el labio y mis ojos descienden hasta él.

—Está bien, Hart —accede cuando estoy casi seguro de que va a volver a declinar la oferta—. Gracias.

—Ryan —replico.

—¿Cómo? —pregunta frunciendo el ceño.

—Esta noche solo Ryan —digo con toda la intención, aunque ni siquiera yo sepa cuál es.

Ella sonríe y asiente y, sin decir nada más, los dos echamos a andar en silencio, uno al lado del otro, en dirección al *parking* privado y, durante ese breve trayecto, lo único en lo que puedo pensar es en que, aunque no tengo ni puñetera idea de lo que me está pasando, tengo que conseguir pararlo.

Enseguida comprendo que la forzosa proximidad dentro de mi deportivo no ayuda demasiado y que ofrecerme a llevarla igual no ha sido lo más acertado.

Intento concentrarme en cualquier cosa para despejar mi mente, pero tenerla tan cerca lo vuelve muy, pero que muy complicado.

Su cuerpo a pocos centímetros del mío, su olor a coco intoxicando cada molécula de oxígeno que respiro o la forma en la que se muerde el labio inferior… ¡Maldita sea, definitivamente, ofrecerme a llevarla ha sido un gran error!

Por el rabillo del ojo, compruebo como Madyson se revuelve en el asiento de piel y deduzco que no está mucho más cómoda que yo… Y por extraño e incomprensible que parezca, eso me hace sentir mejor.

Un silencio denso y espeso se instala entre nosotros y, ansioso por romperlo, busco cualquier tema de conversación.

—¿Tienes frío? —pregunto al percatarme de que acaba de estremecerse—. Puedo poner la calefacción.

—Estoy bien —responde a la vez que le hace con la mano un gesto de despedida al guardia que vigila el aparcamiento.

—¿Ponemos música? —pregunta, tocando el botón de Spotify que aparece en la pantalla del coche sin esperar mi respuesta.

Sus dedos van pasando canciones y, según lo hace, una sonrisa divertida se extiende por su rostro.

—¿Esta es tu lista de reproducción? —cuestiona, extrañada, alzando las cejas.

—Una de ellas, ¿por?

—Son canciones de reguetón. —Lo dice como si yo no supiese lo que hay en mi propia lista.

—Eso parece —admito.

Por la mueca que pone, diría que acaba de tragarse un limón, y uno de los ácidos.

—No te pega nada, no tienes pinta de chico de reguetón —murmura.

El comentario me hace gracia.

—Deduzco que no es tu música favorita.

—Por supuesto que no —lo afirma con tanta vehemencia que parece hasta ofendida.

—¿Y qué te gusta si se puede saber?

—Soy más de Nirvana, AC/DC, Green Day…

—Eso es superantiguo, creo que en la prehistoria ya los escuchaban —señalo por meterme con ella, aunque en realidad a mí también me gustan todos esos grupos que acaba de nombrar.

—Son clásicos, nunca pasarán de moda. De todas formas, Coldplay, Imagine Dragons o incluso Bruno Mars pueden ser buenas opciones…, pero ¿Bud Bunny? ¿En serio? No comprendo cómo te puede gustar eso.

—¿Qué tienes en contra de nuestro amigo Bunny? —pregunto, agradecido por que el silencio incómodo se haya convertido en una distendida conversación.

—¿Lo preguntas en serio?

—Muy en serio.

—Las letras, son machistas y humillantes para las mujeres.

—No todas —matizo.

Ella lo piensa durante unos segundos.

—Cierto, no todas. No se puede generalizar, pero algunas de ellas… tienen tela. Aunque reconozco que el ritmo de las canciones puede ser pegadizo.

—Muy pegadizo —corroboro—. En realidad, escucho casi todo tipo de música, todo menos el *jazz*, no puedo con el *jazz*. El resto de la música me flipa, la escucho para casi todo.

—Así que para casi todo, ¿eh? —pregunta, conteniendo media sonrisa a la vez que me mira de soslayo.

Estoy seguro de que la pregunta no lleva implícitas segundas intenciones ni ningún tipo de connotación sexual, pero… ¿Es cosa mía o la temperatura del coche se acaba de disparar?

—Sí, para casi todo —repito sonriendo—. Tenemos una entrenadora bastante quisquillosa, dudo que nos dejase usarla para entrenar.

—Pues yo pienso que vuestra entrenadora es una tía bastante eficiente y con un criterio muy afinado —rebate siguiéndome el juego.

—Ah, ¿sí? ¿Tú crees? —Hago como si me lo estuviese pensando.

—Eso me han contado —afirma, encogiéndose de hombros como si la cosa no fuese con ella—. Además de muy considerada; por lo que sé, os ha dado el día libre mañana.

—Dudo que después de la fiesta de esta noche los chicos pudiesen entrenar —comento, deduciendo que esta noche a muchos de mis compañeros les darán las tantas de la madrugada.

—El cuerpo las hace, el cuerpo las paga —afirma.

Por su expresión nostálgica deduzco que su mente se encuentra muy lejos de aquí…

—¿En qué piensas? —pregunto con curiosidad.

Ella me mira fijamente y la nostalgia se torna en tristeza antes de contestar.

—Mi padre nos levantaba a mí y a mi hermano temprano para entrenar el día de Navidad.

—¿Jugabas con tu hermano? —Parezco extrañado y no sé por qué, ya que, siendo quien es, no debería sorprenderme tanto.

—Sí, el que ganaba era el primero en abrir un regalo y el que perdía se encargaba de preparar el desayuno para los cuatro —explica—. Casi siempre lo conseguía yo, pero solo porque Kevin me dejaba. —Hace una nueva pausa y continúa hablando—. Era nuestra tradición navideña favorita, nos encantaba. —Su voz y su expresión son melancólicas, pero enseguida se recompone para preguntar.

—¿Y tú qué? ¿Alguna tradición digna de mención?

Niego con la cabeza.

—No me gustan demasiado las Navidades. Mi hermano y yo pasamos gran parte de nuestra infancia y juventud recorriendo casas de acogida, por lo que no teníamos demasiados vínculos familiares.

—Lo siento mucho —dice con sinceridad y un velo de lástima empañando su bonita mirada.

—No te preocupes, lo tenemos superado, al menos siempre estuvimos juntos, en las mismas casas, y después ambos conseguimos becas para la universidad, yo por el fútbol y él porque es una de las personas más inteligentes que conozco. Muchos de los niños que conocíamos no tuvieron esa suerte.

—No se puede llamar suerte al trabajo, la constancia y la perseverancia —me corrige—. Conozco tu expediente, Ryan, al igual que el de todos mis jugadores, y sé que ya en el instituto eras brillante y destacabas. Tuviste mala suerte el año pasado con la lesión, pero siempre has sido un gran jugador.

Ese dato me coge por sorpresa, aunque es obvio que Madyson se toma muy en serio su trabajo y es disciplinada e implicada.

—Puede decirse que ese es un punto que tenemos en común —comento, parando el coche delante de su casa—. Los dos nos hemos sacrificado mucho y estamos donde estamos por méritos propios. Nadie nos ha regalado nada.

Sus ojos se abren de forma desmesurada y se empañan por lo que implica mi afirmación. Estoy dándole a entender que es merecedora de ese puesto de entrenadora en el que hasta hace muy poco no la queríamos ni los chicos ni yo.

No puedo hablar por mis compañeros, pero, siendo objetivo y basándome en los resultados que estamos obteniendo, es evidente que toda nuestra reticencia era un error.

Mi mirada se prende en la suya, que es cálida y serena, como zambullirse en un atardecer o en una puesta de sol.

—Creo que debería irme ya… —murmura segundos después, sin romper el contacto visual—. Gracias por traerme.

—No te preocupes, no me ha costado nada, casi somos vecinos —contesto con la voz algo cargada.

—¿Vecinos? —repite, sorprendida de nuevo.

—Vivo un par de calles más allá.

—Aun así, gracias. No ha estado mal hablar contigo un rato —confiesa, regalándome una breve sonrisa.

—No, no ha estado mal —corroboro mientras la veo abrir la puerta y salir del coche.

Se aleja un par de pasos y bajo la ventanilla para gritar su nombre.

—¡Madyson!

—¿Sí? —pregunta, dándose la vuelta.

—Te olvidas el móvil —replico, y me inclino sobre el asiento del copiloto para tenderle el aparato a través de la ventanilla. Ella extiende su brazo para cogerlo, rozando con la punta de sus dedos los míos al hacerlo. El contacto es efímero, tan sutil que incluso podría habérmelo imaginado, si no fuese por la descarga eléctrica que me recorre de arriba abajo. Es una reacción exagerada para una caricia tan fugaz y me deja descolocado y fuera de lugar.

Estudio su semblante, tratando de buscar una señal que no se hace esperar: la sorpresa que cruza sus asustados ojos me da a entender que también ella lo ha sentido. Trato de mantener el contacto visual unos segundos más, pero Maddy fija la vista en el móvil y, dedicándome un escueto «buenas noches», se da la vuelta y se va.

La veo alejarse y meterse en la casa mientras en mi cabeza resuena una y otra vez la misma pregunta a la que no me apetece contestar:

¿Qué cojones acaba de pasar?

Capítulo 19

Besos con magia

Madyson

Por la mañana, en cuanto abro los ojos, el inconfundible olor de las magdalenas de limón recién horneadas me conduce directamente a la cocina, donde mi madre y Molly desayunan, un café con leche y fruta la primera y un plato lleno de tortitas repletas de sirope la segunda.

Son las ocho y cuarto de la mañana, sin embargo, a juzgar por el despliegue de comida que hay sobre la isla, deduzco que ambas deben de llevar levantadas un buen rato.

—Buenos días —las saludo, y deposito un beso sobre la cabecita de la niña, que alza sus ojitos hacia mí y me dedica una sonrisa manchada de chocolate.

—Espero que tengas apetito —comenta a modo de respuesta mi madre, colocando delante de mí un plato con dos magdalenas, un bol de yogur con cereales y un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

—Estoy muerta de hambre —confieso antes de darle un generoso bocado al esponjoso manjar.

Mi madre es una gran repostera, siempre he pensado que si hubiese querido, podría haberse dedicado a ello de manera profesional y, como siempre, estas deliciosas magdalenas lo demuestran.

—Están increíbles, mamá; esponjosas, suaves… Se deshacen en la boca. ¿Crees que papá y Kevin notarían que te has mudado si te quedas una temporadita viviendo conmigo?

Ella suelta una sonora carcajada.

—No seas zalamera, ya te he preparado un par de bandejas y las he dejado en la despensa cerradas en bolsitas herméticas —anuncia.

—Eres la mejor —digo antes de beber un sorbo de zumo.

—Bueno, cuéntanos, ¿qué tal la fiesta? —se interesa.

El zumo de naranja se cuela por el conducto equivocado y empiezo a toser de forma descontrolada cuando recuerdos muy concretos de anoche toman forma en mi cabeza.

—¿Mejor? —pregunta mi progenitora, dándome ligeros golpecitos en la espalda, cuando consigo controlar el ataque de tos.

Asiento, inspiro con fuerza y me limpio los ojos llorosos con la manga del pijama.

—¿Y bien? —insiste mi madre una vez he recuperado el control.

—¿Y bien qué? —repito, haciéndome la tonta.

—Que qué tal la fieeesta, tía Maddy —repite mi sobrina como si fuese evidente.

—Normal supongo —contesto encogiéndome de hombros—. El local era bonito —añado al percatarme de que mi madre espera un informe un poquito más detallado de lo que estoy dispuesta a darle —. Había música, bebida, la gente bailaba… Lo típico de una fiesta.

—¿Había chuches? —quiere saber Molly.

—No, tortuguita, no había chuches.

—¿Y piñata? —intenta de nuevo.

—Tampoco —digo.

Parece decepcionada, pero entonces lo intenta de nuevo, esperanzada.

—Por lo menos habría tarta —afirma.

Niego con la cabeza.

—Lo siento, peque, en las fiestas de mayores no suele haber de esas cosas.

—Las fiestas de mayores son un rollo —afirma decepcionada.

—Eso parece —concedo.

—Tampoco es que tú seas el alma de la fiesta normalmente —interviene mi madre.

—Gracias, mamá, acabas de llamarme aburrida con mucha delicadeza —la acuso, haciéndome la ofendida, a pesar de que las dos sabemos que no se lo tengo en cuenta.

Mi madre es así, sincera hasta la médula; dice lo que piensa te parezca bien o mal, eso sí, después no hay una persona más leal, cualquiera que la conozca sabe que si la necesita, ahí va a estar.

Su gesto se tuerce en una mueca.

—No es eso, hija, es que por muy implicada que estés en tu trabajo, me gustaría que entendieses que hay vida más allá.

—¿Insinúas que no tengo vida? —murmuro alzando las cejas.

—No lo insinúo, lo afirmo —responde con rotundidad.

—Tengo a las chicas, hago planes casi a diario con ellas —rebato, alzando la barbilla.

—Aria y Savannah son un encanto y te han demostrado que son personas que merecen la pena, amigas que te apoyan, con las que puedes contar, no me gustaría que las perdieses.

—¿Por qué iba a perderlas? —pregunto, sin comprender a dónde quiere llegar.

—Las amistades hay que cultivarlas, necesitan tiempo, dedicación y esfuerzo. ¿Cuántas amigas espantaste en el instituto o en la universidad por no tener nunca tiempo para ellas? Cada vez que te proponían un plan…, tú tenías algún vídeo que revisar o alguna jugada que planear.

—Es cierto que sacrifiqué ciertas cosas, pero, viendo donde estoy, diría que no me ha ido tan mal —me defiendo—. Además, tengo la suerte de que me apasiona mi trabajo, no todo el mundo puede decir lo mismo. ¿Acaso es eso un delito?

—Por supuesto que no, estoy muy orgullosa de todo lo que estás consiguiendo, tesoro, es solo que estás tan absorta en el mundo del fútbol que a veces tengo miedo de que olvides que en el universo hay otros planetas igual de maravillosos que también necesitan girar. —Suspira con cierta resignación.

—Me gusta mi planeta, no necesito ninguno más —replico, cruzando los brazos sobre mi pecho con actitud tozuda.

—Lo comprendo —asiente—. Pero no olvides que un solo planeta no es nada en el firmamento, es el conjunto de todos los cuerpos celestes lo que lo vuelve inmenso y colosal.

—No hay mermelada de fresa —interrumpe mi sobrina, mirándonos a ambas sin comprender nada.

La interrupción me viene de perlas y centro toda mi atención en ella.

—Lo siento, tortuguita, la habría comprado de saber que ibas a venir a verme, pero como apareciste por sorpresa… —comento guiñándole un ojo—. De todas formas, esas tortitas con chocolate tienen pinta de estar riquísimas.

—No están mal —admite, y se lleva otro trozo a la boca.

Mi sobrina y mi hermano tienen tal adicción por la mermelada de fresa que, si de ellos dependiese, se la echarían hasta a las patatas fritas.

—¡Ya sé lo que podemos hacer! —exclamo—. Aria me habló de un mercado ecológico que montan todos los lunes muy cerca de aquí, podemos ir cuando acabemos de desayunar y, con un poco de suerte, igual encontramos mermelada de fresa casera. ¿Te apetece?

—¿Puedes cogerte la mañana? —cuestiona mi madre sorprendida.

—Teniendo en cuenta que les he dado a los chicos el día libre, no creo que pase nada porque yo me tome también algo de tiempo para mí —respondo—. Así que, si os apetece, podemos ir.

—No se hable más —accede ella, contenta, terminándose el café.

Comprendo que al menos de momento ha decidido dejar a un lado la charla sobre mi implicación laboral y lo agradezco, sé que lo hace por mi bien, pero no tiene ni idea de la cantidad de tiburones que nadan a mi alrededor en este mundillo, dispuestos a devorarme en cuanto de un traspié.

La afición, la prensa, el equipo… Todos parecen empezar a aceptarme, no obstante, sé que no soy como el resto de los entrenadores, ellos pueden equivocarse; en mi caso, cometer el más mínimo error es un lujo que no me puedo permitir si quiero sobrevivir.



—¡Qué rico! —exclama Molly, emocionada, mientras mastica a dos carrillos y coge otro trocito del pan de pasas y nueces que le ofrece la vendedora.

—Cariño, no hables con la boca llena —le regaña mi madre.

—Póngame tres bollos, por favor —le pido a la amable mujer, que se dispone a envolverlos.

—Dudo que podamos llevar algo más —protesta mi madre, señalando con un movimiento de cabeza las tres bolsas de papel de buen tamaño que llevamos cada una de las dos.

Hace algo más de media hora que llegamos al mercado ecológico, el cual es bastante más grande de lo que esperaba, y ya hemos sucumbido a los yogures de leche fresca de cabra, el queso, la fruta ecológica, por supuesto, la mermelada de fresa, la de melocotón y ahora… el pan.

—Mamá, te aseguro que este pan está delicioso, iremos un poco cargadas, pero te prometo que merecerá la pena —le aseguro antes de volverme de nuevo para pagar a la mujer.

—¿Madyson? —Es escuchar su voz y sentir como se tensan todos los músculos de mi espalda.

—Hola, Hart —lo saludo con gesto serio después de tomarme un par de segundos para inspirar con fuerza antes de darme la vuelta para quedar frente a él.

Con disimulo, aprieto la bolsa del pan entre mis manos. Estoy nerviosa, ¿por qué narices estoy nerviosa? Lo veo todos los días en el entrenamiento. Él es mi jugador, yo, su entrenadora… Me sudan las manos y ni siquiera entiendo el motivo.

Sus ojos se posan sobre los míos y los siento cálidos, como un rayo de sol acariciándome la piel en pleno invierno.

Viste informal, vaqueros gastados y rotos en las rodillas, deportivas, cazadora azul; lleva el pelo algo húmedo, como si acabase de salir de la ducha…

Mi mente vuela libre poniendo imágenes a ese momento; lo imagino envuelto en la toalla y… ¡No, no, no! La sangre de todo mi

cuerpo parece arremolinarse en mis mejillas y me esfuerzo por esconderme detrás de una máscara de indiferencia que me cuesta mantener.

—¿Y tú quién eres? —pregunta mi sobrina, trayéndome de vuelta al mundo real y adelantándose un paso en su dirección.

Tres pares de ojos se posan sobre mí y carraspeo con cierta incomodidad al comprender que tanto mi madre como el propio Ryan esperan a que diga algo.

—Este es Ryan Hart, el *quarterback* de Los Lobos, ellas son mi madre y mi sobrina, Molly —anuncio, haciendo las presentaciones.

—Encantado de conocerla, señora Ward —dice Ryan, acercándose a ella para estrecharle la mano mientras esboza una sonrisa deslumbrante.

Mi madre parece encantada.

—Puedes llamarme Darla.

—En ese caso, es un placer, Darla —accede él, que parece estar en su salsa.

—Tienes una herida —anuncia Molly señalando la tirita de aproximación situada encima de su ceja.

—Lo sé, pero no es nada —dice él, mirando a la niña y restándole importancia.

—Mi papá también se hace muchas heridas, pero dice que mis besos son mágicos y que en cuanto le doy uno el dolor se le pasa —explica orgullosa.

—Tu papá es un chico con suerte —responde él, que se agacha para quedar a su altura.

—Eso dice él —corrobora Molly—. ¿Tú tienes a alguien que te dé besos mágicos?

Observo la escena sin atreverme a abrir la boca mientras Ryan, con una rodilla en el suelo, contempla a la niña con una mezcla de ternura y diversión.

—Me temo que no —admite poniendo un mohín.

—Si quieres, yo puedo darte uno de los míos —ofrece la niña, más seria de lo que la he visto en toda su vida.

—Me encantaría —accede Ryan en tono formal.

Sin dudarlo ni un solo segundo, la pequeña se acerca a él y, apoyando las manitas en sus hombros, se pone de puntillas y deposita un sonoro beso justo encima de la tirita.

No necesito mirar a mi madre para saber que ahora mismo la sonrisa le parte la cara en dos.

—¿Qué tal? —pregunta Molly con cierta ansia.

Él parece meditarlo durante unos segundos y, a continuación, asiente encantado.

—¡Pues sí que es magia, ya no me duele nada! —exclama, consiguiendo que la pequeña aplauda feliz y emocionada.

Ryan se pone en pie de nuevo y mi madre aprovecha para preguntar.

—¿Llevas mucho en Nueva York, Ryan?

—Qué va, Los Lobos me ficharon esta temporada.

—¿Y de dónde eres? —insiste ella.

—Nací en Cleveland.

—¿Estás aquí solo o has venido con tu familia? —se interesa ella.

—Mamá, puedes parar con el interrogatorio, no estamos en CSI y seguro que Ryan tiene prisa —la increpo, incómoda por la situación.

—¿Tienes prisa, Ryan? —le pregunta.

—La verdad es que no, suelo venir a este mercado a dar una vuelta cuando tengo tiempo…

—Entonces podrías acompañarnos hasta el coche y, de paso, nos echas una mano con las bolsas —propone ella con aire inocente.

—Mamá… —empiezo a protestar, pero antes de darme tiempo a continuar, Ryan le coge las bolsas y los dos comienzan a caminar.

—¿Entonces, estás aquí con tu familia, Ryan? —prosigue ella, dejándome atrás.

—No, solo tengo un hermano y él y mi cuñada viven en Australia. Así que estoy solo.

—Australia, ¡qué lejos! Debes echarlo de menos.

—Mucho —admite él con sinceridad—. La diferencia horaria es complicada, pero, aun así, intentamos hablar varias veces por semana.

—Eso está bien, es importante mantener el contacto con la familia —asiente ella.

—Eso mismo creo yo.

—¿Y te gusta Nueva York? ¿Te adaptas bien?

—Me encanta, es un lugar lleno de vida.

—Es cierto —conviene con él mi madre—. Y, llevando aquí unos meses, imagino que ya habrás tenido tiempo de ver todo lo que merece la pena visitar.

—La verdad, Darla, es que la entrenadora nos deja tan agotados que cuando acabo de entrenar lo único que me apetece es descansar.

—Pues no puede ser, justo estábamos hablando de eso en el desayuno… El trabajo es importante, por supuesto, y hay que esforzarse al máximo, pero también lo es disfrutar.

—Manda cojones lo que hay que escuchar… —murmuro.

—¿Qué dices, cariño? —cuestiona mi santa madre, girándose hacia mí.

—Que manda cojo… —comienza a repetir Molly, que está a mi lado.

—Cajones, que al llegar a casa tengo que guardarlo todo en los cajones —la interrumpo, terminando la frase.

Mi madre me contempla con suspicacia, y Ryan no dice nada, pero el brillo de sus ojos rezuma diversión y las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba escondiendo una sonrisa que no llega a asomar a su cara.

—Soy buena juzgando a las personas, Ryan, y estoy segura de que tú eres un buen chico —le dice.

—Lo intento —reconoce él.

—Eso está bien, me marcho más tranquila sabiendo que Maddy está rodeada de buena gente. Es una chica fuerte e inteligente, pero se mueve en un mundo complicado, siempre rodeada de arenas movedizas.

Él asiente, dando a entender que la comprende.

—Me ha encantado conocerte, Ryan —se despide mi madre al llegar al coche.

—Lo mismo digo, Darla.

—Espero verte de nuevo cuando vuelva a visitar a Maddy.

—Delo por hecho, y gracias por el beso mágico, pequeñaja —añade él, guiñándole un ojo a Molly, que sonríe, orgullosa y satisfecha por haber sido de ayuda.

—Nos vemos en el entrenamiento —me despido, y me subo al asiento del conductor para arrancar el motor.

—Hasta mañana —se despide él, que espera a que nos marchemos para moverse.

Observo a mi madre, más feliz que unas castañuelas, y resoplo al pensar en el peligro que tiene.



Con la tristeza oprimiéndome el pecho, me dejo caer en el sillón del salón y cierro los ojos con fuerza.

Lo único malo de tener a mi madre y a Molly en casa es la sensación de pérdida y vacío que lo llena todo cuando se van. Sé que no debería pensar así, estoy cumpliendo mi sueño, tengo a las chicas y por fin las cosas empiezan a funcionar en el equipo… Pero es que los echo tanto de menos que no lo puedo evitar.

Enciendo el ordenador e intento concentrarme en los vídeos que quiero revisar para preparar el próximo partido, es un encuentro importante y no se me puede escapar nada.

Nos enfrentamos a los Guepardos de San Francisco, es un equipo con una defensa fuerte que sin duda tiene como punto débil el ataque; además, su mejor receptor acaba de salir de una lesión, por lo que deberíamos intentar…

El móvil suena a mi lado, interrumpiendo mis pensamientos, y alargo la mano para cogerlo.

El nombre de Aria se ilumina en la pantalla.

—Espera un momento —me ordena en cuanto descuelgo—. Voy a por Savannah.

Pocos segundos después, estamos conectadas en una llamada las tres.

Buenos días, chicas —nos saluda a ambas con la voz todavía somnolienta.

—«Buenos días» dice… ¿Sabes qué hora es? —contesto.

—Es que me acabo de levantar… —se justifica.

—¿Todavía? —Savannah parece asombrada.

—Y solo porque Jeremy tenía que irse a trabajar, de lo contrario, os aseguro que seguiríamos en la cama.

—¿Quién es Jeremy? —se interesa la fisio.

—Teniendo en cuenta cómo iban desenvolviéndose los acontecimientos, apostaría todo lo que tengo a que es el camarero —comento con una sonrisa pícara extendiéndose por mi cara.

—¿El camarero del club? —repite Savannah.

—Y menudo camarero, ese chico debería estar expuesto en un museo —confiesa la descocada de nuestra amiga soltando una risita—. ¡Menuda noche, chicas!

A pesar de que no me ven, niego con la cabeza y pongo los ojos en blanco.

—¿Cuándo vais a quedar otra vez? —quiero saber.

— ¿Quién dice que vayamos a hacerlo? —replica.

—Hombre, se da por hecho, acabas de decir que deberían exponerlo… —argumenta Savannah.

—Exacto —la interrumpe Aria—. «En un museo», esas fueron mis palabras. ¿Cuántas veces necesitas ver la misma exposición?

—¡Eres terrible! —la acuso, y me echo a reír.

—Eso mismo gritaba Jeremy… —suelta con descaro.

—No necesitamos los detalles, puedes ahorrártelos —dice Savannah que es, con diferencia, la más pudorosa de las tres.

—Como queráis… Vosotras os lo perdéis —accede ella antes de añadir—: ¿Y tú, rubia? ¿Qué tal con Harry? Se os veía de lo más acaramelados.

—Estuvimos hablando, fue muy agradable —admite.

—Agradable también es mi abuela… Lo que queremos saber es si hubo fuegos artificiales —solicita Aria, impacientándose.

—Era el primer día que quedábamos —dice Savannah, a pesar de que eso ya lo sabemos.

—¿Ni siquiera un petardito pequeño? —insiste la morena.

—Me acompañó a casa… —añade.

—¿Y…? —la apremio, porque en el fondo yo tengo tantas ganas de información como Aria.

—Me dio un beso —confiesa al fin.

—¿Solo un beso? Pues menuda decepción —le espeta ella.

—Pero menudo beso —suspira Savannah—. Tiene los labios suaves. Fue dulce pero duro a la vez, he estado con otros chicos, pero nadie me había besado de esa forma.

—Pues si te sientes así solo con un beso…, imagínate cuando pase algo más —comenta Aria.

—No tengo prisa —nos hace saber ella.

—No pasa nada, cada uno tiene sus tiempos, lo importante es que disfrutes de casa paso y que te sientas cómoda y bien estando a su lado —intervengo.

Durante unos segundos las tres nos quedamos calladas.

—Me gusta mucho —confiesa entonces suspirando—. Es atento, dulce, divertido…

—Y está bueno que te cagas —la interrumpe la morena, y me la imagino resoplando con sus rizos danzando al aire.

—Eso es evidente, no lo voy a negar. Es guapo a rabiar
—concede nuestra amiga.

—Chicas, si os parece, mañana nos vemos y hablamos —sugiero—, tengo que seguir con los vídeos si los

quiero acabar.

—Ni se te ocurra pensar que te vas a escaquear —replica Aria—. ¿No tienes nada que contarnos?

—No, la verdad —respondo.

—Maddy, Maddy, está muy feo mentirles a tus amigas…
—me acusa.

— ¡No lo hago! —rebato.

—¡Ja! ¡Te recuerdo que cuando el idiota de Liam te sacó a bailar, Ryan estaba a mi lado y, por cómo te miraba, casi tienen que encender el aire acondicionado! —exclama antes de soltar una carcajada.

Un remolino de sensaciones contradictorias me recorre por dentro y me remuevo incómoda en el sofá. ¿De verdad me estaba mirando Ryan cuando bailaba con Liam?

—No digas tonterías —protesto.

—¿Ryan? ¿Qué pasa con Ryan? ¿Me he perdido algo? —se interesa de inmediato Savannah.

—No te has perdido nada. Son imaginaciones de Aria, que es una lianta —me apresuro a responder.

—Y si son imaginaciones mías, ¿puedes explicarnos por qué salió corriendo detrás de ti en cuanto te fuiste? —inquiere Aria sin dejarse convencer.

Vuelvo a removerme en el sillón y siento como me acaloro al recordar nuestro pequeño trayecto en coche juntos mientras elijo con mucho cuidado lo que voy a decir.

—No seas exagerada, no salió corriendo detrás de mí, solo quería ofrecerse a traerme a casa porque, después de todo lo que pasó cuando llegué al club, no le parecía una buena idea que anduviese sola de noche por ahí —explico.

—Qué considerado —asegura ella, rezumando ironía.

—Ryan siempre me ha parecido un buen chico —interviene Savannah.

A mí también me lo parece… Buen tío y atractivo…, y el problema es que no debería fijarme en nada que no tenga que ver con su desempeño en el campo.

—Estoy de acuerdo —asegura la morena—. Lo peor que tiene son sus amigos.

—Es un buen jugador, eso es lo que importa —digo con firmeza.

—Una cosa no quita la otra. No hay duda de que es un gran jugador y estoy segura de que también es un buenísimo empotrador —matiza ella sin cortarse un pelo.

—¡Aria! —exclama Savannah.

—¿Quéééé? —pregunta ella.

—Estás hablando de uno de los componentes de mi equipo, soy su entrenadora, no me parece bien que estemos manteniendo esta conversación. —Sueno firme, casi molesta, y eso hace que se queden en silencio las dos.

—No pretendía molestarte… —declara Aria con voz suave.

—Lo sé, no te preocupes —admito.

—Lo único que quiero hacerte ver es que no habría nada de malo en que te gustase o que tú le gustases a él —añade.

—¡Ni se te ocurra volver a decir eso! —murmuro estremeciéndome.

—¿Por qué? —la apoya Savannah—. La entrenadora y el *quarterback*… A mí me parece de lo más romántico —comenta suspirando.

—¿Os habéis vuelto locas las dos? ¡No es romántico! Es es… —tartamudeo nerviosa—. ¡Está tan fuera de lugar que ni siquiera existe un cliché para definirlo!

—No hay ninguna regla que lo impida, lo sé porque me he leído el reglamento enterito para asegurarme —me informa Aria.

—Me importa una mierda que haya o no haya reglas. Ryan no me gusta, no me interesa en absoluto y nunca lo hará —asevero con demasiada rotundidad.

—Puedes mentirte a ti misma todo lo que quieras, pero a mí no me vas a engañar —sigue

insistiendo la que está a punto de convertirse en mi examiga como no se calle ya.

—Vamos a dejar el tema, y por favor, no vuelvas a decir una tontería de ese calibre o me voy a cabrear —le advierto de mala gana—. Hablamos mañana, chicas.

—No te enfades —pide Savannah.

—No lo hago, pero no puedo seguir hablando, tengo muchos vídeos que revisar —respondo con sinceridad.

Cuando nos despedimos, continúo alterada y descolocada.

¿Que si sería tan malo, preguntan este par de insensatas? ¡Sería terrible! Por suerte, eso es algo que no va a pasar, ni ahora ni nunca; Ryan Hart es uno de mis jugadores, nada más.

Cierro los ojos, tratando de calmarme y sacarme de encima el malestar que esta conversación me acaba de provocar.

¿Algo con Ryan? ¿Cómo se les ocurre? ¡Sería una locura! ¡Un suicidio a nivel profesional!

No soy estúpida, negar que siento cierta atracción por él sería de idiotas, y me considero una mujer inteligente, sin embargo, solo es físico, algo que puedo controlar sin mayores problemas, una reacción química que, por supuesto, ni pienso admitir así me corten la lengua ni voy a dejar ir más allá.

Tras mi breve sesión de autoconvencimiento, y algo más calmada, decido centrarme de nuevo en el ordenador; no obstante, la tranquilidad me dura poco, ya que no pasan ni cinco segundos cuando el móvil vuelve a vibrar en el sillón.

Como sean las chicas no pienso contestar, me digo a la vez que lo cojo de mala gana; no obstante, mis ojos se abren como platos y me quedo pasmada cuando veo que el nombre que aparece en el mensaje de WhatsApp de la pantalla no es el de las locas de mis amigas, sino el de Ryan.

Contengo la respiración, debatiéndome entre si verlo o no, pero al final me puede la curiosidad, así que cruzo las piernas en el sillón

y lo abro conteniendo la respiración.

Ryan Hart: Hola, Madyson, soy Ryan.

Yo: Sé quién eres.

Sueno seca, pero después de la conversación con las chicas estoy nerviosa y a la defensiva, me siento como si acabase de levantar una barrera de cinco metros de alto con foso incluido a mi alrededor.

Sé que solo es un mensaje, no debería afectarme porque no es el primero ni será el último jugador que me escribe, el propio Liam lo hace a menudo porque estamos enganchados a la misma serie y la vamos comentando casi diariamente, pero, cuando se trata de Ryan, tengo la impresión de que todo es más complicado y difícil de gestionar.

Ryan Hart: Me tenías fichado.

Yo: Como a todos los jugadores.

Ryan Hart: Qué lástima, yo sintiéndome halagado y especial… Y he resultado ser uno más 😌?? —comenta con guasa.

Está bromeando, lo sé, pero eso no impide que mi corazón se acelere unos cuantos latidos, por lo que decido desviar la conversación a un tema más neutral.

Yo: Estaba viendo unos vídeos de Los Guepardos, creo que hay un par de jugadas que podríamos probar…

Ryan Hart: ¿Has dejado solas a tu madre y a tu sobrina para ponerte a trabajar? Muy mal, entrenadora, hay que tratar mejor a las visitas —me regaña.

Yo: Hablando de eso, tienes que perdonar el tercer grado al que te sometió mi madre, si llega a estar cinco minutos más contigo, habría sido capaz de averiguar hasta tu grupo sanguíneo —me disculpo—. No te haces una idea de lo que se están perdiendo los servicios de inteligencia al no tenerla en nómina.

Ryan Hart: No te preocupes, es una mujer muy agradable, te escribía precisamente para que les digas lo mucho que me ha gustado conocerlas.

Yo: Fue mutuo, créeme. Se lo diré cuando hable con ellas.

Ryan Hart: ¿Ya se han marchado?

Yo: Hace un rato, llevamos a mi sobrina a la casa de su madre porque las próximas dos semanas le toca pasarlas con ella, y después volverá a Washington.

Ryan Hart: ¿Custodia compartida?

Yo: De momento sí, quince días con cada uno. Como Nueva York y Washington solo están a tres horas de distancia, es un acuerdo razonable; cuando empiece el colegio no será viable.

Ryan Hart: Las obligaciones lo complican todo…

Yo: Pues yo creo que son necesarias para mantener el orden y el control en el desarrollo de la vida diaria. Por ejemplo, yo ahora debería trabajar… Las jugadas no van a planearse solas si queremos ganar.

De nuevo sueno un poco borde, aunque no es mi intención.

Ryan Hart: En ese caso, no te molesto más.
Buenas noches, Maddy…
Es una tontería, pero que use ese diminutivo me resulta cercano y demasiado familiar, así que respondo con su apellido, tratando de sonar más distante e impersonal.

Yo: Buenas noches, Hart.

Capítulo 20

Un elefante en la habitación

Ryan

—¿Por qué tienes esa cara de bobalicón? —pregunta Liam, que me observa con el ceño fruncido.

—No tengo cara de bobalicón —replico, lanzándole un cojín del sillón.

—Estás mirando la pantalla del móvil mientras sonríes como un imbécil —remarca Bradley, uniéndose a la conversación.

Estamos en el salón de mi casa, los chicos han venido porque es lunes, nuestro día libre y, como ganamos el partido de ayer, teníamos pensado salir a tomar algo para celebrarlo.

—¿Con quién estás hablando? —cuestiona el primero, entrecerrando los ojos, desconfiado.

Me lo pienso durante unos segundos; podría mentir, pero eso sería darle más importancia a la situación.

—Con Madyson —admito.

—¿La entrenadora? —Bradley parece sorprendido.

—¿Desde cuándo te mensajeas con la entrenadora? —añade Liam.

—No me mensajeo con la entrenadora, solo hablamos de vez en cuando.

Miento de forma descarada, no hablamos de vez en cuando, desde el primer día que le escribí cuando coincidí con su madre hace

un par de semanas, hemos hablado cada noche sin falta, de nada transcendental ni importante, pero hablamos.

—Interesante —comenta el payaso de mi amigo acariciándose el mentón con la mano mientras esboza una sonrisa que no presagia nada bueno.

—No sé qué tiene de interesante —protesto—. ¿No hablas tú con ella casi a diario?

—Lo hago —admite sin dejar de sonreír—. Y Bradley también —añade, señalándolo con un movimiento de cabeza—. Nos cae bien, es una tía de puta madre.

—A mí también me cae bien —afirmo, dejando el móvil sobre el sofá para cruzar los brazos sobre mi pecho.

¡Y tanto que me cae bien! Ese es el problema…

—Es diferente —rebate.

—No veo la diferencia —insisto.

—Pues la hay, y mucha —afirma con guasa.

—Ah, ¿sí? —pregunta Bradley un tanto descolocado.

—Sí —asegura él con cierto tonito burlón.

—¿Y se puede saber por qué? —cuestiono, comenzando a mosquearme.

—Porque nosotros no la miramos como si quisiéramos merendárnosla.

—¡Estás desvariando! —bramo, tirándole otro cojín que él esquiva sin problema mientras se echa a reír.

—¿Qué dices, Liam? —me apoya Bradley, que no da crédito a lo que acaba de escuchar.

—Que la mira como si la pobre chica fuese un vaso de agua fresca y él un muerto de sed en mitad del desierto —reitera Liam, que se levanta para esquivar otro posible cojín.

—¡No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo! —exclamo, sintiendo como se tensa todo mi cuerpo.

—A ver, que lo entiendo, la chica está buena a rabiar, es inteligente, exigente, y tú estás a palo seco desde que te dejó….

—A esa ni la nombres —le ordeno, poniendo una mueca de disgusto al escuchar la referencia a la interesada de mi ex, que decidió largarse en cuanto tuve la lesión.

—Vamos a ver, Liam, tienes que estar de broma —comenta Bradley con seriedad.

—Una que no tiene ni puta gracia y bastante pesada —lo apoyo, cabreado.

Él niega con la cabeza y comenta:

—Tú eres poco observador, querido Brad, pero a mí no se me escapa nada.

Cada vez estoy más enfadado, y no sé si es por lo que estoy escuchando o por haber sido mucho más transparente de lo que pensaba.

¡Claro que me gusta Madyson! Tal y como el idiota de Liam acaba de decir, es guapísima, decidida, inteligente, fuerte y sus réplicas rápidas y agudas siempre me sacan una sonrisa. Pero es terreno vedado, zona restringida, un «prohibido el paso» más grande que una catedral; es la entrenadora, la puñetera entrenadora, y ese es un hándicap imposible de obviar.

Aun así, soy tan imbécil que, a pesar de todos esos letreros luminosos que me ordenan que ponga kilómetros de distancia entre los dos, cada vez que sus ojos se cruzan con los míos o la veo sonreír, las fastidiosas hormigas se extienden por todo mi cuerpo, de la cabeza a los pies y, por mucho que lo intento, no las puedo detener.

—Eres gilipollas —le digo.

—Yo seré gilipollas, pero el que tiene cara de idiota eres tú —se carcajea él.

—Igual es mejor dejar el tema —sugiere Brad al ver como mi espalda se tensa.

—Deberíamos, si ese estúpido no quiere tener que comprarse una dentadura nueva —afirmo, señalando a Liam con un movimiento de cabeza antes de ponerme en pie y dirigirme al perchero.

Liam sigue descojonándose el muy cabrón.

—¿Te vas? —me pregunta sin hacer el más mínimo amago de acercarse, se lo está pasando de miedo el capullo.

—¿No íbamos a salir a tomar algo? Pues vámonos —digo, abriendo la puerta en una clara invitación a marcharnos.



El Pepper Club está a solo tres calles de mi casa y es un lugar tranquilo y bastante discreto al que solemos acudir cuando queremos despejarnos sin alejarnos demasiado.

El local, que es de tamaño mediano, imita la estética de una típica taberna escocesa; su interior está casi al cien por cien recubierto de madera y la combinación de luces tenues y suave música de fondo crea una atmósfera íntima y agradable.

Bajamos los tres escalones que nos separan de la entrada y nos acercamos a la barra para saludar a Barry, el propietario, un neoyorkino con raíces en las tierras altas escocesas que nos saluda con un efusivo choque de manos en cuanto nos ve.

Pedimos unas pintas y, con las jarras en la mano, echamos un vistazo a nuestro alrededor para elegir una mesa vacía en la que sentarnos.

—¡Qué casualidad! —exclama Liam, echando a andar en dirección al fondo del local.

Intercambio una mirada con Bradley quien se encoge de hombros y, cuando fijo la vista al fondo para descubrir qué es lo que ha llamado la atención de mi amigo, ahí está, sentada en una mesa, acompañada por Aria y Savannah: Madyson Ward.

Mis ojos la recorren con avidez de arriba abajo.

Lleva un vestido de manga larga, entallado y de punto rojo, que le llega por encima de las rodillas, y botas negras de caña alta sin tacón.

Su melena cae suelta, acariciando su espalda, y apenas se distingue maquillaje en su cara, no lo necesita para que los matices dorados de esos ojos color miel brillen con luz propia iluminando la habitación.

Mi sentido común me dice que no me acerque, que me marche, pero, como siempre me ocurre desde que la conozco, lo ignoro, y mis pies ya caminan en su dirección.

—¡Chicas, qué coincidencia! —escucho que les dice Liam al llegar —. ¿Os apetece compartir mesa?

—¡Contigo nunca! —responde Aria sin vacilar.

—Gracias, Rizos. Como siempre, eres todo amabilidad —replica Liam mientras, haciendo caso omiso a su comentario, coloca tres taburetes más alrededor de la mesa y toma asiento en uno de ellos.

—Qué raro veros por aquí —comenta Bradley, colocando su pinta sobre la mesa.

Tomo asiento al otro lado de Madyson, tan cerca de ella que su olor a frutos rojos embota mi cabeza y mi rodilla casi roza su pierna.

—Es la primera vez que venimos —responde ella.

—Nosotros somos bastante asiduos —interviene Liam.

—No me extraña, es un sitio con mucho encanto —comenta Savannah.

—Y nos queda cerca de casa —añade Aria.

—¿Todas vivís por esta zona? —se interesa Brad.

—No, yo vivo en Brooklyn —anuncia Savannah.

—Brooklyn es un gran barrio, me encanta —comento—. Tiene una de las mejores pastelerías de Nueva York.

—Lo sé, me chifla. Y menos mal, porque no podría permitirme vivir en esta zona ni vendiendo un riñón —confiesa la chica esbozando una sonrisa.

—¿Tan mal pagado está el oficio de fisio? —cuestiona Liam.

No lo dice con mala intención, pero el comentario está fuera de lugar, porque es evidente que el salario de un fisioterapeuta, aunque sea de un club como Los Lobos, es infinitamente más bajo que el del resto de los presentes.

—¿Nunca te han dicho que si vas a decir una chorrada es mejor no decir nada? —le suelta Aria frunciendo el ceño.

—¿Y a ti no te han explicado que es de mala educación meterse donde nadie te llama? —le replica él.

—Es mi amiga —afirma ella, como si eso fuese suficiente explicación.

—Lo cual tiene mérito por su parte, solo por eso, deberían subirle el sueldo —afirma Liam.

—Chicos, no pasa nada —interviene Savannah, tratando de frenarlos a los dos.

—¿Estás insinuando algo? —inquiere Aria, fulminándolo con la mirada.

—No necesito hacer insinuaciones; cuando tengo algo que decir, lo digo a la cara —responde él.

—Chicos, de verdad que… —lo intenta de nuevo Savannah, sintiéndose mal por ser el eje central de la discusión.

—Yo que tú no me molestaría —la interrumpe Bradley, negando con la cabeza—. Me parece que no van a hacerte caso ninguno de los dos.

Los observo y comprendo que tiene razón. Están tan ensimismados discutiendo entre ellos que lo que digamos los demás les tiene sin cuidado; en este momento, no los distraería ni un tifón.

Madyson se acomoda en el taburete y su pierna roza la mía. Es un movimiento fortuito que dura solamente un par de segundos, pero la descarga eléctrica que recorre mi cuerpo es real y tan intensa que, de forma inconsciente, contengo la respiración.

La contemplo de reojo para ver si ella también lo ha notado o solo he sido yo. Sus ojos se ciernen sobre los míos y me siento atrapado en ellos. Ninguno de los dos dice nada, sin embargo, tampoco apartamos la mirada y, según pasan los segundos, la calidez que se acomoda en mi pecho se transforma en un calor abrasador.

—Voy a pedir algo —anuncio, poniéndome en pie casi de un salto.

—Aún no has tocado tu cerveza —indica Brad, extrañado, señalándola con un movimiento de cabeza.

—Quiero algo para comer —murmuro, y me largo a buen paso.

—Esto se me está yendo de las manos —susurro para mí mismo, pasándome las manos por la cara, cuando me apoyo en la barra.

—Unas patatas, por favor —le pido a uno de los camareros antes de centrar toda mi atención en ella.

La observo desde la distancia. Sus labios jamás me habían resultado tan apetecibles como ahora que los veo curvados en una sonrisa que viaja directamente a cierta zona de mi anatomía mientras escucha divertida los ataques verbales de Aria y Liam.

Si fuese sensato, acabaría con esto incluso antes de empezar, pondría distancia, evitaría verla, escucharla… Eso es lo que haría si fuese una persona mínimamente cabal; por lo que se ve, no lo soy, porque, en lugar de alejarme del acantilado, lo que hago es correr hacia él y lanzarme al vacío como un trastornado cuando saco el móvil del bolsillo de mi pantalón y tecleo sin pensar.

Yo: Estás muy guapa. —Está claro que mis neuronas se han fundido, o se han puesto en huelga y no quieren trabajar, porque, de lo contrario, ni habría escrito ese mensaje ni le habría dado a enviar.

Con el teléfono todavía en la mano, la estudio con atención esperando su reacción.

En cuanto lo lee (juraría que varias veces a juzgar por el tiempo que permanece con la vista clavada en la pantalla), sus ojos se abren de par en par y apoya el móvil en su regazo, bocabajo, sin ninguna intención de contestar. Se nota que la he incomodado, incluso desde aquí me resulta evidente como el rubor que enciende sus mejillas no hace más que aumentar. Debería parar, pero soy incapaz, me siento como si acabase de lanzarme al océano en medio de una tormenta y ahora no pudiese parar de nadar. Así que lo vuelvo a intentar.

Yo: Está muy feo dejar un mensaje en visto y no contestar.

Ella se mueve incómoda en el taburete y le da la vuelta al teléfono con disimulo.

Las endorfinas se disparan por mi cuerpo cuando, a pesar de fruncir el ceño, sus labios se curvan en una tenue sonrisa y comienza a teclear.

Madyson: Puede, pero también lo está intentar ligar con tu entrenadora.

Me apresuro a responder.

Yo: No estamos en el campo, ni en un partido, ni en ninguna otra situación que tenga que ver con el equipo, así que aquí solo eres Maddy, no la entrenadora Madyson Ward —afirmo, recurriendo a las palabras que Aria usó la noche de la fiesta cuando me acerqué a saludarlas.

Madyson: La línea entre ser Maddy y Madyson Ward es demasiado difusa y difícil de diferenciar.

Yo: Pues yo la veo muy clara.

Madyson: Igual deberías ir a graduarte la vista.

Yo: ¿Vendrías conmigo? Podría ser nuestra primera cita.

Madyson: Ni de coña, Hart.

Su sonrisa abarca gran parte de su cara, sus ojos me buscan con un brillo de diversión y, sin darme cuenta, dejo escapar una carcajada.

Barry se acerca con las patatas, interrumpiendo el momento.

—Bien jugado anoche —me felicita—. Si conseguís aguantar el ritmo, este puede ser un gran año.

—Eso mismo pienso yo —asiento.

—Todavía quedan los partidos más complicados, no podéis relajaros —me advierte.

Barry es un forofo del fútbol y gran seguidor de nuestro equipo.

—Dudo que la entrenadora nos permita hacerlo —confieso.

—Tiene buenas ideas esa chica, me gusta, se nota que sabe mantener la situación bajo control —afirma, apoyando ambos codos

sobre la barra y acercándose como si quisiera hacerme una confesión—. Ahora mi nieta dice que quiere ser como ella.

—Desde luego, es un ejemplo de compromiso y superación —reconozco—. No ha tenido un comienzo fácil.

—Estoy seguro de que no. La gente suele ser reacia a los cambios, aunque la mayor parte de las veces sean para mejor —comenta guiñándome un ojo.

Me despido de Barry y, cogiendo la fuente de patatas y las salsas, me dirijo de nuevo a la mesa.

—¿Alguien quiere patatas fritas? —ofrezco, colocándola delante de los demás.

—Uy, sí, por favor, Aria tiene pinta de estar hambrienta, dile que se coma unas cuantas a ver si hay suerte y de paso se muerde la lengua —bufa Liam, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Aún siguen igual? —cuestiono.

—No han parado desde que te fuiste —me informa Brad.

—Solo intento hacerlo razonar, pero de donde no hay no se puede sacar —comenta la chica con sarcasmo.

—¿Me estás llamando cabeza hueca? —sisea mi amigo.

—Yo no he dicho ni una de esas palabras, tú solito te lo acabas de llamar.

El teléfono de Madyson suena, interrumpiendo la discusión.

—Voy a salir un momento a contestar, es Kevin —anuncia.

—De eso nada, no te vayas, ponlo en manos libres para que podamos saludarlo también Savannah y yo. Con él sí que merece la pena hablar.

—Seguro que le cuelga en cuanto oiga tu voz —la pica Liam.

—Kevin nunca haría eso, porque, además de estar buenísimo, a diferencia de otros, sabe lo que es la educación —rebate ella.

Madyson pone los ojos en blanco, pero accede y pone la llamada en manos libres.

—Hola, Maddy —la saluda el chico con efusividad—. Hay mucho ruido, ¿dónde estás?

—Es que tengo la llamada en manos libres, estoy tomando algo con las chicas en un *pub* irlandés a un par de calles de mi casa —anuncia.

Las dos se apresuran a saludarlo y él les responde interesándose por cómo les ha ido a ambas desde que se vieron la última vez. Durante los siguientes minutos, los tres se ponen al día demostrando que cuando estuvieron juntos hicieron buenas migas.

—Ese *pub* irlandés en el que estás, tiene un camarero mayor de pelo canoso y bigote, ¿verdad? —pregunta su hermano en un momento dado.

Maddy abre mucho los ojos y pestañea un par de veces antes de fruncir el ceño.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—El rojo siempre ha sido tu color, Madd —dice una voz diferente al otro lado.

La expresión de Madyson se desencaja de puro asombro y se gira hacia la puerta tan rápido que creo que se va a marear justo en el momento en que su hermano baja las escaleras acompañado del que enseguida reconozco como Scott Rivers.

—¿¡Scott!? —grita, echando a correr hacia el chico, que abre los brazos para recibirla entre ellos mientras esboza una inmensa sonrisa.

Los veo abrazarse mientras un regusto amargo me sube por la garganta.

—¿Estás bien? —susurra Liam en mi oído.

—Perfectamente —contesto seco.

—Cualquiera lo diría, por tu cara parece que acaben de darte una patada en los…

—Justo ahí es donde te la voy a dar yo a ti como no cierres el pico —le advierto mientras el trío se acerca.

—Chicos, estos son mi hermano Kevin y Scott Rivers…, el…

—Ala cerrada de los Blue Boys y uno de los mejores de la NFL —termina Bradley por ella, levantándose para estrecharles la mano a ambos—. ¿Cómo estáis, tíos?

—En este momento, encantados de ver a mi hermanita —responde Kevin, que no cabe en sí de gozo.

—Todavía no me creo que estes aquí —afirma Maddy mientras observa a Scott con una mirada que roza la devoción.

El chico es el prototipo perfecto de un modelo de televisión. Rubio con el pelo algo ondulado, ojos grises, sonrisa blanca y perfecta y el cuerpo de alguien que se pasa horas machacándose en el gimnasio.

—Me suplicó que lo trajese —anuncia Kevin, captando de nuevo toda mi atención.

—No es cierto —se defiende el otro sin quitar su brazo de los hombros de Madyson.

—Se puso de rodillas y casi casi lloró… —insiste el primero.

—Más quisieras tú que tenerme de rodillas —se carcajea Scott, dándole un ligero puñetazo en el hombro—. Es cierto que insistí un poco, pero es que llevaba tiempo con ganas de venir a verte, Maddy, tenía que ver en vivo y en directo cómo le va a mi chica de oro. Eres demasiado escueta dando detalles por teléfono.

¿Su chica de oro? ¿¡SU CHICA!? Acaba de decir «¿su chica…?». ¿Desde cuándo Maddy es la chica de alguien? Les echo un vistazo al resto de los integrantes de la mesa, pero ninguno de ellos parece sorprendido por el dato. Las chicas lo observan embelesadas, Brad ni se inmuta y Liam… Él se limita a mirarme a mí divertido, alzando las cejas, mientras Maddy continúa abrazando al otro y mi malestar aumenta a pasos agigantados.

—Te he echado de menos —confiesa Scott, posando un suave beso sobre el pelo de la que él llama «su chica».

—Yo a ti más… —asegura ella.

Los miro así, juntitos y acaramelados y, aunque hasta ahora siempre creí que la expresión «se me calienta la sangre» solo era una frase hecha, en este momento estoy experimentándola en mi propio cuerpo de forma literal.

—¿Sois…? —pregunta Savannah, señalándolos a ambos.

Contengo la respiración aguardando su respuesta.

—¿Qué? ¡Noooo! —exclama ella arrugando la nariz—. Scott es mi mejor amigo.

—Menudo desperdicio —murmura Aria—. Sin ofender.

El chico, que por lo visto también tiene sentido del humor, se echa a reír, divertido.

—Hace muchos años que casi toda mi vida gira en torno al fútbol… Así que mis amigos también tienen que ver con él, y Scott siempre ha estado a mi lado, era una suerte contar con él en el equipo —nos explica Maddy, apoyando la cabeza contra su cuerpo.

—Bahh, sabes que todos los chicos te adoran y te echan de menos casi, y digo *casi* —remarca— tanto como yo.

Ella sigue sonriendo, pero sus ojos se enrojecen ligeramente y parpadea varias veces conteniendo la emoción.

—Tenéis suerte de tenerla —anuncia mirándonos a nosotros.

—Lo sabemos —le asegura Brad.

—Pues por lo que tengo entendido… No lo sabéis lo suficiente —replica él con gesto desafiante.

—¿Se lo has contado todo? —increpa ella a su hermano, refiriéndose a todos los desplantes que le hicimos cuando llegó al equipo.

—¡Por supuesto que me lo ha contado! ¡Y tendrías que haber sido tú, no él quien lo hubiese hecho! —le espeta el ala cerrada frunciendo el ceño.

—No quería preocuparte —se disculpa ella, y se muerde el labio —. Ahora las cosas están mucho más tranquilas.

—Claro, porque han empezado a darse cuenta de que eres la mejor —bufa él, como si fuese evidente.

—Fue un cambio difícil de gestionar —admite Liam.

—Aquello no es lo mismo sin ti, Maddy, pero siempre he sabido que lo ibas a petar —la adula el rubio.

—¿Qué os apetece beber? —ofrece Brad, levantándose para ir a buscarles algo.

—La verdad es que estamos reventados, si no te importa, preferiríamos ir a descansar —le dice Kevin a su hermana.

—Por supuesto que no me importa, vamos a casa y os preparo algo de cenar —sugiere ella.

Me toca las narices que se vaya, me apetecía pasar más tiempo con ella; a Maddy, sin embargo, se la ve feliz y sonriendo de oreja de oreja.

Capítulo 21

Tres golpes secos

Madyson

—Vale, suéltalo ya —ordena Scott, que me contempla con suspicacia mientras da el último bocado a la magdalena que tiene entre las manos.

—¿El qué? —pregunto.

Él se queda callado durante unos segundos, analizándome para tratar de averiguar hasta qué punto me estoy haciendo la tonta.

—Estamos solos, ¿de verdad me vas a hacer decirlo en voz alta? —cuestiona frunciendo el ceño.

—Sería un detalle, porque no tengo ni idea de qué hablas —afirmo encogiéndome de hombros.

Él permanece callado de nuevo, con gesto serio, estudiándome como si fuese una especie sin catalogar.

—¿Qué hay entre el *quarterback* y tú? —Lo suelta de golpe, sin inmutarse, como si estuviese preguntando una banalidad cualquiera del tipo «qué tiempo va a hacer mañana», mientras que yo me quedo con la boca abierta, cortocircuitando e incapaz de hilar palabra.

Los ojos grises de mi amigo se oscurecen como si sus pupilas albergasen una borrasca a punto de descargar.

—¡Nada! —exclamo con demasiada intensidad—. ¡No entiendo por qué dices eso!

—Igual porque miraba el brazo que tenía sobre tus hombros como si quisiera cortármelo despacio para disfrutar el momento y en pedacitos muy, pero que muy pequeños.

—No digas estupideces —lo reprendo, echando una mirada nerviosa hacia el salón.

—Tranquila, tu hermano estaba molido, lo escuché subiendo por las escaleras hacia la habitación. —Hace una pausa sin apartar sus ojos de los míos y añade—: Y no es una tontería, no soy estúpido; desde que llegué, Ryan Hart me miraba como si estuviese planeando arrancarme la cabeza de la forma más lenta y dolorosa posible. Así que dime qué pasa entre vosotros dos.

—Te repito que no pasa nada. —Hago una pausa y tomo aire—. Solo es uno de mis jugadores, el capitán del equipo.

—Y una mierda —refuta Scott con ironía.

—Es cierto que fuera del campo igual tengo más afinidad con Ryan, con Liam y con Brad que con otros —admito—, pero soy una profesional y nunca permitiría que eso afectase a mi rendimiento como entrenadora ni a las decisiones que tomo sobre el equipo.

—Eso no lo pongo en duda —afirma—. Sin embargo, una cosa no quita la otra.

—Estás imaginando fantasmas donde solo hay sábanas —lo acuso—. Y no lo entiendo, porque entre tú y yo nunca ha pasado nada y somos muy amigos desde hace tiempo, que es mucho más de lo que puedo decir de mi relación con Ryan.

—Cierto —concede asintiendo—. Pero no es lo mismo.

—¿Por qué no? —inquiero poniendo una mueca.

—Porque nosotros nunca nos hemos mirado como te mira Ryan —insiste en tono condescendiente.

—¿Y cómo se supone que me mira Ryan? —lo increpo, a la defensiva y empezando a ponerme de mal humor.

—¿Sabes cómo miro yo la tarta de chocolate de tu madre? Pues igual —afirma—. Y que conste que lo entiendo, porque estás casi igual de buena que ella y no engordas.

—¿Quieres dejar de decir burradas? ¡Estoy hablando en serio! —protesto.

—Yo también —afirma, y lo peor es que por su tono sé que dice la verdad; puede que esté usando alguna broma para quitarle hierro al asunto, pero no está de guasa, lo que dice lo piensa de verdad.

—Puedes opinar lo que quieras, pero entre Ryan y yo no hay ni habrá nada —anuncio entre dientes, sin saber muy bien si intento convencerlo a él o a mí misma.

—No me lo creo. —Niega con la cabeza—. ¡Maddy, venga ya, soy yo, sabes que a mí no me puedes engañar!

Inspiro con fuerza y cierro los ojos, tratando de asimilar y catalogar todas las sensaciones y emociones que me recorren por dentro en este momento.

Soy consciente de que entre Ryan y yo existe cierta atracción, una atracción que quizás últimamente ha ido un poco más allá, pero siempre lo he visto como algo platónico, empírico e inocente… Sin embargo, que Scott se haya percatado, y lo peor, escuchárselo decir en voz alta, lo vuelve más peligroso y real.

—No sé —confieso al final, buscando su mirada, consciente de que lo que dice es cierto: puede que al resto sí, pero a él no lo puedo engañar—. Supongo que Ryan es diferente… Hablar con él me divierte, y se portó bien conmigo porque, aunque no quería tenerme aquí, cuando se enteró de lo feas que se estaban poniendo las cosas para mí intercedió con el resto de los jugadores del equipo y…

—Y es muy, pero que muy guapo —me interrumpe.

—No sabía que te fijases tanto en el atractivo masculino —lo pico.

—No lo hago, pero no estoy ciego —replica sonriendo antes de añadir—: ¿O también vas a decirme que es feo?

—No —admito—, es guapo.

—Muy guapo —corrige.

—Muy guapo.

—Y atractivo —insiste, alzando las cejas varias veces.

—Eso mismo —concedo sonriendo.

Satisfecho, coge otra magdalena de la fuente y le pega un bocado antes de preguntar a bocajarro:

—¿Ya ha pasado algo entre vosotros?

Me atraganto con mi propia saliva y comienzo a toser sin ton ni son, tratando de no ahogarme y de recuperar la respiración.

—¡No! ¡Claro que no! —consigo responder al fin—. ¿Por quién me tomas?

—Por una tía cojonuda que tiene todo el derecho del mundo a enamorarse, ser feliz y disfrutar…

—¡Alto! ¡Para el carro! —exclamo, interrumpiéndolo, a la vez que levanto la mano—. ¿Quién ha dicho nada de enamorarse?

—Yo, y lo he dicho porque es la verdad. Tienes todo el derecho a buscar tu propia felicidad.

—Ser la entrenadora de Los Lobos me da felicidad —rebato.

—Lo sé, pero hay felicidad más allá del fútbol.

—Hablas como mi madre —lo acuso, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Tu madre es una mujer sabia.

—Dices eso porque te adora.

—Lo cual demuestra su inteligencia —responde sonriendo.

Niego con la cabeza, pero no puedo evitar sonreír también.

—Ahora en serio —dice—. Te conozco desde hace años y, durante todo este tiempo, nunca te había visto mostrar interés por ningún tío…

—Eso no es cierto, salí con Robert el año pasado.

—Me refiero a mostrar interés real, y cuando hablo de un tío, créeme, no estoy pensando en el imbécil trajeado ese, que además de que fue tan idiota que no supo valorarte, era más aburrido que una tabla de multiplicar —replica, poniendo una mueca, al recordar a mi exnovio, un abogado guapo a rabiar, pero celoso a niveles complicados y bastante soso, a decir verdad. Solo duramos cinco meses, la relación terminó cuando me enteré de que me ponía los cuernos con una de sus compañeras del bufete.

Los mensajes que intercambié con Ryan hace unas horas se abren paso en mi mente y un calor tan desconcertante como agradable se acomoda en mi vientre.

—Es imposible —afirmo, tratando de alejar esos pensamientos.

—¿Por qué? —cuestiona mi amigo, que parece haber perdido todo el sentido.

—¡Soy su entrenadora! —exclamo.

—¿Y qué? ¿Es que piensas tirártelo en el vestuario o en mitad de un partido?

—Es una pregunta tan idiota que no debería ni contestar. Pero por supuesto que no —respondo, consciente de que mis mejillas han cambiado de color.

Él lo disfruta durante unos segundos… Le encanta escandalizarme, lo pasa genial con ello.

—Mira, Maddy, por lo mucho que te quiero y te respeto voy a ser muy claro —declara con solemnidad—. Entiendo que no sería la situación ideal, no obstante, no hay ninguna norma que prohíba las relaciones entre miembros del mismo equipo y eso incluye a los jugadores de la plantilla, cuerpo técnico y el resto del *staff*. Lo sé porque lo he comprobado.

—¡Otro más! —bufo.

—¿Otro más? —repite con curiosidad.

—Aria también lo estuvo comprobando —le explico—. Y, aunque tengáis razón y no esté prohibido, sería una locura —musito.

—Es cierto que no es una situación normal —reconoce—, pero no todas las locuras tienen que ser malas, de hecho, algunas son cojonudas.

—Con lo que me ha costado llegar hasta aquí no puedo arriesgarme a cometer un error y que algo salga mal.

—Lo comprendo, sé todo lo que has trabajado, lo que te has sacrificado por esta oportunidad… Pero Maddy, uno no siempre puede elegir de quién se enamora, a veces, la razón y el corazón necesitan cosas diferentes y no pueden sintonizar.

—¿Y qué se hace en esos casos? —cuestiono.

—Ni idea —reconoce con sinceridad—. Pero sí sé una cosa: no puedes pretender que tu corazón se vuelva racional.



Una hora después ya estoy cansada de dar vueltas en la cama.

Fuera, el viento sopla con fuerza y me arrebujo debajo del edredón, disfrutando del suave calor que me envuelve el cuerpo.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de dejar la mente en blanco; necesito parar de pensar… Sin embargo, no dejo de darle vueltas una y otra vez a la conversación que Scott y yo acabamos de tener y, por si eso no fuese suficiente, esta es la primera noche desde que comenzamos a mensajearnos que Ryan no me ha escrito, y maldita sea, sé que es una chorrada, pero lo echo de menos.

El aire golpea contra la puerta de cristal y me doy la vuelta, dándole la espalda. Aprieto los párpados e intento memorizar jugadas, esa es una técnica que siempre suele funcionar.

De repente, escucho tres golpes secos contra el cristal y abro los ojos. Eso no ha podido ser el viento.

Me planteo avisar a mi hermano o a Scott, pero, como no quiero despertarlos, le echo valor, me levanto de la cama y camino hacia la ventana. Los golpes se repiten una vez más y, decidida a no retrasarlo más, descorro la gruesa cortina dejando a la vista el cristal y, tras él, me encuentro a…

—¿Ryan? —pregunto atónita, abriendo la puerta que da a la terraza.

Él me lanza una mirada de disculpa y, pasándose incómodo una mano por el pelo, se introduce en la habitación.

—¿Cómo has subido a mi terraza? —cuestiono de nuevo, sin salir de mi asombro, a la vez que cierro la puerta.

—Es una pared por la que resulta muy fácil trepar, hay muchos sitios a los que te puedes agarrar —explica, esbozando una sonrisa pícara que enciende una llama en mi cuerpo.

—Lo dices como si fuese una práctica habitual —murmuro, poniendo los brazos en jarras.

—Ahora no, sin embargo, cuando era un adolescente, mi hermano y yo lo hacíamos algunas veces —reconoce, y el recuerdo dibuja una sonrisa llena de nostalgia en su cara.

Su mirada acaricia mi cuerpo de arriba abajo, sin prisa ni pudor, con determinación y, según avanza en su recorrido, la atmósfera se densifica a nuestro alrededor.

De repente, la camiseta de fútbol que me cubre hasta las rodillas parece demasiado pesada y siento un calor tan abrumador que tengo que controlarme para no volver a abrir la ventana.

—No deberías estar aquí —afirmo, intentando imprimir a mi voz una seguridad que no siento en absoluto.

—Lo sé —reconoce con un tono ronco que le otorga un carácter todavía más sensual.

La luz de la habitación es escasa, no obstante, incluso iluminados solo por el destello de la luna que entra por el cristal, percibo con una nitidez asombrosa la culpa, la expectación y la intensidad que se confabulan en su expresión.

—Si lo sabes, ¿por qué has venido? —susurro, a pesar de que una parte de mí no quiere escuchar la respuesta.

—No podía dormir —confiesa a la vez que sus ojos se apoderan de los míos.

Los tiene enrojecidos, como si llevase horas frotándolos y, con todo, siguen pareciéndome tan impresionantes, intimidantes y peligrosos como el primer día que los vi.

Sostengo su mirada y me pierdo en ellos, adentrándome en un mundo que no debería pisar, pero del que no puedo ni quiero escapar.

—No podía dormir porque estás dentro de mi cabeza y no soy capaz de dejar de pensar en ti —añade con voz rota, a la vez que avanza un paso hacia mí sin esconder la batalla que se libra en su interior.

Necesito retroceder, pedirle que se vaya, poner el punto final a un capítulo que ni siquiera he podido empezar, sin embargo, no consigo moverme ni decir nada, estoy hipnotizada, hechizada por un mar de sensaciones que me arrasan por dentro llevándose con la fuerza de su marea cualquier atisbo de la cordura y la voluntad que todavía me quedan.

Ryan avanza un paso más y contengo la respiración mientras siento el hormigueo previo a la caricia. Entonces su mano se extiende hacia mi mejilla con cierto temblor.

—Es una mala idea —anuncio con un hilo de voz.

—Una idea terrible —admite, avanzando un paso más.

Estamos cerca, tanto que casi puedo rozar su pecho al respirar, y los escasos centímetros que se interponen entre nosotros se convierten en la última barrera que nos separa de un precipicio al que ni siquiera deberíamos asomarnos, pero al que los dos parecemos ansiosos por abalanzarnos, aun sabiendo que la caída puede ser mortal.

Las yemas de sus dedos se posan sobre mi piel y cierro los ojos, abrumada por la corriente eléctrica que recorre cada una de las terminaciones nerviosas de mi ser irradiando sentimientos tan desconocidos como poderosos a mi corazón y mi alma.

Cuando vuelvo a abrirlos y me encuentro con sus pupilas hambrientas y oscurecidas por el deseo, dispuestas a devorarme, comprendo que no hay vuelta atrás… Aun así, en un alarde de fuerza de voluntad, intento razonar.

—Deberíamos… —murmuro, tratando de detener algo tan inevitable como que la luna sea redonda o el sol brille un día más.

—A la mierda —me interrumpe, derribando ese muro invisible que se interpone entre nosotros para enmarcar mi rostro con sus manos y avanzar hasta bloquear mi cuerpo entre el suyo y la pared.

Algo se rompe en mi interior en el instante exacto en que sus cálidos labios se unen a los míos, haciéndolos suyos y saqueándolos en un beso cargado de deseo, premura, rabia y ternura.

Sentir el roce de nuestras lenguas la una contra la otra me lleva a un estado de excitación que no recuerdo haber sentido jamás, y me anclo a sus brazos para conseguir mantenerme en pie a pesar del temblor de mis rodillas.

—Esto está mal… —murmuro, inhalando aire con fuerza cuando su boca abandona mis labios para centrarse en la sensible piel de mi cuello—. No deberíamos…

—Está fatal —afirma con voz ronca justo antes de deslizar su lengua por mi clavícula—, pero si quieres que pare, dímelo ahora, porque si me haces detenerme después, me vas a matar.

Mi respuesta es el gemido profundo y sincero que escapa de mi garganta mientras enredo los dedos en su sedoso pelo.

Con sus manos en mis caderas, avanzamos hacia atrás; él gruñe excitado y yo jadeo de placer al sentir sus dientes arañando mi

hombro sin demasiada delicadeza. Nos deshacemos de su camiseta, de la mía y del resto de la ropa que, en este momento, resulta incómoda e inservible antes incluso de chocar contra el colchón y, cubiertos solo por mi braguita y su bóxer, nos dejamos caer sobre el edredón.

Ryan se deleita contemplando mi cuerpo como si estuviese muerto de hambre y yo fuese un manjar.

Mis dedos, ansiosos, recorren su pecho y su abdomen, memorizando con ellos cada surco, cada centímetro y cada recoveco de su piel. Sus labios, húmedos y calientes, descienden hasta posarse sobre uno de mis pechos y, cuando siento su mano áspera y decidida sobre el otro, creo que voy a enloquecer.

Nunca me había sentido así, embargada por una pasión que parece inagotable.

Sus dedos pellizcan mi pezón derecho mientras sus dientes atrapan el izquierdo y un dolor tan placentero como molesto se instala en mi entrepierna, que espera húmeda y palpitante el momento de recibir atención.

Como si me leyese la mente, su mano desciende y comienza a trazar círculos sobre mi clítoris por encima del encaje de mi ropa interior.

—Joder —murmura al percibir lo mojada que está, y luego introduce dos dedos dentro de mí.

Jadeo y arqueo la cintura en busca de más. Mis manos se enredan en su pelo y tiran ligeramente de él, haciendo que se tumbe a mi lado.

Lo acaricio por encima del bóxer y sonrío al verlo apretar los dientes. Con decisión, lo despojo de la prenda y, rodeando su miembro con una mano, comienzo a moverla arriba y abajo.

Él aumenta el ritmo de las penetraciones de sus dedos, que todavía permanecen en mi interior, a la vez que me pellizca de nuevo con rudeza el pezón, y yo elevo la cabeza buscando sus labios para unirme a ellos con desesperación en un beso profundo, intenso y lleno de promesas sobre lo que vendrá a continuación.

Su mano suelta mi pecho y acaricia mi mejilla.

—Estoy limpio —susurra, casi sin aliento, en una petición implícita, y une su mirada fiera y decidida con la mía.

Asiento, porque sé que lo está, ya que todos los resultados de los análisis de mis jugadores pasan por mi mano.

—Tomo la píldora —afirmo, dándole vía libre.

Nunca antes lo he hecho a pelo con nadie, pero con él lo quiero todo, con él quiero más… Es una sensación primitiva e irracional que nace en lo más profundo de mi cuerpo y que no puedo controlar.

Una sonrisa lobuna se extiende por su rostro mientras se deshace de su calzoncillo y de lo que queda de mi ropa interior, y una lujuria indómita explota en mi pecho, llevándose por delante todo lo demás.

Apoyando el peso sobre uno de sus brazos, Ryan se coloca sobre mí. Inhalo con fuerza al notar su miembro apretándose contra mi sexo y, en cuanto abro las piernas, siento como poco a poco, con una lentitud torturadora, se va introduciendo dentro de mí hasta llenarme por completo.

La sensación de estar piel con piel, sin nada que se interponga entre nosotros, es insuperable; los movimientos van aumentando de rapidez mientras nuestras respiraciones se aceleran y las perlas de sudor juegan con las sombras de la penumbra, comenzando a brillar sobre su piel.

Me falta el aire, siento que me ahogo en un mar de infinito placer. Sus labios acallan mis gemidos y mis manos buscan consuelo arañando su espalda mientras escucho el sonido de sus caderas chocando contra las mías, que es la mejor banda sonora que podríamos tener.

El ritmo se vuelve brutal y siento que el fuego que me recorre por dentro me consume a la vez que mis latidos se aceleran desbocados, como el caballo que, tras meses encerrado, sale por primera vez a galopar.

Las sensaciones aumentan de intensidad y cada uno de mis músculos protesta, se contrae y explota, empujándome a un abismo sin gravedad y haciéndome sentir prisionera de su cuerpo, pero a la vez, más libre de lo que he sido jamás.

Todavía estoy intentando recuperar el aliento, convencida de que nada puede superar lo que acaba de suceder, cuando, cerrando los

ojos con fuerza y aumentando aún más el ritmo, Ryan se deja ir, derramándose dentro de mí. Y en este instante comprendo que, pase lo que pase, sean cuales sean las consecuencias, merecerán la pena solo por lo que acabo de sentir.

Capítulo 22

Un mandril sin dientes

Ryan

Contemplo como duerme, relajada, con el pelo esparcido por la almohada y la piel blanca de sus mejillas todavía sonrosada, y no puedo evitar preguntarme si de verdad será real o tan solo una ensoñación.

Lo que pasó anoche… No debería haber ocurrido, lo sabe ella y lo sé yo. Pero, desde que la vi irse del *pub* con su hermano y el tal Scott, fui incapaz de sacármela de la cabeza. Necesitaba verla, tocarla, escuchar su voz… Por eso decidí trepar hasta su ventana, como un adolescente en celo, y en cuanto puse un pie en su habitación y vi en sus ojos el deseo y la contención, supe que no había marcha atrás.

Porque sí, ella también me deseaba, la atracción que había entre los dos era tan evidente que no serviría de nada negarla; y ahora, después de la noche que pasamos juntos, me doy cuenta de que es incluso peor. Lo que siento por Maddy dista mucho de ser solo algo físico, lo que fluía entre nosotros al tocarnos, al besarnos…, era mucho más íntimo e intenso que el sexo o que un simple revolcón.

—Buenos días, bella durmiente —la saludo al verla desperezarse.

—Soy más de Mulán —replica sonriendo.

—No me sorprende —reconozco, acariciándole el pelo y posando después un suave beso sobre sus labios.

—¿Qué hemos hecho? —pregunta, con un hilo de voz, mientras sus ojos bucean en los míos como si esperasen encontrar en ellos todas las respuestas del universo.

Me encojo de hombros a la vez que acaricio su hombro desnudo con las yemas de mis dedos.

—¿Prefieres la explicación biológica o la sentimental? —bromeo.

—Sé lo que hemos hecho… —responde, dándome un golpe cariñoso en el brazo.

La contemplo, tratando de esconder la inquietud que siento.

—Lo único que puedo decirte es que no me arrepiento —afirmo convencido—. Y que no quiero renunciar a esto —añado, señalándonos a ambos.

Ella me observa durante unos segundos antes de decir:

—Yo tampoco. —Deja escapar un suspiro.

Respiro más tranquilo y los músculos de mi cuerpo se relajan. Estaba acojonado sopesando la posibilidad de que ella no se sintiese igual que yo.

—Es solo que no sé qué hacer ahora, no tengo ni idea de cómo seguir con esto… —murmura preocupada, y se muerde el labio.

Lo medito durante unos segundos.

—No estamos haciendo nada ilegal —sentencio.

—Lo dices porque no es tu cara la que hasta hace poco era un meme nacional —protesta, y sé que tiene razón.

En esta historia la que se lleva la peor parte es ella, no yo.

—Podríamos mantenerlo en secreto hasta que estemos seguros de hacia dónde va todo esto —propongo.

Ella parece dudar durante unos momentos.

—Mantenerlo en secreto… —murmura para sí misma.

—Por ahora —remarco—. Hasta que termine la temporada, y luego ya veremos.

Una sonrisa traviesa asoma a su cara y abre la boca dispuesta a decir algo, pero la puerta se abre de repente y los dos volvemos la vista hacia ella, sobresaltados.

—Tu hermano dice… —Scott abre mucho los ojos al encontrarnos en la cama—. ¡Ay, la leche, pues sí que te tomaste en serio nuestra conversación!

Maddy se cubre más con el edredón y el rubio, lejos de incomodarse, pasa al interior y cierra la puerta para acercarse a donde estoy yo.

—Tío, acabas de marcar el *touchdown* de tu vida y, si eres un poquito inteligente, será el último, porque te aseguro que no lograrás otro mejor. —Lo dice con tanta solemnidad que, si no fuese por la situación, hasta me haría gracia.

—Scott, ¡sal de la habitación! —exclama ella.

—Claro, yo solo venía a decirte que Kevin ha hecho tortitas para desayunar, pero igual vosotros ya habéis comido, ¿no? —se carcajea.

—Scott, ¡sal de la habitación! —ordena de nuevo, señalando la puerta con una mano.

—A sus órdenes, jefa —responde él haciendo el gesto marcial—. Eso sí, recoge mi camiseta del suelo —pide, señalando la prenda que Maddy tenía puesta la noche anterior—. Puede que ahora seas la entrenadora de Los Lobos, pero siempre tendrás parte del alma de los Blue Boys.

—¡Scott, sal!

—Lo sé, lo sé: *Scott, sal de la habitación*. Ya me voy, ya me voy… —dice, y suelta una carcajada mientras se marcha.

—¿Crees que dirá algo? —le pregunto cuando la puerta se ha cerrado.

Ella niega con la cabeza.

—Confío completamente en él, dejaría que le cosiesen la boca antes de decir algo que pudiese hacerme daño —afirma con rotundidad.

Asiento; no es que yo lo conozca, pero si Maddy lo tiene tan claro, tendré que confiar en que es verdad.



Me seco el pelo con la toalla y la lanzo al suelo.

—Hoy hemos entrenado de puta madre —comenta West al mismo tiempo que se pone la camiseta sin molestarse en quitarse la

humedad de la espalda—. Hay que reconocer que la entrenadora tiene buenas ideas.

—No tan buenas como lo está ella —responde Noah—. Estoy seguro de que esas tetas son del tamaño perfecto para mis manos —dice con fanfarronería, haciendo el gesto de estrujarlas.

—No te pases —le advierte Liam cuando, al mirarme con disimulo, se da cuenta de que estoy apretando los dientes.

—¿Qué pasa, Liam? ¡No me digas que te la quieres beneficiar tú! No te preocupes, siempre podemos compartir —sugiere Noah fanfarrón.

—No digas gilipolleces —responde mi amigo, tirándole un protector que él atrapa sin problemas a la vez que se echa a reír con socarronería.

Hasta el sonido de su risa me molesta, así que me doy la vuelta, esforzándome por contener las enormes ganas que me están entrando de partirle la cara.

No soy un tipo celoso ni mucho menos posesivo, jamás lo he sido, pero imaginarme al baboso de Noah poniéndole una mano encima a Madyson me sienta como una patada en los huevos.

—No son gilipolleces, es la verdad, a ese culito no me importaría hacerle un favor —insiste él.

—Noah, eres peor que un mandril en celo —lo acusa Brad desde el otro lado del vestuario.

—No todos podemos ser tan finos como tú —le replica este de mala gana.

—Se llama educación. Sé que es un concepto desconocido para ti, pero algún día deberías probarlo —contesta Brad.

—Yo solo digo que ese culito tiene pinta de que nunca le han dado por detrás y no me importaría estrenarlo —afirma Noah, haciendo un gesto bastante explícito con su pelvis que me pone malo.

Algunos de nuestros compañeros le ríen la gracia y eso me molesta todavía más, así que me visto tan rápido como puedo y, en menos de un minuto, estoy saliendo del vestuario.

—Ryan, espera —me llama Liam, que viene detrás de mí—. ¡Ryan! —grita de nuevo al ver que no le hago caso.

El aire es fresco, pero el día luce despejado y agradezco la cálida caricia del sol sobre mi cara al salir al exterior. Me detengo en el aparcamiento, volviéndome hacia él, y Liam acelera el paso para alcanzarme.

—¿Qué? —casi le gruño.

Él me observa con una mezcla de curiosidad y atención.

—Tío, estás más jodido de lo que pensaba —murmura, negando con la cabeza mientras achica los ojos.

—Dime algo que no sepa —mascullo de mal humor.

—¡Por lo menos al fin lo admites! —exclama en voz baja.

—¿Al fin admite el qué? —se interesa Bradley quien, por lo visto, también ha salido corriendo detrás de nosotros.

—Que está pillado por Maddy —le responde él.

—Pues ya era hora —asiente Brad.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? ¿No tenéis una vida de la que ocuparos? —los increpo molesto.

—¡Claro que sí! —responde Liam enseguida—. Pero la tuya es mucho más divertida.

—Sois un par de marujas entrometidas —los regaño resoplando.

—De eso nada, lo que ocurre es que te conocemos, para nosotros eres transparente, colega —dice Brad, pasándome un brazo por los hombros.

—Entonces, vamos a lo importante, ¿ha pasado o no ha pasado algo entre vosotros? —inquiere Liam.

Resignado, me encojo de hombros.

Sé que Maddy y yo quedamos en no contar nada de momento, pero Liam y Bradley saben mantener la boca cerrada y confío tanto en ellos como para contarles el más oscuro de los secretos. Son los amigos más leales que se puede tener.

—Lo sabía, te dije que no aguantarían hasta el final de la temporada. Querido Brad, me debes una cena —anuncia Liam frotándose las manos.

—¿Habéis apostado sobre si acabaríamos liándonos o no? —inquiero alucinado.

—Qué va —niega Brad—. Eso estaba claro, la apuesta era sobre cuándo pasaría.

Vuelvo a mirar a mi alrededor, preocupado.

—Ahora en serio: sobra decir que no podéis decir ni una palabra, no queremos que nadie lo sepa —les advierto en tono severo.

Ellos se encogen de hombros como si lo que acabase de decir fuera una obviedad, y al final Brad es el primero en hablar.

—Lógico. Pero entonces siento decirte que vas a tener que controlarte más, tragarte la bilis y disimular.

—¿Qué quieres decir? —cuestiono.

Los dos intercambian una mirada de circunstancias y esta vez es Liam quien toma la palabra.

—Maddy está buena de cojones. —Lo anuncia como si fuese una realidad existencial.

Lo fulmino con la mirada, no estoy de humor para escuchar ni una sola idiotez más.

—No me mires así —se defiende—. Es cierto, Maddy está buena de cojones y es nuestra entrenadora. Lo que quiere decir que trabaja a diario con cincuenta y tres tíos y, para algunos de ellos, el único lugar donde tienen neuronas es en los huevos, así que lo siento, colega, pero vas a tener que acostumbrarte a escuchar cierto tipo de comentarios sin sentir la necesidad de matarlos a todos.

—No quería matarlos a todos, solo dejar sin dientes a Noah —les recuerdo de mal humor.

—Como dijo Brad en el vestuario —me recuerda Liam—, Noah es como un mandril en celo. No debes hacerle caso.

—Pues entonces será un mandril en celo sin dientes —me reafirmo convencido—. Es nuestra entrenadora —añado como si ese simple hecho debiese dejarla fuera de cualquier comentario.

—Cierto, y aun así, no te importó tirártela —me recuerda él.

Vuelvo a liquidarlo con la mirada, molesto por el golpe bajo. Sé que no lo dice por mi mal, nunca lo haría, pero me está tocando los cojones.

—No pretendemos joderte, Ryan —lo apoya Brad, escogiendo las palabras con cuidado—, solo queremos hacerte entender que, a los ojos de los demás, Maddy es una tía guapa, inteligente, segura de sí misma y la única de toda la liga con el poder de manejar un equipo entero de hombres…

—A algunos de los chicos eso puede darles morbo —termina Liam —. Y no olvides que son tíos en un vestuario, los tíos dicen bravuconadas. Eso es todo.

Lo miro con fastidio porque, aunque no voy a admitirlo, sé que tiene razón; si queremos mantener esto en secreto, tendré que poner buena cara y morderme la lengua y, visto lo visto, creo que voy a tener que hacerlo un montón.

Mi móvil vibra y desvío la atención hacia él para echar un vistazo rápido.

Maddy: ¿Cómo y cuándo has metido la camiseta en mi bolso?

Yo: Un mago nunca revela sus secretos.

Maddy: ¿Así que ahora, además de jugador de fútbol, eres mago? No sabía que estabas pluriempleado.

Yo: Si no es magia, ¿cómo definirías tú lo que pasó ayer entre nosotros?

Estoy sonriendo como un idiota delante de mis amigos, lo sé, pero me importa una mierda.

Maddy: Ahora que lo dices tiene sentido, puede que esté bajo un hechizo y por eso haya perdido la razón y el juicio.

Mi sonrisa se amplía; me muero por verla, por tocarla de nuevo…

Yo: Podríamos perder las dos cosas de nuevo esta noche en tu casa, a no ser que tengas planes con tu hermano y Scott.

Maddy: Se van esta tarde.

Yo: ¿Entonces?

Maddy: De acuerdo, pero esta vez hazme el favor de entrar por la puerta, no por el balcón.

Dejo salir una sonora carcajada y, cuando aparto la vista del móvil, me encuentro a Liam y Bradley observándome con gesto vacilón.

—¿Y bien? —pregunta Brad con curiosidad.

—Lo dicho: sois un par de marujas —los acuso.

—Lo que tú quieras, pero este par de marujas —responde Liam señalándolos a ambos— necesitan información.

—Metí una de mis camisetas de Los Lobos dentro de su bolso y acaba de encontrarla —explico.

Brad alza las cejas y contiene la risa a duras penas.

—Usaba la de los Blue Boys con el número y el nombre de Scott a modo de pijama. No me gusta imaginarla durmiendo con la camiseta de otro tipo —añado a modo de justificación.

Los dos se miran y sueltan una carcajada.

—Anda, vámonos, Romeo, te invitamos a una cerveza —dice Brad palmeándome la espalda.

—No me llames Romeo —ordeno.

—Es que Julieta no te pega nada —lo apoya Liam.

—Sois muy graciosos, demasiado diría yo.

—Últimamente nos lo pones demasiado fácil, amigo —replica Brad.

—Esto va a ser muy entretenido —añade Liam.

—No pretendo entreteneros —murmuro, echando a caminar a su lado hacia el coche—. No me hagáis arrepentirme de habéroslo contado.

—Te recuerdo que antes de que pasase o dijeses nada ya lo habíamos averiguado —suelta con sorna el muy capullo.

—Ya te lo hemos dicho, colega: puedes engañarte a ti mismo todo lo que quieras, pero a nosotros no —asegura Brad.

Los miro a los dos con una mezcla de diversión y frustración. Tienen razón; me conocen demasiado, no conseguiría engañarlos ni apuntándome a un curso acelerado de interpretación.

Capítulo 23

Besos con sabor a sal

Madyson

—¿Estamos seguros de que esto es una buena idea? —pregunto mordiéndome el labio.

—¿No te apetece? —cuestiona Ryan, que me observa de reojo por medio del espejo retrovisor.

—¡Claro que me apetece! Es solo que habíamos quedado en que nadie se enterase de esto, en ser discretos, y ahora estamos de camino a los Hamptons y los chicos…

—Tuvimos que contárselo… —me interrumpe.

—Más que decírselo… Savannah y Aria lo averiguaron bajo extorsión… —corrijo, recordando el día, casi una semana después de la primera vez que nos acostamos, en que las chicas se atrincheraron en mi casa exigiendo información.

—En cuanto a Brad y Liam —añade él—, no tenía sentido mentirles cuando ya lo sabían.

Ladeo la cabeza, pensativa.

—¿Confías en ellas? —me pregunta Ryan, mirándome a los ojos.

—Por completo —afirmo sin dudar, pues, si algo tengo claro, es que Aria y Savannah son dos personas de las que me puedo fiar.

—Yo pondría la mano en el fuego por los chicos, así que no vamos a preocuparnos más —afirma—. Nos merecemos esta escapada, tuvimos que jugar el día de Navidad, y también en Fin de Año —declara—; además, estamos clasificados para los *playoffs* y

esta es nuestra semana de descanso, no pasará nada porque desaparezcamos un par de días.

—El equipo hizo una cena especial en Fin de Año —le recuerdo.

—Eso no fue una celebración, esto es una celebración —murmura antes de asaltar mi boca aprovechando que nos detenemos en un *stop*.

Mis brazos rodean su cuello y me dejo llevar por su olor, el calor de su cuerpo y la calidez de sus labios.

—Me estás convenciendo —murmuro contra su boca.

—Esa era la idea —replica con gesto pícaro.

El BMW se pone en marcha de nuevo y bajo la ventanilla para disfrutar mejor de la vista.

Hace unos días que ha comenzado a nevar en Nueva York y los Hamptons y todo está precioso. El aire frío me golpea las mejillas, pero no me importa; al fondo, un océano infinito parece no terminar jamás y cierro los ojos, disfrutando del característico aroma salado del mar.

Llevamos juntos algo más de un mes y, cuanto más tiempo paso a su lado, siento que más afianzada y estable se vuelve nuestra relación. Siento que nos compenetramos, nos entendemos y nos apoyamos, aportándonos el uno al otro chispa, ilusión y pasión.

—Casi estamos —anuncia Ryan cuando nos adentramos en Southampton y giramos un par de calles a la derecha para enfilar una hilera de chalets en primera línea de playa, los cuales, con sus tejados nevados y sus jardines tan blancos como el algodón, parecen sacados de una postal de Navidad.

—Qué preciosidad —murmuro, sin apartar la vista de la fina arena blanca que se extiende hasta el mar.

—Es aquí —indica mientras saca el mando a distancia con el que abre el portalón de una enorme casa blanca.

Los dos nos bajamos del coche y nos quedamos mirando la imponente fachada de la edificación de dos plantas.

—Me encanta este sitio —confiesa—. Lo prefiero mil veces al bullicio de la ciudad.

—¿Vienes mucho? —pregunto.

—Solo en vacaciones, pero cuando me retire, viviré todo el año delante de la playa.

—¿Pensando en dejar el fútbol, Hart? —cuestiono, sorprendida, alzando las cejas.

—Me esfuerzo al máximo cada día para retrasar ese momento, pero soy consciente de que nada es eterno y también de que mi vida no se acabará cuando deje de jugar, hay otras muchas cosas que quiero experimentar.

—Aún eres joven para pensar en eso, te quedan algunos buenos años todavía.

—Eso espero, pero he tenido un par de lesiones importantes… El tiempo dirá.

Lo contemplo con atención; sé que le encanta jugar, de no ser así, no se habría machacado tanto como lo hizo para recuperarse de su última lesión el año pasado, pero me alegro de que piense así, lo que dice es cierto, el mundo no se termina cuando dejas de ser futbolista profesional.

—Vamos —dice, entrelazando sus dedos con los míos para tirar de mí hacia la entrada—. Les pedí a las personas que se encargan del mantenimiento que llenasen la nevera y encendiesen la calefacción —dice antes de guiarme hacia el interior.

—Este es el salón, como ves, está unido a la cocina y se comunica con el jardín delantero —explica, mostrándome un enorme espacio cuya pared lateral es una puerta corredera de cristal y que está separada de la cocina americana, compuesta de muebles negros, por una preciosa y espaciosa isla de mármol blanca.

Un sillón de color crema ocupa el centro de la estancia; justo enfrente de él destaca una enorme pantalla plana, colocada en la pared sobre una chimenea eléctrica, delante de la cual se extiende una alfombra de pelo alto de color beis.

El resto de los muebles que componen la decoración son una mesa pequeña y tres enormes estanterías con fotos, libros y algunos trofeos que ocupan una pared y, junto con las vigas vistas de madera del techo, confieren a la estancia un aspecto más hogareño e informal.

—Eso es un aseo —continúa con la visita, señalando una puerta que hay en el pasillo delante de la escalera de acero y cristal que conduce arriba, donde el suelo es de madera, al igual que el del piso inferior.

—Los cuadros los ha pintado mi cuñada —señala mostrándome varias pinturas abstractas de acuarela en tonos alegres.

—Y esta es nuestra habitación… —murmura tras abrir la primera de las cinco puertas que ocupan el pasillo y empujarme al interior.

—Nuestra habitación —repito con una sonrisita, colocando las manos sobre las suyas—. Me gusta como suena.

—Me encanta que te guste como suena —susurra, colocándose a mi espalda para besar con suavidad mi cuello mientras me abraza por la cintura. En esa postura, me conduce hacia la enorme cama.

Nos dejamos caer sobre ella. Es confortable y extremadamente cómoda, aunque lo cierto es que podría ser un bloque de cemento y no me importaría con tal de estar con él.

Sus dedos recorren mi abdomen y mis manos buscan el contacto con su piel. Los besos, que empiezan siendo dulces y calmados, enseguida se vuelven demandantes y agitados.

Poco a poco, sin prisa, nos desprendemos de la ropa, regodeándonos en cada movimiento y en cada caricia, y siento como mi sangre se calienta bajo el calor de sus manos y mi cuerpo va entrando en ebullición.

Ninguno de los dos dice nada, tampoco hace falta porque, en este caso, los ojos cuentan más que las palabras. Con él no hay vergüenza, ni timidez, a su lado me siento libre, poderosa… A su lado me siento bien.

Con una sonrisa dibujada en los labios, lo empujo con suavidad y, en cuanto su espalda rebota en el colchón, me coloco a horcajadas sobre sus piernas y me froto contra su excitación, que presiona mi cuerpo para introducirse en él.

Con un rápido movimiento, Ryan me gira, situándose sobre mi cuerpo, y nos acoplamos despacio, ahogándonos con cada roce y con cada gemido en un océano inmenso de emociones, absorbiendo cada sentimiento y cada pequeña sensación mientras su mirada, turbia y nublada por mucho más que deseo, se va adueñando de mí.

Los movimientos precisos y fuertes, pero delicados a la vez, nos funden en un solo cuerpo, consumiéndonos como se consume la madera en el fuego, acercándonos con rapidez al límite del control y el placer.

Sus manos se cuelan bajo mis nalgas con firmeza instándome a elevar la cadera para salir al encuentro de cada una de sus embestidas, y al hacerlo me acerco a un éxtasis que ni siquiera sabía que existía. Nuestras respiraciones aceleradas y los jadeos que se entremezclan de forma desordenada aumentan de intensidad y de nivel hasta que el universo eclosiona en mi interior y, con su nombre muriendo en mis labios, tiro de él, que desciende hasta esconder su cara en mi cuello.

Agotada y saciada, aspiro el aroma cítrico de su piel y escucho su respiración cada vez más irregular hasta que lo siento tensarse en mi interior. Entonces agarra mi cabello con fuerza y se libera también él.



—¿Siempre quisiste ser jugador de fútbol? —pregunto ajustándome el gorro de lana rosa y los guantes a juego que me regaló por Navidad antes de alzar la mirada hacia su rostro tranquilo cuando, un rato después, estamos paseando por la playa.

Está anocheciendo, las primeras estrellas ya asoman al cielo y hace mucho frío, pero no me apetece entrar en casa porque en este instante, caminando por la arena mojada mientras escucho el sonido de las olas, la brisa húmeda del mar me acaricia las mejillas y disfruto del contacto de sus dedos entrelazados con los míos, me siento en el paraíso.

—Qué va, de pequeño quería ser abogado.

—¿Abogado? —repito sorprendida.

Él asiente, perdido en sus pensamientos.

—El fútbol solo era una forma de sentirme un chico normal, una vía de escape. —Hace una pausa y continúa hablando—. Por lo menos hasta que me di cuenta de que se me daba bien; en ese

momento, empecé a tomármelo más en serio, a esforzarme más, a implicarme y, cuanto más jugaba, más me gustaba, hasta que me enamoré.

—Es un deporte del que es fácil enamorarse —admito.

—¿Y tú? —me pregunta, soltando mi mano para rodearme los hombros con su brazo, protegiéndome del aire gélido.

—De pequeña quería jugar, pero después entendí que lo que en realidad me gustaba, lo que me divertía era organizar. Buscar la forma de sorprender al rival… Todo eso ya sabes —digo con una sonrisa en los labios.

—Tienes un talento especial —me elogia—. ¿Recuerdas cuál fue la primera jugada que creaste?

—Por supuesto, estaba en el primer año de instituto y, mientras las chicas de mi clase iban a una fiesta en la casa de Caroline Harrison, yo me quedé viendo partidos del equipo visitante con mi padre, me di cuenta de que su defensa flaqueaba y se me ocurrió proponerle una jugada. —Sonrío con nostalgia—. Todavía recuerdo el orgullo y la sorpresa en su mirada. Es uno de mis recuerdos favoritos con él.

Ryan asiente, comprensivo.

—¿Y tú? Sé que te criaste en casas de acogida, pero ¿tienes algún recuerdo de tus padres?

Su espalda se tensa de forma sutil durante unos segundos, señal de que no es un tema del que le resulte fácil hablar, por lo que aguardo en silencio.

—No, ninguno… Solo sé lo que me han contado —comenta con voz suave—. Nací cuando mi madre estaba en prisión y pasé allí los primeros meses de mi vida. Después la soltaron, se quedó embarazada de mi hermano y, un par de meses después de dar a luz, volvieron a detenerla. La condenaron a ocho años, pero no llegó a cumplirlos porque murió en prisión poco después.

—Vaya —murmuro—. Lo siento mucho, Ryan.

—No lo sientas —me pide—. Yo no lo hago. Sé que mi infancia no fue la más deseable, pero quién sabe, quizás de no haber pasado por esas circunstancias no me habría interesado por el fútbol, no

habría llegado a jugar en la NFL y, lo peor de todo…, no te habría conocido a ti —añade, deteniéndose para mirarme a los ojos.

—Y eso habría sido una gran tragedia para la humanidad —bromeo.

—Para la humanidad no lo sé, para mí sí —responde, descendiendo hasta atrapar mis labios con los suyos en un beso con sabor a sal de esos que, por mucho tiempo que pase, son imposibles de olvidar.

Capítulo 24

La bomba…

Ryan

—Tu teléfono está sonando, es una videollamada —digo en voz alta para que Maddy me escuche desde el baño.

—¿Quién es? —pregunta en el mismo tono.

—Pone «mamá» —digo cogiendo el teléfono—. Si quieres, puedo contes…

—¡Ni se te ocurra! —me advierte mientras se acerca corriendo y pega un salto para lanzarse sobre la cama y quitármelo de las manos.

Su cara de susto es tan graciosa que no puedo evitar echarme a reír.

—¡Ssshhh! —me ordena, colocando un dedo sobre sus labios mientras se tapa con las sábanas.

Levanto ambas manos en señal de rendición y ella descuelga.

—Hola, Maddy, tesoro —la saluda Darla.

—Hola, mamá —responde ella, moviendo la mano.

—¿Todavía estás en la cama? Son las doce de la mañana, ¿te encuentras bien? —pregunta mientras frunce el ceño, preocupada.

—¡Estoy fenomenal! —se apresura a contestar Maddy—. Es solo que anoche me costó un poco quedarme dormida y estaba cansada.

Contengo una carcajada y pongo los ojos en blanco. ¡Y tanto que le costó quedarse dormida! Tardamos tres asaltos con sus correspondientes orgasmos en quedarnos sin energías.

—Te llamo para decirte que iré a verte dentro de un par de semanas, y de paso, recogeré a Molly en la casa de su madre para traerla yo y evitarle el viaje.

—Genial, estoy deseando veros —comenta ilusionada.

—Y nosotras, te echamos mucho de menos en Navidad, es el primer año que no pasamos ese día juntos, en familia… No fue lo mismo sin ti.

—Ya… —murmura ella, sin demasiado convencimiento, a la vez que su expresión se apaga.

Su madre se pone seria al otro lado de la línea.

—Tu padre también te echa de menos —afirma, adivinando el rumbo de sus pensamientos.

—Lo dudo —responde Maddy—. Si me extrañase, aunque fuese un poquito, se habría molestado en hablar conmigo alguna vez durante todo este tiempo.

—Te quiere mucho —insiste la mujer.

—Eso pensaba yo —murmura Maddy con semblante alicaído—. Sin embargo, sus actos dicen lo contrario, por lo que empiezo a dudarlo.

—No lo dudes. Tu padre te adora —ratifica la pobre Darla, que deja escapar un suspiro de resignación.

Me da lástima, la situación no debe de ser fácil para ella, al final, está entre su marido y su hija, se encuentra entre la espada y la pared.

—Pues tiene una extraña manera de demostrarlo —asegura Maddy sin dar su brazo a torcer.

La comprendo, está enfadada y decepcionada. Recuerdo lo disgustada que se quedó cuando su padre ni siquiera se molestó en unirse a la videollamada que hizo con su familia el día de Navidad, pero amargándose no va a conseguir nada. No me gusta verla así, Maddy me importa de verdad y me duele horrores verla sufrir.

Intentando arrancarle una sonrisa, le hago cosquillas y ella me da una patada; me aparto, tratando de evitarla y, al hacerlo, provoco un movimiento sospechoso en la cama.

—¿Estás con alguien? —se interesa su madre, arqueando las cejas y acercándose el móvil a la cara, como si al hacerlo su

panorámica fuese a aumentar.

—No. ¿Con quién voy a estar? —exclama ella removiéndose incómoda a mi lado.

—¿Seguro? Porque juraría que he visto…

—¡Mamá! —exclama cortándola—. No estoy con nadie.

—Pues menudo chasco —murmura ella decepcionada.

—Eres única —la acusa Maddy, negando con la cabeza.

—Si querer que mi hija viva un poco es un delito, me considero culpable —afirma Darla levantando el mentón con orgullo.

—Yo ya vivo un poco —repite Madyson con retintín.

—Que sí, que sí, que ya sé que el fútbol es tu vida y blablablá, blablablá… —comienza a recitar su madre con voz aburrida, como si fuese una cantinela que ya se sabe de memoria.

Me hace tanta gracia que se me escapa una breve risa antes de que pueda evitarla.

—¿¡Madyson Ward, le estás mintiendo a tu madre!? —exclama la mujer, entrecerrando los ojos.

Maddy abre la boca, dispuesta a negarlo todo, pero yo me adelanto y, acercándome más a ella, aparezco sonriente en la pantalla.

—Hola, Darla —la saludo, esbozando mi mejor sonrisa.

—¡Ryan! Ahora sí que empiezan a ser buenos, qué alegría verte —me saluda ella sin disimular su satisfacción.

Siento los dardos que Maddy me lanza al mirarme, pero los ignoro.

Sé que habíamos quedado en ser discretos y no decir nada, pero ya ha pasado más de un mes, lo nuestro, al menos por mi parte, va muy en serio; quiero a esta mujer y me muero por gritarlo a los cuatro vientos, eso por no decir que dudo que su madre haga nada que pueda perjudicarla.

—¿Con quién hablas, mamá? —pregunta Kevin, que aparece en ese momento por detrás de ella—. ¡La leche! —grita, ojiplático, al vernos a ambos en la pantalla.

¡Vaya por Dios! Él no parece tan contento como su madre.

Maddy se tapa los ojos con una mano.

—Pero ¿¡cómo!? ¿¡Cuándo!? —pregunta su hermano, con expresión molesta, mirándonos a ambos.

—Yo lo veía venir desde que nos lo encontramos en el mercado —afirma Darla—. Hay cosas que no se pueden disimular…

—¿Por qué yo no estaba al tanto de esto? —pregunta él, fijando la vista en su hermana. Se le ve molesto.

—Es reciente —afirma ella como disculpa.

—Y queríamos ser discretos —añado, intentando apoyarla.

—Más os vale, porque esto es una cagada monumental. ¡Nunca te había interesado un jugador, Maddy! ¡Y vas y decides tirarte a uno justo ahora que tienes esta oportunidad! —la acusa.

Siento como Maddy se encoge a mi lado y me siento mal por no haberme estado quieto y callado.

—¡No me estoy tirando a un jugador! —se defiende.

Su hermano la mira con expresión irónica, alzando las cejas y cruzando los brazos sobre su pecho.

—¡Me refiero a que no es solo eso! —añade Maddy.

—¡Pues peor me lo pones! —replica él, moviendo las manos en señal de incredulidad.

—Kevin, tú mejor que nadie deberías saber que hay ciertas cosas que no se pueden planear… —lo regaña Darla.

—Sí, y también sé que después hay unas consecuencias que hay que pagar.

—¡Y benditas consecuencias! —responde Maddy en referencia a su sobrina.

—En mi caso, sí. En el tuyo… —él parece dudar durante unos segundos—. Lo único que digo es que las cosas podrían complicarse todavía más para ti, y ahora que empieza a irte bien…

—Lo sé, Kev —admite ella con cierto nerviosismo—. Y por eso no vamos a decir nada hasta el final de la temporada.

—No debería ser así —interviene Darla, que parece enfadada—. Hija, estás haciendo un gran trabajo con el equipo, eso debería ser lo único importante y no lo que hagas con tu vida personal o a quién metes en tu cama.

—Puede ser —admite su hijo—. Pero no estamos en ese punto, mamá. Si ya fue un bombazo que Los Lobos la fichasen como

entrenadora, descubrir que está liada con el *quarterback* del equipo puede ser una puta explosión nuclear.

—¡Esa boca, Kevin! —lo regaña su madre, dándole una ligera colleja.

—Pues yo estoy de acuerdo con Darla: lo único importante tendría que ser el desempeño dentro del equipo, lo que cada uno haga después con su vida, debería quedarse al margen.

—Tú opinión carece de valor —afirma Kevin taladrándome con unos ojos cargados de resentimiento.

—Supongo que algo tendré que decir, ya que soy el que está en esta cama —replico sin achantarme.

—La verdad es que no —replica—. Porque si todo esto sale a la luz, la que pagará el pato va a ser mi hermana, no tú. Eso sí, como ella salga perjudicada, te cortaré los huevos en rodajitas.

—¿Me estás amenazando? —pregunto.

—Yo lo llamaría advertencia, no amenaza —responde—. Y ya sabes, dicen que el que avisa no es traidor.

—¡Haced el favor de callaros los dos! —interviene Maddy.

Ambos obedecemos al instante.

—Mira, Kevin, te aseguro que no fue planeado, no pude evitarlo y la verdad es que no me arrepiento de nada de lo que ha pasado —afirma Maddy con convicción—. Me gusta Ryan, me gusta pasar el tiempo con él y no estoy incumpliendo ningún reglamento. Así que no creo que eso sea algo por lo que deba disculparme ni pedir perdón.

—¡Por supuesto que no tienes que pedir perdón! —la apoya su madre, al mismo tiempo que su hermano tuerce el gesto.

—Sin embargo, es cierto que la situación se escapa de lo normal y es complicada, así que os pido discreción —añade Madyson.

—Eso dalo por hecho, ni mamá ni yo diremos una sola palabra —le asegura Kevin, a pesar de que, por cómo me mira, sigue sin estar nada convencido de esto.

—Gracias —responde Maddy.

Los tres hablan unos minutos más y después, cuando se despiden, los dos nos quedamos callados durante unos segundos…

Ella, probablemente pensando en lo que acaba de pasar y yo, evaluando lo enfadada que puede estar…

Tenía que haberme quedado callado, la he puesto en una situación difícil con su hermano, no obstante, me alegro de que su madre y Kevin lo sepan. Si por mí fuese, gritaría lo que hay entre nosotros al mundo entero y, aunque sé que al menos por el momento no es posible, me consuela saber que para parte de su familia ya no somos un secreto.

—¡Eres un bocazas! —me acusa.

Estudio su expresión y siento cierto alivio al comprobar que no parece enfadada.

—Igual un poco —concedo—, pero, aun así, te encanta estar conmigo —digo, exagerando sus palabras.

—Y además de bocazas eres un creído —añade, y una ligera sonrisa se desliza en sus labios.

—Un creído que va a demostrarte cuánto disfruta cada segundo que pasa contigo —matizo.

—Ah, ¿sí? —cuestiona, mordiéndose el labio inferior cuando mi mano busca su piel colándose bajo la camiseta, la camiseta con mi nombre y el número diecisiete. Vérsela puesta es de lo más *sexy*.

—Y voy a empezar ahora mismo —aseguro con voz ronca antes de lanzarme a sus labios.

Como siempre, su contacto, sabor y textura me descolocan y me empujan a darlo y exigirlo todo, sin ningún tipo de control o inhibición.



Los nervios se mezclan con la emoción que flota en el ambiente. Hace muchos años que Los Lobos de Nueva York no conseguían clasificarse para los *playoffs*, más concretamente, pasando de forma directa a la ronda divisional por el ser el equipo con mejor balance de nuestra conferencia, y por ello la expectación es máxima.

Observo a Maddy, que en este momento comenta algo con Klaus en la línea de veinte yardas, y suspiro resignado.

Desde que volvimos de nuestra escapada a los Hamptons el tiempo que hemos podido pasar juntos no ha sido tanto como me habría gustado. Estamos jugándonoslo todo, por lo que los entrenamientos se han intensificado y, cuando no estamos en el campo, Madyson se pasa horas visionando partidos del resto de los equipos clasificados, buscando puntos fuertes y débiles de cada jugador y preparando jugadas que puedan llevarnos a la victoria.

Eso por no hablar de que la atención de la prensa también ha aumentado. Lógico, Maddy es la primera mujer que ha logrado convertirse en entrenadora jefa y no solo ha conseguido meternos con honores en los *playoffs*, sino que nos ha posicionado como uno de los equipos favoritos para disputar el Super Bowl, y por eso no solo la afición se ha volcado con ella, sino que también los periodistas que la criticaban y ninguneaban ahora se refieren a su trabajo con respeto y consideración. Por desgracia, todavía quedan algunos obtusos que siguen viéndola con condescendencia, pero Maddy ha sabido demostrar que su labor como entrenadora es impecable, por lo que el sentimiento general es de admiración.

—¿Vais a quedar esta noche? —pregunta Liam al observar dónde se centra mi mirada.

—Ojalá… Pero no —respondo—. Maddy tiene que preparar unos movimientos defensivos para el entrenamiento de mañana. —Me ofrecí a ir a su casa y prepararle la cena mientras trabaja, pero no quiere porque dice que la distraigo.

—Estoy seguro de que se te da bastante bien distraerla… —se burla él.

—Ja, ja, ja, muy gracioso —respondo poniendo una mueca.

—Es normal, tío, se juega mucho, todos nos jugamos mucho, si la presión ya es fuerte para nosotros, imagínate para ella —razona mi amigo poniéndose serio.

—Lo sé —admito resoplando—. Aunque la echo de menos, comprendo que ahora mismo necesita estar concentrada.

Él sonríe y me da una palmada en la espalda.

—Resiste, colega, ya no queda nada.

—¿Para qué no queda nada? —interviene Brad, que se acerca a nosotros.

Se le ve feliz, a pesar de tener un corte profundo en la mano y parecer agotado.

—Para que Ryan pueda descargar sus pelotas —le responde el imbécil de Liam.

—Comprendo —asiente este con seriedad, conteniendo la risa.

—Sois un par de idiotas, mis pelotas están perfectamente.

—Está de mal humor porque hace mucho que su soldadito no entra en batalla —le susurra Liam al oído a nuestro amigo.

—Tranquilo, tío, un poco de paciencia, estoy seguro de que todavía le queda mucho terreno por conquistar —murmura Brad, siguiéndole la broma.

—El terreno ya lo ha conquistado, lo que pasa es que ahora Madyson ha cerrado las puertas y no lo deja entrar —replica Liam, desternillándose de la risa.

—Podéis iros los dos a la mierda antes de que os envíe yo directos a ella —les espeto.

Liam se dispone a responder cuando los gritos desde la línea de veinte yardas captan nuestra atención.

—¡No puedes hacer eso, no tienes derecho a mandarme al banquillo! —grita Noah avanzando un paso hacia Maddy a la vez que la señala de forma amenazadora.

—Claro que puedo, soy la entrenadora —afirma ella con tono seco, sin retroceder cuando el jugador pega su frente a la suya de forma peligrosa.

—¡Solo eres una mamarracha que no tiene ni idea de qué va esto! —vocifera él con los ojos fuera de sí.

Todo mi cuerpo se tensa y contemplo la escena aguantando la respiración.

—Tu pierna no se ha recuperado del golpe del último partido, no estás al cien por cien y necesito fuerza y precisión para pasar la ronda —le explica ella con calma.

—¡Es injusto que me envíes al banquillo después de estar jugando toda la temporada! —le espeta Noah.

—No ha sido una decisión fácil, pero estoy convencida de que es lo mejor, tanto para ti como para el equipo. No puedes seguir forzando si quieres recuperarte, eres un gran jugador, Noah, pero si

quieres tener hueco en mi equipo, te necesito al cien por cien de tus capacidades, y ahora mismo no estás ni al ochenta.

—¿Tu equipo? ¡Este equipo no es tuyo! ¡Es nuestro! ¡Tú solo eres una zorrita que han colocado aquí! ¡Nosotros somos los que nos dejamos la piel en el campo! —grita mi compañero perdiendo los papeles por completo.

Contemplo la escena mientras siento como la rabia se va apoderando de mí. ¿Quién coño se cree que es ese gilipollas para atreverse a hablarle así? El resto de mis compañeros permanecen en silencio, observándolos; Klaus, lejos de intervenir, retrocede un par de pasos y se cruza de brazos.

—No te pases, Noah, no hagas que una decisión temporal se vuelva permanente —le advierte ella en tono serio.

—¡Que te follen, zorra! —exclama él escupiéndole las palabras a escasos centímetros de la cara.

Mis ojos se abren de par en par y aprieto los puños a ambos lados del cuerpo para aguantar las ganas de estamparle uno a ese estúpido en su estúpida cara. La sangre de mis venas hierve y, a pesar de que Brad coloca su mano sobre mi hombro tratando de calmarme soy incapaz de controlarme.

—¡Eh, tú! —le grito a mi compañero, avanzando a grandes zancadas hasta donde se encuentran—. ¿Qué cojones dices?

Noah desvía la vista hacia mí.

Está furioso, lo veo en su mirada, y también decepcionado y un poco desesperado. Puedo llegar a entenderlo, sin embargo, eso no justifica ninguna de las aberraciones que acaba de decir.

—¡No te metas, Ward! —me avisa—. ¡No tienes derecho!

—¡Por supuesto que lo tengo, soy el capitán! —aseguro al situarme a su lado de forma amenazante.

—¡Menudo capitán de mierda que se queda sin hacer nada mientras una zorra cualquiera jode a sus compañeros! —me espeta.

—¡Cierra la puta boca antes de que te la cierre yo! —le exijo—. ¡No puedes hablarle así a la entrenadora!

—¿Entrenadora? ¡Esta! —grita señalándola—. ¡No tiene ni puta idea! ¡Es una furcia a la que no pienso permitirle que hunda mi carrera! ¡No puede apartarme del equipo!

—¡Retira eso ahora mismo! —exijo, empujándolo levemente.

—¡No me toques! —vocifera, empujándome él a mí.

—¡O qué! —bramo.

—¡Ya está bien! ¡Al vestuario los dos! —ordena Madyson.

Su voz es alta y clara, pero ambos estamos demasiado encendidos como para acatar ninguna orden.

—¡He dicho que os larguéis los dos al vestuario! ¡Ya! —repite en un tono helado al ver que seguimos empujándonos.

Mis ojos chocan con los suyos y me quemo en su mirada de fuego.

—Si tengo que repetirlo, las consecuencias serán peores —anuncia con voz seca.

Habla en serio, no me cabe ninguna duda de ello, por eso retrocedo un paso y, dando una patada al suelo, me dirijo a paso rápido al vestuario.

Capítulo 25

Ni damisela ni príncipe encantador

Madyson

«¡No me lo puedo creer! ¡Es que no me lo puedo creer! ¿Cómo se le ocurre?».

Hace algo más de una hora que el entrenamiento terminó y los jugadores se fueron a las duchas y estoy tan cabreada, ofuscada y decepcionada que todavía no he sido capaz de dejar de dar vueltas adelante y atrás por mi despacho como una desquiciada.

Unos golpecitos en la puerta me hacen detenerme en seco.

—Adelante —digo con voz dura.

En el momento en que Ryan pasa mi cabreo aumenta de forma exponencial.

—Los chicos y el resto de los auxiliares y coordinadores ya se han ido —anuncia.

—Tú deberías haber hecho lo mismo —le espeto con voz glacial.

—Quería hablar contigo —afirma frunciendo el ceño.

Lo recorro de arriba abajo; intenta parecer calmado, pero lo conozco y, por cómo se mueve, sé que está nervioso, sabe que lo ha hecho mal, que la ha cagado…

—¿Cómo cojones se te ocurre intervenir? ¿Con qué derecho te metes en lo que no te incumbe?

—¿Que no me incumbe? —Ahora parece indignado—. ¿Es que no escuchaste cómo te estaba hablando?

—¡Claro que lo vi! ¡Pero es *mi* problema, no el tuyo! —grito—. Yo soy la entrenadora y él, mi jugador. ¡Tú en esa ecuación no tienes nada que ver!

—No me lo puedo creer —comenta estupefacto.

—¡Yo tampoco! ¡Te juro que yo tampoco! Cuando te vi meterte en el medio como un neandertal creí que te habías vuelto loco —suelto con una risa sarcástica, levantando ambas manos hacia el cielo.

—Todos estaban mirando, pero nadie hacía nada, ni siquiera Klaus que, en vez de decir algo, se apartó —anuncia como si eso lo justificase todo.

—¡Claro que se apartó! ¡Porque Klaus me respeta lo suficiente como para no intervenir!

—¡Yo también te respeto! —exclama molesto por el curso de la conversación.

Lo observo durante unos segundos, necesito que lo comprenda.

—Interviniendo das a entender que no soy capaz de solucionar yo sola la situación, que no puedo mantener a raya a los jugadores de mi equipo. —Hago una pausa—. Dime, Ryan, ¿hubieses actuado igual si fuese un hombre? ¿Si no tuvieses nada conmigo?

La realidad le explota en la cara y retrocede un paso, parpadeando varias veces.

—Te estaba insultando… —murmura en un tono más débil y sin tanta seguridad.

—¡Ni yo soy una damisela en apuros que necesita ayuda ni tú el príncipe que tiene que rescatarme! —lo interrumpo.

—Hablas así porque no sabes lo que dicen algunos de los chicos en el vestuario —murmura con resquemor, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo mientras el océano azul de sus ojos se transforma en un mar tormentoso.

—¡Por supuesto que sé lo que dicen! ¡Las paredes de mi despacho no son tan gruesas, Hart! —exclamo indignada, pues me cabrea aún más que me crea tan tonta como para no darme cuenta de que a veces alguno de los jugadores me mira el culo o de las risitas que comparten cuando me ven pasar.

No todos son iguales, no se puede generalizar, de hecho, la mayoría son respetuosos y correctos, pero soy una mujer en un equipo de hombres… Alguna mente retrógrada y maliciosa tenía que quedar.

Su cara se ensombrece al escuchar que lo llamo por su apellido, no me cabe duda de que sabe que no es una buena señal.

—Son tíos a tope de endorfinas en un vestuario y bajo las órdenes de una chica. ¡Claro que comentan! ¿Cómo no iban a comentar?

—¿Y lo dices así? ¿Tan tranquila? Hablas igual que Brad y Liam… —sisea, estrechando la mirada.

—Es que Brad y Liam tienen razón —afirmo bajando un poco el tono de voz—. Sabía dónde me metía cuando acepté el puesto, Ryan, conocía los pros y los contras de la situación.

—¡Esos contras no deberían existir, es un comportamiento machista y fuera de lugar! —exclama con convicción.

—Uno no puede meterse en mil guerras a la vez porque las perdería todas, es importante saber distinguir las que merece la pena luchar para conseguir alcanzar la victoria —intento hacérselo entender.

—¡Me parece increíble que digas eso! —grita, exasperado, pasándose las manos por el pelo con gesto nervioso.

Siento como mi mirada se endurece al posarla sobre él.

Lo quiero, estoy loca por él, pero he luchado con uñas y dientes por llegar hasta aquí, y a todo lo que he tenido que renunciar…, solo yo lo sé.

Es evidente que hay muchas cosas que tienen que cambiar, pero estoy convencida de que, con el tiempo y la costumbre, cuando todo se vaya normalizando, lo harán.

Por eso elijo centrarme en lo importante: conseguir el respeto de la afición y la prensa, que mis jugadores acepten y sigan mis indicaciones, ganar. Eso es lo fundamental, lo demás…, todo llegará.

—¿Me gusta? —pregunto en voz alta—. ¡No! ¿Es una putada? —añado—. ¡Sí! Pero es lo que hay —le espeto—. Y o lo entiendes y lo aceptas o esto no va a funcionar.

Sueno mucho más segura de lo que me siento en realidad; una ráfaga de dolor atraviesa sus ojos y da un paso atrás.

—Lo que me pides es difícil de gestionar —anuncia.

Suelto un suspiro y me acerco a él.

—Esta situación, lo que ha surgido entre los dos es complicado; o somos muy cuidadosos a la hora de separar lo personal de lo profesional o puede terminar mal —explico—. De las puertas del estadio para fuera, contigo puedo ser Maddy, pero cuando se trata del equipo, soy Madyson Ward, entrenadora jefa.

—Lo tengo claro —afirma con voz tensa.

—¿Y habrías actuado igual si Noah se hubiese enfrentado con Steve, Ross o Klaus? —lo increpo.

Él lo piensa durante unos segundos.

—No, probablemente no —admite de mala gana.

—Pues por eso mismo lo de hoy no puede volver a pasar —afirmo rotunda.

Él asiente.

—Lo siento —se disculpa, acercándose a mí para acariciar mi mejilla con el dorso de su mano.

—No pasa nada —acepto, poniéndome de puntillas para posar un casto beso sobre sus labios.

—¿Nos vemos después? —propone.

—No puedo, tengo que trabajar.

—De acuerdo —acepta de mala gana.

—Ryan —lo llamo cuando se dispone a salir del despacho.

Él se gira para mirarme.

—Ya queda poco, cuando acaben los *playoffs* todo mejorará, solo hay que aguantar un poco más. —Lo digo por animarlo, pero también porque estoy convencida de que es la verdad.



Ryan

El estadio está lleno hasta los topes y en el ambiente se respira la adrenalina, la tensión. Después de ganar la ronda divisional, nos lo

jugamos todo en la ronda de campeonato de conferencia.

Unos preciados minutos en los que se decidirá si el sueño comienza o acaba, cuatro cuartos para demostrar que nos merecemos estar aquí, que somos más de lo que muchos pensaban y que disponemos de un potencial inmenso por exprimir.

—Tenemos que salir ahí a darlo todo. Estamos preparados para hacerles morder el polvo —dice Madyson, recorriendo el vestuario con calma de un lado al otro.

Todos los ojos permanecen sobre ella, cada una de las personas que respira en este vestuario es consciente de que Maddy es la auténtica artífice de que estemos aquí.

—Somos rápidos, fuertes y, lo más importante, no somos cincuenta y tres jugadores, somos un equipo, un equipo fuerte y unido y así es como los vamos a machacar —añade ella—. Os quiero concentrados, atentos a cada señal, a cada movimiento que ocurra dentro del campo; todos vuestros sentidos deben estar puestos en vuestros compañeros, en los contrarios y en el balón —ordena con firmeza—. Si lo hacéis y seguís mis indicaciones, hoy saldremos de este campo con un pase directo para disputar el Super Bowl.

—Qué bien habla —dice Liam en voz baja a mi lado—. Lo lleva en la sangre.

Me limito a asentir.

—Tío, ¿estás bien? —se preocupa Brad cuando el discurso acaba y el resto de los jugadores se toma unos minutos para terminar de prepararse.

—Estoy mejor que bien —respondo, tensando los músculos de mi espalda.

—Cualquiera lo diría, deberían llamarnos «los mapaches» en lugar de Los Lobos a juzgar por las ojeras que te gastas —afirma mi amigo.

—Han sido unos días complicados —admito—. Nos jugamos mucho, tanto nosotros como Maddy.

Mis palabras son ciertas, siento la presión de la responsabilidad en el pecho, quiero ganar, maldita sea, quiero ganar con todas mis fuerzas y, aunque por supuesto también es por mí, sobre todo es por ella.

Madyson se ha volcado, lleva días analizando, estudiando cada pase, cada movimiento y a cada jugador como si le fuese la vida en ello. Sé que desea con todas sus fuerzas llegar a jugar el Super Bowl, y la posibilidad de que si lo conseguimos la final sea contra los Blue Boys, el equipo de su padre y su hermano, solo aumenta la tensión. Al igual que nosotros, ellos se juegan hoy el pase en la ronda de final de confederación.

Por todo esto, durante los últimos días apenas hemos podido pasar tiempo juntos y, aunque es cierto que los dos hemos arañado minutos para vernos y los hemos exprimido al máximo, me han resultado tan escasos e insuficientes que, cuando la dejaba sola y volvía a casa, sentía algo en el pecho, una opresión que apenas me dejaba descansar y cerrar los ojos. Maddy dice que las cosas mejorarán cuando acabe la temporada, yo, sin embargo, tengo un nudo en la garganta y un miedo atroz a que las cosas, en lugar de relajarse, se compliquen porque, si algo he sacado en claro estos días, es que Madyson Ward es la mujer con la que quiero dormirme y despertarme cada día.

¡Qué cojones! ¡Estoy loco por esa mujer! Es preciosa, dulce, inteligente y divertida, ¿cómo no la iba a querer?

—¿Estáis preparados, chicos? —grita Maddy.

Un sí generalizado llena el aire.

—¡Lobos a la de tres! —exclama la entrenadora—. Uno, dos…

—¡Lobos! —gritamos todos golpeando el banco de madera y las taquillas.

—¿Qué somos? —pregunta Madyson aún más fuerte.

—¡Lobos! —repetimos con la adrenalina colapsando nuestro torrente sanguíneo.

—¿Qué vamos a hacer? —nos anima.

—¡Ganar! —respondemos palmeándonos la espalda los unos a los otros.

Madyson sale del vestuario y todos corremos tras ella en tropel.

Las luces del campo se vuelven mágicas, la afición nos vitorea y las cien yardas se convierten en un universo de posibilidades que no podemos desaprovechar.

Capítulo 26

Dos piezas complementarias

Ryan

La tensión apenas me deja respirar, el partido está siendo mucho más exigente de lo habitual; observo de reojo el lugar exacto en el que Madyson camina nerviosa delante de nuestro banquillo, donde la defensa y los suplentes aguardan expectantes lo que pueda pasar.

Sé que Maddy traía los deberes hechos, ha estudiado tan bien a Los Cuervos durante esta última semana que incluso podría dirigirlos sin haber cruzado con ellos una sola palabra, no obstante, son un equipo fuerte con algunos jugadores de talento excepcional y han conseguido sacarse de la manga unas cuantas jugadas magistrales que ni ella ni nosotros podíamos esperar.

Llevamos más del noventa y cinco por ciento del partido y, durante todo el tiempo, el resultado ha sido de lo más igualado. Estamos agotados y doloridos, pero nos toca atacar y perdemos de uno; este es el momento de darlo todo, si queremos ganar, no podemos fallar.

—Jugada dos, dos, ocho —le escucho decir a Maddy a través del pinganillo.

Me sorprende su elección, no es una de nuestras jugadas más ensayadas.

—¿Seguro? —pregunta Klaus quien, a juzgar por su expresión preocupada, está pensando lo mismo que yo.

—Sí. Seguro. —afirma Maddy—. Necesitamos cogerlos por sorpresa, son fuertes y su defensa es demasiado rápida, creo que es la única forma de que consigamos avanzar yardas.

Lo que dice tiene sentido, así que anuncio su decisión a mis compañeros, que se colocan para dar comienzo a la jugada.

Nuestra coordinación es perfecta, somos un engranaje bien engrasado y al principio todo va bien. El pase que le hago a Liam es perfecto, directo a sus manos. Mi compañero avanza treinta yardas y le envía el balón a Harry quien, en lugar de correr hacia delante como se esperaría que hiciese, se dirige hacia la izquierda y, con un lanzamiento magistral, lo coloca de nuevo entre mis manos mientras vuelo por el lateral. La cosa se complica cuando veo por el rabillo del ojo que tres defensas intentan detener mi avance. Dos corren por detrás, pero uno viene directo desde la derecha. Sopeso mis posibilidades y comprendo que es demasiado arriesgado intentar esquivarlos a los tres, no podemos perder la posesión, así que me detengo e intento un pase corto para continuar la jugada con Bradley.

El balón sale de mis manos y vuela por el aire, pero eso no impide que dos de los tres defensas caigan sobre mí derribándome. El dolor en las costillas me deja sin aire y todo se vuelve confuso a mi alrededor, trato de insuflar oxígeno a mis pulmones, pero siento que me falta la respiración.

Por el pinganillo escucho la voz de Maddy, suena agobiada y asustada, quiero tranquilizarla, sin embargo, soy incapaz porque una neblina dulce y espesa embota mis sentidos impidiéndome decir una sola palabra.

Los gritos de la afición se escuchan cada vez más lejanos y me pesan una barbaridad los párpados, no sé si tengo los ojos cerrados o continúo con ellos abiertos, pero todo se va volviendo más oscuro a mi alrededor hasta que el sonido se vuelve inexistente y dejo de sentir dolor.



En cuanto abro los ojos, una luz fija y bastante potente me hace cerrarlos de nuevo. Parpadeo unas cuantas veces, intentando acostumbrarme a la claridad y, al separar los párpados, me doy cuenta de que tres cabezas se inclinan sobre mí con expresión preocupada.

—¿Sigo vivo? —bromeo, tratando de quitarle importancia a lo que sea que ha pasado al ver sus semblantes agobiados.

—Por suerte —replica Liam, aligerando la tensión de su cara.

—Menudo susto nos has dado —remarca Maddy, que me recorre de arriba abajo con la mirada—. ¿Te acuerdas de lo que pasó?

—Recuerdo que quería pasarle la pelota a Brad antes de que dos mastodontes me tirasen al suelo —comento, sintiendo una punzada de dolor en las costillas al aspirar con fuerza—. Pero no sé si lo logré o no.

—Lo hiciste, colega —afirma el aludido sonriente—. Fue un *touchdown*.

—Eso quiere decir que… —murmuro, sin atreverme a pronunciarlo en voz alta.

—Estamos en el Super Bowl —termina Maddy la frase por mí, sin esconder su emoción.

—¿Estamos en el Super Bowl? —cuestiono, abriendo los ojos de forma desorbitada.

—Estamos en el Super Bowl —sentencia Liam, y sonríe de oreja a oreja.

—En el Super Bowl, pero, a primera vista, con un traumatismo intercostal, por no hablar del golpe en la cabeza, así que ahora toca ir al hospital para descartar lesiones mayores y descansar —anuncia con autoridad uno de los médicos del equipo, acercándose a la camilla.

—¿Quién quiere descansar cuando tenemos el Super Bowl dentro de quince días? —pregunto, a pesar de los pinchazos agudos que siento en el costado.

—Tú —declara con firmeza—. Si no te tomas unos días para recuperarte, no podrás disputar ese partido.

—Pero… —protesto.

—Tenemos margen, y seguir las instrucciones del doctor Evans es importante —me interrumpe Maddy con firmeza—. No hagas tonterías, Hart, o estarás sentado en el banquillo para ver la final —me advierte.

—No seas tozudo, capi —interviene Liam, poniéndose de su lado.

Le dedico una mirada poco amistosa y él se encoge de hombros, dejándome claro que es lo que hay.

Maddy habla durante unos segundos con el médico y después se vuelve de nuevo para dirigirse hacia mí. Su semblante duro choca con la mirada cálida y llena de alivio que descubro cuando la posa sobre mí.

—Está bien. Seguiré las pautas —accedo.

—Eso espero —asegura—, porque yo necesito a mi *quarterback* y tus compañeros, a su capitán. No me gustaría que tuvieses que perdértelo, Hart.



Madyson

—¿Seguro que estás bien? —insisto, colocando otro cojín detrás de su espalda.

—Segurísimo —responde en el mismo instante en que suena el timbre de la puerta—. ¿Esperas a alguien? —me pregunta.

—No, a nadie que yo sepa —respondo extrañada.

Ha pasado poco más de media hora desde que Ryan salió del hospital y Bradley lo trajo a mi casa.

Sí, a mi casa, porque después del susto que me llevé al verlo perder el conocimiento en el campo, dejar que se fuese a la suya ni siquiera fue una opción para mí.

Soy consciente de que igual estoy siendo un poco exagerada porque, por suerte, al final el golpe resultó no ser nada grave, pero cuando lo vi ahí tirado sin reaccionar, me asusté tanto que creí que me iba a dar algo. Sé que siempre le digo que hay que mantener separado lo profesional de lo personal, sin embargo, en ese momento las líneas se cruzaron de una forma imposible de separar,

eso por no hablar de lo mucho que me costó no saltar sobre él para besarlo y abrazarlo sin parar cuando lo vi volver a recuperar la consciencia en la camilla.

—Voy a abrir, no te muevas —aviso en tono serio.

—No pienso irme a ningún sitio —responde de forma sugerente, haciéndome poner los ojos en blanco.

Me apresuro hacia el piso de abajo y, al llegar a la entrada, me encuentro con Savannah y con Aria.

—¡Estamos en el Super Bowl! —grita la segunda, abrazándome con efusividad.

—Lo conseguiste —comenta la primera, feliz, uniéndose a nosotras.

—No lo habría logrado sin vosotras —admito contenta.

—No habremos interrumpido ninguna celebración privada… —murmura, moviendo las cejas mientras señala la planta superior.

—Claro que no, Ryan necesita descansar —le recuerdo.

—Aun así, sentimos presentarnos sin avisar —dice Savannah.

—Nosotras siempre nos presentamos sin avisar —le recuerda nuestra amiga.

—Es que con todo lo de Ryan no pudimos felicitarte —se justifica la fisio, ignorándola.

Es cierto, una vez terminó el partido, Liam, Bradley y yo nos presentamos en la enfermería y, cuando Ryan despertó, el médico del equipo, acompañado de Bradley y de Liam, lo llevó al hospital para corroborar el diagnóstico del doctor que, por supuesto, resultó ser exactamente el que él anticipó.

Me hubiese encantado ir con ellos, pero los chicos me hicieron comprender que, dadas nuestras circunstancias, no era lo más prudente, y accedí de mala gana a venirme para casa a cambio de que los dos me prometiesen que en cuanto pusiesen un pie fuera del hospital lo traerían directamente a mi casa.

—No os preocupéis, me alegro de teneros aquí. —Sonrío.

—¿Entonces también te alegras de tenernos a nosotros? —Escucho la voz de Liam que se acerca acompañado de Brad.

—Vosotros acabáis de iros —declaro alzando las cejas.

—Solo a buscar provisiones —me informa, levantando dos bolsas —. Hoy es un día histórico y vamos a celebrarlo con hematoma intercostal o sin él.

—El que faltaba, ya está aquí la mascota… —murmura Aria.

—¿Decías algo, Rizos? —pregunta él con cachondeo.

—No empecéis a discutir y entrad —indico, echándome a un lado.

Los cuatro pasan y comienzan a subir las escaleras, hablando todos a la vez.

Están emocionados y no los culpo, por la cara de Ryan al verlos entrar a todos en tropel en la habitación, deduzco que él sí lo hace.

—Cuánta gente —murmura—. ¿Vosotros dos no tenéis casa? —les pregunta a sus amigos.

—Venimos a celebrar nuestra apabullante victoria —comenta Liam, guiñándole un ojo.

—Apabullante apabullante tampoco. Todo el partido fue un puñetero sufrimiento —lo corrige Aria.

—Lo teníamos controlado, muñeca, solo era para darle emoción —replica él.

—Sí, claro… Pues para la próxima, si no te importa, menos emoción y más resultados…, *muñeco* —responde ella con retintín.

Liam pone los ojos en blanco.

—¿No sabes que la emoción es la sal de la vida? —cuestiona él, dedicándole una chispeante mirada con sus intensos ojos verdes.

—Déjate de sal, a ver si nos va a dar a todos un ataque de hipertensión —bufa Aria, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Eres una sosa —la acusa.

—Es que para salado ya te tenemos a ti —responde ella.

—Por Dios —bufa Brad—. Dejadlo ya, no creo que Ryan tenga la cabeza para aguantar otra de vuestras discusiones.

—No discutimos, intercambiamos opiniones —afirma su amigo, sonriendo de forma despreocupada.

—Pues igual este no es el mejor sitio para intercambiarlas —lo sermonea Brad.

—En realidad, yo tengo que irme —anuncia Savannah—. He quedado con Harry, pero antes quería pasarme a ver cómo estabas —añade dirigiéndose a Ryan.

—¿Qué tal os va? —se interesa él con sinceridad.

—Poco a poco —responde ella, sonrojándose.

—Me alegro mucho por ti —le digo, agarrándola del brazo con cariño.

—Es una gran persona, tengo suerte —me responde antes de regalarme una tímida sonrisa.

Me guardo para mí el comentario de que él es quien tiene suerte por tenerla a ella, porque el hecho de que esté hablando de su relación con Harry delante de los chicos es señal de que la cosa va viento en popa y estoy tan feliz por ella que no quiero llevarle la contraria en este momento.

—Yo me voy con ella, hemos venido las dos en mi coche, así que la acompaño —indica Aria.

—Gracias por venir, sería un detalle que os llevaseis a estos dos de paso —solicita Ryan, señalando a sus amigos con un movimiento de cabeza.

—Si quieres echarnos, podrías ser un poquito más sutil —se carcajea Liam.

—Lo haría, pero te conozco lo suficiente como para saber que eres experto en ignorar cualquier sutileza que no te interesa —replica él esbozando una mueca.

—Está bien, vámonos todos, dejémosles descansar —ordena Aria, dándole a Liam un leve empujón hacia la puerta.

—Madyson… —murmura Brad una vez los demás han comenzado a descender la escalera. Veo que me ha agarrado por el brazo para frenarme e interponer un poco de distancia entre nosotros y ellos.

—¿Sí? —pregunto.

Su expresión parece preocupada.

—¿De verdad ves bien a Savannah? —Se le ve incómodo y dubitativo.

—La veo genial. Está feliz. ¿Por?

—Harry… Digamos que igual no es un tipo tan maravilloso como os quiere hacer creer.

Estudio su rostro con detenimiento.

—¿Ha pasado algo que yo deba saber? —inquiero.

—No —responde él, frotándose con una mano el cuello.

—Harry me parece un buen tío, Savannah está feliz y, por lo que nos cuenta, la trata genial. Así que, teniendo en cuenta lo tímida que es y lo que le ha costado abrirse, no pienso irle con historias que la hagan dudar. —Sueno firme y decidida.

—Tienes razón, olvídalo. —Asiente con la cabeza y se va escaleras abajo detrás de los demás.

Igual he sido un poco brusca y no era mi intención, agradezco la preocupación de Brad, pero que Harry y él no tengan una relación cercana o que el novio de Savannah se mantenga un poco más distante que otros miembros del equipo no lo convierte en un mal tipo.

Regreso a la habitación y la sonrisa que Ryan me dedica es suficiente para quitarme el mal sabor de boca.

—¿Se han ido todos? —pregunta.

—Eso parece.

—Perfecto, entonces creo que podemos empezar a celebrar… —insinúa.

—Tú, quieto, te recuerdo que el médico te ha dicho que debes descansar.

—Pero…

—Lo que sí puedes hacer es mirar —interrumpo su protesta, alzando las cejas a la vez que me apoyo en el marco de la puerta y comienzo a quitarme la ropa con lentitud.

Desabrocho los botones de mi camisa y la prenda se desliza con suavidad por mis brazos hasta terminar en el suelo y, con un movimiento insinuante, mis dedos acarician la piel de mi cintura hasta alcanzar el botón de los vaqueros.

Los ojos de Ryan se encienden y oscurecen mientras recorren mi cuerpo a la vez que el pantalón desciende por mis muslos…

—¿Quieres matarme? —Su voz, ronca por el deseo, retumba en el interior de mi pecho y niego con la cabeza.

—¿Torturarme? —insiste mientras cada centímetro cuadrado de mi piel arde bajo la intensidad de su mirada.

—Igual un poquito —concedo con una sonrisa, a la vez que me deshago del tanga y el sujetador.

Ryan traga saliva con fuerza al ver cómo me voy acercando a la cama para colocarme sobre él.

Mis labios buscan los suyos, sus manos trazan círculos en mi costado antes de abarcar mis pechos y, cuando su lengua recorre el hueco de mi clavícula, jadeo arqueando la espalda.

Su ropa va desapareciendo y sus dedos se entrelazan con mi pelo, y empiezan a tirar con suavidad al sentir que empiezo a frotarme contra él.

Una necesidad visceral lo inunda todo y a la vez que nuestras respiraciones se aceleran las caricias lo hacen también, tentándonos, provocándonos, haciéndonos perder la cordura.

Mi cuerpo busca el suyo como si fuesen las dos piezas de un puzle que necesitan unirse para completarse y, sin demasiados miramientos, me alzo para colocarlo en la entrada de mi cuerpo y bajo de golpe, llenándome por completo de él.

La sensación es demoledora y, durante unos segundos, ambos contenemos la respiración, mirándonos a los ojos, perdiéndonos el uno en el otro a la vez que el movimiento, lento y cadente de mi cadera nos llena de lujuria, necesidad y desesperación.

Placer, ternura, amor… No hacen falta las palabras cuando el cuerpo tiene su propio lenguaje. Él lo sabe y lo sé yo.

Aun así, al escucharlo decir con voz rota y acelerada «Te quiero, Maddy», mi corazón se resquebraja en dos mitades y comprendo que una de ellas siempre será suya.

—Yo también te quiero —confieso, con los ojos húmedos de felicidad, mientras todo mi cuerpo se tensa alrededor de su miembro, su abdomen se contrae y, con mi nombre en sus labios, los dos alcanzamos la liberación a la vez.

Un orgasmo que lo significa todo, una sensación de plenitud que me hace estremecer ante la certeza de que sus brazos son mi lugar en el mundo, porque a su lado me siento completa sin dejar de ser yo misma por primera vez.

Capítulo 27

Lasaña con sorpresa

Ryan

Los entrenamientos están siendo supertécnicos, exigentes y brutales, aunque también los más emocionantes de toda mi vida.

Nos jugamos ni más ni menos que el Super Bowl. Levantar el Vince Lombardi es un sueño para cualquier jugador de la NFL. Un sueño que para nosotros parecía inalcanzable hace unos meses y que ahora casi podemos acariciar con las yemas de los dedos. Por eso, aunque salimos reventados de cada adiestramiento, tenemos la ilusión por las nubes y eso nos mantiene emocionados y contentos.

Si nosotros estamos dándolo todo, Maddy está esforzándose todavía más; cada día es la primera en aparecer y la última en marcharse y, cuando llega a casa (donde yo me he atrincherado desde hace una semana), en lugar de descansar sigue repasando vídeos e intentando anteponerse a cualquier cosa que pueda torcerse o salir mal.

Este partido es especialmente complicado para ella: nos enfrentamos con los Blue Boys de Washington, un equipo durísimo que además resulta ser el de su padre y su hermano.

—¿Te vienes a tomar algo, tío? —pregunta Brad dándome alcance en el aparcamiento.

—Hoy no, me voy directo a casa —respondo.

—A casa de Maddy querrás decir —se burla Liam.

—¿Es la envidia la que habla? —bromeo—. Además, cierra la boca, ¿O es que quieres que alguien te escuche? —ordeno, poniéndome un dedo en los labios.

—Tranquilo, los que quedan aún no han salido del vestuario y Klaus está en el despacho de tu novia. —Lo dice en tono de burla, pero me encanta cómo suena.

«Mi novia». ¡Claro que sí, joder! ¡Mi novia!

Me despido de los chicos y me meto en el coche; en cuanto se conecta la lista de Spotify y comienza a sonar Coldplay me pongo a cantar a pleno pulmón como un loco y la voz de Chris Martin me mezcla con la mía en un extraño dueto que provocaría sordera selectiva a cualquier seguidor de la banda.

Antes de llegar, hago una parada en el mercado para comprar los ingredientes que me faltan para la cena. Quiero hacer lasaña, sé que es uno de los platos preferidos de Maddy y estoy convencido de que al mediodía no ha tenido tiempo de comer casi nada.

Algo más de media hora después llego al portalón de la entrada y saco el mando a distancia para abrir la puerta (sí, ya tengo mi propio mando, Maddy me dio el de repuesto porque aparcar mi coche en la acera no es lo que se dice discreto.) Pulso el botón y me dispongo a arrancar cuando…

—¿Darla? —pregunto, sorprendido, al ver a la mujer que se coloca delante de mi coche.

Ella me sonríe con familiaridad y se acerca a la ventanilla del piloto.

—Hola, Ryan.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin salir de mi asombro, pues no recuerdo que Maddy comentase nada de que su madre iba a venir.

Al contrario que yo, ella no parece nada sorprendida de verme entrar solo y con mi coche en la casa de su hija.

—Acabamos de llegar, queríamos darle una sorpresa a Maddy y vinimos directas aquí, pero resulta que no está.

El plural me hace pensar en Molly y enseguida la busco con la mirada, pero, en lugar de la niña, me encuentro con una chica de veintitantos, con una larguísima melena rubia, ojos azules y piernas interminables que cubre con una minifalda.

—¿Te importa que entremos contigo? —cuestiona la que un día espero que se convierta en mi futura suegra con exquisita educación.

—¡Por supuesto que no! —me apresuro a responder. ¿Cómo va a importarme? Es la casa de su hija.

Las dos mujeres pasan primero y yo lo hago con el coche después. Aparco, saco la compra del maletero y corro a reunirme con ellas.

—Ryan Hart, esta es Brianna, la novia de mi hijo Kevin. No tienes que disimular delante de ella, está al tanto de todo.

Asiento porque sí, ya conozco a Kevin, y le dedico a la chica una sonrisa amable.

—Encantado de conocerte, Brianna.

—Igualmente —responde con un acento que me recuerda mucho a Texas.

—¿No ha venido Molly? —pregunto algo decepcionado porque me apetecía ver a la pequeña.

—Esta vez no, le toca estar con su madre y se la ha llevado de viaje a Miami —me explica Darla sonriendo.

—Es una niña demasiado pequeña para acompañarla en esos viajes de trabajo, estaría mejor en casa —interviene Brianna, que pone una mueca de disgusto.

—Es su madre, tiene derecho a llevarla a donde le dé la gana —la regaña Darla con cariño—. Además, estoy segura de que Molly disfrutará mucho de unos días en la playa.

La chica no responde, pero tampoco parece demasiado conforme.

—¿Y tú qué tal estás después del último partido? —pregunta dirigiéndose a mí con verdadera preocupación—. Recibiste un golpe terrible.

—Como nuevo —contesto—. Tres días de reposo y un poco de analgesia y ya estoy perfecto.

—Sí, claro, como nuevo —rezonga—. Eso mismo dice siempre mi hijo, yo creo que los jugadores de fútbol estáis hechos de otra pasta; en vez de huesos, debéis de tener cartílagos, de lo contrario no me lo explico.

El comentario me hace gracia y sonrío, encogiéndome de hombros.

Ella no añade nada y desvía la vista hacia la bolsa del mercado.

—¿Qué traes ahí? —cuestiona con curiosidad.

—Quería hacerle a Maddy una lasaña —le explico, esbozando una sonrisa.

Los ojos de la mujer se iluminan.

—Me parece una idea fantástica, la conozco, estoy segura de que está tan ensimismada preparando la final que apenas está comiendo nada —afirma negando con la cabeza—. Ese es uno de los motivos por los que he decidido venir unos días antes de viajar para el partido; quiero darle apoyo y mimarla un poco. —Hace una pausa y añade con una sonrisa—: Aunque, por lo que veo, mi hija está bien cuidada.

—Se hace lo que se puede —reconozco, encogiéndome de hombros.

Hablar con ella me resulta natural, Darla es una mujer muy agradable que enseguida se vuelve cercana.

—¡Perfecto! ¡Déjame llevar arriba las cosas y nos ponemos manos a la obra! —se ofrece—. Si te parece bien, echaré una mano encantada.

Asiento agradecido y me dispongo a colocar la compra mientras las veo desaparecer por las escaleras. Estoy deseando ver la cara que se le queda a Maddy al verlas.



Madyson

Todavía estoy dándole vueltas a los dos últimos movimientos que le planteé a Klaus cuando aparco el coche en el garaje de casa.

Él cree que sería mejor hacer dos pases cortos en lugar de uno largo, pero yo conozco a los Blue Boys tan bien como a Los Lobos y estoy convencida de que, si llegamos a ese punto del partido, un pase largo es lo mejor.

El olor a lasaña casera me recibe en cuanto pongo un pie en el interior y mis tripas protestan. Estoy muerta de hambre; desde el desayuno lo único que he podido comer han sido un par de barritas de cereales… Aunque también es verdad que, si pensar en la comida me abre el apetito, hacerlo en el cocinero me hace querer pasar directamente al postre.

Me encanta tener a Ryan en casa. Lleva aquí desde el día del partido con Los Guepardos y, aunque solo ha pasado una semana, me estoy acostumbrando demasiado rápido a disfrutar de su compañía.

Las noches que compartimos son mágicas. Y no solo lo digo por el sexo, eso es… ¡Buf! Mi cuerpo reacciona solo de pensarlo, pero es que, además, la sensación de dormirme y despertarme a su lado es algo que no se puede igualar. Compartir juntos el desayuno, la cena o los momentos que pasamos en el sofá me producen paz. Es como si con su presencia lo que tan solo era una casa se convirtiese en un hogar.

Avanzo por el pasillo con una sonrisa dibujada en la cara.

—¡Qué bien hue…! —La estampa que me encuentro en la cocina me deja muda y no puedo terminar.

—Hola, cariño —me saluda mi madre, sonriente, levantando la vista de la tartera de salsa de tomate casera que está revolviendo.

—¿Mamá? —murmuro, anonadada, mientras observo como ella y Ryan cocinan uno junto al otro tan compenetrados que hasta llevan abrochados de la misma manera los delantales.

—Tesoro, queríamos darte una sorpresa —declara ella, abandonando los fogones para acercarse a darme un sonoro beso.

—Desde luego, lo habéis conseguido… —afirmo—. Espera… ¿Queríamos?

—Brianna ha venido conmigo, hacía mucho que no te veía y se ofreció a acompañarme —me informa.

—Hola, Maddy —me saluda la susodicha, apareciendo en ese momento por la puerta del jardín trasero.

—¡Brianna! Qué alegría verte —exclamo, sorprendida, mirando de reojo a Ryan.

—Puedes estar tranquila, lo sé todo —afirma, y me dedica una tímida sonrisa.

—¿Mi hermano te lo contó? —Mi asombro es palpable. Es su novia, pero, aun así, no esperaba que mi hermano le hablase de mi relación con Ryan.

—Sí, pero solo porque lo escuché hablando sobre ello con Darla —confiesa señalándola con un movimiento de cabeza—. Puedes estar tranquila, yo nunca diría nada.

—Lo sé —admito—. Me alegro de que hayas venido.

—Tu madre estaba preocupada —me explica—. Pensaba que podías llegar a la final en estado de inanición, y decidí acompañarla.

—Traducción —anuncio—: Mi padre y mi hermano están insoportables y preferiste venirte con mamá.

—Podría decirse que un poco de eso también hay —reconoce, dedicándome una sonrisa fugaz.

—Bueno, pues venga, vosotras dos id a poneros al día, nosotros nos encargamos de cocinar —ordena mi madre, haciéndonos un gesto con la mano para que salgamos de aquí y los dejemos trabajar.

—¿Seguro? —murmuro, indecisa, con la vista fija en Ryan quien, no obstante, parece estar encantado con su ayudante.

—Por supuesto —afirma él—. Darla y yo nos apañamos. ¿Verdad que sí?

—Hacemos mucho más que eso —le responde ella con confianza.

Le hago una señal a Brianna para que me acompañe al salón y nos sentamos en el sillón.

—¿Qué pasa, Brianna? —suelto a bocajarro.

Ella se echa un poco hacia atrás mirándome fijamente, como si estuviese analizando mi expresión.

—¿Por qué deduces que pasa algo? —pregunta un poco a la defensiva.

Ahora soy yo la que la estudia a ella.

—Te conozco y no me malinterpretes… Me encanta que estés aquí, pero dudo que me echases tanto de menos como para dejar solo a Kevin antes de la final si no estuvieses preocupada y quisieras hablar conmigo de algo.

Su semblante la delata, he dado en el clavo.

—Él es quien me preocupa —admite.

—¿Kev? —Me preocupo de inmediato—. ¿Por qué? ¿Le ocurre algo?

Brianna se muerde el labio.

—Está agobiado —confiesa—. Por el tema de la custodia de Molly.

—¿Qué ocurre con Molly? —Cada vez estoy más tensa.

—Como sabes, el año que viene empieza el colegio y la custodia, tal y como la tienen planteada ahora mismo… —comienza a explicar ella.

—No funcionaría —termino por ella, comprendiendo a qué se refiere.

Durante la etapa escolar no tiene sentido que la niña pase quince días con cada padre viviendo en ciudades diferentes; no puede ir a dos colegios cada mes, no es solo que no tenga lógica, es que ni siquiera sería legal por motivos obvios. Sé que es un tema a tratar, pero todavía no he hablado demasiado con mi hermano sobre esa cuestión… Quizás debería haberlo hecho.

—Le planteé a Kev la idea de escolarizarla en casa para poder mantener ese acuerdo de custodia, al menos durante unos años, pero ni él ni la madre de Molly están de acuerdo con esa opción.

—Entiendo —asiento.

Todos sabíamos que este momento llegaría, sin embargo, eso no lo hace más sencillo.

—Tu hermano se está planteando dejar de jugar y mudarse a Nueva York —confiesa.

Me recuesto en el respaldo del sillón para asimilar la bomba que Brianna acaba de soltar. Es complicado, sé lo importante que es el fútbol para Kevin, pero también soy consciente de lo mucho que quiere a Molly. Su situación es delicada.

—Y luego estoy yo —añade con cierto resentimiento.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—No sé muy bien dónde encajo en medio de todo eso —confiesa —. Siempre me siento un poco fuera de lugar en la vida de tu hermano. Como si fuese a remolque de todo lo que va pasando.

—No te comprendo, Brianna —digo negando con la cabeza—. Kevin te quiere mucho.

—Lo sé, pero la sombra de Emily siempre lo sobrevuela todo. Ella lo engañó y, aun así, sé que siempre fue más importante para él y para todos vosotros de lo que lo soy yo, a pesar de que siempre estoy a su lado y lo apoyo.

—Lo que dices no es verdad, Brianna, estás equivocada —afirmo, sintiendo cierta lástima de que piense así.

—Tu madre es muy agradable, pero tu padre… no me tiene en cuenta y siempre se mantiene distante.

Pienso en papá. Lo pasó fatal cuando Emily y Kevin lo dejaron; le había cogido muchísimo cariño, todos lo habíamos hecho y, como ocurre en estos casos, la ruptura no solo le dolió a mi hermano, nos afectó a todos. Por eso no me extraña que mi padre guarde más las distancias con Brianna, pero no es por ella, es solo una forma de autoprotección.

—Primero, Emily no lo engañó. Solo eligió otro camino —replico defendiéndola—. Y segundo, tú no deberías compararte ni con ella ni con nadie.

—Ya, claro… —murmura.

—Emily y tú llegasteis a nuestras vidas en momentos distintos de formas diferentes —intento hacérselo entender—. No creo que Kevin te quiera menos que a ella, lo que ocurre es que él es una persona diferente a la que era entonces, todos lo somos. No puedes intentar cuantificar el amor que te tiene.

—Nadie me da mi lugar —protesta la chica, que no quiere entrar en razón—. Ni vosotros ni él.

—¿Por qué dices eso? —Me sorprende que piense así porque, hasta donde yo sé, su relación es estable. Quizás nunca ha sido una pareja de las de fuegos artificiales, pero estaban bien.

—Ni siquiera me hubiese contado lo tuyo con el *quarterback* de no ser porque los escuché hablando sobre ello. —Su tono es irónico.

—Es cierto, seguramente no te lo hubiese dicho, pero porque no le correspondía a él hacerlo —lo defiendo.

Ella permanece callada durante unos segundos.

—Le dije que es un error terrible dejar el fútbol, y mudarse a Nueva York, uno todavía peor. ¿Qué se la ha perdido a él en Nueva York? Pero no me escucha, dice que es su decisión, como si a mí no me afectase, como si yo no pintase nada en su vida —admite al fin.

La escucho en silencio. Así que ese es el problema real: no solo le da miedo que Kevin deje el fútbol, es que le da pavor que se mude aquí, porque siempre ha sentido ciertos celos de la madre de Molly, algo incomprensible para mí teniendo en cuenta que solo mantienen una relación cordial y correcta.

—¿Igual tú podrías hablar con él? ¿Intentar hacerlo entrar en razón? —sugiere esperanzada.

Niego con la cabeza.

—No puedo hacer eso, Brianna. Kevin tiene razón: es su vida, es su decisión y lo único que podemos y debemos hacer los que lo queremos, tanto tú como nosotros, es estar a su lado y respetarlo.

Su cara lo dice todo; no esperaba esa respuesta, no de alguien que ha luchado tanto como yo por hacerse un hueco en este mundo.

—Me parece increíble que hables así… —susurra.

—No puedes pretender que aconseje a Kevin anteponer el fútbol a su familia —le explico con paciencia.

—Tú lo hiciste. —Sé que habla la desesperación y que no pretende atacarme, pero suena a ataque.

—Yo no tenía hijos y, aunque los hubiera tenido, el hecho de que yo haya elegido ese camino no implica que mi hermano tenga que seguir el mismo. —Mi voz se endurece.

—¿Entonces no vas a hacer nada? —murmura decepcionada.

—Apoyarlo —respondo con firmeza—. Y es lo que tú también deberías hacer.

Ella no responde nada, se la ve apesadumbrada.

—Todo saldrá bien —le aseguro abrazándola para intentar consolarla.

—Para ti es fácil decirlo… —susurra disgustada.

Aun así, me devuelve el abrazo y froto su espalda en un intento por consolarla, a la vez que pienso qué importante es contar con el soporte y la comprensión de los que tenemos alrededor, y yo pienso ser ese apoyo para Kevin le guste a ella o no.

Capítulo 28

Fotos envenenadas

Ryan

La final del Super Bowl es uno de los mayores acontecimientos deportivos y sociales de Estados Unidos. Este año el partido transcurrirá en el estadio de Los Bisontes de Luisiana (Nueva Orleans) y, contra todo pronóstico, aunque al principio de la temporada nadie diera un duro por ello, nosotros somos uno de los equipos protagonistas del encuentro.

Hace poco más de veinticuatro horas que aterrizamos en la ciudad y desde entonces puedo oler la adrenalina en el ambiente.

Los aficionados con camisetas, gorras y la cara pintada con los colores de su equipo, los cánticos que llenan las calles próximas al estadio, la emoción de las familias de los jugadores, que se han desplazado para la ocasión, y los cientos de periodistas de todo el país, que se encargarán cubrir el evento comenzando con los tradicionales análisis, hipótesis y entrevistas en las horas previas al partido. Todo parece estar listo, la pregunta es… ¿Los Lobos lo estamos?

La respuesta es sencilla: nunca hemos estado tan preparados para nada en toda nuestra vida.

—¿Dispuestos a escribir la historia? —pregunta Liam desde su cama.

—El Vince Lombardi va a ser nuestro y en gran parte es gracias a Madyson —reconoce Brad.

Es cierto; la contratación de Maddy como entrenadora jefa parecía ser una broma pesada, sin embargo, resultó ser lo mejor que nos podía haber sucedido. Henderson fue astuto e inteligente al apostar por ella porque, gracias a su visión, hemos conseguido renovar y mejorar nuestro juego más de lo que podríamos haber imaginado jamás.

Eso por no hablar de que a nivel personal yo he encontrado a la mujer que me completa, que me hace mejor persona, me he enamorado como un loco de ella y si hay algo que sé, es que por encima de todo lo demás la quiero a mi lado cada día, cada hora y cada minuto de mi vida.

—Voy a pedirle que se venga a vivir conmigo —les anuncio a mis amigos.

—¿No lo estáis haciendo ya? —cuestiona Liam alzando las cejas.

—Llevo unos días en su casa —reconozco—, pero quiero hacerlo oficial. Ya sabes, trasladar sus cosas, dejarle hueco en el armario, empezar una vida en común…

Ambos comparten una mirada.

—Es un paso importante, tío, me alegro mucho por los dos —me felicita Brad.

—Primero tiene que aceptar —le recuerdo.

—No tengo ninguna duda de que lo hará —asegura él.

Me mantengo unos segundos en silencio.

—Eso espero, pero vamos paso a paso, ahora lo más importante es centrarnos en ganar —replico, aproximándome a la ventana para echar un vistazo al exterior.

Unos golpes excesivamente fuertes resuenan en la habitación y, en cuanto Liam se acerca a abrirla, Savannah y Aria entran como una exhalación.

Mi mirada pasa de la una a la otra y, al ver el semblante pálido y descompuesto de ambas, todo mi cuerpo se pone alerta y en tensión.

—¿No os habéis enterado? —pregunta la fisioterapeuta con un hilo de voz.

Algo va mal, algo va muy mal…, lo sé.

—Enciende la televisión, está en todos los canales —murmura Aria con voz trémula.

Ver a la chica, que suele ser la personificación de la alegría, con los ojos llenos de lágrimas nos impacta tanto a los tres que ninguno, ni siquiera Liam, siempre dispuesto a picarla, se atreve a decir ni una sola palabra.

Brad se apresura a hacerlo y, en cuanto la primera imagen aparece en la pantalla, siento que todo mi mundo estalla.

—No puede ser —siseo mientras la sangre se hiela en mis venas y un sudor frío me recorre el cuerpo entero.

Brad cambia de canal, pero la noticia es la misma… Un vídeo en el que se ve con calidad cómo Maddy y yo nos besamos abrazados en el jardín de su casa y fotos, fotos de…

—¿Esas son nuestras jugadas? —cuestiona Liam, acercándose más a la tele.

Savannah asiente y una lágrima se desliza por su mejilla.

—Son fotos de la libreta de jugadas de Maddy.

Abro y cierro la boca repetidas veces sin dar crédito a lo que veo; los números, los gráficos que aparecen dibujados en las hojas que salen en pantalla son la mayoría de los movimientos que Maddy ha preparado para la final de esta tarde.

Liam coge una de sus zapatillas y la lanza con rabia contra la cama.

Escucho los comentarios de los periodistas y me entran ganas de vomitar… Son irrespetuosos, soeces, una burla directa a Madyson y su trabajo. De repente, el haber conseguido guiarnos hasta la final parece haberse quedado en segundo plano.

—¿Y Maddy? —pregunto con un hilo de voz—. ¿Lo sabe? ¿Habéis hablado con ella?

—No nos abre la puerta —susurra Savannah, entrelazando los dedos de sus manos con nerviosismo.

—¿Cuánto hace que empezaron a publicar esto? —se interesa Brad, quitándole de la mano a Liam la otra zapatilla antes de que la lance también.

—Algo más de una hora, pero nosotras nos enteramos hará unos quince minutos —confiesa Aria, dejándose caer en la cama.

—Mierda —murmuro.

—Una mierda enorme —corrobora ella—. Madyson no se merece esto. De repente, todo por lo que ha trabajado, todo lo que ha conseguido ha quedado en entredicho.

Sin pensarlo ni un segundo, salgo volando de la habitación y recorro el pasillo en dirección a la cuatrocientos cincuenta y tres.

—Maddy —pronuncio su nombre golpeando los nudillos contra la madera.

No recibo respuesta, pero al pegar el oído a la puerta escucho la televisión.

—Maddy —repito—. Ábreme, por favor.

Aguardo impaciente con el corazón en un puño. Nada.

—Maddy —lo intento de nuevo alzando la voz. Mis compañeros ocupan las habitaciones contiguas, pero me da igual que me escuchen—. No pienso moverme de aquí hasta que abras.

Empiezo a preocuparme todavía más al no recibir respuesta. ¿Y si le ha pasado algo?

—¡Como no me abras la puerta, voy a echarla abajo! —la amenazo.

La única respuesta que recibo es silencio… Un silencio ensordecedor.

—¡No bromeo! ¡Voy a cargarme la puta puerta! —le advierto.

No hace falta, porque esta se abre de golpe y al otro lado me encuentro con una Madyson llorosa, furiosa y completamente desencajada.

Sin perder un segundo, entro y cierro tras de mí para proporcionarnos algo de intimidad en caso de que algún curioso haya decidido salir al pasillo al escucharme gritar.

Está tan fuera de sí mientras camina adelante y atrás por la habitación que, a pesar de que lo único que quiero es abrazarla, no me atrevo a hacerlo.

—¿Tienes idea de quién pudo filtrarlo? —pregunto, aunque eso es lo de menos.

—¡La descerebrada de Brianna! —exclama—. Lo tuve claro desde el primer momento, la llamé y, aunque al principio me lo negó, al final la muy bruja me lo confirmó. Estaba enfadada porque no quise

ayudarla a convencer a Kevin con eso de no dejar el fútbol y se le ocurrió joderme así.

—Maddy…

—No, no digas nada —me pide ella levantando una mano.

—Estoy seguro de que podemos encontrar una forma de arreglarlo —trato de animarla.

Se para de repente y, cuando me enfrenta, el abatimiento de su mirada me parte el corazón.

—Estás de broma, ¿no? —suelta crispada—. ¡Esto es un puto desastre, no tiene solución!

—Puedes intentar plantear otras…

—¡Son movimientos tácticos, no magdalenas! ¡No salen jugadas nuevas así como así! —me espeta.

—Todo tiene solución —insisto—, estoy seguro.

—¡Nooo! ¡Esto no lo tiene! —grita sin molestarse en retener las lágrimas que humedecen su bonito rostro—. Eso que sale ahí son mis jugadas, las mismas en las que llevo semanas trabajando, y ahora todo el mundo las conoce y no tenemos nada. Hemos perdido el factor sorpresa, saben exactamente lo que vamos a hacer, nos van a machacar, lo hemos perdido todo… Por no hablar de que vuelvo a ser el hazmerreír del deporte nacional.

—Maddy… —murmuro.

—La culpa es mía —musita, comenzando a pasear otra vez adelante y atrás—. Debería haberme centrado solo en el trabajo en lugar de…

—En lugar de estar conmigo —termino la frase por ella y, con cada palabra, siento que se me resquebraja un poco más el corazón.

Ella guarda silencio, sus ojos solo contienen dolor.

—No lo dices en serio, no puedes decirlo en serio… —Niego con la cabeza.

—¡No es toda tu carrera la que están menospreciando, tú solo eres el machote que se tiró a la entrenadora! ¡Yo soy la fulana que estaba a escondidas con el *quarterback* del equipo! ¡Lo demás ya no les importa! ¡Ni las victorias, ni mi trabajo, ni siquiera estar aquí para disputar esta final! ¡Todo mi trabajo se ha quedado reducido a un par de polvos!

—¿Eso es lo que soy? ¿Eso es lo nuestro para ti? ¿Un par de polvos? —Sueno dolido porque lo estoy, no se imagina hasta qué punto.

—No. Lo nuestro fue un error, uno que nunca debí permitir y que no va a volver a ocurrir —sentencia con contundencia, y el impacto de su afirmación me hace dar un par de pasos atrás.

—Vete, Ryan —me pide, dejándose caer, destruida, en el colchón.

Cada célula de mi ser me pide que corra hasta ella y que la bese hasta hacerla entrar en razón, sin embargo, mi cerebro me ordena que le dé el espacio que necesita.

—¡Vete, Ryan! —repite, señalando la puerta con la mano.

Está rendida, se ha dado por vencida y ser consciente de ello me destroza por dentro.

—Me voy —acepto—. Pero, antes de hacerlo, que te quede claro que, aunque tú parezcas haberlo olvidado, sigues siendo la misma entrenadora que nos ha traído hasta aquí.

«Y también la misma chica sin la que yo no puedo vivir…», debería añadir.

Capítulo 29

A por ella

Madyson

«Lo nuestro fue un error, un error que no debí permitir y que no va a volver a ocurrir».

Es una afirmación injusta y demoledora que dije motivada por la desesperación y la rabia, y cada vez que mi cabeza la repite siento que se me congela un poquito más el corazón.

Hace rato que Ryan se fue, pero, aunque suene a locura, juraría que al apoyar la mano en la puerta todavía puedo sentir el calor de las yemas de sus dedos apoyados al otro lado de la madera.

No quería hacerle daño, pero estaba demasiado herida como para ser capaz de pensar antes de hablar.

Camino hasta la cama y me estoy dejando caer sobre ella justo cuando escucho el golpe de unos nudillos.

—Vete, Ryan, ya está todo dicho. —Suspiro con pesar.

—Igual con Ryan sí, pero conmigo vas a tener que hablar. —La voz de Henderson suena firme desde el pasillo.

De mala gana, me levanto, me acerco a la entrada y, con la mano rodeando la manilla, me tomo unos segundos e inspiro con fuerza; en el fondo, sé que no he hecho nada malo, pero Logan Henderson fue el primero, y podría decirse que el único, en confiar en mí cuando los demás no me querían aquí, él se arriesgó dándome una oportunidad y, por eso, esta conversación me va a resultar todavía más dura. Puede que no haya hecho nada malo, pero tampoco he

sido del todo profesional, debería haberlo informado de lo que había entre nosotros… Es más, nunca debí consentir que ese «nosotros» llegase a existir.

En cuanto abro la puerta, sus ojos preocupados y severos me atraviesan.

—¿Puedo pasar? —Puede sonar a pregunta, pero es una afirmación, así que me echo a un lado y él entra con lentitud en la habitación.

Lo sigo y vuelvo a dejarme caer en la cama, con la mirada fija en el suelo. No sé cómo enfrentarlo ni qué decir.

—Deberías haberme comunicado que Hart y tú estabais empezando una relación. —Lo suelta de sopetón.

—Lo sé. No debería haber ocurrido nada entre nosotros —admito.

—Pero pasó —dice con firmeza—. Y deberías habérmelo comentado en cuanto ocurrió.

—Lo siento, sé que fue poco profesional por mi parte…

—Dicho esto —me interrumpe, comenzando a pasear por la habitación—, sé que eres lo suficientemente inteligente como para haberte leído el reglamento, por lo que eres consciente de que lo que hay entre vosotros no va contra las reglas. No hay ninguna norma que impida las relaciones afectivas de dos miembros del mismo equipo, aunque sean jugador y entrenador.

Alzo la vista y, aunque mis ojos buscan en los suyos una buena dosis de decepción, lo único que encuentro es preocupación.

—Pero la prensa…

—Sois la noticia del momento porque nunca había pasado algo similar, son demasiadas primeras veces juntas: primera vez que un entrenador jefe es mujer, primera relación entre dos miembros del mismo equipo, primera vez que Los Lobos llegan al Super Bowl… —Se toma unos segundos—. Como acabo de decir, son demasiadas primeras veces y tú eres la protagonista de todas y cada una de ellas, lo que te ha convertido en una enorme y jugosa carnaza.

Me paso las manos por la cara, agobiada.

—Tranquila, se les olvidará cuando ganemos la final —dice como si tal cosa—. Bueno, igual «olvidar» no es la palabra, pero pasará a segundo plano, eso seguro.

—Eso no va a pasar —afirmo con los ojos llenos de lágrimas—. Lo de ganar la final.

—Por supuesto que va a pasar. Estamos aquí, hemos llegado por méritos propios y esta es una oportunidad que no vamos a desaprovechar —afirma con convicción.

—¿No has visto nuestras jugadas en todos los canales de televisión?

—Las he visto —conviene, asintiendo—, pero estoy seguro de que lo arreglarás.

—No sé cómo, llevo semanas trabajando en ellas.

—Encontrarás la forma.

—No creo que pueda, Logan —admito con un hilo de voz.

—Pues yo sí lo creo. —La voz que me llega desde la puerta me deja paralizada y hace que se me acelere un par de latidos el corazón.

—¿Papá? —pregunto al verlo entrar con gesto serio—. ¿Qué haces aquí? —Estoy tan asombrada que solo consigo balbucear las palabras.

—Vengo a jugar una final —contesta como si fuese evidente—. ¿Tú no?

—No me refiero a qué haces en Nueva Orleans… Me refiero a qué haces aquí dentro —replico señalando el espacio que nos rodea—. Llevas meses sin dirigirme la palabra…

Mi padre me dedica una mirada grave y profunda.

—Os voy a dejar un rato solos. Cuando estés lista para reunirte con el equipo y plantear una solución a todo esto, avísame —anuncia Logan.

Asiento, sin dejar de mirar a mi padre; no puedo desviar la vista de él, no después de tantos meses.

Nos quedamos solos y él toma asiento a mi lado. En cuanto lo hace y aspiro el inconfundible aroma de su colonia de siempre, me doy cuenta de cuánto lo he necesitado… Siempre he sabido que lo echaba de menos, sin embargo, no era consciente de cuánto.

—Te debo una disculpa —declara—. Tienes que saber que mi enfado nunca fue por falta de confianza, soy y siempre he sido consciente de tu potencial.

—Tenías miedo de que hiciese el ridículo, te hiciese quedar mal y manchase tu intachable carrera y fíjate…, eso es justo lo que acaba de pasar. —Sueno derrotada y él me sostiene el mentón con cariño y me levanta la cara para sostenerme la mirada.

—Primero, no has manchado nada…Tal y como ha dicho Henderson, no os habéis saltado ninguna norma, aunque es cierto que quizás no ha sido la mejor forma de hacer las cosas y no hay duda de que pecasteis de ingenuos al pensar que la prensa no se enteraría. De no ser por Brianna, tal vez hubiesen tardado un poco más, pero habrían terminado descubriéndolo igualmente.

—Esa zorra… —murmuro.

—Segundo —añade sin dejarme continuar—, no era miedo por mi reputación, sino egoísmo por perderte, y preocupación.

—¿Qué quieres decir? —cuestiono un poco perdida.

—Desde que empezaste a ver los partidos conmigo y a elaborar tus primeros movimientos has estado a mi lado… Y me ilusioné pensando que siempre sería así. Como te dije antes, nunca dudé de tu potencial, es increíble, lo que ocurre es que te imaginaba desarrollándolo junto a mí. —Hace una pausa—. Que Logan Henderson te ofreciese este puesto era algo tan inimaginable que me cogió completamente por sorpresa; de repente, todos los planes que tenía para los dos se desbarataron y, aunque suene y sea egoísta, eso pesó más que tu felicidad. —Hace una pausa y su mirada se entristece—. Además, por supuesto, de que sabía que lo ibas a pasar mal; conozco este mundo, llevo en él muchos años y era consciente de que ibas a tener que luchar mucho para hacerte respetar.

Intento hablar de nuevo, pero coloca un dedo sobre mis labios, impidiéndomelo.

—Sin embargo, lo hiciste, y estoy muy orgulloso de ti. Siempre lo he estado, aunque no lo haya demostrado.

—¿Por qué tanto tiempo? Quiero decir: comprendo que al principio te costase aceptarlo, pero han pasado meses.

—El orgullo, hija, el orgullo —suspira—. En eso somos bastante parecidos: los dos somos demasiado orgullosos —confiesa, y una

leve sonrisa se desliza en sus labios—. Dicho esto, creo que es tiempo de que dejes de lamentarte y te pongas a trabajar…

—Es imposible.

—Lo es si no lo intentas.

—Tengo miedo —admito.

—Maddy —pronuncia mi nombre con ternura—, el miedo es una barrera imaginaria e invisible que se interpone entre tú y tus objetivos, solo necesitas lanzarte contra ella para comprobar que no es real.

—No hay tiempo. —Niego con la cabeza.

—Y menos habrá si sigues perdiéndolo.

Guardo silencio unos segundos.

—¿Y si fracaso?

—Tienes un cerebro prodigioso y una forma de entender el juego única, especial y diferente a la de todos los demás. Que nadie consiga hacerte dudar de tu talento, Madyson, porque hacerlo sí que sería fracasar.

Sus palabras me abruman, me emocionan y prenden una chispa de esperanza en mi interior. Pero aun así…

—No creo que pueda conseguirlo.

—Puedes —afirma con rotundidad.

—¿Por qué estás tan seguro? No lo comprendo —resoplo, masajeándome la frente.

—Porque eres mi hija; si hay alguien capaz de darle la vuelta a esto, esa eres tú…

Darle la vuelta, darle la vuelta… Una idea empieza a tomar forma en mi cabeza y me levanto de un salto para coger el teléfono.

—Klaus —digo al escuchar la voz del hombre al otro lado de la línea—. Os quiero a ti, a Ross, y a Steve en mi habitación dentro de cinco minutos.

Igual no todo está perdido… Quizás todavía nos queda una posibilidad, pequeña, pero posibilidad al fin y al cabo.

Capítulo 30

Cambio de planes

Ryan

Sentado en el banco de madera del vestuario, con Liam a un lado y Brad al otro, golpeo nervioso con el pie en el suelo mientras esperamos a recibir noticias. Quedan menos de cuatro horas para que dé comienzo el partido y hace diez minutos que recibimos la convocatoria de Henderson y ya estamos todos aquí… Creo que nunca habíamos sido tan rápidos.

Después de mi discusión con Maddy, estoy impaciente, enfadado, a punto de estallar, y las miraditas de guasa que me dedican algunos de mis compañeros me crispan todavía más.

—¿Qué miras, Noah? —lo increpa Liam de malas formas.

—Tanta dignidad cuando hablaba del culo de la entrenadora y resulta que el que se la estaba beneficiando era Hart —se carcajea él.

Cuento hasta diez y aprieto los puños, tratando de contener la rabia; lo que menos necesita el equipo en este momento es una escenita, pero tengo unas ganas inmensas de deformarle la cara.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es un tema a debatir en este vestuario, lo único que tenemos que hacer hoy es jugar. —digo en voz alta para que lo escuchen todos.

—¿Jugar? ¿Es que acaso no has visto todas las tácticas en televisión y en las redes sociales? ¡Esto es un puto desastre! —exclama West.

—Es cierto, es un desastre, pero un desastre que podemos solucionar —anuncia con firmeza Madyson, que entra en el vestuario seguida de Klaus, Steve, Ross y hasta el propio Henderson.

Todos los chicos comienzan a murmurar entre ellos.

—Lo primero que quiero aclarar es que mi vida privada no es de vuestra incumbencia siempre que no afecte al equipo, y hasta este momento siempre he demostrado ser una profesional. —Lo dice con tanta seguridad que nadie se atreve a protestar—. Aun así, si alguien tiene algo que decir, este es el momento.

Ella se mantiene rígida, en silencio, observándolos a todos menos a mí… Al ver que ninguno comenta nada, asiente y saca el rotulador que lleva en el bolsillo mientras Klaus le acerca una pizarra.

—Bien, aclarado este punto vamos a empezar —dice, comenzando a garabatear—. Tenemos una final que ganar. Estad atentos, chicos, conocéis las jugadas y los movimientos, solo hay que darles la vuelta y cambiar algunas posiciones para sorprenderlos…

La observo con orgullo y fascinación, la veo tan decidida que no encuentro en ella ni rastro de la mujer derrotada que dejé en la habitación…



Madyson

—¿Crees que saldrá bien? —le pregunto a Klaus, incapaz de disimular mi nerviosismo con él.

Conseguí aguantar el tipo ante los jugadores, no obstante, hacerlo delante del veterano entrenador es otro cantar.

—Creo que si los chicos clavan los movimientos, tenemos una oportunidad —asegura—. Sé que ya te lo he dicho en más de una ocasión, pero eres brillante, Madyson Ward, solo a ti se te podrían haber ocurrido unos cambios tan sencillos pero inesperados a la vez.

Sonrío, agradecida por el piropo.

—Solo espero que funcione… —murmuro.

Mi teléfono suena por enésima vez; desde este mañana no he dejado de recibir llamadas de mi madre, de las chicas… Sin embargo, esta vez atiendo la llamada, al ver que se trata de Scott, porque el partido está a punto de empezar.

—Maddy —suspira aliviado a escuchar mi voz—. Siento muchísimo todo lo que ha pasado. Esa tipeja es una arpía de mucho cuidado.

—Gracias, Scott —digo.

Él se queda callado…

—¿Qué ocurre? —pregunto, pues a estas horas ni siquiera debería tener el móvil encima.

Parece dudar un momento.

—¿Scott? —repito.

—Es Kevin —reconoce—. No quiere jugar el partido. Todos están intentando convencerlo, pero se niega a salir al campo.

—¿¡Cómo!? —exclamo, abriendo los ojos de par en par.

—Se siente culpable por todo lo de Brianna; él le contó lo tuyo con Ryan y la muy bruja os grabó, fotografió tus jugadas y las publicó… Sabe que por su culpa vas a perder la final y se niega a jugarla.

—¡No voy a perder nada y ni de coña voy a permitir que Kevin se culpabilice por algo en lo que no tiene nada que ver! ¿Dónde está?

—En el vestuario. Estamos todos en el vestuario…

Cuelgo el teléfono y salgo disparada.

¡Lo que me faltaba! ¡Que Kevin se considere responsable de las acciones de esa zumbada! ¡No pienso permitir que esa bruja nos perjudique más de lo que ya lo ha hecho! ¡Ni a mí ni tampoco a él!

Al llegar a la zona del equipo contrario, recorro el pasillo y entro como una exhalación en su vestuario, donde, por suerte, los chicos están ya cambiados. Todos menos mi hermano, que permanece en un lateral, con la vista fija en el suelo, me observan asombrados.

—¡Kevin Ward! —grito su nombre para atraer su atención y de inmediato sus ojos se posan sobre mí—. ¡Tienes que jugar esta final!

—Pero… —Niega con la cabeza.

—No tengo tiempo para tonterías ni discusiones —lo corto—. ¡Necesito que salgas ahí fuera y te dejes las tripas y el alma en el

campo!

Mi hermano está completamente descolocado.

—Voy a ganar este partido —digo en voz alta para que tanto él como todos los demás me escuchen bien—. Y cuando lo haga no quiero que nadie pueda acusarme de recibir trato de favor por parte de mi hermano para conseguir esta victoria.

Él parpadea varias veces y un brillo de emoción se dibuja en sus expresivos ojos.

—Te quiero, Kev —añado—. Pero voy a machacaros y pienso disfrutar de cada segundo que pase haciéndolo.

—Así que machacarnos, ¿eh? —repite divertido.

—Te garantizo que voy a poner todo mi empeño en ello y necesito que tú te dejes la piel para tratar de impedírmelo.

—Trato hecho —acepta, levantándose del banco—. Esto va a ser divertido.



Ryan

El partido está siendo una locura, un derroche de adrenalina y testosterona, una fiesta para los sentidos en la que la afición jalea cada una de las jugadas enfebrecida y eufórica.

Durante el primer cuarto, los Blue Boys consiguieron dominar la situación. Son un equipo rápido y brusco, sus lanzamientos son exactos y no perdonan ni el más mínimo error.

En el segundo, conseguimos recortar la distancia en el marcador; ellos son buenos, pero nosotros actuamos en bloque, como una orquesta bien afinada bajo la batuta de una directora que nos dirige y guía con maestría.

Ella es sin duda nuestro as en la manga, la que nos mantiene vivos en el partido.

La música de Bad Bunny y Karol G amenizó el descanso. Una actuación extraordinaria que dio paso al resto del partido más intenso y memorable de toda mi vida.

Estoy agotado, el sudor se desliza por mi piel empapando el número diecisiete de mi camiseta y he descubierto músculos de mi cuerpo solo por el dolor que siento en ellos.

La exigencia es brutal, tanto que comienzo a sentir pinchazos en uno de los gemelos.

—Faltan diez minutos… Necesitamos mantener la posesión —le escucho decir a Madyson por el pinganillo—. Vamos a hacer la dos, dos, cuatro con los cambios de última hora que vimos en el vestuario.

Está nerviosa; pasea sin parar, comenta con los coordinadores, se dirige al banquillo y vuelve a pasear.

Nos colocamos y, en cuanto el árbitro toca el silbato, da comienzo la jugada.

Doy un pase corto a Liam, este se la pasa a Harry que, en lugar de avanzar, se mantiene dentro de las cincuenta yardas esperando para hacer un lanzamiento largo a West quien corre por el lado contrario al que suele hacerlo.

Me adelanto para recibir el balón y salto para cogerlo, sin embargo, uno de sus defensas lo hace conmigo, golpeándome con rudeza en las costillas, justo en la zona en la que me lesionaron en el partido anterior y, de forma involuntaria, me encojo sobre mí mismo perdiendo el balón.

—¡Mierda! —grito al perder la posesión.

El defensa corre como una gacela mientras intentamos detenerlo, pero se escabulle como una lagartija y consigue un *touchdown*. Por suerte, fallan el gol de campo, lo que nos da una mínima oportunidad.

Nos vamos al banquillo para que salgan los jugadores defensivos, y los Blue Boys hacen lo mismo para darles paso a los de ataque.

Kevin está en el campo, la mirada que me dedica me deja claro que no piensa ponérnoslo nada fácil. No me sorprende, hasta ahora está haciendo un partidazo.

Mis compañeros se colocan, sus atacantes tratan de avanzar, nuestra defensa intenta placarlos. Lo consiguen, pero nos pitan falta.

—¡Joder! —grito nervioso.

Kevin vuela por el campo con el balón; treinta yardas, veinte yardas, diez yardas… ¡Lo tenemos! Hemos conseguido derribarlo y hacernos con el balón a pocos pasos del *touchdown*.

—¡Venga, chicos, un último esfuerzo! —nos anima Maddy cuando conseguimos recuperar la posesión y nos intercambiamos de nuevo con la defensa para salir al campo para atacar.

Elevo la vista al marcador… Tres minutos, solo quedan tres minutos.

—Jugada cinco dos nueve —anuncia Madyson.

Nos colocamos; la jugada empieza y avanzamos en paralelo, con pases cortos y estudiados, como si fuésemos una bandada de pájaros atacando todos a la vez. Derriban a Brad en las treinta yardas, pero consigue mantener el balón y conservamos la posesión.

Contemplo el reloj: un minuto. Solo queda un minuto y necesitamos un *touchdown* y un gol de campo si queremos ganar.

Me desmarco y corro hacia delante con dos defensas pisándome los talones, Brad me tira la pelota y consigo alcanzarla.

Uno de los defensas se lanza contra mí, pero lo esquivo y salgo hacia la izquierda; pierdo unos metros, pero me parece la zona más segura para entrar. Diez yardas… Estoy al lado, necesito marcar; su ala defensiva, consciente de que es su última oportunidad, se lanza a mi espalda, pero con un último esfuerzo salto hacia delante y le paso el balón a Liam, que corre en paralelo.

Contengo la respiración y clavo la mirada en él justo a tiempo de verlo atravesar la línea de *touchdown*.

El corazón me late con tanta fuerza dentro del pecho que creo que me va a explotar. Solo un lanzamiento, una patada que lo decide todo… Un gol de campo y la final será nuestra o, de lo contrario, tendremos que ir a la prórroga.

El *holder* coloca la pelota en el suelo y doy un par de pasos atrás.

Pienso en todo lo que he trabajado, en mis compañeros, en Maddy, en lo que esto significa para ella… Y lo doy todo en ese lanzamiento hasta el punto en que al mirar el balón juraría que este echa fuego.



Madyson

—¡Lo hemos conseguido! —grito, dejándome caer de rodillas en el suelo al verlo atravesar los dos palos—. ¡Lo hemos conseguido! —repito sin terminar de creérmelo—. ¡Acabamos de ganar el Super Bowl! —digo antes de verme encerrada en una multitud de brazos cuando los coordinadores y los jugadores más próximos me rodean.

¡Hemos vencido a los Blue Boys! Los chicos me jalean, eufóricos, y yo busco a Ryan con la mirada… También él me está buscando a mí. Cuando nuestros ojos se encuentran, él sonríe y asiente mientras murmura en silencio:

—Somos campeones.

Es cierto, lo somos, somos los campeones de la NFL.

Mientras la afición canta, aplaude y los jugadores siguen celebrando, se prepara la ceremonia de entrega. Los minutos pasan y una sensación de irrealidad se apodera de mí, como si estuviese viviendo un sueño del que no puedo salir.

Todos, conmigo a la cabeza, nos dirigimos a recibir el ansiado premio y lo alzamos eufóricos delante de los miles de espectadores que cantan sin parar… Desde el campo, mi hermano y mi padre aplauden y cuando Ryan, en su papel de capitán, me cede el trofeo y lo elevo al cielo sosteniéndolo sobre mi cabeza con ambas manos el clamor es tal que estoy convencida de que el estadio se va a derrumbar.

Hemos vencido; pese a todo, lo hemos conseguido, tengo el trofeo con el que llevo soñando toda mi vida, el Vince Lombardi es mío, lo tengo entre mis manos… Y, aun así, no soy feliz.

Una lágrima desciende por mi mejilla y, aunque estoy segura de que todos los que me rodean piensan que es de alegría, la realidad es que, a pesar de haber ganado, sé que hoy salgo de aquí perdiendo.

Capítulo 31

Y de repente…

Madyson

—No te quejarás, eres la reina de toda la prensa deportiva —dice Aria, que empieza a leer en alto varios titulares.

«El Vince Lombardi cae rendido a los pies de Madyson Ward».

«Madyson Ward, alfa de Los Lobos de nueva York».

«Los Lobos le aúllan al Vince Lombardi gracias a Madyson Ward».

Mi amiga da la vuelta a la pantalla de su teléfono y me muestra la imagen de portada de un diario deportivo en la que se ve como varios jugadores me alzan sobre sus hombros hacia el cielo mientras yo sostengo el trofeo entre las manos.

—Lo importante es que hemos ganado, la prensa me da igual —le aseguro, cogiendo una botella de agua de la nevera para servirme un poco en un vaso.

—Está bien que reconozcan tu trabajo, te lo mereces —afirma Savannah, que también está echando un vistazo a lo que se comenta en las publicaciones.

Me encojo de hombros, tomando asiento a su lado.

—Como acabo de decir, me da igual, me da igual lo que piensen. Hace un par de días estaban poniéndome a parir y hoy soy lo mejor de lo mejor… —les recuerdo.

Han pasado tres días desde que disputamos la final y, tras volver a Nueva York, todo el equipo disfruta de un merecido descanso.

—¿Y Ryan? —murmura Aria.

Me tenso en cuanto escucho su nombre.

—¿Qué le pasa? —pregunto.

Ellas intercambian una mirada.

—Eso es lo que queremos saber —responde Savannah—. Qué pasa con él.

—Nada, las cosas quedaron claras antes de la final —respondo a la defensiva.

—¡No seas idiota! —exclama Aria—. Nos has contado lo que le dijiste y sabes de sobra que no piensas ninguna de esas horribles cosas.

—Eso no es así, sí que creo que debería haberlo gestionado de otra forma —murmuro.

—Se te veía tan feliz cuando estabas con él… —se apena Savannah.

—Era feliz. Pero eso no implica que estuviese bien.

—¿Nos vas a decir que no lo echas de menos? —insiste ella.

Parpadeo varias veces para ocultar las lágrimas.

—Claro que lo echo de menos, desde que tuvimos esa discusión siento un maldito agujero en el pecho —confieso con la voz rota.

—¿No te ha llamado ni escrito? —quiere saber Aria.

—No —admito cada vez más deprimida—. Ni rastro, y no me extraña, con todo lo que le dije es normal que no quiera ni mirarme a la cara.

—Deberías llamarlo tú a él —propone mi amiga, recogiendo sus rizos en una coleta alta.

—Mejor dejar las cosas como están —aseguro negando con la cabeza.

El timbre de la puerta suena y Aria abandona el taburete que ocupa de un salto.

—Ya voy yo, tú quédate pensando —se ofrece—. Que sepas que te estás equivocando —añade, señalándome con el dedo índice.

Segundos después, vuelve, acompañada de Logan Henderson.

—Hola —saluda él al entrar.

Su cara de circunstancias no presagia nada bueno.

—¿Ocurre algo? —pregunto levantándome de mi taburete.

Él parece dudar…

—En realidad, no debería estar aquí mientras no sea oficial, pero…

Se pasa la mano por el pelo sin esconder su disgusto.

—¿Mientras no sea oficial el qué? —repito sin comprender a qué se refiere.

—Ryan Hart deja el equipo.

—¿Qué? —preguntan a la vez Aria y Savannah.

Yo soy incapaz de decir nada.

—¿Cómo? ¿Por qué? —pregunto, desconcertada, segundos después, cuando recupero el habla.

—Acabo de reunirme con él, alega motivos personales —nos explica escueto.

Tiene la elegancia de no decirlo en voz alta, sin embargo, todos los aquí reunidos sabemos que yo soy esos motivos personales.

—¡No se puede ir! —exclama Aria.

—Sí puede, su contrato era por una temporada, le he ofrecido renovar, pero se ha negado y es un agente libre, así que no podemos retenerlo —comenta Logan con pesar.

—Es por mi culpa —murmuro, comenzando a moverme con nerviosismo adelante y atrás—. Todo es culpa mía.

—Es una lástima porque la realidad es que no hay nada que impida que mantengáis una relación estando en el mismo equipo siempre que no afecte a vuestra profesionalidad, y ambos habéis demostrado que vuestro desempeño es intachable —comenta Logan quien, por lo visto, piensa que seguimos juntos.

—¡Relación! ¡Ya no hay ninguna relación! ¡Se va porque no quiere ni verme! —exclamo agobiada.

Antes estaba mal, lo echaba tanto de menos que estar en casa sin él me resultaba una tortura y por la noche era incapaz de descansar…, pero ahora que la posibilidad de perderlo de verdad es tan real, el dolor me carcome las entrañas y siento que me cuesta hasta respirar.

—No quiero que se vaya —lo digo en voz alta—. No quiero que se vaya —repito, mirándolos a todos.

—¿Y qué haces aquí parada? ¡Corre! —ordena Aria—. ¡Tienes que hablar con él y solucionar esto antes de que fiche por un equipo en

la otra punta del país o haga alguna estupidez del estilo!

Asiento y, en efecto, salgo corriendo.

La casa de Ryan se encuentra en la misma urbanización que la mía, así que la distancia que nos separa es escasa; aun así, los minutos se vuelven eternos hasta que llego allí.

Ni siquiera me molesto en quitar las llaves del coche, simplemente, salto fuera y comienzo a tocar el timbre del portalón como una posesa.

En cuanto la puerta se abre, paso al jardín y Ryan sale por la puerta principal con cara de sorpresa.

—¿Maddy? —Lo pregunta como si temiera estar sufriendo algún tipo de alucinación.

—No te vayas —lo digo a toda velocidad. La misma a la que resuenan contra mi pecho los latidos de mi corazón.

—¿Qué? —murmura él.

—No te vayas —repito, acercándome un par de pasos—. No tienes por qué irte, entiendo que estés enfadado, que no quieras verme, pero somos profesionales, podemos trabajar juntos dejando a un lado lo que pasó.

Su mirada se oscurece, el azul calmado y cristalino de sus ojos amenaza tormenta mientras afirma con rotundidad:

—Es que yo no quiero dejar a un lado lo que pasó.

—Te pido perdón. Sé que me pasé, que perdí los papeles y que no debí pagar mi frustración contigo… No pensaba ninguna de las estúpidas cosas que te dije. No te vayas, por favor —susurro con la voz entrecortada.

Trato de controlar las lágrimas, pero la idea de perderlo del todo… Aunque me duela, puedo manejar que no quiera estar conmigo, que esté enfadado, incluso que no me hable, pero saber que se va por mi culpa, que no voy a volver a tenerlo delante… Eso es más de lo que puedo soportar.

He sido una idiota, una auténtica idiota, y ahora lo voy a perder para siempre.

—¿De verdad piensas que me voy porque no quiero verte? —Parece disgustado.

Asiento y trago con fuerza, intentando deshacer el nudo que me atenaza la garganta.

Ryan se acerca despacio. ¡Está tan guapo que duele hasta mirarlo…! Lleva unos vaqueros negros desgastados, una camiseta vieja; va descalzo y tiene el pelo revuelto.

Sus manos se alargan para enmarcar mi rostro y el simple contacto de sus dedos envía cientos de pequeñas descargas a cada parte de mi cuerpo.

Sus ojos buscan los míos y me sumerjo de lleno, ahogándome en ellos.

—No me voy porque no quiera verte, sino porque no quiero pasar ni un día sin ti —declara—. Sé que no quieres que mantengamos una relación mientras compartamos vestuario y puedo renunciar al equipo, pero no puedo renunciar a ti. —Lo dice con seguridad y cada una de sus palabras se cuelan en mi mente, reviviendo en mi interior algo mágico y diferente.

—Estoy loco por ti —añade, aproximando su boca a la mía—. Eres la mujer más terca, orgullosa, inteligente, divertida, dulce y preciosa que he conocido en toda mi vida y no pienso dejarte ir.

—Siempre van a hablar… —le advierto.

—No me importan las opiniones del resto si estamos juntos —afirma con devoción.

Las lágrimas me empañan la visión y me aferro a su nuca para susurrar sobre sus labios.

—Te quiero en cada uno de los proyectos de mi vida, Ryan Hart. El amor por el fútbol me puso en tu camino y gracias a eso descubrí lo que es amar de forma profunda e incondicional, porque esa es la forma en la que te amo a ti.

Sus labios atrapan los míos en una caricia cargada de sentimiento, promesas y un deseo que me recorre el cuerpo entero; una caricia que promete ser el principio de muchos otros instantes cargados de adrenalina, pasión y, sobre todo, de un amor por el que vale la pena luchar contra el mundo entero.

Epílogo

Madyson

—¿Estamos todos? —pregunto saliendo al jardín con la bandeja de las hamburguesas para acercarlas a la parrilla en la que Liam actúa como maestro de ceremonias.

Aprovechando el inicio de las vacaciones, hemos decidido juntar a todas las personas que queremos para hacer una pequeña barbacoa en el jardín de la casa que Ryan tiene en los Hamptons.

¿El motivo? Se me ocurren tantos por los que celebrar… ¡Somos los campeones del Super Bowl de esta temporada! Ryan ha renovado por Los Lobos un año más y, por si eso fuese poco… Hemos decidido irnos a vivir juntos.

¡Me siento pletórica! Hace un día precioso y toda la gente que me importa está aquí: Liam, Brad, Aria, Savannah, incluso mis padres y Kevin han venido… Por cierto, al final resultó que Kev nunca se había planteado dejar de jugar, lo que ocurre es que se quedaba libre al terminar la temporada y está barajando qué pasos dar.

—Esas hamburguesas tienen una pinta tremenda —dice mi hermano, que se acerca y me pasa un brazo por los hombros—. Ahora que vamos a ser vecinos espero poder disfrutar de muchas más.

—¿Qué quieres decir? —pregunto volviéndome hacia él.

—Estás delante del nuevo *quarterback* de Los Pilots de Nueva York.

—¡Noooooo! —exclamo.

Él asiente, ilusionado, y me lanzo a sus brazos.

—Me hicieron una muy buena oferta y aceptarla me pareció la mejor solución para seguir compartiendo la custodia de Molly. Así tanto su madre como yo viviremos en la misma ciudad y, cuando empiece el colegio, podrá seguir como hasta ahora, quince días con cada uno.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué no te puedes creer? —se interesa Ryan, aproximándose.

—¡Kevin acaba de fichar por Los Pilots! ¡Se viene a vivir a nueva York! —le informo con una sonrisa que amenaza con partirme la cara en dos.

—Felicidades, tío. —dice mi novio, estrechándole la mano.

—Espera… ¿Lo sabe papá? —cuestiono, preocupada por su reacción. Ahora que las cosas se han arreglado entre nosotros y al fin parece haber aceptado lo mío, que se enfade con mi hermano me parecería un bajón, la verdad—. ¿Y de Brianna? ¿Has sabido algo más?

Sé que la bruja ha intentado arreglar las cosas con Kevin, pero después de lo que hizo mi hermano no se lo quiso ni plantear.

—A esa ni la nombres —replica estremeciéndose—. En cuanto a papá, lo sabe, fue la primera persona a la que se lo dije. No le hizo ilusión, pero lo entendió —contesta.

—Menos mal… —Suspiro aliviada—. Estoy tan emocionada —aseguro, y me pongo de puntillas para depositar un suave beso en los labios de Ryan.

—Siento interrumpir —dice Aria, tocándome en el hombro—. ¿Puedes venir un momento, Maddy?

Me sorprende verla tan seria y arqueo las cejas.

—Claro —respondo, y la sigo hasta una zona más apartada del jardín.

Parece preocupada…

—¿Te has fijado en Savannah? —me pregunta ella en voz baja—. ¿No la notas algo rara?

Busco a nuestra amiga con la mirada. Enseguida la encuentro al lado de la piscina; le sonríe a Harry, quien está a su lado, pasándole un brazo por los hombros.

—¿Qué quieres decir? —cuestiono.

Es la primera vez que viene con él… Su presentación oficial. «Debería estar más contenta», pienso mientras la observo con atención y percibo que Aria tiene razón. A simple vista, Savannah se ve sonriente, pero sus ojos, lejos de albergar felicidad, dejan entrever un halo de tristeza que no me esperaba y me sorprende.

—¿A ti te ha dicho algo? —inquiero.

—No —responde—. Pero lleva un par de días rara. ¿Y a ti?

—Ni una palabra.

Las dos intercambiamos una mirada preocupada.

¿Qué estará pasando con Savannah?

Tu valoración me importa

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí, ¡no te imaginas la ilusión que me hace! A continuación, tu Kindle te pedirá que evalúes este libro. Por favor, haz un último esfuerzo, puntúalo y, si puedes, deja una breve opinión. Apenas te costará unos minutos y yo te lo agradeceré eternamente.

Con cariño

Andrea López

Biografía



Andrea López nació en Vigo en 1984, donde reside desde entonces. Ha estudiado administración y dirección de empresas, pero a día de hoy, se dedica en exclusiva a su faceta de escritora.

Algunas de sus novelas más destacadas son las pertenecientes a las series sueños, fuego y hermanos, también La chica de las zapatillas de colores, Un secreto en las Highlands, Un tropiezo inesperado y Un desafío inesperado o El lugar donde todo empezó, está última publicada con la editorial Harper Collins. A día de hoy ha publicado en total catorce novelas.

Todas ellas, historias de romántica contemporánea pero siempre entremezclado el romance con diferentes subgéneros como el suspense o el drama.

.andrealopezescritora.com

Andrea López Saborido

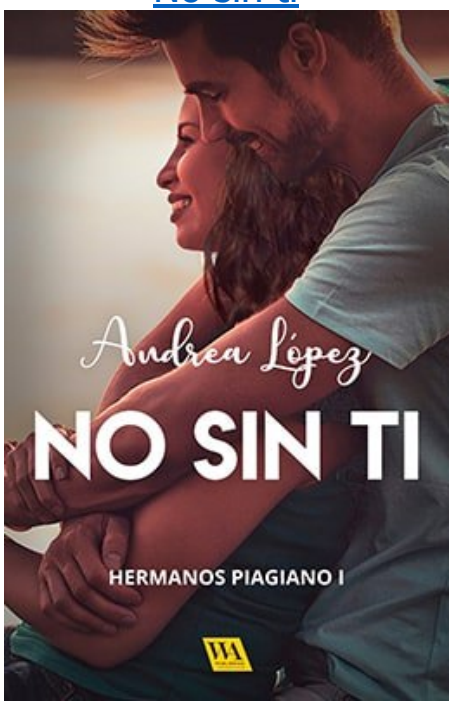
 @andrealosab

 andrealopez_escritora

Otros libros de la autora

Todos los libros tienen la versión audiolibro publicado en todas las plataformas digitales

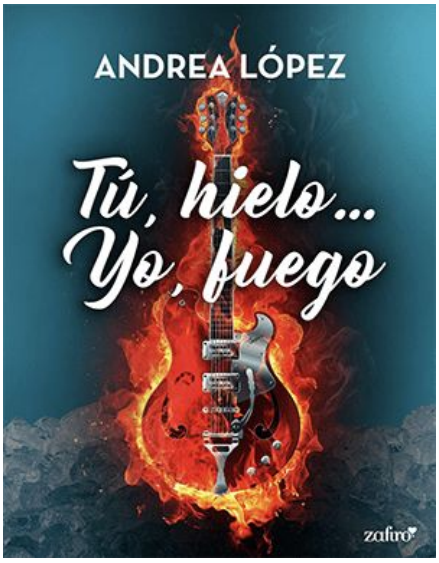
No sin ti



Lo encontré en tus ojos


Andrea López
LO ENCONTRÉ EN TUS OJOS
HERMANOS PIAGIANO II

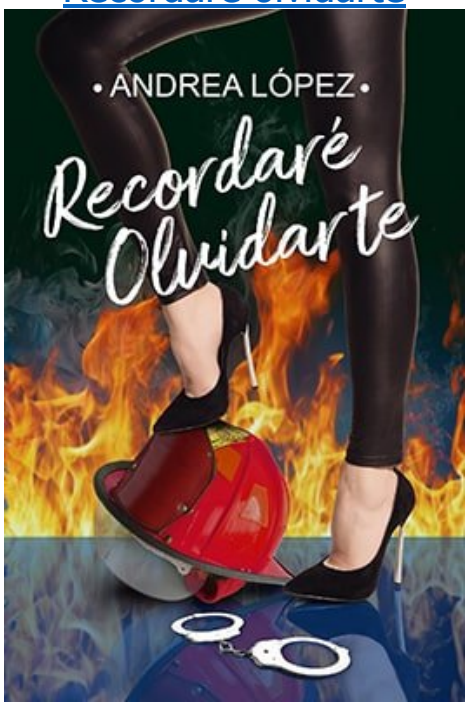
[Tú, hielo ... Yo, fuego]



[Pintaré estrellas por ti]



Recordaré olvidarte



¿Quieres soñar conmigo?



[¡Ni en tus sueños!]



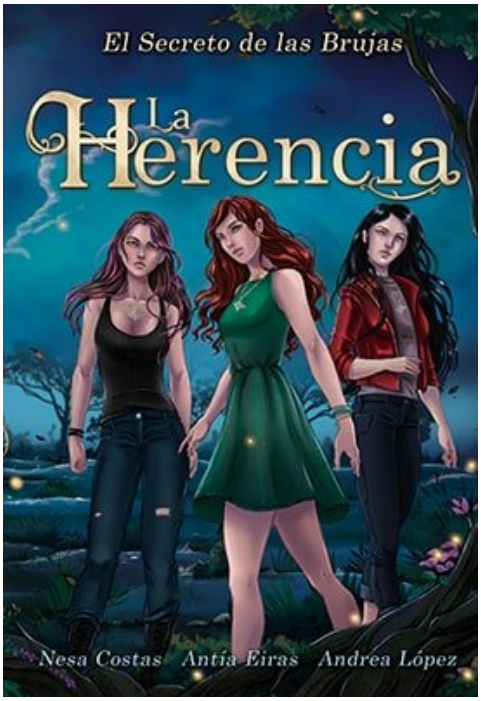
[Un sueño muy peligroso]



[Un sueño para Mica]



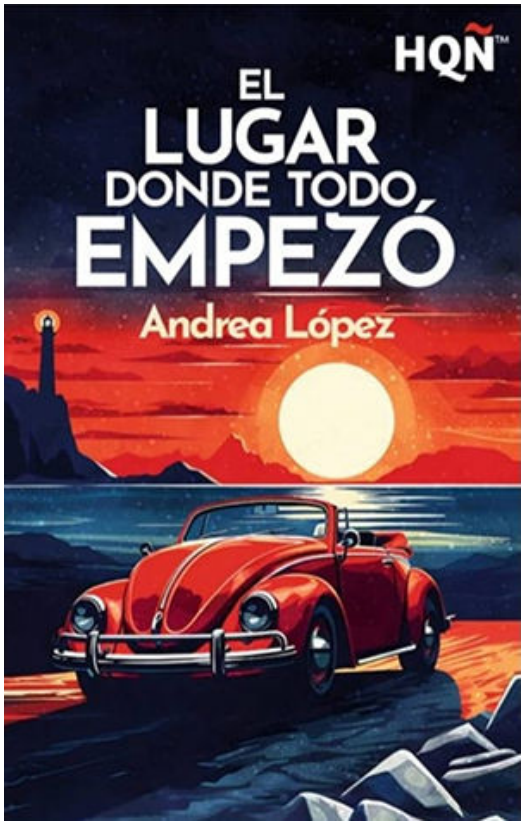
[La Herencia]



[La chica de las zapatillas]



[El lugar donde todo empezó]


HQÑ
EL
LUGAR
DONDE TODO
EMPEZÓ
Andrea López

Un secreto en las Highlands



La búsqueda


ANDREA LÓPEZ - NESA COSTAS - ANTÍA EIRAS
EL SECRETO DE LAS BRUJAS
LA BÚSQUEDA
METALLICA

[La batalla final]



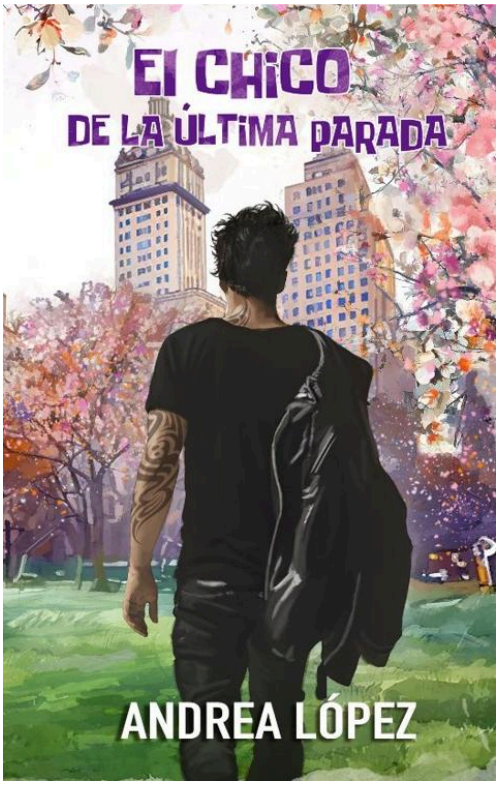
[Un tropiezo inesperado]


Un tropiezo inesperado
ANDREA LÓPEZ

Un desafío inesperado



El chico de la última parada


EL CHICO
DE LA ÚLTIMA PARADA
ANDREA LÓPEZ